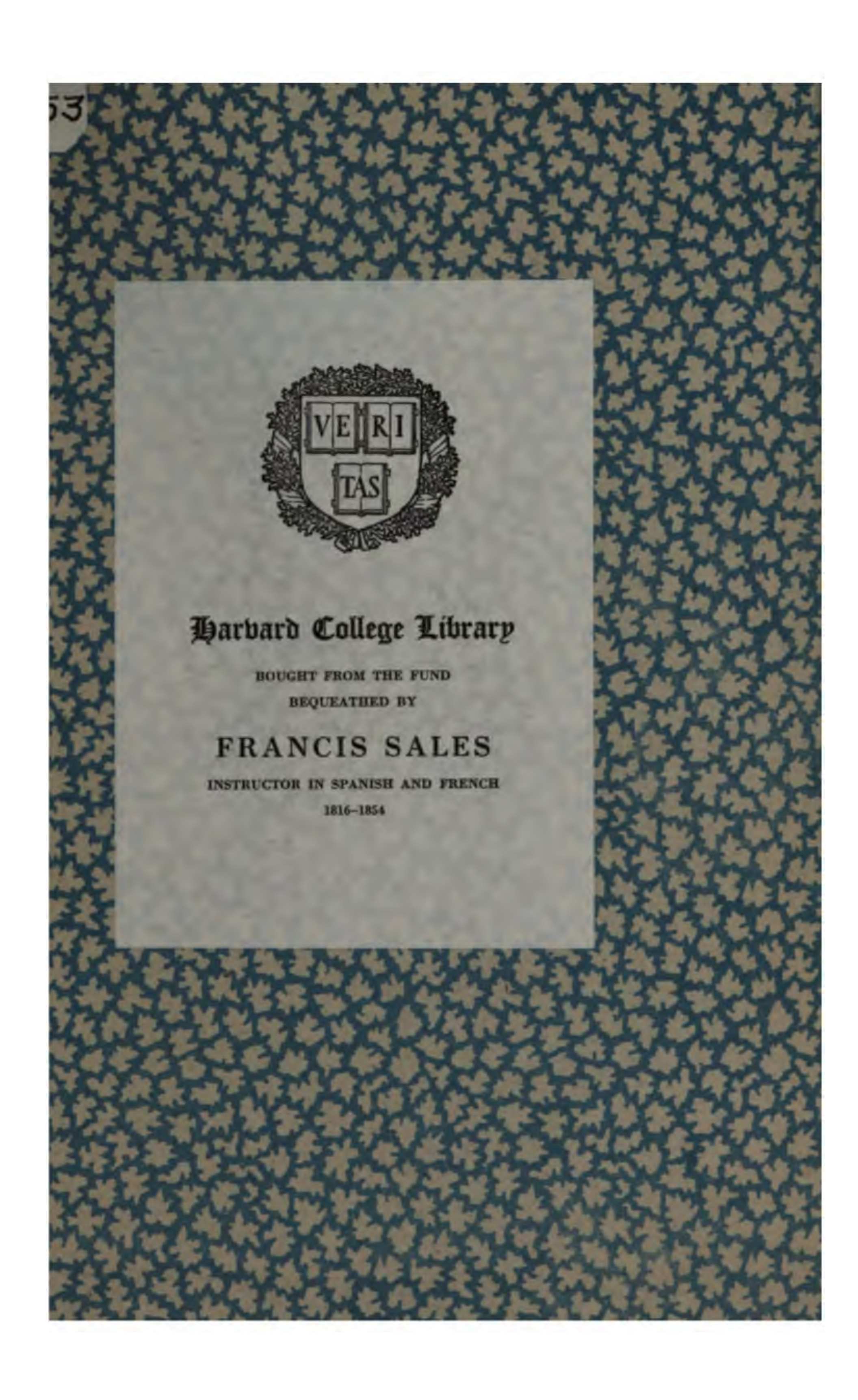
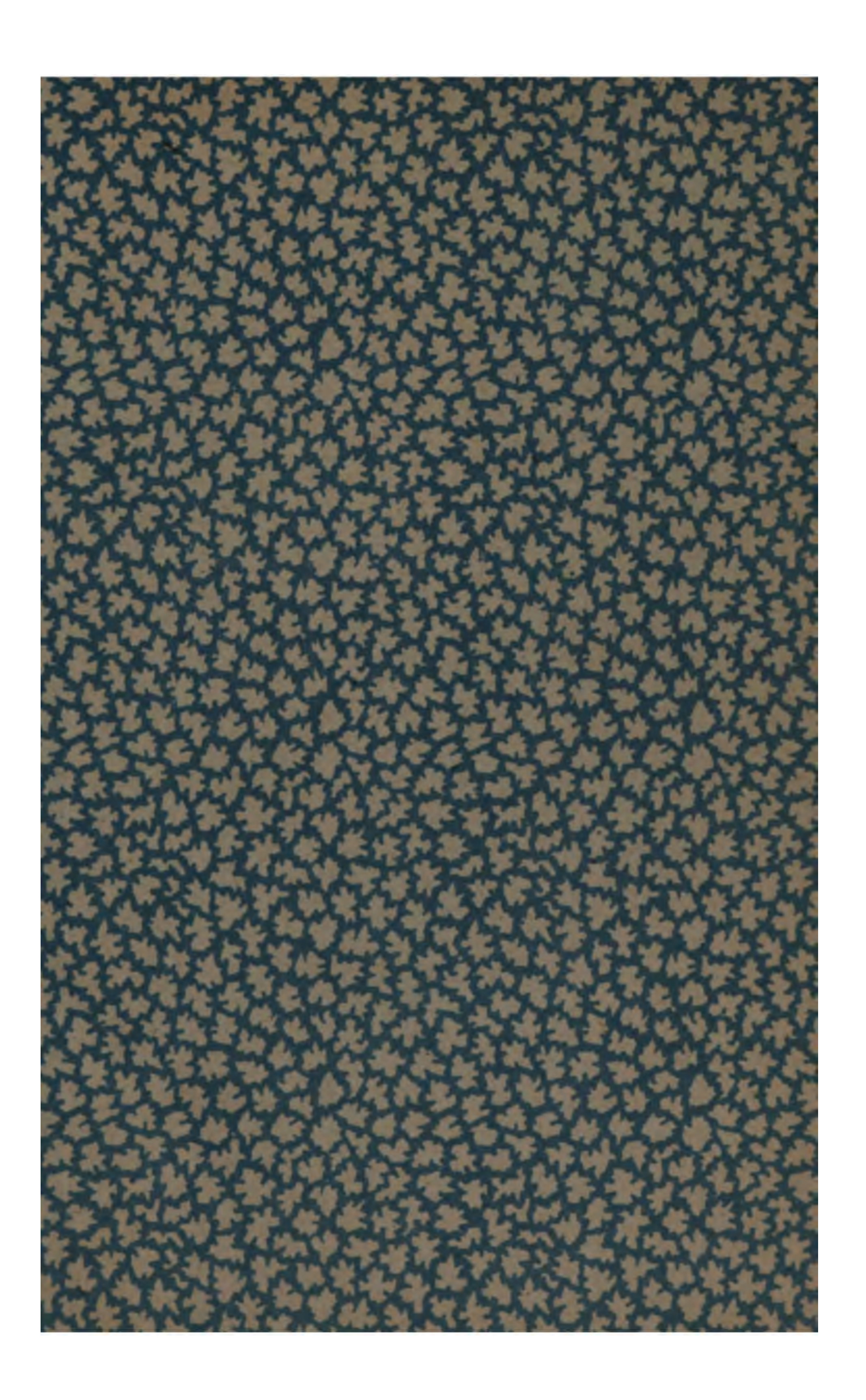



53
VE RI
TAS



HISTORIA

DE

GIBRALTAR

Y DE SU CAMPO,

POR

D. FRANCISCO MARIA MONTERO,

EX-DIPUTADO A CÓRTES

CÁDIZ.

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA.

1860.

El producto líquido de esta edicion se destina al socorro de los huérfanos y viudas de los pueblos del campo de Gibraltar, que hizo el cólera en 1855.

A las ciudades de Algeciras, San Roque y Tarifa; y á las villas de Jimena, Los Barrios y Castellar.

Como una débil prueba de mi sincera gratitud á las señaladas honras con que tan sin merecerlo me han favorecido, les ofrezco este humilde libro, escrito sin pretensiones de ningun género.

Espero que la bondad de mi intencion le ha de abrir camino á una benévola acojida, ya que carece de todo otro mérito, como fruto que es de un torpe ingenio, poco ejercitado en tareas literarias.

Si así fuere, recibiré harta recompensa por mi ligero trabajo que emprendí llevado de la aficion á los lugares nativos, y del deseo de buscar alivio á muy agudos quebrantos.

FRANCISCO MARIA MONTERO.

San Roque 23 de Diciembre de 1859.

Algeciras

BAHIA DE ALGECIRAS

Punta de Carnero

Torre

R. Guadarranque

S. Roque

Puente Mayorga

Pta. Mala

Campamento

Sierra Carbonera

BAHIA DE GIBRALTAR

Muelle nuevo

GIBRALTAR

Muelle viejo

Sn. Felipe

Pta. de Europa

Monte

Lines

Caleta

Sta. Barbara

MAR MEDITERRANEO

PRÓLOGO.

Siempre ha sido interesante Gibraltar como objeto histórico. En la antigüedad fué una de las columnas de Hércules, y asiento de poéticas y mitológicas tradiciones; en la época de los árabes, sirvió de portillo á las contínuas y terribles invasiones que hicieron estos en la península ibérica; y en la nuestra, es una plaza inexpugnable, de singular estructura, tan digna de admiracion por su natural fortaleza, como por los prodigios con que la ha realzado el arte.

Su posesion ha sido en todos tiempos disputadísima; ya entre árabes y españoles, ya entre los árabes mismos, ya por último entre españoles é ingleses desde que estos, por un golpe de mano, se apoderaron de ella, aprovechándose de las revueltas de los tiempos. Mucha sangre generosa ha corrido al pie de sus muros: por esto se ha escrito no poco sobre sus vicisitudes.

Pedro Barrantes Maldonado dió á luz una relacion con el título de "Diálogo en que se cuenta el saco que los turcos hicieron en Gibraltar, y el vencimiento que la armada de España hizo á los turcos, en el año de 1540, impreso en Alcalá en 1566." Despues en 1636 escribió Fernando Perez una descripcion de la ciudad de Gibraltar y del monte Calpe.

En 1782 publicó su historia de Gibraltar, D. Ignacio Lopez de Ayala, académico de la historia, la mas completa que hay hasta el dia, llena de erudicion aunque no de crítica y en la que podria haberse sacado mas partido de los muchos y buenos materiales que su autor tuvo á mano. No obstante, será siempre consultada con provecho, á pesar de su descolorido estilo y confuso método.

Valióse Ayala de las historias manuscritas de la casa de

Niebla por el mismo Barrantes, y por el Maestro Pedro de Molina y sobre todo de la historia manuscrita de Gibraltar, por Alonso Hernandez del Portillo, vecino y jurado de la misma ciudad, que escribió en el año de 1610. Esta obra se conservaba en el archivo de Cabildo de Algeciras de donde hace años que ha desaparecido. Tambien tuvo á su disposicion los archivos de las casas de Medina-Sidonia y de Sta. Cruz, así como los del ayuntamiento y parroquia de S. Roque. En este último, estaba la historia manuscrita de Gibraltar por Don Juan Romero de Figueroa, cura de aquella ciudad, y cuya obra que debia contener abundantes noticias y otros muchos documentos preciosos, desaparecieron en el tiempo de la invasion francesa.

Esto en cuanto á escritores españoles dignos de mencion. De los ingleses, en 1771 un teniente coronel de artillería llamado Tomás James empleó los seis años que estuvo de guarnicion en Gibraltar en escribir una historia que tituló "de los Estrechos Hercúleos, hoy de Gibraltar" (History of the Herculean Straits) y que bien pudiera haberla titulado, Historia universal, pues de todo trata con tan indigesta erudicion, incoherencia y pesadez, que es verdaderamente insoportable su lectura. Bueno y malo, todo está allí hacinado y revuelto: no obstante, se encuentran en ella hechos curiosos, y sobre todo, está impresa con tal lujo tipográfico, que solo por sus mapas y planos merece consultarse.

En 1777 escribió tambien algo sobre Gibraltar, el sábio anticuario Mr. Carter, en un libro titulado "Viaje de Gibraltar á Málaga" obra llena de buen sentido y de ciencia.

En 1781, un Mr. Dodd, cirujano de la marina inglesa, escribió una historia de Gibraltar con el pretencioso titulo de "The ancient and modern history of Gibraltar" que por cierto está lejos de justificar. Es simplemente un folleto con la traduccion del diario español del sitio de 1727 y una breve descripcion de la cueva de San Miguel. Por lo demás es tan ignorante el autor, que designa á San Roque como poblacion goda.

En 1782 el capitan John Drinkwater escribió una historia del sitio que sufrió la ciudad en esta época y del que fué testigo. Mas que historia es un diario, pero imparcial bastante y muy exacto.

En 1845 Mr. Bell, respetable funcionario de Gibraltar, publicó una esmerada traduccion de Ayala, pero dejando to-

da la parte árabe, con un plano de la ciudad del año de 1627 que copió del que se conserva en el Museo Británico; trabajo precioso, que facilita el conocimiento de la poblacion antes de la conquista inglesa. Tambien se atribuye á este autor un manual para los viajeros, lleno de noticias curiosas.

En 1846 el doctor Eduardo F. Kelaart, médico del ejército, escribió un excelente opúsculo titulado "Flora Calpensis" en el que describe la parte botánica y metereológica del monte, con algunas observaciones juiciosas sobre la ciudad.

Otros ha habido que de paso y ligeramente se han ocupado de Gibraltar, como Sutherland en su "Paseo de Gibraltar á Constantinopla" impreso en 1790, y Cockburn en su "Viaje á Cádiz y Gibraltar en 1815" y por último Laboissier en 1837 en su "Viaje botánico al mediodía de España."

Tales son las obras escritas sobre Gibraltar y de las que tenemos noticia. No creemos que esta nuestra, desaliñada y pobre, pueda llenar el vacío que aquellas han dejado; pero acaso sea un escalon mas, para llegar á tener una historia completa de esta ciudad importante.

———— ————

HISTORIA DE GIBRALTAR.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO I.

Del monte de Gibraltar.—Nombres diversos.—Descripcion.—Cueva de San Miguel.—Plantas y animales.—Istmo.

La península española termina al mediodía, por la parte fronteriza y mas próxima á la costa africana, en un enorme y escarpado monte que se levanta de las aguas, aislado y sin enlace con ninguna cordillera, semejante á una pirámide de Egipto. Este gigantesco promontorio, colocado allí por la naturaleza para señalar el término de Europa, y que es la punta mas meridional de ella, despues de la de Tarifa y de Carnero, está rodeado de mar por todas partes, excepto por la del N. que se une al continente por un estrecho istmo de arena floja. Mide de N. á S. 5.130 varas castellanas, ó sean unos tres cuartos de legua ó sobre dos millas inglesas; de E. á O. 1.500 varas; la elevacion de las mas altas cumbres es de 510; siendo de dos leguas, que componen 13.280 varas, ó sean ocho millas, la estension de su circunferencia. Está situado á los 36° 2′ y 30″ de latitud N.; á 5° 15′ longitud O. E. del meridiano de Lóndres; y á los 36° 6′ 42″ latitud N. y 1° 38′ 55″ de longitud O. del meridiano de Madrid.

El monte corresponde al territorio de la Bética (hoy Andalucía) que en los remotos tiempos se llamó Tarteso, pais que sirvió á los poetas griegos de teatro para sus ficciones y cuentos. Ha tenido varios nombres [1] siendo el mas célebre el de columna de Hércules; despues Calpe y por último Ghebal-Tarik de donde vino el que hoy tiene de Gibraltar.

Fué en efecto una de las famosas columnas de Hércules, y es la otra el promontorio africano que tiene enfrente, llamado Abyla cuando el nuestro se llamaba Calpe. Mucho se ha disertado acerca de si estas fueron las verdaderas columnas sin que se alcance la causa de la disputa, supuesto que los escritores griegos y romanos de mas cuenta las designan por tales. Heródoto, padre de todos, habla de viajes á las columnas de Hércules, vueltas y pasages por las columnas de Hércules, significando con claridad que por ellas se entendia un paraje universalmente conocido de los navegantes y un faro enmedio de los mares. No se espresa así, de seguro, quien entiende por columnas otra cosa que montañas.

Decir con Strabon [2] que los montes no tienen forma de columnas es un argumento pueril. Verdad que no eran columnas semejantes á las fabricadas por los hombres, pero eran columnas de Hércules, de ese Dios imágen de todo lo grande y portentoso, de ese gran mito con el que la imaginacion oriental quiso representar el poder y la fuerza. Si pues rompió las montañas para dar paso á los mares, ¿qué mucho que estas mismas montañas, partidas ya y en pié, una frente de otra, llevasen su nombre, formando ese colosal pórtico cuya bóveda es el cielo, forzosa entrada de aquellos? El signo

1 Monte de Saturno: columnas de Briareo y de Baco. Eliano y Hesichio con referencia á Aristóteles. Brochart lib. I cap. 28 de Pænic. Colon.

2 Lib. III.

corresponde perfectamente á la grandiosa idea que representa.

Parece que este nombre debió su orígen á los fenicios, que fueron los mas antiguos navegantes y pobladores de estas costas. Ellos introdujeron el culto del Hércules Tirio [1] (Melkharth), y es verosímil que tropezando al llegar al Estrecho con este monte en la costa de España, y con el otro casi igual en la de Africa, los consagrasen á su Dios tutelar imponiéndoles su nombre. Hay quien crea [2] haber sido los egipcios sus autores, antes de la venida de los fenicios, y de aquí háse promovido una gran disputa sobre cuál Hércules de tantos como se conocieron fué el agraciado con esta dedicatoria. No merece mucha atencion la disputa, pues no habiendo quedado rastro de esos supuestos viages egipcios, y sí de los que hicieron los fenicios, como son las fundaciones de Carteia, Belon y Gades, es claro que el Hércules adorado en estos parages debió ser el suyo, que era el Tirio.

Hay mas: supónese con harto fundamento que este y el Egipcio eran uno mismo, hipótesis probable si, como generalmente se cree, fueron los Fenicios quienes introdujeron la civilizacion en Egipto, siendo el fenicio Taaut quien enseñó allí varias artes y la adoracion á los astros. [3]

Parécenos que debe ser apócrifa la célebre inscrip-

1 Ayala. Hist. de Gib., p. 12, señala al Hércules egipcio.

2 James. Hist. of. the Herc. Straits vol. 1, pág. 162, citando al Obispo Cumberland, opina que el Hércules egipcio fué un fenicio que llegó á ser rey de Egipto.

3 Philostrato in vita Apoll. Tyan. lib. V pág. 211, dice que el Hércules egipcio era juntamente adorado con el fenicio en el famoso templo de Gades, sin que se viesen en él sus estátuas, adornado el templo únicamente con los trabajos de ambos, y con la oliva de oro de Pigmalion, rey de Tiro, que tenia el fruto contrahecho de esmeraldas. Para el culto usaban los sacerdotes de ropajes egipcios; por lo que, y agregándose la opinion de Isaac Newton que conviene en que el templo de Gades, fué dedicado á Melkharth, Hércules Tirio, debemos concluir que eran uno mismo. Pomp. Mela lib. III, cap. VI, dice que el dicho templo

cion *non plus ultra* (no hay mas allá) que se supone haber estado en las columnas de Hércules, significando que fueron estos los límites del mundo conocido, no habiendo mas allá sino el Océano. Pues si convenimos en que las verdaderas columnas fueron Calpe y Abyla, es claro, que no pudieron ser estos promontorios reputados como término de la tierra conocida, viendo los navegantes al llegar á ellos un camino abierto y estensas costas á uno y á otro lado del Estrecho. Si no ha sido un invento de tantos y hubo la inscripcion en alguna parte, de seguro no fué en estas montañas.

Pasemos á Calpe. Este nombre es de orígen céltico, segun todas las probabilidades, compuesto de la palabra *alp* que significa monte alto. Así, vemos usado el mismo para designar otras montañas notables de Europa, como los Alpes; y aun los Pirineos han sido llamados así en la historia. Los griegos no lo impusieron y los escritores romanos al usarlo lo han calificado de bárbaro, [1] pero sin decir á qué nacion pertenecian sus autores.

Parece que esta etimología es mas propia y natural que la indicada por un autor [2] de *galph* ó *calph*, verbo hebreo y fenicio que significa excavar, viniendo segun ella á llamarse monte cóncavo y esplicándose segun él, no solo la figura del monte, pues la palabra fenicia *Galpha* significa vaso, orza ó tinaja, sino tambien las excavaciones naturales y concavidades que en el mismo abundan.

Esta etimología adolece del defecto, aun concediendo que el monte se parezca á una tinaja, lo cual no es cierto, de esplicar la parte sin abrazar el todo, dándonos idea de las concavidades sin espresar la del monte. Creemos, pues, que debe desecharse adoptando la ex-

de Gades, fué edificado por fenicios, pero que era egipcio el culto que en él se daba, lo cual no se concibe sino en el supuesto de ser los dos uno. Eusebio, tom. I parte II.

1 Eusthat. vers. 64.

2 Ayala, Hist. de Gibraltar.

puesta en la que convienen varios autores [1]; no debiendo estrañarse la adicion de la *C* en la voz Calpe, pues entre los antiguos era cosa frecuente agregar una consonante á las palabras que empezaban con vocal. Es además una prueba que abona el orígen céltico de esta palabra, la existencia en el dia de un pueblo antiquísimo que se llama Calpe, situado en una elevada altura de la costa de Alicante en el Mediterráneo, territorio de los antiguos celtíberos.

Los griegos llamaron tambien á Calpe *Alyba*, que es lo mismo que *Abyla*, nombre que ha conservado por muchos siglos el otro monte fronterizo de la costa africana (hoy monte de la Almina) y que era la otra columna de Hércules. Podemos creer sin esfuerzo que este nombre fué comun á uno y á otro promontorio, pues siendo de orígen hebreo, cuya raiz es hill, viene á significar tanto como altura ó elevacion, y que despues los celtíberos variaron el del promontorio hispano nombrándole *Calpe*, traduccion de Abyla ó Alyba, variacion que no experimentó el monte africano por serles este menos conocido; y en suma, ya en un idioma ya en otro, por griegos ó por bárbaros, el verdadero significado de uno y otro nombre ha sido el de monte alto, idea principal que debieron tener en cuenta para su imposicion.

Del de *Ghebal-Tarik*, que se corrompió en el de Gibraltar, último que el monte ha tenido y que conserva en el dia, nos ocuparemos cuando se trate de la época en que le fué impuesto y de sus autores.

El monte de que tratamos puede considerarse como una de las maravillas de la omnipotencia, que sorprende y aturde á quien por primera vez lo mira y tambien á los mismos que lo vemos todos los dias, pareciendo mas estupendo, mientras mas se contempla. Las variaciones

1 James citado, vol. I pág. 9. Madoz Diccion. Geog. tomo 5 pág. 200.

artificiales que ha esperimentado desde los antiguos hasta los presentes tiempos, bajo las diversas dominaciones que han pesado sobre él, serán objeto de una descripcion particular que daremos en lugar oportuno, contentándonos ahora con señalar sus cualidades naturales y geológicas.

La roca está compuesta de piedra caliza secundaria, argamasa de barro pizarroso y piedra arenisca. Esta se observa particularmente en la superficie y en direccion vertical ú horizontal. Su color es vario, amarillo en varios parages y de un verde oscuro en otros: su contextura es compacta, surcada de vetas de espato calizo cristalizado de un color blanquecino. Encuéntranse tambien las famosas brechas huesosas (breccia ossea) que arrancan de la parte caliza de los filones del monte, y están formadas de una especie de argamasa rojiza compuesta de cal, arena y fragmentos angulosos de la misma piedra, sobre todo de aquellas partes de la roca atravesadas por los filones y de restos de cuerpos orgánicos, principalmente de osamenta de animales rumiantes. Es masa de gran dureza, llena de cavidades irregulares y que tiene de profundidad unos doscientos pies hasta tocar con la roca caliza. Los pedazos de esta masa se parecen á una tapia artificial de piedra y mezcla y los hemos visto en ciertos sitios del monte de mas de una vara de largo, muy sólidos y fuertes.

El Doctor Kelaart [1] opina que la contextura del monte pertenece al sistema de los terrenos calizos del Jura, pero nos parece mas acertado y probable que debe referirse al de los terrenos diluvianos, pues uno de los caractéres distintivos de estos es la breccia ossea que aquí se encuentra, cuya circunstancia ha sido tambien observada en varios puntos de las costas septentrionales del Mediterráneo, como Sicilia, Pisa, Niza y otros. [2]

1 Flora Calpensis, pág. 17.
2 D'Omallino E'léments de Geologie pág. 242.

Créese que el monte [1] se ha formado en cuatro veces, ó sea por cuatro sacudimientos: en el primero, se elevó su parte superior, principalmente las crestas del Norte: en el segundo, la parte media ó cuestas del Oeste: y en el tercero y cuarto, las crestas y punta del Sur, mediando entre cada sacudimiento prolongados períodos de reposo. Estos sacudimientos han debido ser estensivos á otras montañas del Mediterráneo en las mismas épocas, mediante á la semejanza que se observa en las materias de que unas y otras están formadas.

Además, los fósiles que se encuentran en las capas de breccia del monte son idénticos á muchos de los terrenos diluvianos, á saber, huesos de Antelope, que es una especie de corzo, tigres, zorras, conejos, ratas, pájaros y conchas marítimas y terrestres. Tambien se han encontrado huevos pertenecientes á la familia de los lagartos, muy bien conservados, no así los otros fósiles, cuyo destrozo es tal, que ha sido tarea imposible reunir los de cada especie. Portillo dice que se habian encontrado huesos humanos de extraordinaria magnitud junto á una cueva llamada de los Abades; pero dándolo por cierto, de entonces acá no se ha repetido el hallazgo de fósiles de esta especie, en tantas investigaciones como se han hecho en el monte.

Parece indudable que el mar ha bañado á éste hasta cerca de sus crestas, y así lo demuestran las concavidades y perforaciones que se observan en sus peñascos, algunas de cinco piés de profundidad y siete de diámetro, y mas que todo, los depósitos de conchas marinas que en él se han encontrado á diversa altura, cuya circunstancia dá motivo á Mr. Smith [2] para creer que el mar lo cubrió en diferentes períodos, cosa que pudo muy bien suceder ya en el Diluvio, ya en la inun-

1 Kelaart citando á Smith.

2 Reliquiæ Diluvianæ de Buckland, pág. 167. Mr. Smith lo tomó del mayo Imrie.

dacion de las aguas del Occéano producida por la ruptura de los continentes, que dió orígen al Estrecho, cuyas aguas debieron ir bajando y variando su nivel á medida que el Mediterráneo iba extendiéndose por su seno.

Examinemos las crestas de este prodigioso monte. Es la mas alta la que mira al N. y en ella está el salto del Lobo, y sitio llamado el Macho que antes se creia ser el punto mas elevado de la roca, corriendo en suave declive y subiendo depues hasta el Hacho. [1] Despues se encuentra la Cortadura ó Quiebra que divide el monte, siguiendo á ella las alturas que dominan la punta de Europa en cuyas cúspides se encuentra el picacho mas alto de toda la roca. [2]

Es imposible formar idea de la grandiosidad de estas crestas sin haberlas visto y las que son accesibles en su mayor parte, si bien hay algunas á que no puede llegarse. Hay en la bajada de las alturas que miran á la punta de Europa, enormes y gigantescos peñascos que parecen próximos á desprenderse de sus bases, y que dan á aquellas cuestas un aspecto salvaje, propio de la naturaleza primitiva, que eleva el ánimo del que las contempla á las grandes ideas de la creacion. Sin que el viento produzca allí los extraños y pavorosos ruidos que algunos autores cuentan, sin duda por no haber conocido los lugares, es innegable que cuando sopla con fuerza por la parte de levante, y se une al estrépito de las olas que se estrellan con ímpetu en las rocas salientes de la punta, forma grandes torbellinos, sonando con estruendo. Tambien refresca la atmósfera hasta el punto de sentirse frio allí aun en los dias mas calorosos del año. Es penosa la subida de estas cuestas y casi imposible en los altísimos picachos que miran al Mediterráneo.

1 Signal'House.

2 Segun Mr. Bell, el picacho mas alto del monte está entre el Hacho y la torre de O'hara.

Pero de cualquiera de ellas ¡qué portentoso panorama se descubre! ¡qué horizonte tan vario y soberbio y cuántos siglos y memorias pasan por la mente del espectador! Coloquémonos en el Hacho: al Sur, el Estrecho, Africa con el imperio de Marruecos y las costas berberiscas; el monte Abila la otra columna de Hércules con Ceuta en su falda, la antigua Exilissa rodeada de las siete colinas, *septem fratres* de donde tomó el nombre. Al O. Algeciras, la ciudad de Tarik, y junto á su costa las vegas y arenales por donde serpentean los rios Guadarranque y Palmones, que, naciendo en los elevados montes de Ojen y del Castellar, desembocan en la ensenada; las bahías y surgideros de esta, cubiertas de blancas velas, de multitud de barcos que la surcan en todas direcciones; y en la boca del Guadarranque las ruinas de la célebre Carteia, la torre de Cartagena, fortaleza suya, que aun ostenta los restos de sus antiquísimos y venerandos muros; la Línea, Puente Mayorga, el campamento, y al N. San Roque, heredera de la ilustre ciudad, cuyos vecinos huyendo del odioso yugo extrangero se posaron á la vista de sus perdidos hogares para llorar sobre ellos. Al E. la costa del Mediterráneo y todo este mar hasta las aguas de Málaga; los montes de Ronda, y cerrando el magestuoso cuadro las blancas y empinadas cúspides de Sierra Nevada, que cobija en sus faldas aquella deliciosa y pintoresca ciudad, un dia corte espléndida de los Arabes.

Recuérdase en estas alturas el viaje de Hércules rompiendo las montañas y abriendo paso á los mares, los fenicios, griegos, romanos, bárbaros y por último los árabes, dueños sucesivos de estos lugares en los que dejaron estampadas sus huellas. ¡Cuántos combates y cuánta sangre derramada en este mar y en esta tierra por dominar la roca que nos sirve de pedestal, testigo mudo de tamañas empresas! ¿Qué ha sido de aquellos atrevidos navegantes? ¿qué de las ciudades é imperios

que fundaron? ¿A dónde han ido los soberbios conquistadores y famosos guerreros, diversos en habla, religion y costumbres?... Desaparecieron, colocada que fué la piedra que Dios habia puesto en sus manos para el edificio de la civilizacion.

El monte está lleno de concavidades, circunstancia que le mereció el dictado de monte cóncavo que le dá Pomponio Mela quien describe alguna de ellas. Dichos huecos son otros tantos receptáculos del agua llovediza, lo que evita que baje en torrentes y se aneguen sus faldas. La mas notable de cuantas cavernas tiene el monte, es la llamada Cueva de San Miguel situada en la parte del Sur á 437 varas sobre el nivel del mar y que merece una particular descripcion.

Entrase en ella por una boca estrecha que mira al O. y siguiendo una suave pendiente bastante resbaladiza se llega á un espacioso salon, distante unos cien pasos de la entrada, que tiene de ancho 65 varas, en forma de cuadrado, y con 21 de elevacion. Sus bóvedas están sostenidas por colosales columnas de materia cristalizada, con tal artificio dispuestas que nada tienen que envidiar á las obras de la mas selecta arquitectura. Las cristalizaciones del techo, (estalactitas) forman sus chapiteles, y las del pavimento (estalagmitas) sus bases; [1] y como el agua corre de contínuo por este y rodea las bases, adquieren estas cada vez mayor espesura y son tan sólidas que pueden resistir á un terremoto. Tienen la apariencia de pilares góticos, encareciendo su belleza las mil caprichosas figuras que dibuja la yedra entretejida en ellos, y que colgante de los muros en airosos festones crece frondosa con la constante humedad.

A mano derecha de este salon hay una abertura, que

1 De estas piedras cristalizadas, que tambien se encuentran fuera de las cavernas, se pulen y hacen con ellas preciosos juguetes. Dáseles el nombre de *piedra del monte*, suponiendo que es la que en él prevalece. Ya hemos visto que no es así.

da entrada despues de unos veinte pasos á otra segunda caverna, de 17 varas de largo y 5 de ancho, cubierta de piedras raras y de infinitos pilares cristalizados que, como en la anterior, sostienen la bóveda; pero mas menudos y afiligranados que los otros, guardando una notable y vistosa simetría. Mas allá de la cueva ó salon primero se ha conocido siempre una balsa de agua, formada con la destilada por las techumbres y arcos, cuyo depósito parece que servia para abastecer la poblacion, por los vestigios que se conservan aun en la entrada de un muro de siete varas que formaba una especie de dique. Se ha notado que la cantidad de agua es siempre la misma, y esto indica que debe de haber sumideros ocultos, que en la misma proporcion que se destilan, las conduzcan á las cavernas inferiores. Este agua es sumamente fina, fresca y agradable.

Por los años de 1840 fué explorada esta cueva por varios oficiales de la guarnicion y otras personas, entre ellas una señora. El doctor Kelaart [1] que refiere el hecho, oyó de boca de alguno de los exploradores la relacion de su peligrosa aventura. Penetraron estos á mas de 300 piés de profundidad, pasando de caverna en caverna de varias dimensiones: atravesaron estrechísimos pasajes, á gatas muchos de ellos, y valiéronse para bajar de escalas de cuerda. Por último, llegaron á una espaciosa caverna ó salon, en cuyo centro habia un gran charco ó balsa de agua, siendo quizá el receptáculo general éste, de los sumideros de las otras cavernas. Advirtieron en todas las que pasaron los mismos preciosos fenómenos de cristalizacion, que ya hemos descrito, si bien con la diferencia notable de ser estos de un color blanquísimo y brillante, como reservados de la accion del aire, que ennegrece á los de las primeras cavernas, cuya hermosa vista compensaba las fatigas de la explo-

1 Flora cit.

racion. En una de las mas recónditas cavernas encontraron huesos sueltos de cabras, conejos y ratas, pero no observaron ni vieron animales vivos de ninguna especie.

Oigamos ahora á la dama que acompañó por algun tiempo á los exploradores. "Entré primeramente por una abertura á mano derecha: un poco mas abajo entré por otra andando á gatas un buen espacio, llegando á una caverna muy profunda cuyo suelo estaba cubierto de piedras sueltas. Tropezando con ellas y dando de codos contra los trozos de espato cristalizado de los muros, bajando además la cabeza para no herirme con los que del techo pendian, atravesé la caverna llegando á una profunda abertura á cuyo pié se colgó, afianzándola en un pilar cristalizado, una escala de cuerda de la que solo podian distinguirse dos ó tres escalones, pues únicamente teníamos una vela cuya luz apenas alumbraba mas espacio que el de mi cuerpo, no siendo posible llevar antorchas por causa del humo. Por este motivo no pude distinguir hasta donde llegaba la escala, si bien me pareció la bajada de una inmensa profundidad, estando á veces la escála tan pegada á la roca que me era trabajoso colocar los piés en ella, y otras colgante como sobre un profundo pozo. Por último, llegué á terreno firme y atravesando despues un estrechísimo paso dí con una pequeña abertura, hecha al parecer en una gran roca colocada en forma de muro. Aquí me detuve, no siéndome posible ni decoroso seguir adelante con el vestido que llevaba. A este paraje se le dió el nombre de „Tirabuzon" por su figura tortuosa, siéndonos preciso para penetrar en sus angosturas levantar los brazos sobre la cabeza embutiéndonos, por decirlo así, en la roca. No debe quedar duda de que existen aberturas invisibles en algunas cavernas, pues corre el aire por ellas, bastante fuerte, á veces, para apagar las luces."

Hasta aquí el curioso relato de esta valerosa amazona. Sus compañeros creyeron que el aire que se sentia



en estas profundidades procedia de la cueva de Martin, que situada al E. del monte venia á dar sobre el techo de las cavernas que atravesaron. Esto no pasa de ser una suposicion que podrá ser ó no acertada. ¿Habrá sido el cráter de un volcàn, como algunos creen? ¿Llegará la cueva al mar, como otros piensan? El tiempo y mas detenidas exploraciones, tal vez aclaren todas las dudas á que se presta esta verdadera maravilla de la naturaleza. Hay otras cuevas menos notables, como son la ya dicha de Martin, la del Mono y otra sobre la bahía de los Catalanes, que rara vez se visita.

La vegetacion del monte es idéntica á la que se observa en las sierras Carbonera y Bermeja, situadas al N., y tambien á la de los montes vecinos de Africa. Cúbrese de verdura desde las primeras aguas de Otoño, con infinitas plantas y flores silvestres, entre ellas narcisos, junquillos, alhelíes, flores de lis, arrayanes, juncos, romero, cantueso, esparragueras y otras. Igualmente se encuentran higueras, parras, tunas, acebuches y algarrobos de mucha corpulencia.

Los botánicos [1] distinguen varias especies de plantas en el monte, de las que muchas son comunes al Mediodía de Europa; otras al Norte de Africa, algunas al Asia y tal cual peculiar de la roca, como la Iberis Gibraltárica. Indicaremos como muestra algunas especies. En el lado del N., ó sea en la parte que mira al istmo, se encuentra el Ramnuculus bullatus, R. flabellatus, Fumaria capreollata, Brassica papillaris, Dianthus cargophillus y otras. Al O., ó sea en las cuestas que miran á la ciudad, se ven la Silene vellutina, Silene inflata, Lobatera arbórea, Oxalis Cernua, Taraxacum abovatum. Al E., ó sea en la parte que dá al Mediterráneo, Delphicum peregrinum, D. confertum, Fumaria capreolata, Malcoñia broussonetii, Silene bispartita, cratæqus maroc-

1 Dr. Kolaart. Flora Calpensis.

cana, y otras. En la del Sur y punta de Europa, Clamatis cirrohosa, Rannuculus blepharicarpus, Delphinium pentaginum, Glaucium luteum, Fumaria capreolata, F. parviflora, Brassica sinapistrum, Sinapis incana, Rapistrum rugosum, Sinapis alba, Frankonia levis, Iberis gibraltárica y otras varias.

Es tal la fuerza y lozanía de la vegetacion, que aun en las peladas cimas y por las rajas é intersticios de las rocas se ven asomar las plantas. Muchos arbustos y algunos árboles de bastante corpulencia, pertenecientes á las mencionadas clases, hay en las faldas del monte que dan vista á los arenales colorados, y que, muy espesos, formaban antes con otros de diversa especie, alcornoques entre ellos, que se criaban allí, los poblados y frondosos bosques que mencionan los autores antiguos [1] y de los que aun quedaba buena parte en el siglo décimo sesto. Esto no hay que estrañarlo, pues en el dia se ven en sus mas altas y pedregosas cuestas hermosísimos árboles, criados en huertas sobre bancales ó gradas, y por otra parte es prodigiosa la hermosura y magnitud de las flores que se cultivan en los jardines de Europa, prueba clara de cuan á propósito es su clima para el desarrollo de las plantas.

Los animales que se conocen en el dia en el monte son: zorras, liebres y conejos. Antiguamente debieron criarse lobos y jabalíes, cuando habia arbolado para abrigarlos, tal como sucedia en la vecina sierra Carbonera, y pruébalo hasta cierto punto, con respecto á los lobos, el distinguirse un sitio de las crestas con este nombre. El puerco espin si lo hubo, como algunos autores dicen, no se vé ahora ninguno. Hay tambien varias clases de aves; como águilas, perdices, cigüeñas, codornices y otros pájaros de paso. Entre los reptiles que en él se crian abundan las culebras, que son de varios tamaños, pero nin-

1 Avien. Oræ maritimæ.

guna venenosa, y de la clase comun en Andalucía; lagartos, lagartijas, salamanquesas y alacranes, que llaman escorpiones cuya mordedura es venenosa, pero no mortal. 1

Todos estos animales abundan en los montes cercanos; pero goza este del singular privilegio de criar monos en su recinto. Corren estos animales en rebaños de quince y veinte por las crestas del monte, y tienen sus guaridas en sus faldas orientales y algunas veces se han corrido á las de poniente y aun entrado en los jardines y alamedas de la ciudad. Los hay de estraordinaria corpulencia; pero se ha notado la rara circunstancia de no haberse encontrado nunca los esqueletos ni pellejos de estos animales. Acaso cuando mueren los lancen al mar sus compañeros, ó tal vez los escondan en alguna recóndita caverna solo accesible á ellos. ¿Quién ha traido estos animales? ¿Vivian aquí antes de la separacion de los continentes ó fueron introducidos por los árabes durante su larga dominacion? Ambas cosas son probables; pero de cualquier modo, se vé que la temperatura y pastos del monte son favorables á la propagacion de esta especie.

Bajando del monte por la parte del N. encontramos el istmo que lo une al continente, que siendo de arena tiene el nombre de *arenas blancas*, en contraposicion de las otras del S. llamadas *arenas coloradas*. Su estension es de una milla y cuarto, y tiene de elevacion por algunas partes diez pies sobre el nivel del mar. Dispútase si este terreno ha estado antes cubierto de agua; pero son tan débiles las razones en que se apoyan las dos opiniones contrarias que ninguna luz arrojan sobre la materia. Unos, como Carter, 2 aseguran que ha debido

1 De este animal han tomado los naturales de Inglaterra el apodo burlesco con que distinguen á los naturales de Gibraltar, á quienes llaman *Rock' scorpions*.

2 A journal from Gib. to Malaga.

ser así, porque los cimientos de la torre del Diablo que en él está edificada, se encuentran al descubierto. Otros, que como Ayala [1] sostienen lo contrario, contestan que siempre han debido estarlo, pues lo que Carter llama cimiento es una roca saliente sobre la cual se ha fabricado la torre. Nosotros añadimos que sin esto pudo ser descubierto el cimiento por las aguas llovedizas. Sin ir mas lejos en el invierno de 1855 hemos visto navegar lanchas por este espacio convertido en una estensa laguna. Creemos, además, que de haber sido isla alguna vez el monte, algunos vestigios habrian quedado en sus faldas de la carcoma de las aguas, los cuales no se advierten, como tampoco se tiene noticia de haber sufrido variacion la anchura del istmo en los años que registra la historia.

1 Historia de Gibraltar.

CAPITULO II.

Del Estrecho.—Su formacion.—Opinion mas probable.

El Estrecho, llamado hoy de Gibraltar, es el espacio de mar que se estiende ó corre desde la punta de Europa hasta el cabo de Trafalgar, en la costa española, y desde la punta de la Almina hasta el cabo Espartel, en la africana. Su longitud, en la primera de dichas costas, es de diez y media leguas de diez y siete y media en grado; y en la segunda de nueve y tres cuartos. Su latitud, por la embocadura del O., que dá al Occéano Atlántico, es decir, desde el cabo Espartel al de Trafalgar que está enfrente, es de siete leguas. Por la del E., que dá al Mediterráneo, entre los montes Calpe y Abila, ó sea Gibraltar y Almina, es de cuatro; y por el centro, entre Tarifa y las montañas africanas, es de tres; siendo esta la mas estrecha de sus partes.

El Estrecho ha tenido los mismos nombres del monte, objeto de esta historia, llamándose de Hércules (Fretum Herculeum), de las Columnas, de Calpe y Abila, y tambien Fretum Septem y Gaditano, ya por Ceuta, ya por ser entrada de las islas de Gades.

¿Ha existido siempre el Estrecho tal cual lo vemos en el dia, ó bien estuvieron unidos en los tiempos primitivos los continentes europeo y africano? Oscurísima es la cuestion y siendo por otra parte asunto de un tratado especial, nos contentaremos con apuntar algunas ideas, aunque no sean lo bastante para resolverla.

Ayala [1] cree que el Estrecho no existia en los primeros tiempos; y apoya su opinion en los escritores antiguos Strabon, Plinio, Mela y Rufo Festo Avieno. Examinemos estos testimonios.

Strabon, en una disputa científica con los naturalistas Straton, Xanto Lidio y Eratóstenes, sostiene que es probable el suceso por su semejanza con otros de la misma naturaleza, de que creia tener certeza; y apoya su opinion en las vetas de tierra, que casi á flor de agua se veian en su tiempo en el Estrecho, en direccion de Europa á Africa. Plinio y Mela aseguran tambien la escasa profundidad de este, y refieren la tradicion constante, que se conservaba entre los habitantes de estas costas, de haber estado unidos ambos continentes en lo antiguo, hasta que fueron separados por Hércules.

Por último, de lo referido por Avieno en su Oræ maritimæ deduce el autor citado las siguientes conclusiones: primera; que la opinion de los griegos de haber Hércules cegado el Estrecho para dar paso á los ganados de Gerion indica que este era muy angosto y poco profundo: segunda; que, segun Dionisio, fué Tarteso el fin de la Libia; y por consiguiente estuvo unido á ella: tercero; que, segun Demosthenes de Amphipolis, tenia la cuarta parte de anchura que tiene en el dia: cuarta; que era tan poca la profundidad del mar en este sitio, que se vieron obligados los cartagineses y africanos á construir barcos chatos para poder pasar de un continente á otro; y quinta; que, segun Himilcon, ninguno se habia internado en el mar Océano.

Se conoce á primera vista que estos testimonios son de poca monta. Es muy dudosa la existencia de estas vetas de tierra en el centro del Estrecho, que habria

1 Hist. de Gib. pág. 64.
Nuestra opinion en esta materia está conforme con la sentada en los apuntes manuscritos para una memoria sobre el Estrecho, de nuestro entendido amigo D. Roberto de Silva, vice-cónsul portugués en Gibraltar.

producido una violentísima corriente para dar salida á la masa enorme del Océano, orígen de grandes y contínuas inundaciones. Pudiera concederse el supuesto en las cercanías de las costas en donde hoy se ven peñascos é islotes.

Sobre la tradicion fabulosa de Hércules, aunque se considerase como real y verdadera, por aquello de que á veces la mitología esplica hechos naturales, probaria cuando mas que el Estrecho habia existido siempre, supuesto que tuvo este semidios necesidad de cegarlo para pasar al otro continente. Tarteso, si bien próximo á la Libia, nunca fué parte de ella, como se prueba por el establecimiento de los fenicios en la costa española hasta Cádiz, y aun mas allá, confirmado por monumentos auténticos. Tal vez quiso Dionisio, citado por Avieno, decir que Tarteso estuvo cercano á la Libia y que deberia haber formado parte de ella, conjeturando ó presumiendo su union anterior.

Sobre la corta anchura que dice Demon, se presenta la dificultad, ya apuntada, de las corrientes; y sobre la poca profundidad debe haber gran exageracion en lo que afirman, supuesto que los fenicios vinieron de Tiro y navegaron por estos sitios en barcos que eran del mayor porte conocido en aquellos tiempos. Falsa es tambien la asercion de Himilcon, de que nadie habia penetrado en el Océano, pues sabemos que los mismos fenicios habian fundado á Cádiz y navegado por los mares del Norte, exportando de las Islas Británicas estaño y otros productos. Podremos convenir en el progresivo ensanche del Estrecho, debido al contínuo embate de las aguas del Océano, pero no tanto como estos escritores indican, quienes habiendo escrito despues de los fenicios, aun quedan vestigios del establecimiento de estos últimos en sus costas.

Tambien se apoya Ayala en la doctrina de Buffon [1]

1 Theorie de la terre, vol. I.

quien opina que todos los cataclismos del globo, las transformaciones de mares en tierra y al contrario, provienen del contínuo choque de las aguas, flujo y reflujo de ellas, corrientes violentas etc., citando muchos casos de islas sumergidas y golfos formados por esta causa.

Este sabio naturalista, si bien vislumbró la posibilidad de los alzamientos de la costra del globo en la formacion de las montañas, desconoció la teoría hoy aceptada generalmente del fuego interior que forma su centro. Podrá convenir la suya á los hechos naturales en ciertas localidades; pero es difícil, por no decir imposible, esplicar con ella la abertura del Estrecho de que tratamos, y sobre todo la formacion de las montañas.

Así, conviniendo nosotros en que segun todas las probabilidades, han debido estar unidos los continentes europeo y africano, buscaremos en otras fuentes las causas probables de su separacion, y si la época en que esta tuvo lugar fué antes ó despues del Diluvio.

La teoría establecida por los mas célebres geólogos modernos, es, que al enfriarse la masa interior del globo se disminuye su diámetro, y que la costra se contrae ó pliega forzosamente por esta causa, cuya operacion se efectúa por medio de sacudimientos bruscos. Añaden, que los pliegues así formados en cada uno de estos sacudimientos, han debido con arreglo á la ley de simplicidad, que Dios ha impuesto á todas las operaciones de la naturaleza, conservar una misma direccion, siempre paralèla á uno de los grandes círculos de la tierra; resultando de aquí, que todas las cordilleras de montañas formadas en la misma época han debido tener igual direccion.

Partiendo de este principio, el sabio Mr. de Beaumont ha hecho minuciosas investigaciones, que han venido á confirmar la doctrina sentada, viniendo á distinguir por ellas doce épocas diversas de alzamientos entre las montañas de Europa. En la undécima coloca los

Alpes occidentales, el monte Kielfieldt en Escandinavia, y tambien, aunque no de Europa, las costas orientales del Brasil y las occidentales de Berberia. En la duodécima se comprenden los Alpes orientales, varias sierras de España, como la Morena y Nevada, los Balkanes, la parte central del Cáucaso, el Himalaya, la cordillera del Atlas africano y otros.

Convienen tambien los geólogos en que la terrible y general inundacion de los mares, ocasionada por el Diluvio, provino del levantamiento de una parte de la costra del globo que estaba cubierta por las aguas, y conviniendo en que ha habido varios levantamientos se ha suscitado la cuestion de saber cual de ellos ha producido este tremendo suceso.

Comunmente se cree que el alzamiento de la inmensa cordillera de los Andes, que atraviesa de N. á S. toda la América meridional, y que aun conserva un crecido número de cráteres volcánicos extinguidos, produjo la gran inundacion que cubrió el globo con ocasion de las aguas del Diluvio. Segun Mr. de Beaumont [1] esta cordillera presenta el carácter mas estenso y marcado de la configuracion del globo terrestre, de cuyo hecho deduce la probabilidad de que la revolucion, ocasionada por el levantamiento de esta enorme masa, haya agitado los mares hasta el punto de lanzarlos violentamente hácia otras regiones.

Esto así ¿á cual de estos levantamientos podríamos atribuir la formacion del Estrecho de Gibraltar, al comprendido en la época undécima en que se alzaron las costas de Berbería, al de la duodécima en que lo fueron las montañas del Atlas, ó á la del Diluvio en que se levantaron los Andes?

Parece lo mas verosímil, que la formacion del Estrecho debió su orígen mas bien al levantamiento de la cos-

1 Eléments de Geologie de D'Omalius, edic. III pág. 637.

ta de Berbería y á la cordillera del Atlas, que no al de los Andes. Se concibe fácilmente que, alzadas estas costas en la undécima época, y con ellas los Alpes occidentales, y ya tambien en pié las otras montañas en Cerdeña y Córcega, se formase con los profundos valles que dejaron el lecho del Mediterráneo; y que la duodécima, alzando el Atlas y abriendo el canal entre uno y otro continente, se precipitase el Océano cubriendo con sus aguas el terreno que ya estaba preparado para contener al nuevo mar.

En comprobacion de esta hipótesis citaremos lo que D'Omalius dice sobre el orígen de los grandes valles escarpados: "Por último, la hipótesis que atribuye el orígen de los grandes valles escarpados á las grietas ó hendiduras que provienen del enfriamiento ó desecamiento de la costra del globo, seria suficiente por sí sola para esplicar las mutaciones de nivel, sin recurrir al desarrollo de gases ni á las corrientes de materias líquidas; porque se concibe muy bien que cuando esta costra se raja en virtud de la contraccion, la parte que corresponde á la hendidura es mas lijera que las otras que corresponden á sus estremos; de manera que las masas blandas y líquidas que se encuentran debajo de estos, quedando mas comprimidas que las otras de la hendidura, deben refluir hácia su parte inferior y determinar su alzamiento, mientras que sufre una depresion la parte mas distante de la hendidura."

Aunque esta doctrina se refiere á los valles escarpados, como la teoría del repliegue de la tierra es idéntica en todos los casos, tiene una necesaria aplicacion al que nos ocupa. Por ella comprendemos claramente como al alzarse las cordilleras de montañas que dejamos mencionadas pudo su alzamiento ocasionar la depresion de los valles del Mediterráneo y el rompimiento del Estrecho, lo cual no sucede, si atribuimos estos sucesos al levantamiento de los Andes en los tiempos del Diluvio. En el

primer caso, es decir, roto el dique del Océano Atlántico por el alzamiento del Atlas y montañas eercanas, pudo inundar aquel todos los valles del Mediterráneo hasta una altura elevadísima, estendiendo su terrible desbordamiento por todas las llanuras y valles de Oriente, al paso que perturbado el Océano Pacífico y empujado por la alzada de los Andes no hubiera producido estos efectos mas que en las costas orientales y meridionales del Asia.

Por otra parte, en el segundo caso, seria preciso suponer que el continente ocupado por el Mediterráneo, era mucho mas bajo y profundo que las tierras que lo rodean, porque no es probable que una inundacion, aunque inmensa como esta, deprimiese el suelo á tanta profundidad como la que tiene al presente, y que al volver las aguas á su natural nivel, dejasen tan solo al descubierto la península italiana y algunas islas.

Al tratar D'Omalius, del estado del globo en la época del Diluvio, manifiesta que la division que se hace de aquel depende de circunstancias demasiado variables, para que pueda afirmarse con seguridadsi, los continentes de entonces tenian la misma forma que en el dia tienen. Añade que, suponiendo que los Andes se alzaron en el tiempo del Diluvio, debió ser en aquella epoca la configuracion del suelo de Europa y parte del de Africa con corta diferencia la misma que en la actualidad; supuesto que se consideran todas sus principales montañas de formacion anterior á la de los Andes.

Hay mas: los historiadores antiguos, que hemos citado antes, fueron ó naturales ó habitantes de los paises cercanos al Mediterráneo; y si este mar existió siempre para ellos, tambien debió de existir el Estrecho en la forma de ahora, y con poca diferencia en su latitud. De otro modo, si la irrupcion del Océano por el Estrecho hubiese sido posterior al Diluvio, aun dando por sentada la existencia anterior del Mediterráneo, y con un nivel

muy inferior al otro mar, habrian sido siempre terribles sus efectos sobre las costas y paises que lo rodean y debido dejar un recuerdo tradicional en ellos este grande acontecimiento. Prueba es de que no existió, y que el Mediterráneo debió su orígen á la abertura del Estrecho ver que tales recuerdos posteriores al Diluvio no se encuentran en dichos historiadores.

Verdad es, que se han conocido inundaciones parciales en los tiempos posteriores ocasionadas por terremotos violentos, pero ninguna de ellas ha producido las terribles consecuencias que debieron ocasionar las aguas del Océano. Varias han ocurrido en Grecia, que la Mitología ha querido confundir con el verdadero Diluvio bíblico, entre otras, la que tuvo lugar en tiempo de Dárdano, que menciona Nonmo, y aquella que cubrió una parte de la isla de Rodas, y destruyó la ciudad de Cirbé. Diodoro Sículo, que refiere este suceso, dice, que los isleños, previendo esta catástrofe, abandonaron la isla. Él mismo dá cuenta de la que arrasó la de Samothracia, cuyo cataclismo fué producido por la ruptura de las tierras cercanas á las islas Cyaneas, y que, formando el estrecho del Bósforo, lanzó despues las aguas en el Helesponto. Añade que al verificarse esta irrupcion, el mar, despues de inundar una gran parte del continente asiático, cubrió casi todas las llanuras de la Samothracia.

Segun el escritor moderno Virlet, la submersion de esta isla se debe á una causa puramente local, ya por el abatimiento de una parte de ella, ya por un violento terremoto ú alzamiento submarino, semejante á aquellos que dieron nacimiento á las islas Sabinas y otras que refiere Buffon.

Opinamos, pues, que la comunicacion entre el Océano y Mediterráneo por el Estrecho de Gibraltar debe ser anterior al Diluvio, pues aun en la hipótesis de que este suceso coincidiese con el alzamiento de los Andes, nin-

guna alteracion notable produjo esta circunstancia en la forma actual de Europa, mediante á que se distinguen bien haber sido sus cordilleras de formacion anterior.

Observando con detenimiento las que rodean al Mediterráneo, se conoce que la mayor parte de ellas fueron alzadas al mismo tiempo, como lo prueba la breccia ossea y las conchas comunes á todas. Además se concibe perfectamente la posibilidad del desbordamiento del Océano sobre el continente que forma el lecho de aquel por los restos que aun están á la vista, tales como la Italia, Cerdeña, Córcega, Sicilia, Grecia, Baleares, Malta, Candia, Chipre y la multitud de islas que componen el Archipiélago griego.

Y concretándonos á las mismas montañas del Estrecho, examinando su elevacion y estructura y particularmente la enorme de Gibraltar, como separada y desprendida de las otras, nos demuestran que su separacion ó partidura la deben á revoluciones profundas, á alteraciones esenciales nacidas de la masa interior del globo, y no á someras inundaciones ni á terremotos recientes. Por último, comprueban la existencia antidiluviana de nuestra roca, los depósitos de conchas marinas que ya dijimos haberse encontrado en altísimos parajes de ella, y que las aguas del Océano formaron sin duda al ir descendiendo progresivamente para cubrir el extenso y dilatado valle, que ha servido de madre al Mediterráneo.

CAPITULO III.

De las corrientes.—Opinion mas probable sobre el paradero de las aguas que entran en el Mediterráneo.—Mareas.—Profundidad del Estrecho.—Ensenada.—Bahías.—Producciones.

Hay una corriente en el Estrecho que viene del Océano al Mediterráneo, es decir, de O. á E. constantemente, la cual atraviesa por medio del cauce ó canal con una velocidad de cuatro millas por hora, con toda clase de vientos y mareas.

Hay otras dos en direccion inversa, es decir, de E. á O., que corren por las costas de Africa y España durante el flujo ó pleamar, que son de corta estension y fuerza y de duracion escasa.

Por medio de la corriente principal introduce el Océano sus aguas en el Mediterráneo, el cual recibe además las sobrantes del mar Negro, receptáculo á su vez de los caudalosos rios Don, Dniepper, Danubio, Kouban y otros menores. Además van á su seno directamente las aguas de los no menos caudalosos Nilo, Ródano, Tíber, Ebro, Adige y otros mas pequeños; de manera que es inmensa é incalculable la masa de agua que en cada hora está recibiendo por tan diversos conductos.

Se pregunta: ¿á dónde van á parar estas grandes masas, supuesto que el Mediterráneo, que las recibe, no por esto sale de sus estrechos y reducidos límites ni se nivela con el Océano? Espondremos algunas ideas sobre este prodigioso hecho, indicando la opinion que nos parece mas acertada para esplicarlo.

Algunos autores creen en la existencia de comuni-

caciones subterráneas por donde las aguas del Mediterráneo encuentran salida ya para el mar Rojo, ya de este al mar Caspio, y de aquí al golfo Pérsico. Pero sobre nadie haber visto indicios de tales conductos, opónese á esta hipótesis el que siendo mas alto el nivel del Océano, si tales comunicaciones existieran, volverian de nuevo las aguas al Mediterráneo y no al contrario.

Otros suponen una corriente inferior profunda que con las otras dos costaneras y superficiales, que hemos notado, devuelven al Océano lo que este introduce en el Mediterráneo por medio de la gran corriente central. Mr. Halley cree en la posibilidad de este hecho por haber observado uno semejante en los Dunas (costas de Flandes, entre Dunkerque y Newport) en donde segun él, se presume que hay una corriente inferior por la diferencia de la duracion del flujo entre la superficie y el fondo de aquellos mares.

Bory de Saint Vicent, tratando de las corrientes, dice que, por regla general, todas las que parten del grande Océano se dirijen por los estrechos á los mares interiores. Así las que pasan por el de Gibraltar, siguen su curso por las costas setentrionales de Africa, dan vuelta á la Italia y á la Grecia, pasan despues entre la isla de Chipre y las costas de Siria, retroceden hácia el O. paralelas á las de Africa, se hunden en las regiones inferiores del Mediterráneo, del cual vuelven á salir por debajo; de manera que viene á concederse la existencia de una corriente superior y otra inferior entre la punta meridional de España y la estremidad N. del imperio de Marruecos; y añade que un hecho semejante se observa en el canal de Bahama en las Antillas.

Pero esta corriente general y contínua que abarca en redondo todo el Mediterráneo ofrece grandes dificultades, mediante á que está probado que la del Estrecho llega tan solo al cabo de Gata, término de las mareas. Podrá haber alguna corriente local que sea producida por

la configuracion de las costas que el Mediterráneo baña; pero esto es peculiar á determinados sitios sin consecuencias generales.

Otra prueba que se dá de la corriente inferior es un hecho referido por Mr. l'Aigle, comandante del buque corsario Phænix de Marsella en 1712. Este marino echó á pique en el sitio mas angosto del Estrecho y frente á Tarifa un buque holandés cargado de pipas de aguardiente, cuyo buque y cargamento aparecieron cerca de Tánger, á mas de cuatro leguas al O. del paraje donde naufragó y en oposicion á la corriente que viene del Océano al Mediterráneo. De aquí se quiere deducir, que el no haber ido el buque á parar á la costa E., ó quedado enclavado en el sitio en que se sumergió, ha debido provenir de la corriente inferior que lo empujó en direccion contraria. El autor que lo cita dice que el buque naufragado navegaba con direccion al O., y si es así es notorio que, aun cuando reine levante recio, los buques se inclinan á las costas de Berbería ó de España, cuando atraviesan el Estrecho en la indicada direccion, huyendo de la corriente central; por consiguiente es de presumir que, sumergido el buque de que se trata, fuese arrastrado por la corriente costanera, ayudada de la marea y viento, hasta el sitio en donde apareció.

Ayala, que niega la existencia de la corriente inferior, supone que podria haberla en el caso de que el agua tropezase con un obstáculo que la hiciera retroceder; pero que tal obstáculo no se ha descubierto ni encontrado en el centro del Estrecho. Halley y Buffon aseguran tambien que las desigualdades en el fondo del mar y aun las de las mismas costas deben producir contracorrientes en el reflujo de las aguas, cuyo retroceso es una especie de corriente que las circunstancias pueden hacer violenta y contínua. La figura oblícua de una costa, la vecindad de un golfo ó de un rio caudaloso, un promontorio, la prolongacion de una sierra en el mar, en

suma, cualquier obstáculo particular que se oponga al movimiento general producirá siempre una corriente.

Creemos que aun existiendo ese obstáculo en la boca oriental del Estrecho, ya en la punta de la Almina, ya en la de Europa y que de su choque naciese una contracorriente hácia el Océano, esta seria neutralizada en la embocadura occidental del mismo entre los cabos Trafalgar y Espartel. Sucederia esto, no solamente por la gran masa de agua que se agolpa allí, sino por la mayor velocidad que ha de tener en este paraje la corriente superior sobre dicha contracorriente, habiendo perdido esta la mayor parte de su fuerza en su largo y penoso trayecto.

Hay mas: si concedemos la existencia de esa corriente inferior hay que conceder tambien que entre ella y la superior ó superficial debe haber una capa de agua en completo reposo, pues de no ser así, la inferior seria arrastrada por la superior mas veloz que aquella, cuya suposicion se opone á los principios fundamentales de la hidrostática que son: primero; la presion de los líquidos se trasmite de arriba á abajo sobre las superficies horizontales sin perder nada de su fuerza: segundo; esta presion es igual por todos lados: y tercero; es proporcional á la extension de la respectiva superficie. Por consiguiente, con arreglo á estos principios, la masa de agua que entra del Océano, impelida por su inmenso peso, que se aumenta por la diferencia de nivel que hay entre uno y otro mar, comprimida además por las dos costas debe ejercer una fuertísima presion sobre las aguas inferiores, que ha de sentirse en el fondo impidiendo el paso de esa supuesta corriente.

Cierto es, que se ha observado en las desembocaduras de algunos rios caudalosos dos corrientes opuestas, de las cuales una es constante. Stevenson ha notado en el Támesis, mas abajo de Woolwich, que el agua en vez de correr sobre un fondo sólido, corre verdaderamente so-

bre un fondo líquido, formado de las aguas del mar, y cuando sube la marea por el lecho del rio, aquellas empujan hácia la superficie las aguas dulces que siguen corriendo hasta dar en el mar.

Pero este fenómeno encuentra su esplicacion en la diferencia de densidad de las dos aguas. La salada, como de mas peso, ocupa la parte inferior del rio, mientras que mas lijera la dulce y habiendo adquirido mayor velocidad sigue corriendo hácia el mar y de esta manera se establecen dos corrientes opuestas, pero no contínuas, porque si lo fuesen la mas pujante acabaria por dominar la otra, deteniéndola ó arrastrándola con ella.

Esto no puede suceder en el Estrecho, pues las aguas del Océano son tan densas como las del Mediterráneo, ó tal vez mas, por la mezcla de las dulces de los grandes rios que en él desaguan; pero aunque supusiéramos que habia diferencia en la densidad, siempre tendríamos que la corriente, producto de ella, no seria contínua por estar dominada por la corriente superior. Debemos, pues, concluir que es insostenible la hipótesis sobre la existencia de esa corriente inferior, mientras la experiencia no la acredite. [1]

Desechada esta, debemos creer que todas las aguas que entran en el Mediterráneo, ya del Océano, ya de los grandes rios, se pierden con la evaporacion atmosférica, único agente que impide las inundaciones y la nivelacion de los dos mares. Es en el primero de estos activísima la evaporacion, merced á circunstancias especiales. Lindante por el mediodía con la costa de Africa y su inmenso desierto de Zahara, sucede que las corrientes atmosféricas procedentes de estos paises, chocando con

1 Parece que Mr. Laroncc, oficial de la marina francesa, inventó el año pasado un instrumento, con el cual pueden calcularse todas las corrientes en todas las profundidades. Si algun dia, como es probable, se hace la experiencia en el Estrecho se sabrá con fijeza la verdad del asunto que nos ocupa.

las del N. que reinan casi de continuo en aquel mar, elevan á las regiones superiores de la atmósfera las emanaciones aglomeradas en la parte inferior de esta, arrojándolas al interior del continente europeo.

"El viento S. O., dice Mr. Kæmtz [1] que nace en el Ecuador, reina juntamente con el S., que viene de los ardientes desiertos de Zahara, produciendo grandes torbellinos locales, mientras que los vientos del N. son los que soplan en el Mediterráneo. Estos vientos se distinguen por su *sequedad* y *temperatura elevada*; así, cuando la corriente ascendente impele las evaporaciones á las regiones superiores, encuentran este aire seco y no se condensan, tanto mas, si el viento sopla con violencia. El desierto desprovisto de agua y compuesto unicamente de arena y de cascajo es abrasado por los rayos del sol que recibe casi verticalmente, mientras que el Mediterráneo conserva su habitual temperatura. Así en verano el aire se eleva sobre el desierto rápidamente, corriéndose primero hácia el N., en tanto que en la superficie reinan los vientos de este cuadrante los que se estienden hasta Grecia é Italia. Al N. de Africa, en el Cairo, Alejandría y otros puntos casi de continuo se encuentran los vientos del N. segun refieren los viajeros."

Las emanaciones del Mediterráneo deben ser muy abundantes, ya por la templanza de su clima, ya por las irradiaciones nocturnas ó sea la difusion del calor diario procedente de las tierras que lo cercan, lo cual no sucede en los grandes mares que solo reciben los rayos caloríficos durante el dia.

El cálculo de evaporacion hecho por Mr. Halley nos parece exajerado, pues siguiéndolo vendrian á resultar unas 73 pulgadas de pérdida anual. El cálculo generalmente admitido se basa en este principio: la cantidad de agua que todo el mar pierde anualmente por la eva-

1 Tratado de Meteorol. I.

poracion, es igual á un metro de altura tomado de su superficie. Ahora bien, atendiendo á las circunstancias especiales que concurren en el Mediterráneo no seria aventurado señalar una cantidad de 45 á 50 pulgadas de pérdida anual cuya mayor parte es llevada á los continentes cercanos por los vientos del Mediodia. Concíbese sin esfuerzo, que dicha cantidad estraida de una superficie, cuya estension es cuando menos de 54.000 leguas cuadradas, basta para evaporar todas las aguas del Estrecho y demás auxiliares.

Observó el sabio meteorologista citado, que subiendo el valle del Ródano desde las orillas del mar las lluvias aumentan en verano. Lo mismo se ha observado al E. de Francia, y aun en Ginebra. En Roma, en Grecia y en toda la costa occidental de Italia la quinta parte de las lluvias anuales caen en verano y con el viento Sur, que viene del desierto de Zahara; y á medida que se avanza hácia el N. partiendo de las costas del Mediterráneo, las lluvias de verano aumentan progresivamente y las de invierno disminuyen, bajo cuyo aspecto el clima de Turin es idéntico al de Alemania. Lo contrario sucede en Siria, y en las costas de Africa, en que son raras las lluvias en verano y frecuentes en invierno. Todo lo cual prueba la inmensa cantidad de evaporacion que el viento de Zahara arroja á las regiones internas del continente europeo contiguo al Mediterráneo, y tambien que siendo mas abundantes las lluvias de invierno en las costas de Africa que en las opuestas, como son generalmente tierras áridas y sin rios caudalosos, deben absorber una gran porcion de las dichas lluvias, sin que por tanto puedan volver estas al mar.

Viene á robustecer la opinion que sostenemos ver que muchos rios caudalosos desaguan en lagos y mares interiores, sin que estos se desborden nunca; así el Cephifus y otros menores que dan al lago Topolias en Beocia; el Aigi y el Djihou, Sisderia y otros que desa-

guan en el mar de Araal en Tartaria. Lo mismo sucede con el famoso Jordan, que despues de atravesar el lago Tabarich (Genezareth) se precipita en el mar Muerto ó Bahar Suth en Siria, juntamente con el rio Jeib y otros mas pequeños procedentes del Sur; y por último el gran mar Caspio, de unas 15.000 leguas cuadradas de superficie en donde refluyen los dos caudalosos rios Volga y Oural con otros inferiores.

Es, pues, indudable, que la cantidad de agua que introducen estos rios en dichos lagos es de tal manera proporcionada á la estension de la superficie de estos, que la pérdida diaria ocasionada por la evaporacion es con corta diferencia igual á aquella. Por otra parte, pará graduar la magnitud de las corrientes de desagüe que vienen á dar en los lagos, debemos arreglarnos á la anchura de los canales por donde aquellas pasan. De modo que comparando la anchura del Estrecho de Gibraltar, que es de tres leguas en su parte mas corta, con la que pueden tener las cinco gargantas por donde el Nilo desagua, vendremos á deducir que son casi iguales, concluyendo por último, que tanto dicho Estrecho como el de los Dardanelos, los rios Nilo y Ródano y demás mencionados son corrientes proporcionadas á la vasta superficie del Mediterráneo, que sirven providencialmente para compensar las pérdidas diarias que este mar esperimenta con su escesiva evaporacion.

Viniendo á las mareas, nótase en las del Estrecho una estraordinaria irregularidad, que tal vez nazca de las sinuosidades internas de las mismas montañas que lo rodean, ó de las costas, segun se observa en otros estrechos y golfos, ó bien de otros obstáculos que existan en el fondo del canal. Lo cierto es que el flujo ó pleamar se siente en la punta de Europa, que está situada en la boca oriental de este, dos horas antes que en Puente Mayorga, distante legua y media en el centro de la ensenada.

Nos parece oportuno presentar algunas observaciones de los marinos sobre esta materia de cuyo valor se harán cargo los inteligentes en ella á quienes se someten.

„En Tánger y Tarifa, luna S. O. $\frac{1}{4}$: las demás partes de la boca del Estrecho tienen flujo del O. que corre desde los cabos Espartel y Trafalgar por cada lado á lo largo de las costas, con muchá mas fuerza que en el centro hácia el E. hasta la punta de Carnero del lado de España, y la Sierra Bullones del lado de Berbería. En estas dos puntas encuentra el flujo que viene del N. E. cerca de la de Europa, y que corre en la direccion del S. O. hácia la boca del Estrecho, en todo el primer cuarto de marea, y en el resto de la misma, el flujo se establece desde la punta de Europa hasta la de Carnero.

„Cuando la marea está en su plenitud, viene siempre del O. E. entre los dos cabos una corriente que se derrama en la boca del Estrecho de una punta á otra, pero no sigue por ninguna de ellas rara vez mas de media hora. Entretanto, en medio de la boca del Estrecho la corriente camina hácia el E., con mucha fuerza durante el reflujo, y ambas corrientes caen siempre entre la Sierra Bullones y la punta de Carnero por una Luna O. $\frac{1}{4}$ al S.: y en este instante comienza la bajamar en el lado occidental de estas dos puntas corriendo para el Este.

„La bajamar en la costa española camina desde la punta de Carnero un espacio de dos leguas de anchura, desde la tierra hasta la isla de Tarifa; y corre entre una y otra durante todo el tiempo del reflujo á lo largo de la costa hácia el cabo de Trafalgar; pero del lado del S. de la isla el reflujo corre muy contraido, escepto cuando hay bonanza.

„La bajamar del lado de Berbería corre desde la Sierra de Bullones, contrayéndose á lo largo de la costa hasta la punta de Alcázar el Zagüer; pero al O. E. de la

misma, la corriente camina de la Punta de Carnero en la direccion E. S. E. á la boca del Estrecho por la punta de Ceuta; y desde la de Europa la primera mitad del reflujo corre al N. E. hácia el Cabo de la Fuengirola.

Nada podemos decir acerca de la profundidad del Estrecho siendo su canal principal insondable por la violencia de la corriente. Los planos y cartas que de él se han levantado no marcan su fondo, sin duda por esta causa. Si bien debemos creer que este es muy profundo á juzgar por la entrada casi vertical de las montañas en sus orillas.

La ensenada comprende en su ámbito las bahías de Gibraltar y de Algeciras. Forma una especie de herradura cuyos dos estremos son la punta de Europa y la de Carnero, distantes legua y media una de otra, que es la longitud de la boca que sirve de entrada á ella. Siguiendo el arco ó circunferencia partiendo del monte, y pasado el itsmo, encontramos á unos mil pasos la Línea nueva poblacion, asentada en la antigua línea española de fortificaciones con buenos castillos de defensa, que mas adelante mencionaremos. Siguiendo la costa está el Campamento, pequeña aldea situada en el parage del campamento que ocupaban nuestras tropas en 1782; despues, Puente Mayorga, aldea de pescadores, y como á cuatro mil pasos del monte las ruinas de Carteia, en el cortijo y tierras del Rocadillo en la desembocadura del rio Guadarranque.

A media legua está la del Rio Palmones, y entre uno y otro hay una torre llamada Entre-dos-rios: sigue otra de la misma clase llamada la Almiranta, y despues Algeciras á una legua de Palmones. Viene despues el rio de la Miel que corre junto á las mismas tapias de la ciudad, y á un cuarto de legua en la misma direccion la caleta de Getares, y próxima á ella la torre de San García. Vénse varias calas y en las alturas de ellas la torre nombrada de Cuatro-esquinas, y por último la

punta de Carnero que se avanza hácia el Estrecho mucho mas que la de Europa.

Tal es la ensenada cuya longitud N. á S. ó sea desde Puente Mayorga, tirando una línea paralela á punta de Carnero, es de dos leguas y poco menos de latitud ó sea de E. á O., es decir, de Gibraltar á Algeciras. Como se necesita un viento fijo para la navegacion del Estrecho, sirve esta ensenada de escala á todos los buques de vela que lo atraviesan, ya vengan del Océano ó del Mediterráneo, anclando con este objeto ó en las bahías ó en los surgideros.

La bahía de Gibraltar ofrece uno bueno desde la distancia de mil varas de las murallas de la ciudad hasta la de media legua al poniente y norte, en seis brazas de agua hasta setenta y cinco con fondo de arena, abrigada contra el E. y N. O. E. La de Algeciras por el contrario está espuesta á estos vientos y resguardada del O. Pero el mas cómodo y espacioso surgidero es el de Puente Mayorga, que abraza casi todo el frente de la ensenada comprendido entre el rio Palmones hasta la costa del itsmo, y en donde pueden guarecerse al abrigo de todos vientos sobre doscientos buques de alto bordo, en diez brazas hasta setenta y cinco con fondos limpios.

La ensenada ha sido siempre muy abundante en pescados. En los tiempos antiguos fueron célebres y nombradas las pesquerías de Carteia, fuentes de su riqueza y con las que abastecia la Italia, Grecia y otros puntos del Mediterráneo. Eran con especialidad notables sus almadrabas para la pesca del atun. Este pez enorme que tiene siete pies de largo, como es sabido, pasa el invierno en el Océano, y el verano en los mares interiores del Mediterráneo, como el Negro y el Caspio, y emplea las estaciones medias en viajar, ó para desovar en aguas mas dulces; ó mejor, como algunos dicen, para gozar de un clima mas templado como sucede á los pájaros de paso. Ello es, que se ven forzados á atravesar

el Estrecho y pasan en numerosas cuadrillas, cayendo entonces en las redes de las almadrabas artificiosamente dispuestas para esto.

Pero en el dia, no hay almadraba alguna en la ensenada, pues huyen de ella estos animales sin duda por estar llena siempre de barcos, especialmente de vapores, cuyo estrépito y ruido los auyenta de estos sitios. Hay, sin embargo, una en Ceuta y otras en varios puntos de la costa occidental española como Zara y Conil; pero no son tan abundantes como en tiempos no muy remotos, habiendo decaido notablemente esta antes tan lucrativa grangería.

Hay varias especies de pescados, como sardinas, besugos, chernas, salmonetes, meros, pescadas, bonitos (de la familia de los atunes), morenas, anguilas, pargos, bodiones y safios, que se pescan en las rocas cercanas á las orillas y que es pescado sabrosísimo y delicado, lenguados y otros. Se encuentran tambien diversos mariscos, como langostas, bogabantes, morcellones y ostiones.

Pero tanto los unos como los otros, son menos sabrosos que los que se crian y pescan del lado allá del monte en la costa del Mediterráneo, sin duda por el mayor embate que tienen allí las aguas y limpieza de las corrientes. Los del centro de la ensenada y bahías, tienen un sabor fangoso que en las llamadas brecas viene á ser del todo amargo. Por último, de algunos años á esta parte hay gran escasez de pescados, siendo al parecer la causa el aumento de la navegacion en la ensenada y Estrecho.

CAPITULO IV.

Pueblos antiguos de la ensenada de Calpe, y de la costa española del Estrecho.—Su correspondencia con los modernos.—Carteia.—Su fundacion y si pudo ser Társis.—Expediciones de los griegos de Samos, de Necó, rey de Egipto y de los Focéos.—Argantonio.

En la ensenada de Calpe no conocieron los antiguos[1] ni hubo mas ciudad que Carteia, y entrado ya el Estrecho, en la costa española, estaban Melaria, Belon, Besipo y el promontorio de Juno, llamado así, por tener esta diosa un templo en aquel sitio.

Carteia estaba situada en la desembocadura del rio Guadarranque[2], Melaria[3] segun la opinion mas probable estuvo en el sitio que hoy ocupa Tarifa ó en sus cercanías. Belon, en el que hoy se llama de Bolonia, mas allá del rio Barbate, que corre por las faldas de la coli-

I Descripcion de Pomp. Mel. de E. á O.

"Calpe....sinus ultra est, in eoque Carteia (ut quidam putant aliquando, Tartesso) et quam transvecti ex Africa Phænices habitant, at que unde nos sumus. Cingente freto Mellaria et Bello, et Bessippo usque ad Junonem promontorium oram freti ocupant."

Léese tambien haciendo punto en Phænices habitant y empezando. At que unde nos sumus, et cetera. Cap. VI. lib. 11.

La de Plinio de O. á E. es decir, á la inversa, es: Promontorium Junonis, Portus Bessippo, oppida, Bellon, Mellaria: fretum ex atlántico marí, Carteia, (Tartessos à Græcis dicta) mons Calpe... lib. III. cap. 1.

2 Nombre árabe que significa rio de las Yeguas, siéndole impuesto por ellos por las que sin duda vieron en sus riberas al desembarcar en estos lugares.

3 Llamada así por la excelente miel, que aun en el dia vemos que se cria en todo el territorio desde Algeciras á Tarifa

na sobre que está edificada Vejer de la Miel, y que en lo antiguo era el rio Belona. A orillas del mar, y próximo á los altos de Meca debió estar Besipo, siendo el promontorio de Juno el que hoy lleva el nombre arábigo de cabo de Trafalgar.

Se ha querido suponer que además de estas poblaciones habia otra entre Carteia y Barbésula llamada Julia Traducta ó Tingi Cetraria, suposicion originada de la errónea lectura dada al pasage de Mela, que como nota va copiado. Pero no hay duda alguna de que Julia Traducta estaba en la Mauritania. Segun Strabon [1] habia en la costa española frente á Tingi (Tánger) una poblacion llamada Zelis, y los romanos la transportaron, ó sean sus habitantes, á la parte opuesta, tomando vecinos de Tingi, que unidos á los que se habian trasladado formaron una ciudad llamada Julia Joza, es decir, transportada. Con el tiempo se agregaria á Tingi, llegando á un estado tan floreciente que Claudio la hizo colonia bajo el dictado de Traducta Julia.

Portus Albus, señalado en el Itinerario de Antonino, debió estar en el sitio, donde existe hoy el embarcadero de Palmones, pues conviene la distancia que se señala en aquel desde Carteia. Tal vez tomó el nombre de la blancura de los saladares ó salinas que así entonces como ahora hay en este parage. Al abrir los caños de estas hace pocos años se descubrieron los cimientos romanos de las antiguas.

Ni en Algeciras, ni en Villavieja (Algeciras la vieja) hay vestigios de poblacion romana. El acueducto y restos de muralla que se ven en sus alrededores, pertenecen á la ciudad árabe que fundó Tarik, y que renovó y agrandó hasta las orillas del mar, el famoso Jussuf Ben Tachfin, el de Zacala.

1 Lib. III. Ayala cit. pág. 97. niega haber habido tal Julia en España. Mados la coloca equivocadamente en el sitio que hoy ocupa Algeciras.

Barbésula, estaba en la desembocadura del rio Guadiaro[1] (rio Barbésula) á dos leguas y media de Calpe, en donde hoy aparecen ruinas, inscripciones y medallas. Cada dia se va aclarando la situacion precisa que ocupaba esta ciudad. Hoy podemos decir que se estendia por los cortijos llamados, grande de Guadiaro, Cañuelo y sitio de la Venta de Guadiaro que está enclavada en las tierras de aquellos.[2]

El monte Calpe no tenia poblacion, si bien en el Itinerario de Antonino, se designa á Carteia como Calpe-Carteia; y en las primeras ediciones de aquel se señalan tambien dos ciudades, una Carteia y otra Calpe; pero á la misma distancia, lo cual viene á probar que es una sola. Además, el monte Calpe, aun suponiéndolo poblado, no podia figurar como pueblo de tránsito en un viage de Málaga á Cádiz estando á trasmano; así es claro que en el Itinerario se trataba de Carteia la del Guadarranque.

La prueba mas concluyente y decisiva de que no ha tenido poblacion el monte—además del testimonio de Mela y Plinio, y de casi todos los modernos que se han ocupado de esto—es, que practicadas en él infinitas es-

1 Wal-diaro, rio de las Casas.

2 Hace pocos años he copiado una inscripcion en el cortijo grande: dice así: Sex Fulvius Lépidus et Fulvia Sex... verant... amonis ædiculam de sua pecunia curavit. D. D. D.

En frente del caserío de dicho cortijo hay un cerro y en su cima una boca por la que puede bajarse cómodamente por una escalera, que conduce á una galería subterránea, que al parecer debe prolongarse hasta el rio. Rodean el cerro cuatro lienzos de muralla formada de piedra de sillería ya casi derruida. En la puerta principal de la muralla se encontraron dos lápidas que están embutidas en la portada del caserío del cortijo con las siguientes incompletas inscripciones: J. Cretio. Mar. Cervia. Marteio Piisim. Mater acce. ab Ordine hic de sua pecunia. D. D—La otra—C. Cervio Quintiano qu.. II vir huic ordo splendidissi statuam dec. cer. honorat osirv. pathon. cep. D. S. P. P. D.

Tambien se encontró otra piedra sepulcral con esta incripcion: Rexina cupari vixit annos XXII res in pace....

Se han descubierto baños, medallas de varios Emperadores, conchas grandes con pintura de púrpura petrificada y otros objetos; y en mucha abundancia ladrillos y piedras cortadas.

cavaciones, perforándolo, por decirlo así, por todos lados, sin que haya quedado rincon por investigar, no se ha encontrado rastro alguno de poblacion anterior á los árabes, que fueron sus primeros pobladores.

Carteia, pues, era la única ciudad de la ensenada, emporio del comercio de ambos mares y famosa por este concepto en la antigüedad. Es conveniente y oportuno decir algo acerca de su historia, que es la de la ensenada de Calpe, necesario prólogo de la nuestra.

Ya hemos dicho en donde estaba situada; y sobre el espacio que debió ocupar hablaremos cuando se describan sus ruinas. Mucho se ha discurrido sobre su situacion y bien ociosamente por cierto. Algunos, creyendo que el océano no llegaba hasta el monte Calpe, y leyendo en Mela, Plinio y Livio[1] que Carteia estaba en el sitio en que pasada la garganta del Estrecho comienza el mar á ensancharse, viendo que el primer ensanche ó ensenada era la de Tarifa, la colocaron allí, sin tener en cuenta que esta no tiene bahía ni puerto, y que Carteia poseia ambas cosas; concordando mucho menos esta situacion con la distancia de Calpe señalada por los geógrafos antiguos. Esto por lo que hace á los que han escrito sin conocer los lugares.

Los que han visitado esta costa, ateniéndose únicamente al Itinerario de Antonino, y no haciendo caso de los de Mela y Plinio, jueces mas competentes, han querido á todo precio dar colocacion á la supuesta Calpe que en el del primero se nombra. Así, han colocado á esta en el Rocadillo, es decir, en el verdadero sitio de Carteia y á Carteia en Algeciras.

Uno de estos[2] variando las palabras de Mela y leyendo *specus* por *sinus* viene á concluir que siendo *specus*, *eminencia*, esta no puede ser otra que la de Algeciras.

1 In ora occeani sita est, ubi primum e faucibus augustis panditur mare. Lib. VIII. cap. XV.

2 Fariñas del Corral ms. de la Academia año de 1663.

Añade dos singulares razones: 1.ª que en algunas piedras labradas que de Algeciras se llevaban para edificios de Gibraltar se veian inscripciones romanas: 2.ª que criándose en Carteia morcellones y ostiones de gran tamaño tambien los hay en Algeciras. Luego aquí estuvo Carteia.

Estas razones, como se ve, no tienen fuerza. Siendo los cantos de las inscripciones realmente de Algeciras y no de las ruinas, siempre pertenecerán á estas, pues Algeciras fué edificada con estas ruinas, así como Gibraltar; y tan abundantes eran que han sobrado tambien para San Roque, poblacion modernísima. Los mariscos se crian con la misma abundancia en toda la ensenada. Por último, si Carteia era la ciudad mas próxima á Calpe, no podria serlo colocándola en Algeciras, pues tenemos las ruinas del Rocadillo antes que aquella. Esta razon es concluyente y á nuestro parece corta toda disputa.

Un autor inglés, Mr. James, que visitó prolijamente estos lugares, conviniendo en que Carteia estuvo en el Rocadillo, llevado no obstante del afan de las concordancias, supone que las ruinas abrazaban tres ciudades, Calpe, Carteia y Heraclea; y señala á su sabor y á compás el terreno que ocupaba cada una de ellas. Esta hipótesis es absurda, pues tendriamos tres ciudades populosas en una circunferencia de legua y media.

Los tres nombres significan la misma cosa. Carteia vino de los fundadores, Heraclea de los griegos, Calpe del famoso promontorio que le daba sombra. Esto nada tiene de estraño, pues en el dia vemos que se dá el nombre de campo de Gibraltar á un territorio de ocho leguas.

Vengamos ya á su historia. Los fenicios, primeros colonizadores de la Bética, fueron los fundadores de Carteia. Los escritores romanos atribuyeron su fundacion

á Hércules,[1] sin duda porque sus fundadores la llamaron *Melkarth* ó *Melkarteia*, palabra que significa Rey de la ciudad, Dios adorado en Tiro, probablemente su fundador y rey, y que corresponde á la divinidad que los griegos llamaron Heracles ó Hércules. Así, cuando estos visitaron despues á Melkarth y comerciaron con ella le llamaron Heraclea, traduciendo el nombre fenicio sin que este se perdiera, hasta que decayendo su comercio se dió al olvido el nombre, quedándole el primitivo que los romanos adoptaron acomodándolo á su idioma, y de aquí *Karteia* y despues *Carteia.*

Además del nombre, comprueban su orígen las medallas que se han encontrado en sus ruinas. Las legítimas fenicias[2] son idénticas á las de Cádiz. Las otras acuñadas durante la dominacion romana tienen los mismos símbolos y figuras que las de Sidon y Tiro, con escepcion de la palma, atributo especial de esta última y que Carteia sustituyó con el tridente.

Con alguna probabilidad podremos señalar la época de la fundacion de Carteia, teniendo en cuenta la de Gades. Esta se fundó segun Veleyo Patérculo[3] próximamente á la época en que lo fué Utica, que tuvo lugar muy cerca del reinado de Codro; y Aristóteles[4] ha recordado la fecha de la fundacion de Utica, asegurando que así estaba escrito en los anales fenicios. Esta fecha es de 270 años antes de la fundacion de Cartago,

1 Strabon lib. III. dice: El monte Calpe queda á la derecha de aquellos que navegan fuera de nuestros mares (el Mediterráneo), y á cuarenta estadios de él está situada la memorable y antigua ciudad de Carteia, fundada por Hércules....

Mr. Carter, que se ha ocupado mucho de Carteia hizo grabar tres medallas de Sidon y Tiro, antiguas ciudades fenicias, cuyas medallas pertenecian al gabinete de Mr. Pellerin de París. Son semejantes á las de Carteia, con la diferencia que las de esta tienen el tridente en vez de la palma que era atributo especial de Tiro.

2 Tenemos dos sacadas este año de las ruinas, exactamente iguales á las de Cádiz, con peces, inscripciones y maza de Hércules detrás del busto del mismo.

3 *I* 2.

4 De mirab. c. 146. Heeren Phœniciens vol. II.

por consiguiente la fundacion de Gades debió ser en 1100 años antes de J. C., ó sean 100 años despues de la guerra de Troya.

Ahora bien: como los fenicios acostumbraban elegir islas para sus establecimientos mercantiles, se presume haber sido Gades uno de los primeros que tuvieron en la costa bética, y con harta razon debe presumirse tambien, que Carteia fué una de las primeras fundaciones despues de Gades, ya como punto de escala en la ensenada de Calpe para el paso del Estrecho, ya como depósito de comercio. No creemos, pues, desacertado fijar como probable la fundacion de Carteia, sobre el año 1.000 antes de la era cristiana, si bien fundada despues Cartago y aumentado el comercio entre Gades y las colonias de Africa, pudo alcanzar Carteia un grande incremento de riqueza y poblacion, apareciendo ya como ciudad notable en 840, época señalada por algunos como la de su fundacion.

Los escritores latinos[1] dicen que Carteia fué llamada por los griegos Tarteso, sin duda, por haber sido edificada en el sitio de esta antiquísima ciudad. Tarteso viene de Tarseium y este de Tarsis[2] segun opinion de muchos. Pero este nombre Tarteso ha sido aplicado con variedad por los escritores, asegurando unos, haber existido tres ciudades con el nombre de Tarteso; otros hablan de un rio con la denominacion tambien de Tarteso, de una isla y hasta de una comarca en fin del mismo nombre.

Siendo este vago é incierto, como todos los de la geografía antigua, la variedad que se nota en su aplicacion basta en el concepto de un profundo escritor moderno para fijar su significado. Las naciones orientales que nada supieron de los misteriosos fenicios consideraron estos paises como tierras lejanas del occidente sin

1 Mela y Plinio en los pasages citados.

2 Heeren Phænic. vol. II.

que ninguno pudiese dar informes mas circunstanciados acerca de ellos; pero en la geografía mercantil fenicia se entendió indudablemente por Tarteso toda la parte del mediodía de España, que estaba sujeta á su dominacion, siendo un término indefinido probablemente como el de Indias occidentales entre los modernos. Así, se cuentan rio, isla y ciudades de este nombre, porque de todo esto habia en el espresado territorio.[1]

Entendieron los antiguos por rio Tarteso el Bétis, que corria al mar por dos brazos, formando una isla en el centro en donde colocaban la ciudad de Tarteso como el primero de los establecimientos fenicios; pero estendiendo estos su dominacion, se estendió tambien el nombre; y así vemos un distrito Tarteso de bastantes leguas y muchas poblaciones.

Aplicóse, pues, el nombre á Gades, á esa otra ciudad de la isla del Betis y á Carteia. Pero en el caso de fijar ciudad determinada, si la de Tarteso fué un emporio opulentísimo, al decir de los griegos, creemos que esta calificacion á ninguna cuadraba mejor que á Carteia. En la boca del Estrecho, con un cómodo y seguro puerto y con Africa enfrente parecia por su misma situacion destinada á ser una ciudad mercantil de la mayor importancia. Nos parece, pues, que en la hipótesis sentada, debió ser esta la verdadera Tarteso, sin que sea menester recurrir á la del Maestro Flores, quien supuso que destruida la primera Tarteso de que habló Strabon, vino á refundirse en Carteia.

Tambien han creido algunos[2] que fué esta aquella Tarsis de la Escritura á donde venian cada tres años las flotas de Salomon y de Hiram rey de Tiro por plata, oro, colmillos de elefante, monos y pavos reales.

Társis y Ofir han sido nombres sobre cuya signifi-

1 Heeren ib. Strabon lib. III. Avieno ora 226:265.

2 Caster, los PP. Mohedano, Monseñor d'Abranches.

cacion se ha controvertido mucho, quedando al cabo tan oscura como antes. Algunos modernos [1] han entendido por Társis el mar en general y por barcos de Társis, barcos de mar. Esta interpretacion es vaga y absurda, pues de admitirla, cualquier mar, ya el Negro, ya el Adriático seria Társis, y cualquier punto á donde se navegase seria Társis.

Otros creen que significando la palabra hebrea Tarshih *mercader* ó *mercancía*, Társis debe significar todo lugar de comercio, y bajeles de Társis, bajeles de comercio, lo cual es tan vago como lo anterior. Otros, por último, han pensado que Társis no era un lugar determinado sino una region comprendiendo ciudades é islas como Tarteso.

Sobre Ofir ha venido á suceder cosa parecida. De los modernos, unos han creido que era el mismo lugar que Társis: otros [2] lo colocan en el golfo Pérsico en las islas de Bahrein, en donde hay un sitio llamado Harrah, que parece haber sido el antiguo Gerrha: y otros, en fin, en el pais de Ontan. Tambien se le coloca en la península de Malaca, dando el nombre de Chersoneso de oro á la antigua Trapobanes, hoy Ceilan. Y por último, algunos han creido que estaba en la costa oriental de Africa en Sophir ó Sophala, á 21 grados de latitud austral.

Sea de esto lo que fuere, en cuanto hace á nuestro propósito, podemos conceder que Tarteso venga de Társis; pero se presentan dificultades para creer que aun en la hipótesis de ser Carteia la antigua Tarteso fuese la Társis de la escritura. Hay, en primer lugar, una grande en los productos que venian á buscar las flotas: la plata abundaba aquí; el marfil pudo venir de Africa; y monas, aun en el dia las vemos; pero los pavos reales son nativos de la India, segun aseguran los naturalistas, y de allí

1 Gosselin, Vincent, citados por Heeren. Indiens vol. III.

8 Dr. Seetzen y Edrisi en Heeren ib.

fueron por primera vez llevados á Grecia por Alejandro, despues que la conquistó.

Pero prescindiendo de esto, la mas grave dificultad que ofrece dicha hipótesis estriva en que, partiendo las flotas de los reyes aliados del puerto de Asiongaber en el mar Rojo, habrian debido rodear el Africa para llegar hasta aquí y volver á allá otra vez, viaje al parecer imposible para los endebles juncos de Salomon, navegando contra el viento y las corrientes en la mayor parte del camino, y obligados á doblar cabos tan peligrosos como el de Buena Esperanza.

Si como algunos creen [1] el Rey sabio tenia dos flotas, una que navegaba por el Mediterráneo partiendo de Joppe ó de Tiro para venir á Társis; y otra que saliendo del mar Rojo se dirigia á Ofir, entonces podriamos creer que el Társis de la escritura estaba en la antigua costa de Tarteso, y que era acaso la ciudad que llevó este nombre.

Vengamos ahora á las espediciones de estrangeros á estas costas, que refiere la historia. La primera fué de los griegos de Sámos, sobre 630 años antes de J. C. cuyo viaje fué debido á la casualidad. Heródoto lo refiere así: [2] "Un bajel de la isla de Sámos mandado por el piloto Coleo, regresando á su pais de vuelta de Egipto, acosado por los temporales buscó abrigo en la bahía de Platea en la isla de Libia. De aquí Coleo dirigió el rumbo hácia las costas de Egipto; pero á poco de separarse de la isla, se levantó un furioso viento de levante que lo arrojó á pesar de sus esfuerzos mas allá de las columnas de Hércules, sin haber aflojado el viento has-

1 Les passages que l'on cite du livre de rois et des paralipomenes, pour en conclure que la flotte de Thársis partoit d'Asiongaber, ne le disent point: et il est plus naturel et plus raissonable d'entendre dans les paroles mêmes de l'Ecriture, une distinction réelle entre ces deux voyages, que de donner lieu à une contradiction, dont on ne sait comment sortir. Jaucourt, Enciclopedie tom. 33.

2 Lib. III. por Larcher.

ta llegar á Tarteso. Como era la primera vez que venian á este lugar mercaderes estrangeros, vendieron sus mercancías á tan alto precio, que vueltos á Sámos dedicaron seis talentos,[1] que era la décima parte de la ganancia, á sus dioses; y fabricaron con este dinero un vaso de bronce rodeado de cabezas de grifos, sostenidos por tres colosos arrodillados, de siete pies de alto, que colocaron en el templo de Juno."

Pasó tambien por aquí la espedicion que Necó II, hijo de Psamético, rey de Egipto, envió por los años de 609 antes de J. C. con objeto de descubrir el Africa, y que cuenta de esta manera Heródoto: [2] "Necó, rey de Egipto, es el primero que sepamos haber descubierto si el Africa estaba rodeada de mar. Cuando abandonó la obra del canal que debia conducir las aguas del Nilo al golfo Arábigo, ordenó la partida de bajeles con marineros fenicios con encargo de entrar á su vuelta por las columnas de Hércules al mar septentrional ó sea Mediterráneo, y seguir su ruta de esta manera hasta Egipto. Los fenicios habiéndose embarcado en el mar Erytreo (Rojo) navegaron hácia el mar austral. Cuando llegó el otoño desembarcaron en aquel paraje de la Libia, en donde se encontraban y sembraron trigo. Esperaron á que madurase y recojida la cosecha se volvieron al mar. Habiendo viajado así por espacio de dos años, al tercero doblaron las columnas de Hércules, dando la vuelta á Egipto. Refirieron á su llegada que, al navegar al rededor de la Libia, habian tenido el sol á su derecha, lo que nò parece de ningun modo creible, puede ser que lo sea para algun otro. Fué así que la Libia se conoció por primera vez....."

Heródoto no pudo creer que los fenicios tuviesen el sol á su derecha, es decir, al Norte en el curso de su navegacion, y sin embargo debió suceder así cuando pa-

1 7010 pesos fuertes. Su ganancia fué por consiguiente de 70.100 pesos.

2 Lib. I.

saron la línea equinoccial; y esta notable y preciosa circunstancia, como dice su sábio traductor Larcher, desconocida en un siglo en que la astronomía estaba en mantillas, es la prueba mas evidente y auténtica del viaje.

Vinieron despues los griegos de la Focea, capital de la isla de Jonia, que empezaron á comerciar en estas costas sobre 73 años despues del viaje de los de Sámos, llegando á Tarteso sobre 557 años antes de Jesucristo. Fueron recibidos con estraordinario agasajo por el Rey del pais quien les ofreció tierras para establecerse en sus dominios cuya oferta rehusaron; é insistiendo en dar la vuelta á su ciudad, amenazada por Creso[1] Rey de Lidia, los regaló con tanta esplendidez, que con la plata que llevaron pudieron edificar una fuerte muralla al rededor de Focea.

De la relacion de este viaje de los foceos, se deduce que Carteia, suponiéndola capital de Tarteso, tenia rey propio y por consiguiente se encontraba fuera del dominio fenicio.

Poco sabemos de las relaciones que mediaban entre Tiro y sus colonias, pues esta materia anda envuelta en

1 El Illmo. Sr. D. Juan Bautista Scandella, Obispo de Antinöe y actual Vicario Apostólico de Gibraltar, en su excelente y erudita Memoria sobre los establecimientos griegos en la península ibérica, leida en la Academia de Filomatici de Corfú, dice: que en consonancia con Larcher, debe leerse en Heródoto en vez de *incremento del Medo*, *incremento del Lidio*, es decir, Creso; por consiguiente hay que adelantar la época de la venida de los foceos algunos años mas de los que señalan Scaligero, Patavio y otros; siendo en vez de 544 que estos designan el de 557 antes de J. C. La enmienda se apoya en un fundamento sólido, pues segun observa Larcher, los foceos de la Jonia habian fundado 20 años antes de la invasion de Arpago, la ciudad de Alalia en Córcega, en cuyo tiempo Argantonio estaba muerto. Larcher colcca la muerte de este rey, cinco años despues de la toma de Focea, por consiguiente los foceos que tan obsequiados fueron por este rey, debieron abandonar su patria por otra invacion estranjera, anterior á la del Medo Arpago, y esta no pudo ser otra, que la de Creso, rey de Lidia, narrada en Heródoto y que conviene perfectamente con la época de la venida de los foceos á España.

grande oscuridad. Los escasos vestigios que nos han quedado, aunque imperfectos, nos dan á conocer que los fenicios se presentaban primeramente como comerciantes sin tener establecimientos fijos,[1] hasta que estendiendo y estrechando sus relaciones con los habitantes del pais los formaban para seguridad de su comercio.

Ignórase si las colonias así formadas eran desde su principio dependientes de Tiro. Parece que debió ser así, si se atiende á que el principal objeto de ellas era la esplotacion de las minas, y cierto que no hubiese sido esta industria una de las fuentes mas perennes de riqueza para Tiro, á no haber tenido sujetos á su dominio los colonos que las labraban. Andando el tiempo, las continuas emigraciones de la metrópoli y su mezcla con los indígenas pudo producir el mismo resultado para aquella. Idéntico sistema de colonizacion siguen en el dia los ingleses, verdaderos fenicios de nuestros tiempos.

No era sin embargo muy dulce el yugo de la metrópoli, segun lo indica un pasage de Isaias, quien, profetizando la caida de Tiro, esclama. „¡Pasa como el Nilo, ó hija de Thársis, libre ya de las ligaduras que te amarraban!„ Esta hija de Társis parece que debió ser Carteia. Pero si esta, como las demás colonias fenicias del mediodia de la Iberia fueron desde su creacion dependientes de Tiro, poco duró esta dominacion, pues ya hemos visto que al llegar los foceos la encontraron regida por un monarca independiente. Este se llamaba Argantonio.

Se ha discurrido mucho sobre la edad, orígen y dominios de este Rey. Heródoto[2] á quien han seguido los mas autorizados escritores latinos le dan 120 años, habiendo reinado 80. De aquí deduce el erudito Sr. Obispo citado, despues de comparar las fechas de los viajes de los samios y foceos, que bien pudo ser Argan-

1 Diod. I.
2 Lib. I. Anacreon le dá 140: Plinio 120: Silio Itálico 200. Lib. III. vers. 398.

tonio uno de los primeros. Si no es así, al menos parece que su orígen debió ser griego, como lo indica su nombre, y mas que todo la espléndida é inusitada liberalidad con los de aquella nacion para que atendiesen á la defensa de su patria.

No es desacertado creer que Carteia fué la córte de Argantonio. Gades no pudo serlo, pues su gobierno fué republicano desde su fundacion; tampoco esa oscurísima ciudad de la isla del Bétis, de la que no han quedo vestigios. No habia, pues, ciudad marítima notable en la Bética, sino Carteia, en la época de la llegada de los foceos.

Argantonio debió reinar, segun parece probable, en todo el territorio de los bástulos. Esta raza mixta se formó de los túrdulos ó turdetanos, aborígenes de la costa bética cuando llegaron á ella por primera vez los fenicios, y de los otros que vinieron de Cartago. Los bástulos eran los pueblos mas cultos de la Península, y su idioma era conocido con el nombre de bástulo-fenicio, compuesto del celtíbero que era el de los turdetanos.

CAPITULO V.

Carteia bajo la dominacion cartaginesa y romana.—Su destruccion por los vándalos. —Su verdadera situacion segun indican sus ruinas.—Descripcion de estas.

Aunque Cartago se fundó despues de otras colonias fenicias, llegó á ser la primera y mas importante de todas ellas. Independiente desde su principio de Tiro y con gobierno propio, de raza fenicio-africana, guerrera y comerciante, arrastrada por ese deseo de conquistas que aqueja á todas las grandes repúblicas, y que aun conservan las modernas, estendió su dominacion por todas partes y aun quiso disputar el imperio del mundo.

Parece que por muchos siglos mantuvo establecimientos coloniales en España é íntimas relaciones con las tribus del pais, pero sin pensar formalmente en su conquista, hasta que, habiendo perdido á Sicilia y á Cerdeña, quiso contrarestar con otras adquisiciones el formidable poder de los romanos. Es difícil ó casi imposible señalar el periodo fijo en que por primera vez vinieron á España los cartagineses con intencion de conquistarla. Supónese[1] que aconteció esto 280 años antes de J. C. en que la colonia Tiria de Gades les pidió ayuda contra sus vecinos, en cuya época se cree que tomaron á Carteia y demás ciudades de los bástulos. Lo cierto

1 Justino.

es, que Hamilcar vino con un ejército 237 años[1] antes de la era cristiana, para emprender la conquista de la Bética que terminó su hijo Annibal que llegó despues con igual objeto.

Carteia fué, pues, de los cartagineses, y bajo el imperio de estos mantúvose floreciente y próspera y sus hijos conservaron sus cualidades guerreras. Silio Itálico,[2] enumerando las ciudades que dieron soldados á Annibal en la guerra de Italia, hace mencion especial de los carteyanos, que iban armados á la usanza de los antiguos celtíberos, y á quienes titula descendientes de Argantonio.

Parece que la dominacion de los cartagineses en sus colonias se reducia á la exaccion de tributos para la metrópoli, y á un contingente de hombres para la guerra, sin mezclarse en su gobierno interior, dejándolas que se rigiesen por sus propias leyes.

Vinieron despues los romanos. Conocidas son las guerras de Roma y Cartago, que por tanto tiempo se disputaron el imperio del orbe. Roma, mas afortunada consiguió destruir á su rival arrancándole una por una sus provincias, colonias y hasta la misma cabeza de su imperio que era el centro de su poder, con lo que vino á borrarla del número de las naciones. España fué teatro, como no podia menos de suceder, de esta jigantesca lucha, y mientras Annibal llegaba victorioso casi á las puertas de Roma, los Scipiones derrotaban aquí á Annon recobrando á Sagunto cuyo famoso sitio es tan célebre en la historia. Vuelven á vencer, sin embargo, los cartagineses en dos grandes batallas, y hubiéranse hecho dueños de todo el pais, sin la bravura de Marcio. Pero Publio Cornelio Scipion, á quien se dió el nombre de Africano, vengó las derrotas de su Padre y de su Tio, y

1 Hist. de Cartago por Dureau y Yanoski pág. 148.

2 Lib. III. Argantoniacos armat Carteia nepotes.

al cumplirse el quinto año de su gobierno en España, la recobró toda para la república romana. Así, pues, Carteia entró en el número de las conquistas, suceso que debió acontecer sobre 190 años antes de la era cristiana.

Esta porfiada lucha entre cartagineses y romanos, tanto mas sangrienta en España cuanto que en ella era una verdadera guerra civil, produjo el empobrecimiento y las ruinas de sus pueblos. Las ciudades marítimas debieron sufrir mas que las otras y con especialidad Carteia, destruido el comercio de Africa que sostenia el suyo. Esto, y los refuerzos que dió á Annibal ocasionaron la despoblacion en que la encontraron los romanos al hacerse dueños de ella.

Fué tanta, que el Senado movido por una embajada en que se le pedia una ciudad para los hijos de soldados romanos y de mugeres españolas, que eran reputadas como esclavas, ordenó por decreto público al pretor Lucio Canuleyo, á la sazon gobernador de España, que inscribiese como libres á estos que llamaban Híbridas, dándoles por morada á Carteia. Eran estos cuatro mil, que unidos á los antiguos habitantes de aquella, formaron una colonia con el nombre de colonia de Libertinos que le dió el Senado por su orígen espúreo, siendo la primera que gozó en España del fuero del Lacio. Pero no usó de este nombre ni en sus actos públicos, ni en sus inscripciones y medallas. Vino, pues, á ser colonia de derecho, y municipio de hecho, sin haberse notado diferencia ni variacion en su régimen interior, de como estaba antes de ser repoblada. Sucedió esto sobre 171 años antes de J.C., en el consulado de P. Liccinius Crasus y Cayo Cassius Longinus.

El aumento de poblacion y la paz que sobrevino despues del completo triunfo de los romanos dió nueva vida al comercio de Carteia, alcanzando un incremento igual al de sus mejores épocas. En su abrigado y cómodo puerto establecieron sus nuevos dueños la esta-

cion naval de estos mares. Strabon asegura que la marina mercante de Carteia era tan numerosa en este tiempo que ella sola superaba á todas las marinas juntas de los puertos de Africa. No será inoportuno referir algunos hechos notables ocurridos en su puerto y ensenada.

Lelio,[1] almirante romano que vino á España con Scipion, pretendió apoderarse de Cádiz por sorpresa confiado en los amigos que tenia en la ciudad. El gobernador cartaginés Magon descubrió á tiempo la trama y prendiendo á los conspiradores los entregó al pretor Adherbal para que los trasladase á Cartago. Hízolo así este y custodió el buque en que iban con ocho buques ligeros de tres remos, y al pasar por el Estrecho los divisó Lelio desde Carteia. Salió inmediatamente á su encuentro con ocho buques grandes, y embistiendo á las naves contrarias con ímpetu echó á pique tres de ellas, dispersando las restantes que fueron á refugiarse en varios puertos de la costa de Africa. No pudo, sin embargo, rescatar los prisioneros, cuya guarda no abandonó un momento el pretor cartaginés, llevando por delante la nave en donde aquellos iban. Lelio, despues del triunfo dió la vuelta á Carteia, saliendo algun tiempo despues para Cartagena, cuartel general de Scipion, en compañía de Lucio Marcio que acababa de derrotar á Hannon en las orillas del Bétis.

Didio, almirante de César, derrotó á Varo almirante de Pompeyo en un encuentro naval junto á Ceuta. Varo se vino á guarecer en Carteia y cerró la boca del rio Guadarranque con cadenas colocadas desde una á otra ribera. Pronto se presentó Didio, pero las naves que primeramente intentaron forzar el paso se destrozaron al tropezar con este obstáculo y escarmentadas las demás desistieron del empeño, salvando de esta manera

1 Liv. lib. XVII.

Varo los treinta buques que componian su flota.

Durante la misma guerra civil desembarcó en Carteia el hijo mayor de Pompeyo, y fué el primero que hizo frente asistido de los carteyanos á todo el poder de César, y dominaba los mares con su flota aquí estacionada.

Perdida la célebre batalla de Munda[1] corrió Gneo Pompeyo con ciento cincuenta caballos á Carteia para embarcarse en sus naves y huir de su enemigo. Los habitantes que antes le habian mandado una litera para que viniese con mas comodidad, le abrieron al llegar las puertas: pero informados mas detenidamente del desastre de Munda, y temerosos del enojo del César, enviaron á este un mensage noticiándole que tenian en su poder á Pompeyo. No todos, sin embargo, aprobaron este desleal proceder y muchos se prepararon á defender al caudillo con las armas. Dividióse la ciudad en dos bandos, originándose un violento tumulto, que al cabo vino á ensangrentar sus calles, saliendo herido el mismo Pompeyo. Consiguió este, por último, apoderarse de una de las puertas que daban al mar, y tomando sus naves se dió á la vela inmediatamente con direccion al Mediterráneo.

Didio, que mandaba la flota que estaba en Cádiz, al saber esto, corrió en persecucion del fugitivo, y á los cuatro dias de darle caza, sorprendió las treinta galeras que este llevaba en las aguas de Alicante, mientras sus marineros andaban en tierra buscando provisiones. Quemó parte de ellas, apresó otras, y cortó la retirada á Pompeyo, quien viéndose estrechado y enfermo aun de las heridas que habia recibido en Carteia, se refugió á

1 Hay grandes disputas acerca del sitio que ocupó Munda y en el que se dió la batalla. Unos la colocan cerca de Córdoba; otros, en la provincia de Málaga; otros, cercana á Jerez de la Frontera. Nos parece mas probable esta última opinion, pues con ella se esplica mejor la retirada de Gneo á Carteia.

un castillo cercano y allí se defendió valerosamente de sus perseguidores. Pero tanto le apretaron que tuvo necesidad de esconderse en una cueva, disfrazado de soldado lusitano; pero lo descubrió uno de sus mismos soldados prisionero de Didio y entonces este se apoderó de él y le dió en seguida muerte.

Cara le costó á Didio su victoria, pues los españoles amantes siempre de la familia de Pompeyo, unidos á los lusitanos que habian servido á las órdenes de Gneo, vengaron la muerte de este dándosela poco tiempo despues á Didio y á casi todos sus marineros al estar carenando sus naves en las playas. Los pocos que se salvaron de esta imprevista acometida huyeron á guarecerse á Cádiz.[1]

El gobierno interior de Carteia durante la dominacion romana estaba á cargo de cuatorviros, en vez de los dumviros que gobernaban en la mayor parte de las ciudades de la Bética, inclusa Cádiz. Esta circunstancia es una prueba evidente de su importancia, pues necesariamente contaria con mucha gente principal para alternar tantos en esta magistratura.

No tenemos noticias ciertas sobre la destruccion de Carteia, debiendo contentarnos con esponer algunas conjeturas. Sus medallas prueban que existia aun en tiempo de Honorio, último verdadero emperador de occidente, (pues los proclamados despues de él por algunas legiones de Bretaña, pasaron como sombras); así, pues, debemos presumir que Carteia se destruyó cuando sucumbió para siempre con la toma de Roma por Alarico, el imperio de occidente.

Stilicon, suegro y general de Honorio, que en varias ocasiones habia salvado el imperio, pagó con su cabeza sus falsas ó verdaderas pretensiones á la corona, y faltando este grande hombre, único capaz de sostener

1 Appian. bell. civil. l. II. Vell. Paterc. lib. II. Liv. XXXVIII.

un imperio vacilante ya y próximo á desplomarse, pudieron sin obstáculo los bárbaros tomar posesion de su herencia. Así vemos, que los vándalos, suevos y alanos entraron en España en 409; que toda la sortearon entre sí, tocando la Bética á los silingos y vándalos, de donde tomó el nombre de Vandalucía ó Andalucía.[1]

Los dos años que mediaron desde su entrada hasta el sorteo de las provincias, que se verificó en 411, los emplearon en arrasar y destruir segun su feroz costumbre. Ya despues del reparto quisieron entenderse con Honorio para legitimar en cierto modo su conquista, pues tal era aun el prestigio del nombre romano, á pesar de ser un verdadero fantasma el Emperador, y de no existir realmente el imperio.

Comenzaron despues los bárbaros á guerrear unos contra otros para despojarse mútuamente de las provincias que ocupaban; unos, invocando el nombre romano y con ayuda de las poblaciones adictas al imperio; otros, en el suyo y por su propia cuenta. Así vemos, que Gonderico, rey de los vándalos, hizo la guerra á los alanos, suevos y silingos, y despues de haber destruido á Cartagena, entró en la Bética arrasando todos los pueblos que encontró al paso, y llegado á Sevilla la cercó y tomó, pasando á cuchillo á todos sus habitantes, y espulsando de esta provincia á los silingos que la ocupaban.

Posteriormente Genserico, rey de los vándalos, tuvo preparada una flota en la costa de Carteia, para pasar á Africa de acuerdo con Bonifacio, gobernador romano de aquella provincia, el cual se habia sublevado contra Placidia, hermana de Honorio, regente á la sazon del imperio en nombre de su menor hijo.

Con tantas guerras, embestidas y saqueos la mayor parte de las ciudades de la Bética quedaron destruidas,

1. Idacio.

y entre ellas debemos contar á Carteia, que por su situacion é importancia debió ser una de las que mas sufrieron hasta ocurrir su completa ruina. Destruidos su comercio é industria, sus habitantes debieron desampararla, huyendo del furor de los bárbaros y de los ataques de los romanos de Africa, que durante estas guerras hubieron de desembarcar continuamente en su puerto.

No parece, pues, aventurado fijar la ruina de Carteia en los años de 410 á 425 de nuestra era, época en que las diversas naciones bárbaras se disputaron la Bética, y en que los vándalos se embarcaron en ella. Esto parece lo mas probable, pues ni en la bajada de otro ejército de vándalos del norte de España en 429, ni en los tiempos de Rechiaro, caudillo de los suevos en 441, que de nuevo conquistó la Andalucía, nada se dice de su paso por Carteia, ni se menciona esta ciudad, prueba de que ya estaba destruida.

Vengamos á las ruinas. Ya se ha hablado sobre la verdadera situacion de Carteia, y á lo dicho sobre este particular añadiremos, que las mismas ruinas proclaman su pertenencia; y no hay pastor ó cabrero de las cercanías de San Roque, ni pescador de sus playas que titubee al conducir al viajero á ellas. Tan conocidas son.

De su exámen se deduce que Carteia tenia por límites al E., la Punta Mala; al O., el prado de Fontetar; al S., el mar y riberas de Guadarranque; y al N., las alturas en donde se ven los restos de la torre de Cartagena.

En el siglo pasado no se conocian mas que las ruinas del Rocadillo, creyéndose que la ciudad no pasaba de allí; pero en el año de 1845 se descubrieron edificios y se sacaron estátuas, medallas y otros objetos del sitio que media entre Puente Mayorga y el Campamento; por cuya razon hemos fijado los límites de la ciudad hasta cerca de la Punta Mala. Desde aquí pueden contarse exactamente los cuarenta estadios ó sean cuatro mil pa-

sos hasta el monte Calpe, que Strabon señaló, y cuyo dicho ha venido á confirmar este descubrimiento.

En las someras escavaciones hechas en este terreno se encontraron muchas ánforas largas y puntiagudas, [1] al parecer cinerarias, pues algunas contenian cenizas y fragmentos de huesos calcinados, y como pudimos ver, segun el órden en que estaban colocadas, creemos que el sitio tenia todas las trazas de panteon; si bien otros creen que era simplemente una alfarería. Esto por la parte que mira á Calpe.

Por la otra del O. y subiendo el rio Guadarranque, por los mismos años se encontró en el sitio llamado Taraguilla un sepulcro, y en él una hermosa urna cineraria de mármol blanco con un bajo relieve de esquisito trabajo, y que representaba por una de las caras á varios hombres conduciendo un cadáver, y por la otra un grupo de matronas romanas en actitud llorosa. En el prado de Fontetar se encontró no ha mucho tiempo otro sepulcro con un ataud de plomo, que contenia un esqueleto y varias monedas.

Los cimientos de los arcos del acueducto, que surtia de aguas á Carteia y que arrancaba en los Bujeos de Arbalate á tres cuartos de legua al N. de San Roque, son otra prueba de la estension de aquella ciudad por esta parte. Aun existe en perfecto estado un largo trozo de la cañería subterránea que pasaba por debajo del Almendral á poca distancia de esta última poblacion. Es bastante ancho y puede entrar una persona en él, encorvándose un poco.

Por la parte del E. termina Carteia en la torre de Cartagena[2] cuyas ruinas se ven en una de las pequeñas

1 Dos hay en la casa Consistorial de San Roque, y dos en la Biblioteca militar de Gibraltar.

2 El Padre Florez que equivocó la situacion de Carteia colocándola en Palmones, equivoca tambien la torre de Cartagena que era su fortaleza y supone que la de Vijía que existe en Palmones, construida en los tiempos de Felipe III, fué la de Cartagena.

colinas que dominaban á la ciudad, siguiendo el camino que va al Rocadillo por la Cruz del Padre Ventura. Esta torre se conoce hoy en el pais con el nombre de "el Castellon." Forma un perfecto cuadrado de cuarenta varas con un muro que tendrá dos de espesor. En el estremo del S. está situada la torre principal que es la de Cartagena, y en los otros dos que miran al E. se levantan dos torreones. No hay ninguno hácia el N. sin duda porque no lo creyeron necesario, siendo la defensa mas interesante por la parte que daba á la poblacion.

Un escritor inglés[1] que se detuvo mucho en describir las ruinas de Carteia, apenas reparó en este castillo que es sin disputa una de las mas notables y la que ha llegado mas entera á nuestros tiempos.

Nos parece, despues de un detenido exámen, que su torre principal es de fábrica anterior á los romanos, ya de los fenicios, ya de los cartagineses, sin negar que los primeros la reparasen y fortaleciesen. Forma un cuadrilongo de ocho varas de largo y seis de ancho: su pavimento abierto y destrozado descubre una hermosa bóveda de ladrillo, que servia de techo á la cisterna; sus muros están construidos con grandes piedras irregulares. El de la torre conserva aun lienzos de quince varas de alto por la parte esterior que dá al campo, y nueve por la interior que cae al patio; pero segun las dimensiones y solidez de su base debió ser una torre muy elevada. Parece tambien que fué sin duda única, como lo indica en primer lugar el nombre de torre de Cartagena, que ha llegado hasta nosotros, y además las señales claras y distintas que se advierten de la agregacion de los otros edificios que constituyen la fortaleza.

Es una de estas señales la misma situacion de la torre, que en vez de estar en el centro se encuentra en uno de los estremos; otra es el arranque de la muralla del circuito, que en vez de estar nivelada con la de la

1 Carter.

torre, deja un hueco entre ella de mas de dos varas: y por último, la diferencia de construccion que entre una y otra se advierte, lo que no sucederia, si hubiese partido la fábrica de un plano general y datase de la misma época. Además, desde la puerta del caserío del Rocadillo se descubre toda la torre y nó los otros dos torreones, ni la muralla que encubre la colina, lo cual prueba á nuestro entender, que fué edificada aquella con anterioridad para dominar y vigilar el puerto, pues justamente viene á dar frente al sitio en donde estuvo el muelle. Este castillo fué la primera fortaleza española que ocuparon los árabes despues de su desembarco en la ensenada. Desde sus muros se descubre toda esta, y se recrea la vista con una pintoresca y alegre perspectiva semejante á la que se divisa desde el monte, y que ya hemos descrito.

El anfiteatro, que conservaba algunos restos de su antigua grandeza en el siglo pasado, se encuentra en el dia tan completamente destruido, que cuesta no poco trabajo señalar con exactitud su circunferencia. Vénse únicamente 15 ó 20 trozos de cimientos de cinco ó seis pies de altura, correspondientes á uno de los órdenes de arcos de que constaba el edificio, trozos que vistos desde el mar son semejantes á los ídolos indios. Cuando Carter lo visitó quedaban en pié 31 arcos, de los cuales 28 median 224 pies: el arco del centro que era lá entrada principal 13: los dos arcos laterales 18: y agregados 90 pies de cimiento, formaban la circunferencia total de 345 pies. De manera que entonces, los destruidos por completo eran los arcos laterales del *pulpitum* y *proscenium*. En el dia todo está igual, y solo puede distinguirse que el edificio se apoyaba en la pendiente de un cerro segun costumbre de los romanos, pues se ahorraba de este modo un órden de arcos en la parte del declive, y además era mas sólida la fábrica.[1]

1 El magnífico anfiteatro de Pola en Ystria, pertenece á esta

El caserío del cortijo del Rocadillo compuesto de graneros y otras oficinas de labranza está edificado sobre las grandiosas ruinas de algun templo ú otro edificio suntuoso, pues así lo indican los muros que lo rodean que tienen seis pies de espesor. Enfrente de su puerta hay una era empedrada para trillar las mieses, y junto á ella se ha descubierto en Agosto de 1857 un hermoso baño de figura cuadrilonga con once varas de largo, cuatro y media de ancho y dos de profundidad, rematando en dos elegantes semicírculos en los que hay dos escaleras de cinco escalones cada una, siendo aquellos de vara de largo y anchura proporcionada. Tiene este baño dos conductos, uno para la entrada y otro para la salida del agua, forrado este último de una gruesa chapa de plomo que sube desde el pavimento en donde está el conducto á la altura de un palmo, y rodéa toda la alberca.

Mas adelante y como á veinte pasos, hay un sótano ó cellarium con bóveda de piedra gruesa y labrada, cuya profundidad, que es de unas tres varas al parecer, se ve por medio de un hueco que se abrió en el techo sacando una de sus piedras.

En la era del Cortijo yacen cantos gruesísimos, y uno tan ancho y perfecto que sirve de mesa para la comida de los trabajadores. En los patios y andenes del mismo edificio hay tambien muchos de estos cantos, unos de mármol y otros de piedra berroqueña, trozos de columnas y de estátuas desfiguradas.

Se distinguen muchos cimientos de edificios y murallas en varios sitios, pero no es posiblefijar con certeza su direccion. Carter señala como cimiento de muralla uno que, á nuestro entender, lo fué de un puente, pues se ve el arranque de un arco, y además está situado en el pantano que forman las vertientes de las colinas, indi-

clase. Tiene por el lado llano tres órdenes de arcos, y dos por el declive.

cando que servia para salvar su paso.

El mismo Autor indica que la direccion de las murallas era hácia el S., á cien pasos al E. del anfiteatro, pero no creemos razonable el dicho, pues aunque se distinguiesen con claridad los cimientos, lo cual es imposible, siempre tropezariamos con la grave dificultad de los nuevos descubrimientos de Puente Mayorga, por los que vemos que Carteia se estendia hasta cerca de Punta Mala. Despues de ellos, si la encerramos en el círculo que se supone, habremos de convenir en que estas últimas ruinas fueron arrabales de ella ó barrios extramuros tales como vemos en muchas ciudades fuertes de nuestros dias.

Del muelle de piedra, que celebran varios escritores, situado en la boca del Guadarranque, solo quedan algunos cimientos que se distinguen en la bajamar. Cuando Carter lo vió conservaba un resto de pared de piedra colgante sobre el rio y á doce pies sobre su nivel. Dicho rio, verdadero puerto de Carteia y cuya boca pudo cerrar con cadenas el almirante Varo, aunque casi obstruida hoy su entrada por la barra de arena que el tiempo y la incuria han formado, tiene aun fondo bastante para el género de naves que usaban los cartagineses y romanos, y á poca distancia de su embocadura hay un seno capaz de contener muchas embarcaciones de aquella clase.

La torre cuadrada que se encuentra á unos cien pasos del caserío, es del tiempo de Felipe III, y no se mencionaria sin la presuncion de que fué edificada sobre los cimientos ó ruinas de otra antigua de la misma clase, por creerse generalmente que los cartagineses introdujeron en España este método de vigilar las costas. En efecto, domina toda la ensenada y todo el campo hasta las faldas de Ojen. Hay varias de la misma clase en aquella segun apuntamos.

Se han mencionado las ruinas visibles de Carteia

que son por cierto bien escasas, pero aun así, debemos alegrarnos de que existan para dar testimonio de su verdadera situacion. Hace tres siglos se veian muchas y magníficas al decir de Fariñas[1] que las vió, pero sin dibujarlas ni describirlas. Sin embargo, la escasez de ruinas en la superficie está abundantemente compensada con las que yacen debajo de tierra. Puede asegurarse que este terreno es un perenne manantial de medallas, estátuas y cosas preciosas, que la casualidad va descubriendo á falta de formales escavaciones.

Al arado se debe el descubrimiento de la magnífica losa de mármol que está colocada en la meseta de la escalera de la casa capitular de San Roque. Tiene siete cuartas de largo, tres de ancho y cuatro pulgadas de grueso: es de jaspe brillante color de garbanzo, y en su centro se ve en primoroso relieve el esqueleto de la cabeza de un buey, de cuyas orejas salen dos gruesas guirnaldas de flores y frutos, esculpidos con maravillosa perfeccion y verdad. Debajo de la guirnalda izquierda hay un pájaro; tiene además una orla de elegante dibujo, así como unos airosos lazos que cuelgan de los cuernos del buey. Otra exactamente igual se descubrió poco tiempo despues,[2] y como una y otra tienen una hendidura en los estremos para encaje, debemos deducir que sirvieron y fueron partes del friso de un templo. ¿Qué templo seria este con semejante friso, que hoy envidiaria el mejor de nuestros monumentos?

A poco que se profundice en este terreno se encuentran sepulcros, y hace poco descubrimos nosotros cuatro, con grandes losas de tierra cota, encajadas unas con otras formando una bóveda al cadáver, y rodeados de mampostería. En uno de ellos se encontró una botella de vidrio gruesísimo con un largo cuello de figura estraña, partida en dos pedazos y varios clavos de bronce.

1 MS. á la Academia.

2 La tiene el coronel inglés Moor.

El almirante Heming que mandaba la escuadra inglesa del Mediterráneno por los años de 1814, durante su estancia en Gibraltar, mandó practicar con licencia de nuestras autoridades grandes escavaciones, y sacó muchas preciosidades en estátuas de mármol y bronce, medallas y otros objetos que se llevó á Lóndres.

Carteia gozaba del singular privilegio de batir monedas, que no tenia ninguna otra ciudad en esta costa desde Gades hasta Abdera: así vemos que carecian de él Cártama, Barbésula, Salduba y Malaca. A este privilegio somos deudores del conocimiento de su orígen, de su gobierno interior, de las fuentes de su riqueza, y hasta de las épocas de su prosperidad y decadencia.

De su orígen, porque el símbolo general de las monedas es la matrona coronada de torres que tomó de los fenicios, así como la maza de Hércules que dió nombre á la ciudad. De su gobierno, porque vemos en ellas inscripto el nombre de sus cuatorviros, con espresion en muchas de ellas, de las veces que han ejercido esta dignidad. De su riqueza, por el delfin ó atun esculpidos en ellas cuya pesca era uno de los ramos mas lucrativos de su industria. Por último, de su importancia por ver á los Césares, Germánico y Druso de cuatorviros honorarios en ella.

Es prodigiosa la diversidad de cuños que usó Carteia en sus medallas. Ya son naves de guerra, ya mercantes: ya un timon, un atun, cupidos montados sobre delfines: el nombre de la ciudad en distintas formas, bien formando orla, bien entrelazado con el de los cuatorviros, y á veces en el centro de la medalla, y con las dos D. significando haberse batido por decreto de los decuriones. Pero el tipo mas comun es la cabeza de torres por el anverso, y el Neptuno de cuerpo entero por el reverso con el nombre de Carteia delante de la figura y el del cuatorvir debajo de ella.

Es prodigiosa la abundancia de monedas, casi todas de cobre y de varios tamaños, y se recogen todos los años cuando se aran las tierras del Rocadillo. La mayor parte de aquellas son del imperio, pues ya se sabe que desde los tiempos de Calígula no se volvió á acuñar moneda en las colonias. Circulan con tanta profusion en San Roque en tiendas y mercados, que hasta los aguadores suelen tenerlas, y de ellos hemos recogido algunas.

Todas las probabilidades señalan á Carteia como patria del célebre geógrafo Pomponio Mela, contemporáneo de Tiberio y Calígula. Su mismo testimonio abona esta opinion, si se leen sus palabras como dicta el buen sentido y en consonancia con Plinio.

Además fueron hijos de Carteia, Cayo Minius: Cayo Vibius Menivius: Lucio Maius: Martius: Lucio Argentinus: Pollio: Quintus Opsius: Q. Pedecaius: Marcus Pacovius: Marcus Septimius: Publio Julius: Marcus Falcidius: Publio Minucius, todos cuatorviros que se ven grabados en sus medallas, y debemos tambien considerar como hijos adoptivos de ella á Germánico y Druso, que la honraron aceptando aquel título.

A la antigüedad y nombre histórico famoso agrega Carteia la singular gloria de haber sido la primera Silla Episcopal de la provincia gaditana erigida por S. Hiscio ó Hesciquio, uno de los siete discípulos del Apóstol Santiago, primeros predicadores de la fé cristiana en España y mártires en ella de su apostólica mision.[1]

Esta circunstancia, sea dicho de paso, nos dió ocasion de presenciar (Setiembre 1857) una funcion religiosa con que quiso el dignísimo Obispo de Cádiz D. Juan José Arbolí celebrar la memoria del Santo mártir,

1 Fueron los discípulos, Indalecio, Torcuato, Segundo, Tesifonte, Eufrasio, Cecilio y Hesciquio ó Hiscio. De casi todos hay reliquias que se veneran en las santas cuevas del Sacro-monte de Granada. Recogiólas el Arzobispo de aquella ciudad Don Pedro de Baca y Quiñones, y fundó la insigne Colegiata en aquel sitio, y el colegio tan famoso en nuestra patria.

fundador de su Silla, en los mismos lugares de sus trabajos evangélicos. Los que conocen á esta lumbrera del episcopado español podrán formar idea de la solemnidad del acto, que realzó la presencia del jóven y erudito Obispo de Antinoo, D. Juan Bautista Scandella, Vicario apostólico de Gibraltar y de varios católicos de la plaza. El ayuntamiento de San Roque asistió en corporacion, [1] muchos vecinos y todos los habitantes de los campos y aldeas cercanas á las ruinas. ¡Era de ver á aquellos pobres niños nacidos en las playas de Carteia, recibir de manos de un sucesor de San Hiscio el Sacramento que los confirmaba en la verdadera fé! Tierno espectáculo que no se borrará nunca de la memoria de estos habitantes.

Tal fué Carteia, y dejándola envuelta en su polvo, remate y fin de cuanto abarca este mundo perecedero, lava del tiempo que absorbe á los hombres y á sus obras, y esclamando con el Profeta „*Tú solo eres eterno*„ pasemos á ocuparnos de la nueva raza que salida de los desiertos de Asia y Africa, venia á luchar con la otra del Norte, arrebatándole sus conquistas, su religion y sus hogares.

1 Los individuos del ayuntamiento que asistieron fueron los siguientes: Alcaldes: D. Narciso Montesinos y D. José Infante: Regidores: D. Francisco Rendon, D. Vicente Monrabal, D. Juan Leal, y D. Antonio Tubino.

HISTORIA DE GIBRALTAR.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO I.

Invasion de los Arabes en España.—Fundacion de Gibraltar.—Desde esta época hasta la destruccion del imperio de los Califas de Córdoba.—De 710 á 1031.

A principios del siglo octavo de la era cristiana, entraron por primera vez los árabes en España, destruyendo la monarquía goda, que fué la mas grande y poderosa de cuantas se habian formado despues de la invasion de los bárbaros con los girones del antiguo imperio romano. Se hicieron, pues, dueños de toda esta tierra con escepcion de algunas inaccesibles y escarpadas montañas de las Asturias, que sirvieron de refugio á Pelayo y los suyos, y á varios obispos que huyeron á ellas con las reliquias de los santos.

Los historiadores atribuyen este infausto suceso del que dice ingenuamente un escritor [1] haber sido "la mas miserable desventura de cuantas se pudieran pensar" al encono y mala voluntad de Evas y Sisebuto, hijos de Witiza, monarca destronado por Rodrigo; quienes ayudados por su tio D. Oppas, arzobispo de Sevilla, personaje de gran cuenta atizaron la discordia entre los no-

1 Mariana. Hist. gen. de España.

bles y coligados con el poderoso magnate D. Julian á la sazon gobernador de Ceuta en la Mauritania, abrieron el camino de su patria á los invasores. Vulgarmente se cree que el traidor Conde obró así para vengar la injuria hecha por D. Rodrigo á la honra de su hija Florinda llamada Cava (mala mujer) por los árabes; pero esto aunque probable, si se atiende á la licencia de costumbres de la corte de este monarca, no tiene sólido fundamento histórico. [1] El descontento de los nobles bastaba para producir la catástrofe, pero se agregaron otras causas que aseguraron el éxito.

Conocida es la historia del falso profeta Mahoma, que nació en la Meca de la tribu de los Coraixistas por los años 670 de la era cristiana, y que fué fundador del Islamismo, (consagracion á Dios). Sus sucesores que tomaron el nombre de Califas (vicarios) de los que fué el primero Abuberk, estendieron su dominacion al par que su secta con tal fortuna, que en el reinado de Alwalid, undécimo califa de Damasco, eran dueños no solamente de la Arabia, Siria, Persia y Egipto, sino de todo el Almagreb, (tierra de Occidente) nombre con que designaban el Africa ó antigua Mauritania. [2]

Gobernaba este territorio Muza Ben Noseir, general del Califa, esforzado guerrero que habia conquistado casi toda la parte septentrional de Africa, llegando hasta sitiar la fortaleza de Ceuta que ¡cosa singular! fué defendida valerosamente por este mismo conde D. Julian, que años despues la puso voluntariamente en sus manos.

Es probable que Muza abrigase el deseo de estender sus conquistas mas acá del Estrecho, instigado por los judíos que habitaban en Africa desde que los espulsó de España Sisebuto, y que de contínuo le referian maravillas de la riqueza de sus ciudades y de la feracidad de su suelo. Despues, impulsado por las vivas instancias

1 Lafuente. Historia general de España, tomo II.

2 Maur ó Mauro significa hombre de Occidente.

del traidor Conde y contando con la ayuda de este, se determinó á emprender seriamente la conquista de España.

Pero cauto y prudente no quiso aventurarse con lijereza en tan grave empeño, sino que envió de descubierta una espedicion compuesta de quinientos hombres, cien árabes y los restantes berberiscos mandada por Tarif (Muza Tharyf-ben-Malek) á quien acompañaban además varios nobles caudillos. Atravesó este el Estrecho (Julio 710) habiéndose embarcado en Tánger en cuatro grandes barcas, y tomó tierra en el paraje de la costa española mas cercano á Africa, en donde se edificó despues una ciudad, ó bien se reedificó la antigua romana que allí habia existido, dándole el nombre de Tarifa en memoria del célebre caudillo que habia pisado por primera vez el suelo español; ciudad que vino á ser en siglos posteriores una fortaleza importantísima, teatro de combates y de heróicos hechos.

Tarif recorrió el campo sin encontrar obstáculos; hizo varias presas de ganados y gente y dió la vuelta á Tánger cargado con estos despojos y muy satisfecho del buen término de su correría. No lo quedó menos Muza que vió en este ensayo comprobada la veracidad del Conde, y determinó enviar un ejército para dar cima á la empresa que habia comenzado bajo tan favorables auspicios. La coyuntura era por demás oportuna; pues Tarif y los suyos habian inflamado la imaginacion vivaz é impresionable de los guerreros árabes, pintando con subidos colores la hermosura y abundancia del pais que habian recorrido, y todos presumian ya por lo visto, la grandeza y mérito de lo que quedaba por ver, si conseguian internarse en esta deliciosa tierra.

Dispuesto todo y llegada la primavera se embarcaron doce mil berberiscos y sobre quinientos árabes en una flota preparada en Ceuta (que era ya de Muza por habérsela entregado D. Julian) mandada por el marino

árabe Mohamad Ben Thabita. Atravesó esta felizmente el Estrecho y arribó á un paraje de la costa española cubierto de verdura, por cuya razon le llamaron los árabes Alghezyrah Alhadra (isla verde) y que es justamente el mismo en donde hoy vemos la fortaleza llamada así, y que entonces debió estar unido con el continente. [1] Desembarcaron, pues, en este sitio el 29 de Abril de 711, dia quinto de la luna de Regeb del año noventa y dos de la Ejira.

Mandaba esta segunda y mas formal expedicion el célebre caudillo africano de la tribu de los Zenetas Tarik Ben Zeyad,[2] gobernador de Tánger y á quien sacó de allí Muza con este objeto dejando en lugar suyo á su hijo Meruan.

Cuando Tarik hubo desembarcado mandó quemar sus naves [3] para quitar de esta manera toda esperanza de huida á los suyos, y sin otra alternativa que la del vencimiento ó la muerte. Así lo aseguran todos los historiadores, por mas que no aparezca justificada esta estraña determinacion, teniendo á Africa tan cerca y pu-

1 Hace menos de dos siglos que se veian en este sitio frondosos sembrados: hoy, salvo el espacio de la fortaleza, solo se ven peñascos, pues el mar ha ido cubriendo el terreno. Viardot en su Historia de los árabes dice "que Tharig desembarcó en la pequeña isla al pié del monte Calpe, lo cual es erróneo, pues el monte Calpe dista de la Isla Verde dos leguas.

2 Se disputa si Tarif y Tarik son una misma persona, y tambien si hubo dos espediciones, ó solamente una. Ayala en su Hist. de Gib. pág. 3 habla únicamente de la invasion general y supone autor de ella á Tarik. Conde en su historia de los Arabes, parte primera, dice "que Taric Ben Zeyad hizo dos espediciones, la primera con 500 caballos árabes que pasaron de Tanja á Sebta y de allí á Andalucía." Vemos que únicamente se hace mérito de Taric ó Tarec. Nosotros seguimos al ilustradísimo historiador Lafuente en su Historia general de España, lib. IV, tom. II, pág. 477, por las sólidas razones que dá en su nota de la pág. 482 del mismo tomo. Debe considerarse su opinion como la mas autorizada por haber consultado dicho Autor sobre esta materia los AA. árabes y españoles que en ella cita. Sobre el nombre hay tambien sus variantes. Viardot escribe Tharig ben Zyad, y Conde Taric Ben Zeyad.

3 Jerif Edris citado por Conde en el tomo I: por Lafuente, parte I, lib. IV.

diendo necesitar de pronto auxilios, como en efecto los necesitó al poco tiempo. Por otra parte ¿andaba Muza tan abundante de barcos que así inutilizaba los muchos que debieron conducir á las tropas? Es, pues, materia que admite racionales dudas.

Atrincheróse despues en las alturas de Algeciras, abundantes en pastos para la caballería y ocupó además todos los puntos importantes de la costa española, entre ellos la Torre de Cartagena, fortaleza de la antigua Carteia y la única que de su clase habia en la ensenada de Calpe. Es posible y muy probable, que estando en pié en aquella época el cómodo y espacioso muelle de la ciudad romana en la embocadura del Guadarranque, [1] se sirviesen de él los invasores para el desembarco de la caballería.

Tarik rechazó á unos mil quinientos ginetes españoles que quisieron oponerse á su entrada y que de pronto había reunido el esforzado caudillo godo Teodomiro, á quien llamaron despues los árabes Tadmir, y que era gobernador de Andalucía. Hecho dueño de toda la costa de la ensenada se adelantó talando las tierras de Sidonia (la antigua Asido), penetró en la comarca de Sevilla y llegó hasta las riberas del rio Guadiana (Anas) pasado el Bétis.

Viendo Teodomiro que no podia resistir al ejército de Tarik se retiró con su reducida hueste y escribió al rey la siguiente carta que nos ha trasmitido la historia: "Señor: Aquí han llegado gentes enemigas de la parte de Africa, que por sus rostros y trages no sé si parecen venidos del cielo ó de la tierra: yo he resistido con todas mis fuerzas para impedir su entrada; pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y á la impetuosidad suya: ahora, á mi pesar, acampan en nuestra tierra: ruegoos, Señor, pues tanto os cumple, que vengais á socor.

1 Rio de las Yeguas, llamado así por las que vieron los árabes pastar en sus riberas.

remos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar: venid vos, Señor, en persona que será lo mejor."

Esta carta infundió terrible espanto en el ánimo de Rodrigo, é instantáneamente hizo un llamamiento general á todos los nobles y gentes de guerra del Reino, y abandonando él la de Cantabria, en que estaba á la sazon ocupado, vínose precipitadamente á los campos de Sidonia, punto de reunion del ejército. Juntáronse allí noventa mil hombres, habiéndosele incorporado Teodomiro con su tropa; tambien los hijos de Witiza y el arzobispo Don Oppas, bien que estuviesen estos arrepentidos de su crímen, bien con el intento de consumarlo, y con él la completa ruina de su desdichada patria.

Noticioso Tarik de estos grandes preparativos pidió refuerzos á Muza, el cual le envió otros cinco mil ginetes berberiscos, á los que se incorporaron muchos de aquellos judios refugiados en Africa. Encontráronse los dos ejércitos en los campos situados en las márgenes del rio Guadalete,[1] cerca del sitio que ocupa hoy Jerez de la Frontera, y dióse allí la memorable y funesta batalla de este nombre, que duró tres dias. Inclinóse la victoria en los dos primeros al lado de las armas cristianas; pero fueron estas derrotadas en el último por los sarracenos, quienes, si bien inferiores en número, aventajaban á los otros en entusiasmo y en el manejo de las armas.

Varias crónicas atribuyen la pérdida de la batalla á la defeccion de los hijos de Witiza, Don Oppas y sus parciales, que viendo seguro el triunfo de Rodrigo se pasaron en el dia tercero á los árabes. Esto parece probable y muy conforme á los antecedentes de estos magnates, quienes tal vez entraron en arreglo con Tarik para

1 Rio del Leteo, segun unos: otros dicen que significa Rio del Adalid.

cederle una parte del territorio colocando en el trono godo á los de Witiza; pacto que despues de la victoria no pensó aquel en cumplir. No de otro modo puede concebirse su union con el africano en tan críticos momentos, ni que abrigasen la intencion deliberada de consumar la destruccion de su raza, de su religion y de su patria por grande que fuese el enojo contra Rodrigo. "Consolémosnos, dice un elegantísimo historiador,[1] mientras otra cosa no se pruebe, con fijar límites al encono y la traicion que tambien suelen tenerlos." Pereció Rodrigo en la batalla[2] herido por la misma lanza de Tarik y ahogado con su caballo en las aguas del Guadalete, sucumbiendo con él la poderosa monarquía goda, fundada por Ataulfo y la que habia durado tres siglos.

Así por una sola batalla y en pocos meses se hicieron dueños los árabes de la Península ibérica, cuya reconquista costó á los cristianos sobre tres mil quinientas batallas y cerca de ocho siglos.

Tarik siguió su carrera de triunfos, y Muza envidioso ya de ellos, le dió órden de detenerse, la que no obedeció aquel; y entonces vínose él mismo á España con un nuevo ejército y con sus dos hijos Abdelazis y Meruan. Al encontrarse con Tarik lo trató con dureza, y crecieron de tal manera sus odios, que sabedor de todo el Califa los mandó comparecer á su presencia en Damasco. Antes de la salida de ellos se habia estendido la dominacion árabe á toda la Península, con escepcion de los riscos de Asturias, cuna despues de la nueva monarquía, y una parte de Murcia, á donde se habia retirado Teodomiro.

Este general godo es quizá la única figura leal y noble que nos ofrece la historia de aquella época infortunada. Gobernador de Andalucía se opone al desem-

1 Lafuente citado.

2 Hay quien dice que sobrevivió á ella y pasando á Portugal murió años despues en Viseo; pero esta opinion no tiene fundamento.

barco de los invasores; no pudiendo resistirlos pide auxilio al rey y se retira con su gente; pelea despues valerosamente en Guadalete, y perdida la batalla se dirige con las reliquias del ejército godo hácia Murcia, y allí con valor y maña[1] se defiende en Orihuela contra las huestes de Abdelazis, hijo de Muza, quien prendado de su valor celebra con él un tratado de paz (Abril 713), primero que medió entre árabes y españoles, en el cual se le concede el título de Rey de Orihuela y de otras seis ciudades: concesion que respetó el califa de Damasco, aun despues de la muerte de Abdelazis, conservando Teodomiro el reino hasta la suya.

Este y otros hechos de la misma especie nos demuestran la diferencia notable que hay entre la invasion árabe y la de los bárbaros, ocurrida tres siglos antes por el norte de España. Estos destruian y arrasaban cuanto encontraban al paso por efecto de su natural fiereza, vida nómada y estúpida ignorancia; los de Tarik saqueaban é incendiaban á los pueblos que se resistian; pero eran blandos con los que se entregaban, conservándoles sus leyes, sus bienes y hasta su religion (mozárabes) sujetándolos únicamente al pago de un tributo, como lo prueban las capitulaciones de Córdoba, Toledo y Mérida: Orihuela y otras. Obró Tarik como capitan valeroso, prudente y esperimentado, y á pesar de la injusticia con que le han tratado nuestros cronistas que solo vieron en él al invasor enemigo de la religion, es digna de alabanza la manera con que llevó á cabo la conquista.

Ya dijimos que este se habia hecho dueño de todos los puntos importantes de la ensenada de Calpe, y sin duda estableció en el monte un destacamento de tropas,

1 Vistió las mujeres con trajes de soldados y las colocó en las almenas. Engañados los moros creyeron que la ciudad tenia una numerosa guarnicion y admitieron las proposiciones que el mismo Teodomiro presentó disfrazado de mensajero. El caudillo moro prendado de su valor y de su injenio celebró el tratado concediéndole cuanto quiso.

abrigadas estas en las cabañas de pescadores que deberían existir en sus faldas, única poblacion que entonces tenia. Despues, conociendo los emires de España así como los de Africa la conveniencia y utilidad de fortalecer este punto importante edificaron el castillo, principio de la ciudad que andando el tiempo se cobijó á su sombra segun costumbre de aquellos siglos guerreros.

Este castillo que mas adelante describiremos tiene una inscripcion árabe de la que al parecer se deduce que fué construido ó ensanchado en el reinado de Jezid ben Walid, décimo sétimo califa de Damasco, debiendo por consiguiente referirse la fundacion de Gibraltar al año de 744 de la era cristiana en que reinó dicho Califa.

Sobre la etimolojía del nombre Gebal-Tarik se han suscitado dudas, siendo la opinion mas general que significa monte de Tarik y que se le dió al promontorio en honra del caudillo árabe. [1] Hay, no obstante, quien opina que este nombre es una simple traduccion de Calpe, y que los árabes lo formaron de las raices de las voces hebreas *Gebal ut* ó *ali*, que vienen á significar monte alto, y son sinónimo de Calpe. Esta opinion nos parece la mas probable y acertada.

Conquistada la Península fué gobernada por emires ó sean vireyes nombrados ya por los califas de Damasco, ya por los jeques, walies ó magnates ó por los emires de Africa que conservaron cierta supremacía sobre los de España hasta que empezó el reinado de los califas de Córdoba. Despues de la partida de Muza quedó man-

1 Lafuente y Ayala opinan que significa monte de Tarik. Conde parte I dice: "Fortificóse Taric con su gente en el monte de la Punta de Gezirah Alhadrá que desde entonces en honor suyo y para perpétua memoria se llamó Gebal-Taric ó monte de Taric y tambien monte de la Victoria ó entrada por la que felizmente se abrió por allí á la conquista de España." Segun esta relacion el monte que se llamó Gebaltarik fué el de la punta de Algeciras, hoy de Carnero, y si este mismo se aplicó tambien al monte de enfrente, debemos concluir que todos los montes de la ensenada se dedicaron á Tarik, lo cual es un absurdo.

dando en España su hijo Abdelazis, cuyo gobierno duró diez y ocho meses, y tomó por esposa á Egilona, viuda del desdichado rey Rodrigo, la que por un estraño capricho de la suerte, vino á ser otra vez reina de los vencedores de su marido; y su intercesion sirvió para que fuesen tratados con dulzura sus antiguos vasallos. Por esta causa se hizo sospechoso Abdelazis al feroz califa Suleiman, sucesor de Walid, que mandó darle muerte, llevando su crueldad hasta el punto de enviar su cabeza al anciano Muza su padre que vivia retirado en Damasco. ¡Tal fué el premio que recibió este caudillo por sus hazañas!

Siguieron otros emires gobernando la Península, pero ya habian estallado grandes desavenencias entre los conquistadores, pues habiendo concurrido á la conquista árabes y berberiscos, nació de aquí esa guerra sangrienta de casta que se dejó tambien sentir rudamente en Africa. Los últimos, feroces é ignorantes,—tales como son en nuestros dias,—no podian sufrir el predominio de los árabes que eran mas cultos y de mas blanda condicion que ellos; y los califas de Damasco no podian remediar las revueltas civiles de España, muy distantes de ella y abrumados tambien en sus dominios asiáticos con otras de la misma naturaleza. Continuaron, pues, los walies de España destrozándose mútuamente en perpetuas y sangrientas luchas.

Algo las contuvo el emir Ocbá Ben Alhegag (737) con su prudencia y rectitud; pero duró poco tiempo en el gobierno por haberlo llamado el Emir de Africa para sujetar á los berberiscos que se le habian sublevado. Entró á gobernar por segunda vez Abdelmelik Ben Cotan, contra quien se alzaron los berberiscos españoles al saber la insurreccion triunfante de sus hermanos de Africa, y hostigaron al Emir hasta el estremo de obligarlo á encerrarse en Córdoba. En tal conflicto solicitó la ayuda de dos caudillos árabes llamados Baleg y Thaalaba que anda-

ban en Africa con un ejército de veinte mil sirios, y á quienes antes habia negado la licencia para pasar á España que le habian pedido para remediar las necesidades de sus tropas derrotadas por los berberiscos y obligadas á buscar un refugio bajo los muros de Ceuta. Envióles, entonces, todo lo necesario para su transporte, pero con la condicion de reembarcarse cuando él lo ordenara.

Llegaron, pues, y vestidos y armados en union de sus tropas pelearon contra los berberiscos insurrectos y los vencieron. Conseguido el objeto quiso Abdelmelik, siempre receloso, hacerlos partir con arreglo á lo estipulado; pero opusiéronse los sirios; y sublevados contra el Emir lo ahorcaron [1] y se apoderan de Córdoba. Las tropas proclamaron Emir á Baleg; pero los árabes andaluces no queriendo ser mandados por este aventurero se insurreccionaron contra él, uniéndose con Thaalaba, el que envidioso y descontento con la elevacion de su compañero se habia retirado antes con parte de su ejército negándose despues á reconocerlo como jefe. Acudió tambien por otro lado el wali de Narbona, Abderraman Ben Ocbá, que vino de la Septimania á combatir á Baleg; y peleando con él en los campos de Calatrava le dió muerte en la batalla.

Thaalaba, muerto su compañero, se hizo proclamar Emir (743). Mientras esto pasaba en España, —el emir de Africa Hantala—habia logrado sujetar por un momento á los berberiscos, y como medida de precaucion envió á España 15.000 de estos magrevihos con objeto de tenerlos alejados al mando de Albukatar. Llegó este á Córdoba, se apoderó de ella y prendiendo á Thaalaba lo envió cargado de cadenas al Emir de Africa.

Dicho Albukatar, ó sea Husam Ben Dhirar se encargó despues del gobierno de España; y para terminar de una vez las contiendas entre las diversas tribus de

1 Cond. Part. I, cap. 30.

árabes y africanos ideó el medio de repartirlos en los territorios, cuyo clima fuese mas parecido al de los paises de donde procedian. En este reparto tocó la tierra de Ronda, Sidonia y Algecira á los árabes procedentes de las tribus de Palestina. [1] Ni aun así se extinguieron los odios; antes bien esto mismo sirvió de pretexto para nuevas turbulencias. Casi todas las tribus se creian perjudicadas en el reparto, acusando á Albukatar de haber favorecido mas á la del Yemen, á que él pertenecia con perjuicio de las demás. Alzáronse los descontentos capitaneados por el guerrero sirio Samail, y comenzó una guerra de esterminio que encrudecía el espíritu vengativo que distingue á las razas asiáticas.

No cabe en los estrechos límites de esta historia referir estas eternas luchas, bastándonos saber que continuaron mas ó menos encarnizadas hasta el último de los emires, Jusuf el Fehri.

Ocurrió despues un cambio en la dinastía de Oriente cuya vicisitud vino á dar una nueva faz á las cosas de España. Los Ommiadas, ó Beni-Omeyas fueron destruidos por los Abasidas ó Beni-Alabas y Meruan, último califa de aquellos que perdió en una batalla el trono y la vida. Entró á reinar Abul-Abbas el Seffah, primer califa abassida, el cual se propuso exterminar toda la familia de los Ommiadas: su feroz tio Abdallah dió con este objeto un convite á noventa caballeros de esta ilustre estirpe, y durante él los hizo matar á todos comiendo tranquilamente á la vista de los moribundos (749). Salvóse, no obstante, de esta matanza el jóven Abderraman Ben Moawad, nieto de Hixem décimo califa ommiada. Huyó á Egipto; de allí al pais de Barca-Africa y perseguido

1 En este repartimiento desapareció el reino de Teodomiro, que poseia su sucesor Atanaildo. Sin duda Albukatar hubo de exijirle tan fuertes tributos para sus nuevos colonos, que no pudiendo satisfacerlos, vino á estinguirse este señorío cristiano que habian respetado los primeros conquistadores.

siempre por el califa de Damasco encontró abrigo en Tahart-Mauritania, capital de la tribu de los Zenetas, patria de Tarik.

Sucedia esto cuando en España Jussuf, Samail y Ben Amrú se disputaban el gobierno y traian á los pueblos fatigados con sus perpétuas y sangrientas guerras. Para remediar estos males, que eran ya de todo punto insoportables, celebraron los jeques y walies del reino una junta general en Córdoba y en ella determinaron nombrar al jóven Abderraman soberano independiente de España. Aceptó este y vino de Argel desembarcando en las playas de Almería con mil ginetes (755) de la tribu africana que le habia dado asilo.

Venció el nuevo monarca á los pretendientes Jussuf y Samail, tomó á Córdoba y la hizo capital de su imperio; y aunque siempre en continuos combates puede considerársele como el fundador del califato árabe español independiente de Asia y Africa. No tomó desde luego este título y sí el mas modesto de emir; pero la historia lo considera como el primer califa, llamándole tambien rey y emperador.

Cassim, hijo de Jussuf, que se habia rebelado con ayuda de gente de Algecira (757) fué derrotado y hecho prisionero por Abderraman. Construyó este naves que estacionó en las aguas de la misma ciudad para impedir los desembarcos de los africanos, y murió en 788. En este mismo año se apoderó de Africa Edusben Abdallah y quedó este reino separado del dominio de los califas de Oriente como lo habia quedado España.

A Abderraman sucedió Hixem I, quien combatió con su tio Abdallah pretendiente al trono; y habiéndolo vencido obligóle á repasar el Estrecho y buscar refugio en Tánger. Entró á reinar Abderraman II en cuyo tiempo volvió el mismo Abdallah de Berbería con las pretensiones de antes; desembarcó en Algecira apoderándose de ella y de todo su campo. Derrotado allí pasó á la

tierra de Fadmir (Murcia) y cuando se disponia á presentar batalla á su sobrino Abderraman se sometió á este por consejo de sus hijos y movido de siniestros pronósticos. [1] Concedióle generosamente el señorio de aquella provincia que disfrutó hasta su muerte ocurrida años despues.

En tiempo de Muhamed I (860) hijo de Abderraman se vieron por primera vez en estas costas los piratas normandos—northmen, hombres del norte—á quienes los árabes llamaban *bárbaros magioges*. Estos despues de haber saqueado las costas de Aquitania vinieron á las de Andalucía y desembarcando por último en la ensenada de Calpe, se apoderaron de la comarca, especialmente de Algecira, en donde robaron las preciosas alhajas de la célebre mezquita de las Banderas, situada, segun la crónica árabe, en la puerta de mar y que se llamó así, por haber sido edificada en el paraje que sirvió de punto de reunion á los diversos cuerpos ó banderas del ejército de los Muslimes. Muhamed destacó contra ellos un numeroso cuerpo de caballería, que los repelió y obligó á reembarcarse en busca de sus guaridas del norte.

En el reinado del célebre Abderraman III, que tomó el título de califa y de emir-almumenin ó sea jefe de los creyentes, se levantó el imperio árabe español á tan grande altura en armas, política y letras, que fué el primero de todos los de su tiempo y Abderraman el mas insigne y glorioso de los monarcas de la época. Envió este un ejército en auxilio y á peticion de Ben Edris, octavo soberano edrisita de Fez, cuyas tropas se embarcaron en Algecira (974) y volvieron despues de Africa trayéndose á Alkasin, último descendiente de los Edris.

Durante el reinado del califa Hixem II que pasó casi toda su vida encerrado en su palacio de Zahara, Almanzor, á quien los árabes llaman el Manzur—el Vic-

1 Fué acometido de un accidente que interpretó como aviso del cielo. Cond. part. II lib. 38.

torioso—nacido en Toro, aldea de Algecira, insigne guerrero, gobernador prudente y de altas prendas, verdadero califa, aunque con el modesto título de hagib ó sea ministro de Hixem, gobernó con acierto, gloria y fortuna, alcanzando una serie de no interrumpidos triunfos hasta la batalla de Castañalzor. Envió á su hijo (1000) Abdulmelik á Africa y se apoderó de Fez.

Muerto Almanzor se hizo dueño de Córdoba Suleiman, que defendió el slavo Hairam, último hagib de Hixem II: el cual huyó de la ciudad despues que fué tomada y se dirijió á Almería, de la que se apoderó, pasando de allí á Ceuta. Era á la sazon wali de esta plaza importante Ali Ben Hamud, y de la de Algecira su hermano Alkassim, ambos de la familia soberana de los Edris que reinaban en Africa desde 788, y que habian sacudido el yugo de los califas de Oriente, como ya apuntamos. Coligado con ellos Hairan marcharon todos sobre Córdoba, vencieron á Soleiman (1016) y no pareciendo Hixem, cuyo paradero se ignora aun, se hizo proclamar califa el wali de Ceuta, Ali Ben Hamud.

Muerto este, se apoderó del imperio su hermano Alkassim, wali de Algecira, de manera que los dos hermanos de auxiliares vinieron á ser soberanos de España. Pero el wali de Ceuta dejó un hijo llamado Yahia, quien como heredero de su padre disputó el trono á su tio Alkassim. Vínose de Africa al frente de los feroces negros del desierto de Sûs, y despues de varias batallas se convinieron en repartirse el imperio, tocando á Alkassim el territorio y los gobiernos de Sevilla, Málaga y Algecira.

Despues del reparto marchó á Ceuta Alkassim para celebrar los funerales de su hermano Alí, y durante su ausencia se hizo proclamar Yahia emir absoluto. Volvió precipitadamente Alkassim al saber esto, y marchó con su ejército sobre Córdoba, y no atreviéndose á esperarlo allí su desleal sobrino huyó á Algecira, y de allí

pasó á Africa. Otra vez volvió á reinar y murió en batalla con el wali de Sevilla.

Vinieron despues otros califas hasta Hixam el Motad Bila, que puede considerarse como el último de ellos. Vemos, pues, que durante el califato, es decir, desde 756 á 1031, Gibraltar careció de importancia, siendo tan solo una fortaleza dependiente de waliato de Algecira, que era entonces la ciudad fuerte y poblada, regida por príncipes reales, y la mas importante de la costa española fronteriza al Estrecho.

CAPITULO II.

Destruccion del califato de Córdoba.—Almoravides.—Almohades.—Abdelmumen, emperador de estos fortifica y visita á Gibraltar.—Benimerinea.—Sitio de Tarifa.—Guzman el Bueno.—De 1031 á 1294.

Estinguida la noble dinastía de los Ommiadas por la deposicion y muerte de Hixen III vino por tierra el imperio de los Califas, ya muy debilitado desde los tiempos de Almanzor. Este insigne caudillo cometió la grave falta de hacer hereditarios los gobiernos de las provincias y alcaidias que daba con mano liberal á sus slavos, costumbre imitada por los reyes cristianos y cuyas consecuencias vinieron á sentirse cuando dejaron de ser fuertes los monarcas. Los walies que soportaban de mala gana el yugo de los últimos califas, tanto que algunos se habian rebelado ya contra ellos, se alzaron ahora con la soberanía de sus respectivos gobiernos, tomando el título de Emires independientes.

Vanos fueron los esfuerzos del honrado Gehwar, califa electo por los Jeques y Wazires de Córdoba, despues del último ommiada para sujetarlos y contenerlos. Ninguno le escuchó ni le obedeció; pensando cada cual en su propio engrandecimiento y en estender sus dominios á costa de los vecinos mas débiles. Surgieron de aquí guerras parciales enconadas é interminables, en las que solian aliarse con los cristianos para combatir á sus enemigos, pareciendo en vista de tanta anarquía, que habia sonado ya la hora de la destruccion del imperio agareno en la Península.

La verdad es que en esta época dió un paso avanzadísimo la reconquista cristiana. Rey ya Alfonso VI, hijo de Fernando el Magno, de Castilla y de Leon por muerte de su hermano Sancho en el cerco de Zamora llevó sus pendones hasta Toledo, que conquistó infundiendo tal miedo á los infieles, que Ben-Abed Almotamid emir de Sevilla y el mas poderoso de los de España buscó con empeño su amistad y alianza. Y para estrecharla con lazos indisolubles, como se consideraban entonces los del parentesco, dióle á título de esposa futura á su hermosa hija Zaida, la que llegó á reinar muertas que fueron sus dos mujeres Constanza y Berta, siendo antes bautizada con el nombre de Maria Isabel.

Al entregar la jóven le asignó en dote cierto número de ciudades que habia de conquistar el de Sevilla de sus mismos correligionarios. Hecho singular que demuestra cuán de caida iba ya el espíritu religioso en uno y otro pueblo por mas que algunos magnates árabes calificasen de torpe esta alianza. De resultas de ella pudo Ben-Abed estender sus dominios por Jaen y Murcia, conquistando los pueblos dotales de su hija, al mismo tiempo que el de Castilla se apoderaba de otros en el reino de Toledo.

En este tiempo era tal la importancia del waliato de Algecira, que sus señores ó walies de la sangre real de los Edris eran unos verdaderos soberanos, acudiendo con su gente de guerra, que era muy numerosa, á donde mejor les parecia; y teniendo bajo su dominacion un estenso territorio. Así, Muhamed Ben Alkassim con su ejército y sus negros mercenarios destronó á su primo Edris II, rey de Málaga (1068); pero á los cuatro años despues de este suceso fué despojado el hijo de Muhamed, que habia entrado á reinar despues de su padre, por el emir de Sevilla Ben-Abed.

Así, pues, Algecira con Gibraltar, que era su dependencia, permaneció bajo el dominio de los Emires de

Málaga desde 1031 hasta 1072, en que tuvo lugar la conquista de este reino por el Sevillano.

No duró mucho la alianza de este con su futuro yerno Alfonso VI, pesaroso ya de haber contribuido tanto al engrandecimiento del castellano, quien so color de darle auxilio contra sus enemigos del mediodia, sin que nadie lo invitara á ello, corrió hasta las playas de Tarifa, en donde se lanzó á caballo al mar, exclamando: ¡He llegado á los últimos términos de Andalucía! Este paso atrevido exasperó á Ben-Abed, y ocurriendo despues la muerte violenta que dieron en Sevilla al Judio tesorero de Alfonso, enviado para recaudar el tributo que Ben-Abed le pagaba todos los años, estallaron los odios hasta entonces comprimidos, y se cruzaron las arrogantes cartas que refiere la historia [1] aparejándose en seguida uno y otro para la guerra.

1 La de Alfonso decia así: De parte del emperador y señor de las dos leyes y de las dos naciones el excelente y poderoso rey D. Alfonso, hijo de Fernando, al rey Almotamid Bilah Ben Abed (ilumine Dios su entendimiento, para que se determine á seguir el buen camino): salud y buena voluntad de parte de un rey engrandecedor de sus reinos y amparador de sus pueblos, cuyos cabellos han encanecido en el conocimiento de los negocios y en el ejercicio de las armas....... en cuyas banderas se asienta la victoria; que hace á sus caballeros blandir las lanzas con esforzadas manos....... que hace vestir de luto las esposas y los hijos de los musulmanes y llenar vuestras ciudades de lamentos y alaridos. Bien sabeis lo que ha pasado en Toledo, cabeza de España, y lo que ha sucedido á sus moradores...... y que si vos y los vuestros habeis escapado hasta ahora, ya os llega vuestro plazo que solo se ha diferido por mi voluntad...... Y si no mirara á los conciertos que hay entre nosotros, ya hubiera invadido vuestra tierra y echádoos á sangre y fuego de España sin dar lugar á demandas y respuestas, y no habria entre nosotros mas embajador que el ruido y tropel de las armas....... salud. La respuesta decia entre otras cosas: Del rey victorioso y grande, el amparado con la misericordia de Dios y confiado en su divina bondad, Mohammed Ben Abed, al soberbio enemigo de Aláh, Alfonso hijo de Fernando, que se intitula rey de reyes, y señor de las dos leyes y naciones (quebrante Dios sus vanos títulos): salud á los que siguen el camino recto. En cuanto á llamarte señor de las dos naciones mas derecho tienen los Muslimes para preciarse de esos títulos que tú, por lo que han poseido y poseen de las tierras de los cristianos, y por la multitud de sus vasallos y riquezas....... Te has envanecido

Sintiéndose débil Ben-Abed para luchar con su poderoso enemigo reunió en Sevilla á los principales jeques y walíes del Reino, y decidieron á pesar de la oposicion del walí de Málaga implorar los auxilios del príncipe de los Almoravides de Africa. Llamó Ben-Abed á su hijo Raxid, jurado ya heredero de su reino, y le comunicó el acuerdo de la Junta; y el jóven con una prudencia superior á sus años, le dijo: "Padre y Señor mio: ¿Quieres "traer al ambicioso Jussuf Ben Tachfin que ha salido de "los desiertos de Alkibla atropellando todas las tribus de "Almagreb y de Mauritania? No dudes de que nos echa-

con la conquista de Toledo sin mirar que eso no lo debes á tu poder, sino á la fuerza y voluntad divina que así lo ha determinado en sus eternos decretos....... Bien sabes que tambien tenemos nosotros armas, caballos y gente esforzada que no se asusta del estruendo de las batallas: ni vuelve el rostro á la horrorosa muerte....... y para que veas que es así como te lo digo, ya te tienen preparada la respuesta á tu demanda y de comun acuerdo te esperan con sus alfanjes limpios y acerados y con sus gruesas y agudas lanzas........ Es verdad que hubo entre nosotros conciertos y capitulaciones para que no moviésemos nuestras armas el uno contra el otro, porque yo no ayudase á los de Toledo con mis fuerzas y consejo, de lo que pido perdon á Dios y de no haberme opuesto antes á tus intentos y conquistas, aunque gracias á Dios toda la pena de nuestra culpa consiste en las palabras vanas con que nos insultas; pero como estas no acaban la vida, confio en Dios que con su ayuda me ampararà contra tí y sin tardanza verás entrar mis tropas por tus tierras......."

Despues agregaba varios versos que pueden verse en Conde, parte III, cap. XIII y que presentamos una muestra que es la misma que copia Lafuente parte II, lib. II; advirtiendo que el primer historiador trae completas las cartas.

Abatimiento de ánimo y vileza
En generoso pecho no se anida
....
El miedo es torpe y vil, de vil canalla
Es el pavor, y si por mal un dia
Párias forzadas te ofrecí, no esperes
En adelante sino guerra dura
Cruda batalla, sanguinoso asalto
De noche y dia sin cesar un punto
Talas, desolacion á sangre y fuego
....
Anímate, pues, prevente á la batalla
Que con baldon te reto y desafío.

»rá de nuestra casa y nos desterrará de nuestra patria.
»Prefiero, hijo mio, le replicó el padre, guardar los camellos del Rey de Marruecos á ser vasallo y tributario de »estos perros cristianos." "Pues, hágase, contestó Raxid, »lo que Dios te inspire."

Eran los Almoravides—almoravith, hombre de Dios—oriundos de las africanas tribus de Zanaga, de las que eran una gran fraccion los Lantunas, quienes, escitados por el morabito Abdallah Ben Yasim natural de Sûs; comenzaron (1026) á practicar el proselitismo religioso prescrito por el Koram, y lanzándose sobre las otras tribus que seguian las antiguas creencias, se hicieron duedos muy en breve de un estenso territorio en los contornos de Agmat.

Muerto Abdallah le sucedió Abu Bekr, el cual aumentó el poder de la secta, y siendo ya muy considerable el número de prosélitos y muy pequeña para contenerlos la ciudad de Agmat, pensó edificar otra grande que sirviese de capital al nuevo y ya floreciente imperio. Estando para dar principio á la obra vióse en la necesidad de volver al desierto y la dejó encomendada al valiente caudillo Jussuf Ben Tachfin, quien en la ausencia del Gefe supo estender de tal manera sus conquistas, que se apoderó de Fez y Mequínez, llegando por la parte oriental hasta Argel. En esto dió la vuelta Abu Bekr; pero viendo el poder de su antiguo súbdito y no teniendo fuerzas para luchar con él, reconocióle de buena gana como emperador independiente de todo lo que habia conquistado, y él se marchó otra vez y para siempre á sus desiertos. Jussuf edificó á Marruecos, se hizo dueño de todo el Magreb, Ceuta y la costa africana del Estrecho, y por la parte de Oriente hasta Egipto, formando un poderoso y dilatado imperio. ¡Así la raza africana vino á dominar y subyugar á los árabes, sus antiguos conquistadores!

Tal era el poderoso jefe á quien acudió Ben-Abed en

demanda de auxilio, y cuya embajada llevó el walí de Badajoz Omer Ben Alafthas, conocido antiguo de Jussuf. Recibiólo bien este; pero aconsejado por su alcatib Abderraman exijió como condicion de su ayuda la entrega prévia y en propiedad de la fortaleza de Algezira, con el objeto de tener siempre asegurada su vuelta á Africa. Al saberse la pretension de Jussuf, el prudente y juicioso príncipe Raxid dijo á su padre: "A mí me parece grande y no conveniente la demanda del rey de Africa y con ella se aumenta mi temor y desconfianza." "No es mucho, hijo mio, lo que el rey de los Muslimes pide comparado con el beneficio que de su mano hemos de recibir...." Y luego otorgó la concesion de la plaza á Jussuf, y no pareciéndole bastante pasó él mismo á Africa para instarle mas y mas por su venida.

Parecia que un destino fatal cerraba los ojos á Ben-Abed, arrastrándolo ciegamente á su ruina. Su padre Abed-Almotadhi preocupado con un horóscopo que le pronosticaba la extincion de su raza y la pérdida de su reino, le habia aconsejado al morir que se guardase de los Lantunas ó Almoravides y que conservase con cuidado las llaves de España, Algezira y Gebaltaric. Veamos el caso que hizo de estos sabios consejos.

Pasó, pues, Jussuf el Estrecho con numerosa hueste, y desembarcó en Algezira, tomando posesion de ella, que se la dieron el mismo Ben-Abed, y su hijo menor Aba Yezid, gobernador á la sazon de ella, que allí le aguardaban con los principales emires y walíes de España (1086). Movió despues su ejército en direccion á Sevilla, saliendo de esta ciudad para Extremadura; dándose en los campos de Casalla ó Zalaca, cerca de Badajoz, una terrible batalla (Octubre 1086) en la que fué derrotado el rey Alfonso VI con pérdida de casi todo su ejército, habiéndose contado, segun la crónica árabe, delante de Ben-Abed mas de veinte y cuatro mil cabezas cristianas.[1]

1 Conde part. III, cap. XVI.

Hay otros que las hacen subir á cuarenta mil: lo cierto es que fué una de las batallas mas desastrosas que registran nuestros anales.

Supo Jussuf despues de su victoria la muerte de uno de sus hijos, y lleno de dolor partió á Africa al dia siguiente de la batalla, debiendo España su salvacion á esta providencial circunstancia. Dejó el mando del ejército vencedor á Abu-Bekr, uno de sus mejores caudillos, motivo de grande disgusto para el Emir de Sevilla que lo ambicionaba, el cual se fué en busca de Jussuf para inclinarlo á que le nombrase gefe de los Almoravides de España. Entonces comenzaron las mútuas desconfianzas. Jussuf vino de nuevo desembarcando tambien en Algezira, (1088) y unido con Ben-Abed, corrieron el territorio cristiano y cercaron la fortaleza de Aledo. Vuelto á Africa tornó de allí por tercera vez (1090) llamado por su lugarteniente Abu-Bekr y depuso al Emir de Granada.

Fuese á Africa en el mismo año y en Ceuta presenció el embarque de las numerosas tropas que enviaba á la Península; y no recatando ya su pensamiento de apoderarse de todo el imperio árabe español se hizo dueño de Córdoba y por último de Sevilla, á pesar de la tenaz y valerosa resistencia de Ben-Abed, quien acudió de nuevo al rey de Castilla pidiéndole proteccion y amparo. Diósele este; pero fueron derrotadas las tropas cristianas en Almodóvar por las de Abu-Bekr, (1091) y ya sin recursos vióse en el duro trance de entregar á Sevilla, su deliciosa córte, al ambicioso Jussuf, saliendo de ella con su desgraciada familia á llorar su imprudencia en el triste destierro de Agmat, en el interior de Africa. Allí murió en la mas espantosa miseria y en peor estado que si hubiese sido guardian de los camellos del Emperador, como decia á su hijo. Sus delicadas y hermosas hijas, criadas entre sedas, oro y perfumes andaban cubiertas de harapos y los pies descalzos, ganando

el sustento con el trabajo de sus manos. ¡Tal fué el fin que tuvo el Emir mas poderoso de España, y tal la ingratitud de su feroz y bárbaro auxiliar!

Este se hizo dueño de cuanto poseian los árabes en España, á escepcion de Zaragoza, que se la dejó á su Emir conceptuándola como un antemural contra las incursiones de los cristianos. Fortificó á Algezira, cuya importancia era tan grande, cuanto ya hemos visto que se exijió su posesion: que era gobernador de ella un hijo del Emir de Sevilla y que fué el punto constante del desembarco de sus ejércitos.

Gibraltar en esta época solo era una dependencia de aquella, si bien es probable que tambien recibiese mejoras de Jussuf. Este volvió por cuarta y última vez á España (1103) con sus dos hijos Abu Fair y Ali Abul Hassam, é hizo jurar á este último sucesor suyo en el imperio, aunque menor que el otro, por los walíes y jeques reunidos en Córdoba (1103); tornándose despues á Marruecos para no volver mas, pues murió allí (1107) de cien años de edad, de los que reinó cerca de cuarenta.

Despues de su muerte y en el mismo año su sucesor Alí vino á España; este era hijo de esclava cristiana, por cuya razon fué muy indulgente con los cristianos. Recibió en Algezira, en donde desembarcó, á todos los cadíes de las aljamas, walíes y caballeros que fueron á felicitarlo.

En tiempo de este emperador apareció la nueva secta de los Almohades—unitarios— que tuvo por gefe á Mohamed Abu Abdallah, llamado el Mahedi—conductor— quien, como todos los sectarios mahometanos, estendió su doctrina con las armas, viniendo al cabo á destruir el imperio de los Almoravides de Africa y España. Su triunfo fué completo con la muerte de Tachfin, hijo de Ali, ocurrida en Oran (1145), pues aunque á Tachfin sucedió su hijo Ibrahim Abu Isahc, ya no existia realmente el imperio morabito africano.

Abdelmumen, sucesor del Mahedi, envió á España á su caudillo Abul Amran con diez mil caballos y veinte mil infantes para destruir las bandas de Almoravides, que aun quedaban en ella, ya bastante apurados por Alonso VII el emperador, y por los mismos árabes andaluces. Abu Amran comenzó apoderándose de todos los pueblos del Estrecho (1146) y continuó despues sus conquistas hasta Sevilla. Vióse, pues, ocupada Algezira y despues Gibraltar por esta nueva raza: vínole bien á esta última, pues conociendo Abdelmumen las grandes ventajas que ofrecia su natural fortaleza, ordenó al célebre arquitecto Alhas Yahix de Málaga, que ensanchase y aumentase las fortificaciones, cuyo mandato puso en práctica su hijo Cid Abu Said, walí de Algezira (1160) á quien estaba sujeta Gibraltar. Al siguiente año visitó la plaza Abdelmumen y examinó las obras recien construidas; mereciendo su aprobacion. Permaneció allí dos meses, y recibió las visitas de los walíes y caudillos de Andalucía, entreteniendo el tiempo con músicos y poetas que tambien habian venido á felicitarlo, y entre estos últimos el célebre Giafar Ben Said, granadino, jóven de corta edad [1] y el cual le dedicó elegantes versos.

1 Véase una muestra de ellos.

Tal es el pueblo tuyo innumerable
Que bullicioso sigue tus banderas,
Insignias de ventura perdurable
De triunfos y victorias verdaderas.
Con prestas naves pasas el instable
Piélago, y de Algezira en las riberas
Tus gloriosas insignias les tremolas
Espanto de las gentes españolas.

Pondrán en tu obediencia fácilmente
Al audaz que tu imperio usurpa osado,
Sin que le valga la rebelde gente
Que sigue su pendon desventurado
Aquí, la lanza tuya prepotente
Renovará del tiempo ya pasado
Célebres casos y la noble historia
Que conserva en sus fastos la memoria.

Abdelmumen nombró por sucesor á su hijo Jussuf Abud Jacub, y por órden de este se repartieron los gobiernos de España á sus jeques (1154). En el reinado de su sucesor Aben Jussuf, que estaba á la sazon en Africa, (1194) llegó á las playas de Algezira, atravesando el pais enemigo, el valeroso rey de Castilla Alfonso VIII y desde allí le escribió la siguiente arrogante carta. "En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el rey de los cristianos al rey de los muslimes. Puesto que segun parece no puedes venir contra mí, ni enviar tus gentes, envíame barcos y saetías que yo pasaré en ellas con mi gente en donde estás y pelearé contigo en tu misma tierra, con esta condicion que si me vencieres, seré tu cautivo y habrás grandes despojos y tú serás quien dé la ley; y si yo salgo vencedor, entonces todo estará en mi mano y seré yo quien se la dé al Islam."

Enfureció á Aben Jussuf el contenido de esta carta, y llamando á su hijo Cid Mohammed le mandó que escribiese al respaldo de ella estas palabras: "Dijo Aláh omnipotente: revolveré contra ellos y los haré polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto, y de los cuales no podrán escapar, y los sumiré en profundidad y los desharé."

Los hechos correspondieron bien pronto á las palabras; y reuniendo sus taifas se embarcó con un muy numeroso ejército, arribando felizmente á Algezira (1195)

Renovarás la próspera fortuna
Del ínclito Taric, de Muza fiero
Que del Islam con la creciente luna
Eclipsaron los rayos al acero,
Ni comparables son en cosa alguna
Ben Zaide y Ben Noseir, ni vuestro acero
Igual al de Abdelmumen ni su estrella
A vuestra luna cede, llena y bella.

Conde: Part. III capítulo III. La crónica nombra aquí á Gibraltar como Gebalfetah, prueba de que este nombre estaba tambien en uso con el de Gebaltarik.

en donde descansaron tan solo un dia para que no se resfriase su entusiasmo, y siguieron adelante hasta encontrar al ejército cristiano, que venia capitaneado por el rey Alfonso VIII. Este, obrando con sobrada ligereza, sin esperar la gente de Navarra y de Leon se adelantó al encuentro de los agarenos, dándose en los campos de Castilla la desgraciada y sangrienta batalla de Alarcos, en la que quedaron derrotados los castellanos (19 de Julio 1195) estando á punto de perecer el mismo Monarca.

Siendo despues emperador de los almohades Mohammed Ben Jussuf, llamado el Verde por el color de su albornoz, desembarcó en Tarifa con un poderoso ejército con intento de conquistar de un golpe toda España (1210). Cundió el espanto en Castilla, y el valiente Alfonso reunió su ejército para hacer frente á la borrasca que se preparaba. Proclamóse una cruzada santa, y el Papa Inocencio III concedió abundantes gracias, acudiendo muchos estrangeros, aunque los mas se retiraron antes de pelear. Allegóse un formidable ejército cuyas provisiones fueron conducidas en setenta mil acémilas, y partiendo de Toledo, sentó sus reales en las llanuras de las Navas de Tolosa, que alindan con el desfiladero llamado hoy Despeñaperros. Guiados por un pastor misterioso lograron colocarse en una posicion ventajosísima sin que el enemigo se apercibiera del movimiento. El ejército cristiano estaba mandado por el rey de Castilla, y le servian de segundos los Reyes de Aragon y de Navarra.

Desde el 14 de Julio se encontraban á la vista de los sarracenos, pero hasta el 16 no los embistieron. Trabóse la lucha con vivísimo ímpetu y encarnizamiento por ambas partes, haciendo los cristianos por la suya prodigios de valor, obligados á suplir con sus brios su inferioridad numérica. En esto se retiraron del campo los árabes andaluces resentidos de los africanos; defeccion providencial, pues contribuyó á que los cristianos ganasen esta fa-

mosísima y sangrienta batalla, en la que perecieron cerca de doscientos mil agarenos, debiendo la vida su orgulloso Emperador á la ligereza de su caballo. Fué la pérdida de los cristianos de veinte y cinco mil hombres, muy corta en comparacion de la de los enemigos. Tomó el nombre la batalla del Muradal, ó de las Navas, llamándola los árabes de Alacab–la colina–; y su anniversario se celebra desde entonces por la Iglesia Católica, bajo la denominacion del triunfo de la Santa Cruz.

Vemos, pues, que cada vez que se levantaba una nueva secta ó poder en Africa, por fuerza habia de penetrar en España: los Almoravides vencedores; y debiendo los reyes cristianos la salvacion de sus reinos á la muerte del hijo de Jussuf, que impidió á este aprovecharse de su victoria: los almohades vencidos en las Navas; principio de la destruccion de su imperio que acabó en Habud-Hud, último príncipe de esta raza y que en España se consumó con la conquista de Sevilla (1248) por el Santo rey Don Fernando que se hizo dueño, despues de aquella, como dice nuestra crónica, de todo lo que "es faz de la mar acá, en aquella comarca"; y por último, los Benimerines vencidos mas adelante en el Salado.

Destruido el imperio de los almohades en la Península por las repetidas conquistas de las armas cristianas, se formó, despues que San Fernando hubo tomado á Córdoba (1238) el reino de Granada, siendo fundador de este nuevo y despues brillante imperio Mohammed Alhamar, (1238), quien se intituló primeramente rey de Arjona por ser natural de ella, y despues, muerto Aben Hud, vino á ser reconocido en Granada, sucediendo á la dinastía Zeirita, y tambien en Guadix, Málaga y Jaen, con cuyos gobiernos y territorios formó su monarquía.

Llamábanle el Bermejo, y siendo enemigo de la raza africana acompañó con su gente al rey San Fernando á la conquista de Sevilla, peleando allí valerosamente para arrancarla del poder de los almohades. Mantuvo treguas

y buena amistad con este rey, que continuaron con su hijo Alonso X, hasta que este le pidió las plazas de Algezira y Tarifa, llaves de su reino, exigiéndole además que réconociera como independientes á los walíes de Málaga, Guadix y Gomares, los que segun práctica constante se habian rebelado contra él é impetrado para resistirle el auxilio del rey castellano. Negóse el Granadino á estas duras condiciones y se rompieron las treguas.

En este tiempo el infante D. Felipe, D. Nuño Fernandez de Lara y otros magnates se rebelaron contra el rey, en Lerma, y huyeron en seguida á refugiarse en Granada. Recibiólos el Bermejo con grande agasajo y benevolencia, y aceptó sus servicios contra los walíes rebeldes, á quienes salió á combatir acompañado de ellos. Durante la estancia de estos huéspedes ocurrió la muerte de Alhamar, (1273) sucediéndole su hijo Mohammed Alhamar II, jurado ya heredero en vida de su padre. Renovó el nuevo Emir sus pactos de amistad con el rey D. Alonso, al que visitó en Sevilla (1274), siendo recibido por el Monarca castellano con régia pompa y magnificencia, armándole caballero por su mano. Sirvió de medianero el Granadino entre el Rey, el Infante y demás grandes desafectos, y hasta túvo la galantería de ofrecer á la reina Doña Violante, mujer de D. Alonso, un año de tregua á los walíes rebeldes aun, que aquella le pidió usando de cierta sorpresa. [1]

Vuelto á Granada Alhamar recapacitó en las consecuencias fatales de su imprudente promesa; y que los walíes repuestos durante el año de respiro volverian, cumplido que fuese, á pelear con mayor pujanza, y de seguro con la ayuda del rey de Castilla; pero no contando con fuerza suficiente para resistirlos, acudió á los auxilios de Africa, remedio tradicional de su raza. Allí, destruido el imperio de los almohades que habia durado

1 Pidió un favor sin decir cual fuese, y el Moro lo concedió antes de saber en qué consistia.

tres siglos, mandaban los Beni-Zeyanes y los Benimerines, descendientes estos últimos de Abi-Bekir, noble jeque de la tierra de Zab, en Alkibla, que estuvo en España con Abu Jacub y se habia encontrado en la famosa batalla de Alarcos.

Su nieto Abdelhac fué el fundador del nuevo imperio, en el que vino á suceder despues de otros Abu Jussuf, que reinaba cuando el Granadino solicitó su ayuda. Para obligarlo mas hizo este lo que Ben Abed habia hecho en otro tiempo con los Almoravides, es decir, que le cedió las importantes plazas de Algezira y Tarifa para su pasage. Abu aceptó gustoso la dádiva, y envió desde luego diez y siete mil hombres que ocuparon dichas plazas, y poco despues (1275) pasó él mismo con mayor número. Es de presumir que Gibraltar fuese ocupada tambien por el africano, como dependiente del waliato de Algezira.

El Benimerin sometió á la dominacion del Granadino á los walíes rebeldes, y dividiendo su ejército en dos grandes cuerpos, entraron estos por Córdoba y por Jaen talando sus campos.

Ausente de España el rey Alonso X con motivo de sus malhadadas pretensiones al imperio de Alemania, gobernaba el reino su hijo mayor el infante D. Fernando de la Cerda [1] y defendia la frontera cristiana aquel mismo conde D. Nuño Fernandez de Lara que vimos cabeza de la rebelion de Lerma, y que era amigo del Granadino. Reunió este de priesa la poca gente de que podia disponer, y presentando batalla al emperador de Marruecos, perdióla y con ella la vida. Su cabeza envióla el africano al de Granada, el que segun dice la Crónica, apartó de ella los ojos, y se tapó la cara con ambas manos, diciendo: "¡Guala, mi buen amigo, que no lo merecia!" y mandóla encerrada en una caja de plata

1 Tronco de la familia real de los Duques de Medinaceli.

á Córdoba para que allí la enterrasen.[1] Al saber el infante D. Fernando esta desgraciada derrota hizo un llamamiento general en Búrgos, y reunido el ejército vínose con él para Andalucía; pero enfermó en el camino (1275) y murió en Ciudad-Real.

Entretanto el arzobispo D. Sancho, hermano de Doña Violante, mas animoso que prudente, presentó batalla á los agarenos y fué derrotado por ellos, perdiendo la vida en la Torre del Campo; si bien fué vengado este descalabro por D. Lope Diaz de Haro, quien llegando poco despues con la nobleza de Castilla atacó á los sarracenos, y los obligó á retirarse hasta cerca de Jaen. Pero el infante D. Sancho, hijo segundo del rey, que se habia hecho cargo del gobierno despues de la muerte de su hermano el de la Cerda, adoptó medidas tan acertadas para la defensa de la frontera, que se vió obligado el emperador Jussuf á replegarse, guareciéndose en Algezira. Estando allí aceptó la tregua que le ofreció el rey Alonso X—ya de vuelta de su gravoso viaje—cuidándose poco de la situacion embarazosa en que quedaba su aliado el Granadino, y satisfecho con la posesion de Algezira, Tarifa y Gibraltar. Viéndose aquel burlado, pidió ser comprendido en la tregua, y quedó esta (1276) asentada por dos años entre los tres reyes.

Observemos de paso, cuan inferior fué esta entrada de los Benimerines á la de los Almoravides y almohades, contentándose al postre su emperador con la posesion de unas cuantas ciudades. Ibase, pues, debilitando el poder agareno al propio tiempo que crecia el cristiano, hasta el punto de ser feudatario de los monarcas de Castilla, el emir granadino, único representante de respeto que habia quedado en España de la raza muslímica.

Pasado el plazo de la tregua (1278) emprendió de

1 Conde, part. IV, capitulo X.

nuevo la guerra D. Alonso contra el de Marruecos; quiso cercarlo en Algezira, y con este objeto aparejó una escuadra y un lucido ejército al mando de su hijo tercero el infante D. Pedro, y la vanguardia por D. Alonso Fernandez, llamado el Niño, hijo bastardo del monarca. Pero tantos aprestos y gastos fueron infructuosos; pues habiendo comenzado ya las calamitosas reyertas entre el rey y su hijo Sancho, este distraia sin conocimiento de su padre los caudales destinados al mantenimiento del ejército.

Viéronse las tropas en graves apuros, y sabedor de ellos el de Marruecos, que se hallaba en Tánger, despachó desde allí una flota de catorce galeras que embistieron á las cristianas mientras sus tripulaciones andaban en tierra buscando vituallas, y mataron ó cautivaron á los pocos que en ellas habian quedado, contándose entre estos al almirante y principales gefes. Desembarcaron despues, é incendiando los reales del ejército sitiador, dieron socorro á la plaza, viéndose forzado el infante D. Pedro á huir precipitadamente, abandonando al enemigo todos sus pertrechos de guerra. ¡Tal fué el remate vergonzoso del primer sitio de Algezira, único hecho de armas del reinado de D. Alonso el Sabio! A otro del mismo nombre reservaba la Providencia la venganza de esta afrentosa derrota, y la posesion de esta llave de España.

Rebelado ya abiertamente D. Sancho contra su padre, y abandonado este de todos, menos de su *sola leal Sevilla*, pidió auxilio al de Marruecos, quien vino en persona con un ejército para protejerlo, pero fué ineficaz la ayuda por las desconfianzas que sobrevinieron entre uno y otro rey, y que hicieron á Abu Jussuf dar la vuelta á Algezira con su gente y de allí á Africa.

Muerto Alonso X (1284) ocupó al fin el codiciado trono su rebelde hijo Sancho el Bravo, en vez de los hijos del infante de la Cerda á quienes pertenecia; y con-

tinuando en buena armonía con Mohammed de Granada, preparóse á pelear con el de Marruecos. Con este objeto empleó en su servicio al famoso marino genovés Micer Benito Zacharia, con doce galeras genovesas, y le nombró almirante de la flota que pensaba establecer en el Estrecho para impedir la venida del africano. Publicó en Búrgos una convocatoria general á la nobleza del reino para que acudiese á la guerra, y de allí vino á Sevilla, corriendo á libertar á Jerez, cercada á la sazon por Abu Jacub, hijo del emperador de Marruecos, con doce mil ginetes zenetas, el cual se vió obligado á levantarlo, retirándose á Algezira.

Este fué el único resultado de la campaña, pues en una entrevista que tuvo mas adelante en Peñacerrada con Abu Jussuf, ajustó con él una tregua de tres años, no entrando en ella el Granadino, cuya alianza desdeñó D. Sancho contra el dictámen del infante D. Juan y su suegro D. Lope, quienes se disgustaron con él por este motivo y vino á producir el disgusto graves consecuencias en adelante.

En tanto continuaban en pié las diferencias entre Mohammed II y los walíes de Málaga, Guadix y Gomares, y con deseo de arreglarlas el de Marruecos, los reunió á todos en Algezira. No tuvo resultado favorable la conferencia que allí se celebró, pues obrando de mala fé el de Marruecos, indujo al walí de Málaga á que le cediese su territorio, dándole en equivalencia posesiones en Africa. El walí aceptó la oferta con vivo sentimiento del Granadino, el cual se veia privado por esta maniobra de la mas importante provincia de su reino.

A Abu Jussuf (1286) sucedió su hijo Abu Jacub, el que irritado contra el de Granada, porque este sedujo á Omar-Almoalla, walí de Málaga, puesto por Jussuf, para que se la entregase en cambio de Salobreña; y tambien porque supo que habia renovado sus pactos con el de Castilla, desembarcó en Algezira, y corriendo la

tierra puso sitio á Vejer. D. Sancho envió una flota al mando de Zacharia, y temeroso el africano de que le fuese interceptado el paso del Estrecho, dió la vuelta á Algezira y de allí á Tánger. Fuéle á buscar allí el valeroso almirante (1292) y á su vista quemó todas las embarcaciones que estaban ancladas en la costa.

Pensó D. Sancho sacar partido de este triunfo y de la retirada de Abu Jacub, embistiendo á Algezira; pero mejor aconsejado puso sitio á Tarifa, plaza más cercana á Africa, menos fuerte que la otra, pero no ménos importante. Apoderóse en seguida de ella sin casi resistencia por no tener los sitiados esperanza alguna de socorros; y nombró alcaide de ella al maestre de Calatrava D. Rodrigo Ponce y Mendoza, quien la tuvo pocos meses, entrando en su lugar Alonso Perez de Guzman, señor de Niebla, Lebrija y Sanlúcar, quien vino á adquirir en su guarda tan heróica celebridad.

Sucedió, pues, que habiéndose rebelado contra el rey D. Sancho (1293) su hermano el infante D. Juan se retiró este á Portugal, pero fué espulsado de aquel reino por el Monarca lusitano, y entonces pasó á refugiarse en Africa. Allí, deseoso de vengarse, ofreció al de Marruecos —¡vergonzoso proceder de un príncipe cristiano!— que le conquistaria á Tarifa si le ayudaba con las fuerzas necesarias: convino en ello el africano, y puso á sus órdenes un ejército compuesto de parte de la guarnicion de Algezira y de cinco mil zenetas venidos de Africa, con cuya gente sentó su campo el infante delante de los muros de Tarifa, que defendia valerosamente su alcaide Alonso Perez de Guzman.

Bien conocia D. Juan que toda fuerza era vana contra este esforzado y bravo caudillo, y tan inhumano como traidor, recurrió á un bárbaro y feroz medio, que vino á cubrirlo á él de infamia y de eterna gloria al alcaide. Criábase un hijo de este, todavía en la infancia, en las cercanías de Tarifa; apoderóse de él el infante y

envió un mensaje al padre diciéndole que daria muerte al niño si no entregaba la plaza. Pero este contestó: "Antes querré que me mateis ese hijo y otros cinco si "los toviese que daros una villa de que el Rey mi señor "me ha hecho omenage." Y esto diciendo arrojó desde el adarve un cuchillo á los sitiadores y se retiró á comer.[1]

1 La Crónica de D. Sancho dice que Guzman arrojó el cuchillo desde el adarve del muro y como fué escrita poco despues del suceso, parece que debió ser así. No obstante se conserva en Tarifa la tradicion de que el cuchillo fué arrojado por el valiente Alcaide desde un ajimez que hay en un torreon en cuya muralla se ha colocado en 1850 una inscripcion, que como dice muy oportunamente el sabio autor de la Historia de Cádiz y su provincia, debe desaparecer para honra de España. Hay en ella tantos dislates como palabras.

Pero esta tradicion es errónea y pasa como una vulgaridad entre las personas ilustradas.

Debemos á una que lo es mucho, á nuestro apreciable amigo D. Cayetano de Herrera, actual presidente de Sala de la Audiencia de Sevilla y propietario en el mismo Tarifa, una nota referente al hecho de que tratamos y que pone en claro la vulgaridad de la tradicion. Dice así:

"En 1292 en que D. Sancho el Bravo conquistó á Tarifa, estaba reducida la ciudad, entonces villa, á los barrios de la Aljaranda y la Almedina que tenian cada uno diversas aunque muy próximas entradas—de cuyas puertas se conservaban señales hace pocos años—llamada una la subida de la Aljaranda y otra la de la Almedina. En estos barrios se encontraban las primitivas parroquias denominadas Santiago y Santa María, y aunque la poblacion se estendia al otro recinto de las murallas hasta la puerta de Jerez, que existe tambien hoy, estas, con los diversos sitios que sufrió la poblacion en años anteriores, estaban aportilladas y casi arruinadas hasta que fueron reedificadas en tiempo de Juan II; y con los privilegios que entonces se concedieron creció el vecindario, y fué dada la villa á los marqueses de Tarifa, entrando en la casa de los duques de Medinaceli.

Atendida la situacion del pueblo y la altura en que se encuentra el castillo respecto de aquel, teniendo en cuenta que aquella era la parte mas fortificada, y que los moros sitiaron la ciudad por el punto mas elevado, es de creer que Alonso de Guzman no arrojó el cuchillo por el torreon en que el Sr. duque de Fernandina ha puesto la inscripcion, impropia en muchos puntos, pero laudatoria del hecho. A esto se agrega que dicho torreon y toda la muralla á la cual está unido, parece obra mas moderna que la del castillo, punto por donde acometieron los moros. Hay en el camarin de la iglesia de Santiago un letrero que dice: "En 21 de Setiembre de 1292, reinando D. Sancho IV el Bravo se ganó esta ciudad de los

Enfurecido el Infante con esta firme respuesta mandó á sus secuaces que diesen cruenta muerte al tierno niño con el mismo cuchillo arrojado por el padre, y cortándole la cabeza, "la lanzaron al muro, dice la crónica árabe, con un trabuco, para que su padre la viese." Los soldados de la plaza que desde la muralla miraban esta horrorosa degollacion lanzaron agudos gritos y tremendas imprecaciones que llegando á oidos del Alcaide preguntó la causa de ellas. Dijéronsela y entonces contestó con estóica entereza: "Cuidé que habian entrado en la ciudad los enemigos." ¡Rasgo de rudo heroismo que le valió el sobrenombre de el *Bueno*! [1] ¡Pecho fuerte y noble que sacrificó al deber el mas grande y tierno de los afectos humanos! Tal fué el fundador de la ilustre casa de los Guzmanes, primer conquistador de Gibraltar y que por esta razon merece un lugar preferente en esta historia.

D. Juan y los africanos levantaron en seguida el cerco (1294), y viendo el de Marruecos que perdida definitivamente Tarifa no le era posible sostener á Algezira, vendió esta al rey de Granada en gran cantidad de mitcales de oro, tomando el comprador posesion de

moros por el postigo de Santiago que está tapiado." Lo cual viene á probar que por allí debió ser la acometida de los moros para reconquistarla, habiendo mediado de un suceso á otro tan solo dos años."

Nos parecen tan sólidas estas razones que desde luego creemos que el castillo y no el torreon fué el lugar desde donde lanzó el cuchillo el Alcaide.

1 Dióselo el rey D. Sancho en la honorífica carta que le dirigió y que decia entre otras cosas: "Supimos é en mucho tuvimos dar la vuestra sangre é ofrecer el vuestro primogénito hijo por el nuestro servicio é el de Dios delante é por la vuestra honra, en lo cual imitásteis al padre Abraham que por servir á Dios le daba él su hijo en sacrificio é en lo al quisísteis ser semejante á la buena sangre onde venisteis por lo cual merecistis ser llamado el *Bueno* é asi os lo yo llamo é os llamaredes de aqui adelante é á justo es, que el que faze bondad que tenga nombre de Bueno. Alcalá de Henares dos de Enero de 1295. Ortiz de Zúñiga. Anal. de Sevilla, lib. III.

ella en seguida, y Abu Jacub se retiró para siempre á Africa sin cuidarse mas de Andalucía. Debemos creer que en la venta se comprendió tambien á Gibraltar, aunque nada dice la crónica sobre esto; por mas que parezca acertada la presuncion, habiéndose desprendido los Emperadores de Marruecos de todo dominio en España.

CAPITULO III.

Primer sitio de Gibraltar por el rey D. Fernando IV.—Gánala el caudillo Alonso Perez de Guzman el Bueno.—Privilegios que el Rey concede á la plaza.—Segundo sitio que sufre esta por Ismail rey de Granada.—Es socorrida por el infante D. Pedro.—El moro lo levanta.

Muerto D. Sancho el Bravo le sucedió su hijo primogénito Fernando IV, de edad de nueve años, bajo la tutela de su madre Doña María de Molina (1295); y pasada la turbulenta menoría tan célebre en la historia por las grandes dotes y virtudes que durante ella supo desplegar la ilustre tutora, modelo de madres y de reinas, tomó el jóven rey las riendas del gobierno.

No podemos pasar por alto un hecho ocurrido en aquella revuelta época. Apoderado de la regencia el infante D. Enrique y exhausto el tesoro, aceptó la propuesta que le hizo el rey de Granada de comprar á Tarifa dando por ella veinte mil doblas de oro y varias fortalezas de la frontera. Ya á punto de efectuar la venta súpolo la Reyna, la que en union con el valiente alcaide Guzman el Bueno, se opusieron al vergonzoso contrato que no llegó á consumarse por esta causa. Así conservó el ilustre caudillo de nuevo la plaza para sus reyes, que antes habia sabido defender con tanto sacrificio. [1]

Muerto en Granada Mohammed II (1302) entró á reinar su hijo Mohammed III Abu Abdallah, adultera-

1 Cond. part. IV, capit. XIII.

do por los cristianos en Bu-addil ó Boadil, el cual pactó treguas con el rey D. Fernando, y se reconoció vasallo suyo; pero cediéndole aquel las plazas conquistadas con escepcion de Tarifa que quedó por el de Castilla (1304). Sin embargo, como medio de distraer la atencion de los magnates y evitar disturbios en el reino, por consejo de su madre, se puso el de Castilla de acuerdo con D. Jaime II de Aragon, y prévio el consentimiento y gracias espirituales concedidas por el Papa Clemente V para este género de empresas, y que ahora se estendieron hasta la donacion de la tercera parte de las rentas de la Iglesia durante tres años, comenzó la guerra contra los moros. El aragonés marchó sobre Almería, y el castellano se dirigió á Algezira con su ejército y armada, poniéndola cerco (27 de Julio 1309). El Rey de Granada, sabedor de esto, acudió al socorro de la plaza; pero nada hizo de provecho por las lluvias y recios temporales, como dice la crónica.

Al propio tiempo llegó á entender D. Fernando, que la fortaleza de Gibraltar se hallaba desguarnecida, y al punto dió órden al célebre caudillo Alonso Perez de Guzman el Bueno para que la embistiese y cercara. Así lo hizo este llevando consigo una lucida tropa, compuesta principalmente del Consejo de Sevilla con su pendon, del Arzobispo de la misma con su mesnada, y de varios magnates con las suyas, entre ellos sus dos hermanos Pedro y Alvar Perez, D. Juan Nuñez de Lara y otros.

Llegados allí formalizaron el cerco y ocuparon sin obstáculo el monte, en donde se comenzó por edificar una sólida torre, que en memoria del caudillo se llamó despues de D. Alonso: en ella se colocaron dos gruesos trabucos que sirvieron para lanzar enormes piedras contra el castillo, torre de la Calahorra, la del Homenage y contra la poblacion, compuesta entonces del barrio de *Villavieja* y el otro de la *Turba*. A esto alude la cró-

nica árabe, cuando dice que "la combatió con ingenios y máquinas de trueno." Los de la plaza aunque solo eran unos mil quinientos [1] se defendian con teson; y prolongaron durante un mes la resistencia, sostiendo muchos y sangrientos choques en sus repetidas salidas contra los sitiadores. Por la parte de mar estrechaba la plaza el Vizconde de Castel-novo con las galeras de Portugal y de Aragon; y cansados ya los moros y sin esperanza de socorro, se rindieron á D. Alonso bajo la condicion de ser transportados á Africa con los bienes que pudiesen llevar consigo.

D. Alonso dió al punto aviso al Rey del feliz suceso, y este vino en seguida á tomar posesion de la plaza (19 de Setiembre 1309) que habia estado en poder de los agarenos 598 años. Al entrar en ella, dice la crónica, [2] dió gracias á Dios "por la merced que le habia hecho de un castillo y pueblo de tanta fortaleza." Mandó reedificar los muros destruidos durante el sitio, y construir la *Atarazana* para la defensa de las galeras y naves del puerto, con una torre muy fuerte que pudiera protegerla contra los ataques de las escuadras enemigas. Asignóle además una guarnicion numerosa, dejándola bien pertrechada de todo lo necesario para hacer frente á las embestidas de Africa.

Cuenta la crónica que al embarcarse los habitantes, segun lo estipulado, un moro anciano, dijo al Rey: "Señor, que oviste conmigo de me echar de aquí, cá tu bisabuelo el rey D. Fernando cuando tomó á Sevilla me echó dende, é vineme á morar á Xerez; y despues el rey D. Alonso tu abuelo cuando ganó á Xerez echóme dende, é yo vine á morar á Tarifa; y cuidando que estaba en lugar salvo, vino el rey D. Sancho tu padre y echóme dende; é vine á morar aquí á Gebaltaric, é teniendo

1 Mil y ciento dice Ayala, pero seguimos á Conde.
2 Crónica de D. Fernando IV, cap. LV.

que en ningun lugar no estaba tan ensalvo en toda la tierra de los moros aquende la mar, como aquí." En el dicho de este viejo moro, como observa el historiador de España ya citado, se vé trazado el cuadro exacto y fiel de la reconquista cristiana en el último medio siglo.

El Rey de Castilla proseguia con constancia el cerco de Algezira, empeñado en la conquista de esta célebre plaza. Ni le arredró el abandano de su tio el infante D. Juan, quien siempre descontento se marchó del cerco con mil quinientos caballos, arrastrando consigo á D. Juan Manuel, marqués de Villena: ni mucho menos la peste que se habia declarado en el campo, y de la que sucumbió D. Diego de Haro; ni, por último, los temporales que sin intermision se experimentaban en toda la costa. Á las repetidas instancias de los suyos para que levantase el campo, contestaba siempre "que antes queria allí morir que no levantarse dende deshonrado." ¡Entereza que habia de heredar un dia su hijo Alfonso, y que veremos brillar en estos mismos lugares!

Para formar idea de lo que era un sitio en aquella época copiaremos lo que dice la crónica referente al de Algezira. "Mas el rey D. Fernando no tenia en la cerca de Algezira varrera ninguna cá non la habia menester, nin fué nunca costumbre de los castellanos facer varreras cuando cercaron algunas villas y antès lo ovieron por gran mengua." Es decir, que el arte para nada intervenia en estas empresas, que únicamente descansaban en el esfuerzo personal de los soldados, sin abrigo de trincheras ni otro género alguno de obras de defensa. No hay que estrañar en vista de esto, que fuesen tan desastrosos los sitios y que durasen tan poco tiempo.

El Granadino viendo la esforzada constancia del Monarca castellano, hostigado además por el de Aragon, quien en union del walí de Almería, Suleiman Ben Rebich, le habian quitado á Ceuta, y que en la misma Granada se removian sus enemigos, solicitó la paz del rey

Fernando, reconociéndose su vasallo, y ofreciéndole si levantaba el sitio de Algezira, darle las fortalezas de Quadros, Chanquin, Quesada y Bedmar y además cincuenta mil doblas de oro. ¡Tan importante era esta llave de España por la que hacia el Emir un sacrificio de tal especie! El Rey aceptó la ventajosísima oferta y levantó el cerco, á lo que contribuyó la desgraciada pero gloriosa muerte del ínclito Guzman el Bueno,[1] el que habiéndose internado despues de la conquista de Gibraltar en la sierra de Gaucin, cayó atravesado de un flechazo peleando con los moros de aquella fortaleza (19 de Setiembre 1309). El rey sintió vivamente su muerte, y su cadáver fué conducido con gran pompa á Sevilla.

Antes de partir el Rey del cerco de Algezira nombró alcaide de Gibraltar á Alonso Fernandez de Mendoza, y en Jerez dió una cédula[2] á 30 de Enero de 1310, arreglando el gobierno de la plaza y teniendo en cuenta su especial situacion cercada de enemigos por todas partes. Nombró alcalde mayor de ella á Lope Ordoñez: alguacil mayor á Miguel Martin; y jurados vitalicios á Gonzalo Perez y á Juan Perez de Jaen. Asignóle una guarnicion de trescientos vecinos para su defensa con la paga correspondiente á su respectivo servicio.[3] Concedióle todos los términos que antes de la conquista pertenecian á la plaza. Eximió á los vecinos y

1 Fué sepultado en su convento de San Isidro del Campo (Santi-Ponce) en cuya Iglesia está su sepulcro con su busto en mármol y el de su mujer, y tiene el siguiente epitafio:—

"Aqui iace Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que Dios perdone, é que previno siempre servir á Dios y á los reyes: el fué con el muy noble rey D. Fernando en el cerco de Algezira, é estando el Rey en esta cerca, fué á ganar á Gibraltar é despues que la ganó entró en cabalgada en la sierra de Gaucin é tuvo facienda con los moros é mataronlo en ella Viérnes XIX de Setiembre, Era de MCCCXVII. Anales de Sevilla de Ort. de Zúñig. lib. IV."

2 La trae Ayala en su Hist. de Gib.

3 Ballesteros de monte. 45 mrs.
Idem de estrivera . . 40
Peon 35
Id. de vela en el monte. 45

moradores de todo género de tributos y gabelas[1] por las mercancías que introdujesen en ella, cuyo beneficio era estensivo á los moros y judíos. Concedió un derecho amplísimo de asilo á todos los malhechores, aunque fuesen golifanes ó ladrones y aun á la mujer casada "que se fuga á su marido" esceptuando al *home traidor*; entendiéndose por tal al que dió castillo contra su señor, cuyo privilegio era estensivo á los que hubiesen morado en la plaza un año y un dia.

Concedió tambien el quinto de las presas hechas en Gibraltar y su término, al Alcaide y el resto al Concejo; y si era cautivo [illegible] al aprehensor, prévio el pago del derecho real; á menos que no hubiese sido cautivado á tiro de ballesta de la fortaleza, en cuyo caso el aprehensor tenia una tercera parte de su valor y lo restante era para el Alcaide. Redujo al estado llano á todos los habitantes, de modo que los hidalgos no gozaban de los privilegios de su clase: el Alcaide no tenia jurisdiccion en la ciudad, siendo su única atribucion cuidar con el concejo de la seguridad del castillo. Impuso á las naves que anclasen en la bahía un derecho igual al que tenian en el puerto de Sevilla, en beneficio del concejo. Concedió á este el uso de sello y el gobierno de justicia conforme al fuero de Toledo; una renta de diez mil maravedís sobre los derechos de la almadraba real para gastos estraordinarios, y por último el tercio de las salinas del término y otros derechos. La única obligacion que les impone es el pago del diezmo á la Iglesia.

Por el contexto de este fuero vemos la corta estension que tenia la plaza en aquel tiempo cuando bastaban

1 Diezmo no eclesiástico, portazgo, alcabala, montazgo, servicio, ronda, asadiga y castilleria:—estos últimos recaian sobre los ganados—, martiniega—que se daba en los dias de San Martin—era una contribucion que pagaban las heredades situadas en el término del pueblo y á ella estaban sujetos los bienes de la Iglesia y de los nobles.

á guarnecerla bien trescientos hombres y cuan poco poblada estaba la ciudad, reducida entonces al barrio que arrancaba de la falda del castillo mirando al norte del monte, llamado *Villavieja*, y otro situado en el estremo opuesto nombrado la *Turba*, que era la verdadera ciudad cercada de muros y que se llamó así por ser gente miserable la que allí habitaba. El de la *Barcina* que fué el mas rico y poblado no existia en esta época.

En Granada estalló en este tiempo una revuelta, siendo depuesto Mohammed II y coronado en su lugar su hermano Muley Nazar, retirándose aquel á Almuñecar, prefiriendo la pérdida del trono á la de la vida con que le amenazaban los revoltosos. Al saber el Rey de Castilla este suceso dispuso una expedicion y vínose á Andalucía. Pasó por Jaen para incorporarse con su ejército que estaba en Alcaudete, y al llegar á Mártos encontró allí y mandó arrojar desde la peña de la fortaleza á los dos hermanos D. Juan y D. Pedro de Carvajal, por sospechas de que fuesen los autores del asesinato de su favorito D. Juan de Benavides. Estos desgraciados protextaron enérjicamente contra el fallo que los condenaba, y ofrecieron probar su inocencia, si le daban tiempo para ello: pero el Rey mandó llevar á efecto la ejecucion sin querer oirlos. Entonces, y en las angustias desesperadas del supremo trance emplazaron al Monarca dentro del término de treinta dias ante el tribunal de Dios, para dar cuenta allí de su injusta sentencia. En el último del emplazamiento el Rey comió y fuese á dormir la siesta, y cuando entraron á despertarlo lo encontraron muerto, sin que hubiese estado enfermo. De aquí le vino el sobrenombre de el *Emplazado* con que la historia lo distingue. ¡Golpe de la mano de Dios, á quien no invocaron en vano las víctimas inocentes!

Muerto D. Fernando de 25 años de edad le sucedió su único hijo varon Alfonso XI, proclamado en Jaen á la de trece meses (7 de Setiembre 1312), cuya menoría

vino á ocasionar tantos disgustos como la de su Padre, entregándose por último la crianza del Rey á su virtuosa y prudente abuela Doña María de Molina, tronco insigne de este Príncipe esclarecido; y se encomendó el gobierno del reino á los tres tutores en union del Consejo real, llamado Chancillería (1314) que debia acompañar al Rey á todas partes.

En medio de las discordias, que los bandos tutoriales mantenian en el reino, no se dejó de la mano la guerra con los moros. Las cosas de Granada andaban revueltas. La semilla sembrada por Muley Nazar no fué perdida, y bien pronto otro usurpador Ismail Ben Nasir, sobrino suyo é hijo del walí de Málaga, se presentó á las puertas de Granada con numerosos partidarios, y abriéndoselas los que adentro tenia se hizo dueño de la ciudad. Encerrado Ismail en la Alhambra pidió desde allí auxilio al infante D. Pedro, vencedor en Alcaudete; pero cuando este vino á favorecerlo ya se habia visto forzado á ceder el trono á su rebelde sobrino, retirándose á Guadix, cuyo señorío le cedió este, y en donde acabó sus dias.

Rígido observador del Koram, Ismail quiso renovar la guerra santa contra los cristianos, y despechado y enfurecido por la derrota que sufrió en un encuentro que le costó mil quinientos ginetes, allegó un ejército y mandó poner sitio á Gibraltar, cuya posesion le interesaba mucho para tener á raya á los Benimerines de Africa, que eran ya dueños de Ceuta. Pero noticioso de este intento el infante D. Pedro acudió oportunamente al socorro de la plaza (1316) y unido con los fronteros de Xerez y varios otros obligaron á los moros á levantar el cerco.

Ismail murió asesinado por su primo Mohammed, hijo del walí de Algezira, por zelos de una cautiva cristiana, y le sucedió (1325) su hijo Mohammed IV el que sabedor tres años despues que venian enemigos por la

parte de Africa, capitaneados por Otman, uno de sus generales antes rebelado contra él y pasado al servicio del Rey de Fez, envió á su wazir Alkigiati á Algezira, rogando á su tio el walí de esta ciudad guardase bien el Estrecho para impedir el paso de los africanos. Pocos dias despues de la llegada del wazir se presentaron los enemigos cuyo tránsito habia venido á impedir. Salióle al encuentro el de Algezira, pero fué derrotado perdiendo la vida en la refriega, y los africanos se apoderaron de la ciudad y además de las fortalezas de Marbella, Ronda, Estepona y Ximena. Avisado Mohammed del fracaso se vino con su ejército y pudo rescatar del poder de los Benimerines todas las plazas que estos acababan de ganar; y estando en Algezira llegó á entender que Gibraltar se encontraba mal guarnecida y desprovista de víveres, y en seguida (1332) le puso cerco.

CAPITULO IV.

Sitio tercero de Gibraltar, por Mohammed IV rey de Granada.—La gana.—Viene á poder del Rey de Marruecos.—Escaramuzas del rey D. Alfonso XI que acude á socorrerla.—Sitio cuarto de la plaza por este Rey.—Lo levanta.—Muerte alevosa del Rey de Granada en el monte de Gibraltar.

Era alcaide de la plaza á la sazon el caballero gallego Vasco Perez de Meira, reputado de valiente militar; pero que estaba dominado por la vana manía de perpetuar su nombre en fundaciones de mayorazgos, capricho inocente si lo hubiese satisfecho con sus propios bienes y no con los que el Rey le suministraba para el sostenimiento de la fortaleza. Así, ni estaba pagada la guarnicion, ni tenia los depósitos de pertrechos necesarios para poder resistir los ataques, siempre inminentes, en una plaza como esta, rodeada de enemigos por todos lados. Llegó á tal punto su vergonzosa codicia, que vendia los escasos víveres de la ciudad á los moros de las cercanías, quienes se apresuraban á comprarlos para facilitar de esta manera su conquista. Tal era el caudillo que habia de resistir al numeroso ejército del Granadino que sitiaba la plaza.

Sin obstáculo se apoderó este del monte y tambien de la atarazana, privando de este modo á los sitiados del único conducto por donde pudieran recibir bastimentos. Dias antes del cerco llegó de arribada á la bahía una barca con trigo, accidente que remedió la necesidad por algun tiempo.

Los sitiadores apretaban la ciudad con grande empeño, y aunque cortos en número, defendíanla con él mismo sus valerosos moradores, los cuales padecieron tribulaciones amargas, careciendo de pan durante un mes; y llegó el hambre á tal estremo que hubieron de alimentarse con los cueros de los escudos, que remojaban en agua para poder comerlos.

Por último, el enemigo se apoderó de la poblacion y redobló sus ataques contra el castillo, que defendia Vasco Perez con una escasa guarnicion, reducida por su mísera avaricia á menor número que el prevenido por las ordenanzas. Cometió este, además, la torpeza de encerrar allí á muchos cautivos moros que antes habia apresado, y de quienes esperaba rescate, alimentándolos con los víveres destinados á la tropa. Los pocos soldados hambrientos y enflaquecidos pronto acabaron de quebrantarse con las fatigas del sitio, y ni tenian ánimo ni fuerzas para reparar los destrozos causados en los muros por las máquinas de batir de los sitiadores.

En tal estado, y creyendo Vasco Perez que el Rey, á pesar de sus repetidos avisos no vendria á socorrerlo, capituló con el Granadino y le entregó la plaza bajo condicion de quedar libres los soldados y habitantes de ella: de llevarse consigo los bienes que pudieran conducir; y de entregar los moros cautivos que tenia él, y que tanto habian perjudicado á la defensa de la fortaleza. En seguida tomó el Emir posesion de esta, y encontró en ella víveres para cinco dias, circunstancia que añade la nota de cobarde á la de dilapidador que ya merecia Vasco Perez. Acaso le convenga tambien la de traidor que le dan algunos historiadores, [1] y que hasta cierto punto justifica su huida á Africa despues de la pérdida de la plaza, si bien pudo ser este paso hijo del temor á las iras del Monarca, no de blanda condicion con servidores sospechosos ó tibios.

1 Cura Romero en apuntes MS.

Duró este sitio (Junio 1333) cuatro meses y medio, lo que prueba que fué obstinada la defensa por parte de la guarnicion y vecinos; y es indudable que con otro alcaide mas solícito y entero los moros no hubieran conseguido su intento. ¡Tales fueron las tristes consecuencias de la vanidad de Vasco Perez, quien al cabo ha conseguido perpetuar su nombre, aunque de una manera por cierto bien diversa, de la que él se proponia en sus nobiliarias fundaciones!

Tomada la plaza (17 de Junio) por las tropas del de Granada vino poco despues el rey de Marruecos Abul Hassam, —el Alboacen de nuestras crónicas— y se apoderó de ella "como de cosa que le pertenecia" segun cuenta la árabe. [1] Mucho pesó al Granadino, pero no queriendo malquistarse con aquel poderoso Príncipe disimuló su enojo, y le escribió benévolamente cediéndole la plaza, quedando de esta manera si no amigos cordiales al menos aliados.

Vengamos al Rey de Castilla. Este al primer aviso que tuvo del cerco hubiese venido al socorro de la plaza: pero estorbáronselo las revueltas que en Castilla promovian D. Juan Nuñez de Lara y D. Juan Manuel, á quienes trató de apaciguar con mercedes y ofrecimientos. En Valladolid convocó á la nobleza para que acudiese á levantar el cerco, invitando especialmente á los dos magnates descontentos; pero estos, abusando de las apuradas circunstancias en que el Rey se encontraba, le impusieron condiciones onerosísimas; y fué lo mas estraño que, despues de haberlas aceptado y de otorgarles

1 Conde. Part. IV, cap. XX. Ayala en su Historia de Gibraltar, supone que el Rey de Granada y el de Marruecos estaban unidos para el sitio de la plaza y que vino de Africa Abdul-Malik, hijo del último, con este objeto. Confunde, por consiguiente, los dos sitios en uno, pues nada dice de la toma de la plaza por el Granadino, ni de la usurpacion del africano, que refiere la crónica árabe. La toma de Baena fué posterior á la de Gibraltar y cuando Alfonso XI sitiaba á esta última para recobrarla.

infinitas concesiones, cometieron la baja accion de apropiarse las cantidades recibidas para el mantenimiento de sus mesnadas, y además se quedaron en Castilla desamparando al Monarca. ¡Estos hechos disculpan si no justifican las ejecuciones del reinado de D. Alfonso!

Este, entretanto, mandó salir á Jofre Tenorio con las naves castellanas para vijilar el Estrecho: escribió á Vasco Perez para que se mantuviese firme, y á los Concejos de Sevilla, Córdoba y Jaen para que se le uniesen: allegó crecidas sumas en Búrgos, Valladolid y Toledó, y de aquí pasó á Sevilla (8 de Julio de 1333), punto de reunion del ejército.

Vínose despues hácia Xerez noticiando su marcha al almirante Tenorio y á Vasco Perez, á quienes escribia en cada jornada, circunstancia notable que acrimina al Alcaide, sabedor de la venida del socorro, y quien si se hubiese sostenido los cinco dias siquiera para los que tenia víveres, hubiera aquel llegado á tiempo, salvándose la fortaleza. La crónica refiere que al llegar el Rey á Xerez se le presentó la mujer de Vasco Perez, que vivia allí llevando un hijo suyo pequeño de la mano. Recibióla el Monarca con grande afecto y tomando en sus brazos al niño, dijo: "que el que no criaba hijo de tan leal caballero como era Vasco Perez, no habia porque criar hijo de ningun bueno; que fuese seguro que le haría mercedes muy cumplidas." Cuando estas palabras decia D. Alfonso, estaba entregando el padre del niño la plaza confiada á su cuidado, labrando para años adelante el sepulcro al mismo Monarca.

Al llegar Jofre Tenorio á la bahía encontró ya ocupada la atarazana por las naves enemigas, y queriendo á pesar de todo socorrer á los sitiados, empezó á arrojarles con los trabucos sacos de harina; pero hubo de desistir de su empeño al ver el peligro que corrian sus naves con los tiros que les asestaban las máquinas colocadas en tierra.

Supo el Rey á su salida de Xerez que la plaza era ya de los moros; y no obstante continuó su marcha con esperanza de recobrarla. A los cinco dias de camino atravesó el Guadarranque, y allí preparó una escaramuza contra Abdul-Malik, hijo de Abul-Hassam, dueño de Gibraltar, como ya hemos dicho.

Bajaba el ejército cristiano por las vertientes de la Sierra Carbonera, distante una legua de la plaza y Abdul-Malik lo molestaba bastante con una division de seis mil caballos. El Rey mandó que los concejos de Jaen con Lope Ruiz de Rueda y Garci-Melendez de Sotomayor los atacasen calladamente por la espalda, en tanto que fingiendo resistencia ganaban tiempo los que iban descendiendo, encargando á aquellos que no persiguiesen á los moros mas que hasta Guadarranque. Hízose todo tal como el Rey lo habia dispuesto, y los moros confundidos y aterrorizados con tan diversas é imprevistas acometidas sufrieron una pérdida de quinientos ginetes. Pero los cristianos olvidándose en el calor del combate de la órden del Monarca persiguieron á los enemigos mas allá del Guadarranque, pasaron este rio y llegaron hasta el de Palmones y viéronse encerrados entre ambos rios, sufriendo en este reducido espacio las embestidas de los moros fugitivos, quienes repuestos de su sorpresa y ayudados por los refrescos que salieron de Algezira volvieron las caras y atacaron con fuerza.

No pudieron los cristianos entonces repasar el Guadarranque para incorporarse con el grueso del ejército por estar la marea llena; y en tan penosa y grave situacion se mantuvieron peleando con desesperada bravura á pesar de hallarse fatigados y hambrientos. Hubieran sucumbido al mayor número de enemigos; pero auxiliados por el Almirante de Castilla con cien ballesteros, que atravesaron el rio en una zabra, y con otros tantos que envió el Rey pudieron rechazar á los moros al otro lado de Palmones. Al otro dia de esta escara-

muza (Julio 1333) se formalizó el sitio de la plaza.

Creyó el Rey que seria muy acertado atacarla primeramente por el lado del mediodía y cuando estuviese distraida la atencion de los sitiados por esta parte, embestirla por la del norte que no ofrecia entonces mucha resistencia. Con este objeto dispuso que Rui Lopez y Fernan Yañez se embarcasen en esquifes costaneros cón la tropa necesaria, y que tomando tierra en los arenales colorados que lindan con las faldas del monte al sur de la ciudad, comenzaran el ataque por este paraje. Así se hizo, y saltó en tierra la gente sin ningun tropiezo; pero ya allí y á medida que iban desembarcando cometieron la grave falta de irse á guarecer en el monte sin cubrirse unos á otros, dejando á los últimos en completo desamparo.

Los moros, que observaban el movimiento desde los adarves de las torres del sur, supieron aprovecharse del imprudente descuido; bajaron de los muros y cargaron sobre los cristianos con fuerzas superiores. Defendiéronse estos con esforzado brío, sucumbiendo en la refriega Rui Lopez y Fernan Yañez, desgraciados gefes de la partida, despues de haber hecho heróicos esfuerzos de desesperado valor. De los restantes muchos se ahogaron al ir á tomar las barcas, quedándose los primeros que se habian acojido en el monte incomunicados y en terrible aprieto. Quiso el Rey socorrerlos; pero los capitanes de su consejo se opusieron á ello, temerosos de la escasez de víveres que ya habia comenzado á sentirse en el ejército, y opinaron por la pronta retirada y abandono de aquellos desgraciados. El Rey siguió muy á su pesar este dictámen y levantó sigilosamente el campo al dia siguiente.

Caminaba el Monarca con mústio semblante, que revelaba la tristeza de su corazon, punzándole vivamente el dolor por el abandono de los suyos espuestos á una muerte segura en las asperezas del monte. Anduvieron

así una legua hasta que Sancho de Rojas y otros magnates afligidos al ver el rostro macilento del Monarca le aconsejaron volver atrás y que esperasen otro dia para ver de salvar á aquellos; y si en tanto llegaban víveres se continuarian los trabajos del sitio, y de nó, se emprenderia de nuevo la marcha, llegando en una jornada á Alcalá de los Gazules, primer pueblo de la frontera cristiana.

Abrazó el Rey con alegría el consejo, volvió atrás, y al dar de nuevo vista á la ensenada aparecieron con grata sorpresa de todo el ejército varias embarcaciones con víveres y pertrechos. Sentáronse otra vez los reales; pasaron en barcas D. Jaime de Jerica, magnate de Aragon, los hermanos Laso y Sancho de Rojas con buen número de soldados y desembarcaron ordenadamente y con precaucion en los mismos arenales colorados. Al divisarlos bajaron del monte corriendo y alborozados los soldados, y todos reunidos consiguieron mantener á raya al enemigo, que no se atrevió entonces á repetir su anterior ataque. Permanecieron allí los cristianos formando un cuerpo de observacion dispuesto á embestir en sazon oportuna, siendo relevado por órden del Rey, primeramente por D. Juan Alonso de Alburquerque y sus caballeros, y despues por las tropas de los otros magnates, hasta que se puso guarnicion fija de la mesnada del Rey y de los Infantes.

Se mandó al ejército que se proveyese de víveres para un mes haciéndolos traer de sus casas, pues tal era el sistema que entonces se seguia; y el Rey sacó de Xerez, Cádiz y Tarifa máquinas de batir y otros pertrechos: colocó un real ó destacamento en los riscos mas empinados del monte, que dominaban la torre del Homenage, y los soldados de él se comunicaban con el campamento principal por medio de cuerdas por las que se descolgaban. En estos mismos riscos se asentaron tres máquinas de las seis que habian venido, destinán-

dose dos para batir con sus tiros la torre del Homenage, y la otra restante para destruir las galeras moriscas que estaban encerradas en las atarazanas.

No se consiguió esto último, porque el enemigo previendo el intento habia cubierto y forrado los buques con gruesos maderos que vinieron á preservarlos de los disparos de las máquinas. Además los moros hicieron una fuerte estacada en torno de la atarazana, que no pudo penetrar Jofre Tenorio con sus naves para prender fuego á las enemigas, segun lo habia el Rey ordenado; acercándose sin embargo lo bastante para trabar una refriega de la que salieron heridos Garci Laso, su hermano García y otros caballeros.

Entretanto seguian las máquinas batiendo la torre del Homenage, cuyas almenas y antepechos habian ya venido á tierra, y acto contínuo se procedió á socavar los cimientos. Para este objeto se construyeron unas máquinas llamadas cadalsos, que eran de madera y compuestas de dos y tres cuerpos, en los que se escondian los soldados y movidas por ruedas, acercándose sin temor á los dardos enemigos hasta el pié de la muralla de la torre. El Rey ofreció dos doblas de oro por cada canto que sacasen del muro, y los almogavares, que iban en el ejército, se brindaron para este arriesgado servicio, y encerrados en la máquina, que acercaron á la torre Alonso Fernandez Coronel y los suyos, comenzaron la escavacion mientras que desde el piso alto de la máquina arrojaban piedras y dardos á los sitiados.

Los moros en tal aprieto se defendian con denuedo sin escasear esfuerzo ni fatiga para rechazar las acometidas: abrieron grandes brechas en el muro de la torre y por ellas ofendian con todo género de armas á los que se habian acercado para demolerla. Estos habian conseguido ya arrancar dos gruesos cantos, pero obligados á sostener una contínua lucha con los moros que desde los portillos no les dejaban sosegar un nstante,

tuvieron que suspender los trabajos. Los sitiados, además, arrojaban contra los cadalsos y desde las almenas gruesísimas piedras y alquitran ardiendo é incendiados y destruidos por consiguiente aquellos fueron abandonados por los almogavares que en ellos se encerraban y así quedó sin éxito este bien meditado ataque.

Diez y seis dias llevaba el sitio y reinando contínuos levantes no llegaban víveres al campamento, en el que habia muy pocos, y estos á un precio exhorbitante. Era general el desaliento, pero no se desmintió un instante la constancia que caracterizaba al noble Monarca, partícipe el primero de las necesidades de sus tropas, pues estuvo ocho dias sin probar carne, diciendo á este propósito "que pues sus vasallos tanto laceraban, non la comeria hasta que Dios diese tiempo con que pudiesen venir las viandas." Por fortuna llegaron á poco estas de Tarifa y de los puertos y se remedió la escasez, pero sobrevinieron otros nuevos apuros. Los soldados que no estaban acostumbrados á sostener largos sitios, se iban cansando de este y desertaban á bandadas de los reales, á pesar de la vigilancia del Rey. Los moros que guardaban con fuertes destacamentos las avenidas del campo y los parajes del tránsito, hacian cautivos á los desertores en tanto número, que llegó á venderse en Algezira cada cristiano por una dobla.

Llegaron en esto malas noticias al campamento. El Rey de Granada habia entrado y talado las tierras de Córdoba, apoderádose de Benamejí y cercado á Castro del Rio. Los magnates descontentos que quedaran en Castilla y que habian faltado á su palabra de venir al sitio, continuaban manteniendo la rebelion y los disturbios en los pueblos. D. Juan Manuel y D. Juan Nuñez á la cabeza de una turba de malhechores entraban en ellos, exijiendo yantares y otros tributos; cometian además todo género de crímenes é infamaban al Rey tachando de locura su permanencia en el sitio de Gibral-

tar siendo esto causa de que los pueblos no le suministrasen socorros. Para colmo de maldad acudieron á D. Alfonso, rey de Aragon, invitándole á que se uniese con ellos contra el de Castilla; pero noble este y generoso, aunque enemigo del castellano, contestó á los rebeldes vasallos que no esperasen su auxilio ínterin no hubiese aquel dado cima á su empresa de Gibraltar. Se supo, por último, la muerte del infante D. Alfonso, hijo primogénito del Rey, ocurrida en Toro.

Tantos sinsabores y disgustos ni amilanaron ni hicieron mella en el esforzado ánimo del Monarca, quien firme como siempre continuó los trabajos del sitio con igual perseverancia. Los sitiados que sentian ya la falta de víveres pidieron socorro por medio de mensageros á Mohammed IV, rey de Granada. Este alistó cuanta gente pudo y vínose con ella á levantar el cerco, y llegado que hubo juntóse con el príncipe Abdul-Malik, que estaba con su ejército en los campos de Algezira; colocando unos y otros sus reales á una legua del campamento cristiano, cercando de esta manera al ejército sitiador, cuya gente no pudo ya forragear ni hacer leña en los montes cercanos. El Rey quiso salir de esta peligrosa situacion á toda costa, y para conseguirlo mandó abrir un ancho foso —en direccion de la actual laguna— desde la bahía hasta la costa del Mediterráneo, faldeando el monte; consiguiendo así proteger los trabajos del sitio. Pensó tambien dejar una parte del ejército ocupada en esto y salir él con la restante á presentar batalla á los enemigos, los que habian llegado ya con su caballería muy cerca del foso; pero los capitanes se opusieron á este proyecto por considerarlo arriesgado.

Así continuó el sitio combatiendo á la plaza por una parte y repeliendo por otra las embestidas de los Reyes Granadino y Africano, los cuales estaban contínuamente sobre el foso: pero acudian los soldados al toque de campana, segun estaba prevenido, y rechazaban á los

enemigos hasta sus campamentos. Para evitar sorpresas habíanse apostado avanzadas cristianas á media legua de los reales al mando de Diaz Sanchez de Jaen: este estaba oculto un dia con su gente en el lado de levante que dá al Guadiaro, y sorprendió al caudillo moro Hamed Abu Ali que venia de sus reales con trescientos caballos y caminaba descuidado por las playas de Algezira, obligándole á huir con muerte de algunos ginetes, entre ellos el célebre escritor árabe Mohammed Ben Ali natural de Ceuta, que casualmente se habia reunido con el destacamento.

El sitio iba siendo ya gravoso á unos y otros, hasta que por último se abrieron pláticas de paz por medio de un caballero moro, quien con pretesto de retar, como era costumbre en los sitios, á D. Alonso Fernandez Coronel entró en el real cristiano y de parte del Rey de Granada habló con el de Castilla. Este, considerando el desaliento que de resultas de tanta fatiga cundia ya en el ejército, la estrechez en que lo tenian los enemigos, y viendo por otra parte que para ganar la plaza seria necesario aventurar una batalla de éxito dudoso, accedió aunque de mala gana á pactar treguas por cuatro años con Abdul-Malik y el Granadino. Fué condicion de ellas que este último pagase al de Castilla las diez mil doblas de oro que antes le satisfacia anualmente, y en recompensa le concedia el Castellano permiso para que los moros pudiesen sacar ganados de sus dominios, prévio el pago de los derechos estipulados en tratados anteriores.

Firmado el convenio por ambas partes, convidó á su tienda D. Alfonso al Granadino, el cual en estremo generoso le regaló joyas y paños de oro fabricados en Granada, sobresaliendo entre aquellas una espada guarnecida, con la vaina cubierta de oro y sembrada de piedras preciosas, y un sombrerillo ó bacinete de ala corta cubierto de oro y diamantes. El de Castilla corres-

pondió al agasajo con otros ricos presentes y levantó este desgraciado sitio (setiembre 1333) despues de dos meses y medio de quebrantos y fatigas, debidos á la flojedad y mal recaudo de Vasco Perez de Meira.

Mientras iba marchando el ejército cristiano con direccion á Sevilla[1] ocurrió en el campo de los moros una sangrienta tragedia. Los africanos dieron muerte al Rey de Granada, quien como mozo se vanagloriaba de sus hazañas, segun dice la crónica, y motejaba á los caudillos de Africa, diciéndoles que los cristianos como eran tan buenos caballeros habian tenido á mengua el pelear con ellos, y resentidos los bárbaros africanos vengáronse de estos agravios quitándole la vida. Ignorante el Rey de la trama que urdieran contra él, habia despedido su ejército para Granada, conservando únicamente una reducida escolta con la que pensaba pasar á Africa á visitar al Rey Abul-Hassam.

Los asesinos aprovecharon esta coyuntura, y habiendo Mohammed subido al monte al dia siguiente de la marcha de su ejército, escondiéronse aquellos en las angosturas y quiebras, y acometiéronle de improviso cuando atravesaba una senda estrecha, en la que no podia revolverse su caballo, ni ser protegido por los soldados de su guardia, que le seguian uno detrás de otro. Hirióle el primero un siervo de su padre llamado Zeyaan. Quiso la escolta vengar la muerte de su Señor, pero los africanos les cerraron las puertas de la fortaleza. ¡Tal fué el galardon que recibió el noble Emir por sus beneficios! Sucedióle en el trono Jussuf Ben Ismail Abul Hagiag[2]

El Rey de Castilla supo esta ocurrencia en el camino y sus capitanes quisieron apresurar la marcha del

1 Ortiz de Zúñiga Anal. de Sev.

2 Nuestro malogrado amigo D. Miguel de Lafuente Alcántara cide, que fué asesinado Mohammed IV en el camino de Málaga á Algezira por unos bandoleros; pero seguimos la version de Conde part. IV, cap. XX, que nos parece mas probable.

ejército, temiendo ser acometidos por los africanos; pero él desestimó el consejo como deshonroso para sus armas y continuó su marcha con el espacio conveniente hasta llegar á Sevilla. Estando allí confirmó la tregua pactada en el campamento de Gibraltar con el sucesor del degraciado Mohammed, y le perdonó las párias convenidas por intercesion del Rey de Marruecos,[1] el que, empeñado en guerras continuas con sus vecinos de Africa, quiso mantenerse en paz con D. Alfonso, cuya pujanza habia tenido ocasion de apreciar, y le envió embajadores con ricos presentes, pidiéndole y alcanzando la continuacion de las treguas.

1 Se usa indistintamente del nombre de Marruecos ó de Fez, pues de las dos maneras se nombra en la historia.

CAPITULO V.

Batalla del Salado.—Triunfo brillante de las armas cristianas.—Célebre y porfiado cerco de Algezira.—La toma Alfonso XI.

Pero estas treguas no eran en verdad otra cosa que un respiro para prepararse mejor á nuevas luchas. Así habia siempre sucedido, y ahora, antes de finalizar el último año de ellas, dueño el de Marruecos de las dos puertas de la Península, Algezira y Gibraltar, envió numerosas tropas (1338—1339) á estas plazas, lentamente sí, pero sin interrupcion, las que poco á poco se iban internando y eran acogidas benévolamente por el de Granada. Llegaron tambien grandes pertrechos de guerra, y el rumor de esta nueva invasion, que iba ya tomando cuerpo, esparció el temor y el espanto en toda la España cristiana, creyéndose con harta razon y figurándose todos que iban á reproducirse los aciagos dias y las terribles acometidas de los almoravides y almohades de funesta memoria.

El comun peligro, como siempre sucede, unió á los príncipes cristianos que andaban desavenidos y en contínuas guerras unos contra otros. "Necesitábase, dice el mas "moderno y elegante historiador de España,[1] que amena- "zaran de tiempo en tiempo estos grandes peligros para "que se uniesen los príncipes españoles y depusiesen sus "particulares querellas y rivalidades." Nosotros añadire-

1 Lafuente. Hist. gen. de España.

mos que aun estas mismas rivalidades eran un medio providencial para que siempre aguerridos pudieran resistir á los feroces enemigos y adelantar en la grande obra de la reconquista.

Ahora, los Reyes de Aragon y de Portugal se aliaron con el de Castilla para conjurar y hacer frente á la negra y deshecha borrasca que se preparaba; y como primera medida de defensa unióse la escuadra de Aragon al mando del almirante Gilabert de Cruillas con la castellana que mandaba Jofre Tenorio, apostándose una y otra en el Estrecho para impedir la comunicacion con Africa.

Salió D. Alfonso de Sevilla (otoño 1339) con un numeroso y lucido ejército, en el que iban D. Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, y otros muchos magnates, entre ellos los antiguos rebeldes D. Juan Manuel y D. Juan Nuñez de Lara, quienes por último se le habian sometido y vuelto á su gracia. Talaron y corrieron las comarcas enemigas de Antequera y Ronda, y despues de haber recogido grandes despojos, dieron la vuelta á Sevilla.

Entretanto las escuadras combinadas invernaron en el Estrecho; pero escasas de buques no pudieron evitar ni impedir el contínuo pasage de las tropas africanas, lo que movió al de Castilla á procurarse nuevos recursos, que pidió al reino en las Córtes que celebró con este objeto en Madrid. Hizo otro mas apremiante llamamiento para la guerra, y envió mensajeros al Papa Benito XII que residia en Aviñon solicitando gracias espirituales para la nueva, Cruzada (1340) y ordenando, por último, que todo estuviese dispuesto para emprender la campaña en la primavera.

Mientras esto, Abdul-Malik, hijo del rey Abul-Hassam, que ya vimos quedarse en Algezira de la que se titulaba rey, despues del último sitio de Gibraltar habia invernado allí con su ejército y dado principio á sus al-

garas por la frontera cristiana. Llegó en una de estas hasta Lebrija; y habiendo hecho en aquellos campos grandes presas de ganados los mandó, segun acostumbraba, escoltados á Algezira. Tuvo noticia de la venida de la cabalgada el alcaide de Tarifa, quien dió aviso oportuno á los fronteros, los cuales reunidos con el maestre de Alcántara Gonzalo Martin de Oviedo, gefe de la espedicion, atacaron la avanzada de quinientos berberiscos, que escoltaban las presas, y los derrotaron completamente matando á su gefe el intrépido Aliatar.

Acuchillada esta tropa siguieron adelante y embistieron á la de Abdul-Malik, que acampaba con gran descuido y ageno de lo sucedido en la campiña de Xerez, en las riberas del Guadalete y llanos de Laina, sorprendiendo sus reales y alanzearon á los desprevenidos soldados y mataron cuantos quisieron de ellos, huyendo despavoridos los que pudieron salvarse en busca de refugio á Algezira. "Quedaron, dice la crónica árabe, mil y quinientos muzlimes, zenetas y gomares tendidos en el campo para agradable pasto de las fieras."

En la confusion que produjo la súbita acometida y huyendo todos precipitadamente buscando en la fuga su salvacion nadie se cuidó de Abdul-Malik, quien así abandonado de los suyos se escondió en una breña de zarzas fingiéndose el muerto "pero un cristiano vió como resollaba y dióle dos lanzadas non le cognosciendo." Esto dice nuestra crónica; pero los historiadores de Xerez[1] aseguran que fué muerto por un caballero de aquella ciudad llamado Diego Fernandez de Herrera, hijo de uno de sus pobladores, quien versado en la lengua árabe y vestido en traje morisco salió de ella con el firme propósito de libertarla del penoso cerco en que la tenia el Africano; y llegado que hubo á los reales

1 El Arcipreste de Leon Diego Gomez Salido, y Fr. Estéban Rallon hist. ms. de Xerez, citados por el ilustrado Don Adolfo de Castro en su excelente historia de la provincia de Cádiz.

enemigos con la tropa de Xerez, sorprendió á los moros; y en los primeros momentos, cuando salia Abdul-Malik de su tienda, le arrojó la lanza, atravesándole el pecho.

Este suceso avivó las iras de Abul-Hassam y ardiendo en deseos de vengar la muerte de su hijo, espidió mas fuertes y perentorias órdenes á todas las tribus africanas sujetas á su dominacion, para que le suministrasen tropas, y respondiendo á su mandato estas pusieron á su disposicion nuevos ejércitos que sin tardanza atravesaron el Estrecho. El Rey de Granada hizo lo propio en sus estados y todo presagiaba la proximidad de un grande y terrible acontecimiento.

Ocurrió en ésto que el almirante Gilabert de Cruillas cometió la imprudencia de hacer un desembarco en la costa de Algezira, y trabando un choque con los moros muy superiores en número lo mataron de un saetazo, suceso que privando de gefe á la escuadra aragonesa ocasionó su retirada y solo quedó la de Castilla para la custodia del Estrecho.

Entretanto, y en momentos tan críticos andaba el Rey de Castilla entretenido pugnando contra el maestre de Alcántara, Gonzalo Martin de Oviedo, vencedor de Abdul-Malik, quien habia llevado á mal el nombramiento hecho por aquel en Don Alonso Melendez de Guzman, hermano de la favorita Doña Leonor, para el maestrazgo de Santiago. Despues de varios sucesos lo cercó en Valencia de Alcántara y rendido allí; "fízole degollar y quemar" como dice la crónica; recayendo la odiosidad de este severo y cruel castigo sobre la vengativa dama, árbitra de la voluntad del Monarca.

Volvióse este á Andalucía á tiempo que Abul-Hassam enviaba á la ensenada de Gibraltar una poderosa escuadra fuerte de doscientas cincuenta velas. La Castellana al mando de Jofre Tenorio se componia únicamente de veinte y siete galeras en mal estado, seis

naves gruesas y varios barcos de transporte, con cuyas débiles fuerzas no era humanamente posible contrarestar las superiores de los Africanos. Pero sabedor por su esposa, que estaba en Sevilla, que se tildaba en la corte su conducta, atribuyéndose inteligencias con los infieles, se sintió herido en su honra el pundonoroso Almirante con tan calumniosa y baja sospecha; y aunque cierto de su ruina presentó la batalla á los enemigos. En ella, como no podia menos de suceder, fueron destruidas todas sus galeras, y él peleando denodadamente en la capitana, que se defendia sola contra cuatro de las enemigas, sucumbió al número, despues de heróicas proezas de valor, que refiere así la crónica.

"Et el almirante tenia la una mano en el estandarte et desque via venir los suyos vencidos sobre el puente de la galera, iba á ferir en los moros, et tornábase luego al estandarte. Pero tan grande foé la priesa que le daban los moros et tantos de los suyos mataban los que estaban en la nave que fincaron con él muy pocas compañas et los moros entraron en la galea. Et desque él vió que non tenia gentes con quien la defender, ni le acorria ninguno, abrazó con el un brazo el estandarte et con el otro peleaba, et esforzaba á los suyos cuanto podia......... Et pelearon tanto fasta que ge los mataron todos delante: et él abrazado con el estandarte peleó con una espada que tenia en la mano, fasta que le cortaron una pierna et hovo de caer, et lanzaron de encima de la nave una barra de fierro, et diéronlé un golpe en la cabeza de que morió. Et los moros llegaron á él et cortáronle la cabeza et echáronla en la mar, et fincó el cuerpo en la galea: et derribaron el estandarte que estaba en la galea et aquel cuerpo del almirante leváronlo al rey Alboacen (Abul-Hassam). Et los cristianos de las otras galeas et de las naves non quisieron llegar á la pelea, desque vieron que el estandarte era derribado en las otras galeas perdidas, desampararon aquellas galeas

[redacted]

en que estaban, et acogiéronse todos á las naves: et con un poco de viento que les fizo, alzaron las velas et fuéronse á Cartagena, et dejaron las galeas desamparadas en el agua. Et los moros desque los vieron andar de aquella guisa llegaron á ellas et tomáronlas con remos et con velas et con todo su aparejamiento: así que toda la flota que el Rey de Castilla allí tenia non escaparon mas que cinco galeas."[1] ¡Tal fué el desastroso fin de la escuadra, y tal la gloriosa muerte de su esclarecido Almirante, quien la buscó á ciencia cierta en desagravio de su honra! En muy alto lugar se la conserva la historia.

Si bien apesadumbró mucho al Rey el suceso, no se abatió por ello su esforzado ánimo; antes sirvió de aguijon la derrota para que brillasen cual nunca sus grandes dotes de valor, de prevision y constancia. Al punto solicitó de la reina su esposa, Doña María, que vivia retirada en Sevilla, escribiese á su padre el rey de Portugal para que enviase su flota; y aquella excelente señora, dando al olvido sus pesares y agravios lo hizo así, llevando el mensage Don Velasco Fernandez, dean de Toledo. El de Portugal accedió gustoso á la súplica de su hija, y vióse al poco tiempo llegar al rio de Sevilla la escuadra portuguesa mandada por el almirante Manuel Pezano, que fué á estacionarse en la bahía de Cádiz.

Vinieron tambien doce galeras de Aragon al mando de Pedro de Moncada y quince de Génova al de Egidio Bocanegra, que el Rey tomó á sueldo. Mandó tambien reparar todas las naves que se encontraban en los puertos de Andalucía, y juntándolas con las cinco galeras que se salvaron del desastre de Gibraltar formó con ellas una flota al mando de Frey Ortiz Calderon, prior de San Juan, que se estacionó en las aguas de

1 Crónica de Don Alfonso el onceno cap. CCXII.

Tarifa para vijilar desde allí las bocas del Estrecho.

Entretanto habíase terminado el desembarco del ejército agareno, cuyo número ascendia á doscientos mil hombres, entre ellos setenta mil caballos; y contando las familias que con él venian para establecerse en España, bien puede asegurarse que el total de africanos que pasaron el Estrecho subía á la portentosa suma de cuatrocientas cincuenta mil personas. Esta multitud, que vino en pos del ejército, demuestra la certidumbre y confianza que abrigaban de apoderarse sin dificultad de la Península.

El rey Abul-Hassam pasó de los últimos (setiembre 1340) y se le incorporó en Algezira Jussuf el de Granada con un corto pero lucido ejército. Juntos ambos Reyes no siguieron adelante asolando la tierra como en tiempos anteriores hicieron los almoravides y los almohades, sino que se detuvieron en poner cerco á Tarifa, conducta imprudente y desacierto que les acarreó fatales consecuencias, muy venturosas para nuestras armas. No arredró á su alcaide Juan Alonso de Benavides la vista de este enjambre de enemigos, y estimulado con el recuerdo del ilustre Guzman la defendió valerosamente. Animábale tambien la proximidad de la escuadra del Prior; pero desgraciadamente se desvaneció la esperanza puesta en ella, pues la deshizo y dispersó una borrasca: perecieron muchos de sus barcos; y los que, corriendo el tiempo, se salvaron, fueron á dar con sus quillas en las costas de Cartagena y Valencia.

Sintió el Rey este contratiempo; pero firme siempre y activo no se contentó con escribir de nuevo á su suegro Alfonso IV de Portugal, sino que marchó allá, y conferenció con él en Alentejo; y decidióle por último á tomar una parte principal en esta guerra y á ponerse al frente de su ejército viniéndose con él á Castilla. Juntos ambos Reyes marcharon en seguida al socorro de Tarifa, acampando los ejércitos en un parage distante dos le-

guas de la plaza llamado la Peña del Ciervo, y que los árabes llaman Hija-rayal. Sabedores los moros de la llegada de las tropas cristianas alzaron el cerco, y colocaron sus campamentos en sitios convenientes y con separacion el ejército africano del granadino.

Segun los cálculos mas prudentes subian uno y otro al número de ciento cincuenta ó doscientos mil hombres; y los cristianos á una cuarta parte, es decir, á unos veinte y cinco mil. Tales eran los preliminares de la memorable batalla del *Salado*, llamada por los árabes de *Wadalecito*, digna émula de Zacala y de las Navas, y último esfuerzo del poder mahometano en la Península.

El lúnes 30 de octubre de 1340 (lúnes 7 de la Luna de Giumada primera del año 741)[1] al despuntar el alba se movieron las macizas huestes, y comenzó la batalla disputándose el paso del rio Salado, del que tomó nombre, y que corre á media legua de Tarifa y desemboca por su costa en el Océano. Habíase con anterioridad dispuesto que el Rey de Castilla atacase al ejército africano, y el de Portugal á los granadinos como menos numerosos. Así se hizo; y el de Castilla, que habia traido consigo toda la nobleza del Reino, mandó al infante Don Juan Manuel, gefe de la vanguardia, que intentase el paso del rio; pero este, ya por temor, ya por su deslealtad de costumbre se detuvo en las orillas desobedeciendo la órden del Monarca. Viendo esto el valiente Garcilazo y su hermano Gonzalo echaron con presteza un puente de estacas sobre el rio, pasáronlo y combatieron encarnizadamente, manteniendo el puesto con ayuda de los refuerzos que el Rey les mandaba de contínuo.

Recio el combate por esta parte y disputado vivamente el paso del rio, que al cabo vino á ser rio de sangre, lo atravesó D. Alfonso á la cabeza de su mesnada,

1 Ayala dice el 27: Ortiz de Zúñiga lo mismo; pero seguimos á Lafuente y á Mariana, quien tomó la fecha del calendario de la Iglesia toledana, y que concuerda con la de los árabes.



y allí metiéndose entre los escuadrones enemigos, que en persona capitaneaba Abul-Hassan, desbarató con brioso empuje y heróico ardimiento cuanto encontró al paso. Despidiendo centellas por los ojos acudia velozmente á los sitios en donde mas apretaba y viva andaba la pelea, corriendo en su lijero corcel y animando á los suyos con las voces de "Feridlos, feridlos que yo soy el Rey de Castiella et de Leon, cá el dia de hoy veré yo cuales son mis vasallos et verán ellos quien soy yo" y esto diciendo, caian á sus tremendos golpes las filas agarenas; arriesgando de tal manera su vida que estuvo á punto de perderla al tiro de una saeta que se clavó en la silla que montaba. Viendo el arzobispo de Toledo D. Gil que el Rey combatia como el último soldado quiso contenerlo y apartarlo de los sitios mas peligrosos, lo que al fin consiguió despues de muchas y fervientes exortaciones. La valerosa conducta del Rey inflamó á los suyos, que pelearon como leones aunque tan inferiores en número á los enemigos.

En tanto que esto pasaba por el lado del rio, las tropas de la guarnicion de Tarifa, segun órdenes comunicadas anteriormente, salieron de la plaza cargando por la espalda el centro de los africanos con tal ímpetu y arrojo, que consiguieron desbaratarlos, y los obligaron á huir precipitadamente unos hácia Algezira, y otros hácia las costas. Acometieron en seguida á las tiendas y harem del Rey de Marruecos, que asentadas en un resguardado y lejano valle, estaban custodiadas por un escojido cuerpo de zenetas y se apoderaron de las muchas y preciosas riquezas que en ellas habia, cebándose la tropa en la destruccion de todo aquel magnífico aparato, sin perdonar ni á la inocencia ni á la hermosura hundiendo el mortífero yerro en dos tiernos hijos de Abul-Hassan y en los blancos pechos de la sultana Fátima, prenda la mas querida de este é hija del Rey de Tunez, cautivando, por último, á otras varias de sus mugeres y á su hijo pequeño Aboamer.

Casi al mismo tiempo el Rey de Portugal derrotaba al ejército granadino, y hecha general la refriega, vencedores siempre los cristianos, hicieron en los infieles una horrible y sangrienta matanza. Nada se opuso ya á su impetuoso y mortífero torrente; y los Reyes de Castilla y de Portugal llegaron, barriendo el campo, á reunirse en las márgenes del Guadalmesí hasta donde persiguieron á los fugitivos, que desbandados habian ido á buscar su salvacion por aquella parte. Así terminó esta célebre y memorable batalla en la que recibieron los cristianos muestras tan señaladas del favor de la Providencia, siendo reducidísima su pérdida y prodigiosa la de los moros, y asombroso el número de cautivos que les hicieron. "El campo, dice la crónica árabe, quedó cubierto de armas y cadáveres: fué memorable esta matanza y pasó á proverbio entre los enemigos aquel aciago dia."

La gloria de esta brillante jornada, cuya fama voló instantáneamente por toda la cristiandad, fué toda del Monarca castellano, que se dió á conocer en ella como uno de los mas hábiles y esclarecidos capitanes de su época; habiendo sabido infundir á los suyos aquel valor que los hizo pelear como héroes, y que premió en el mismo campo confiriendo la órden de la Banda á muchos caballeros,[1] y dando á otros no menos honoríficas recompensas.

Inmensos al par que ricos fueron los despojos de esta insigne batalla, y tanto el oro recojido en ella, que bajó el precio de este metal en París, Aviñon, Barcelona y Pamplona. El Rey de Castilla envió al Papa Benito XII con el embajador Juan Martinez de Leiva muchos y lujosos regalos, entre los que figuraban el caballo que montó en la jornada y el pendon suyo. Fué recibida la embajada en Aviñon con inusitada pompa. El

1 Hay quien diga que instituyó en esta ocasion la órden de la Banda, pero es un error, pues la habia instituido él mismo en Vitoria año 1332. Mariana, lib. XVI.



Pontífice descendió de su trono,y tomando en sus manos el pendon de Castilla, que el Embajador le presentaba, entonó con voz conmovida el *Vexilla regis prodeunt* que repitieron en coro todos los cardenales y magnates que estaban presentes, predicando despues y ensalzando hasta las nubes el triunfo del Rey castellano.

Tambien este ofreció é invitó á su suegro el de Portugal, que con tanta bizarría y lealtad habia combatido, á que tomase cuanto fuese de su agrado de los despojos de la batalla; pero comedido y delicado el Lusitano tan solo aceptó algunos cautivos y varias preseas, mas como recuerdo del glorioso combate, que como recompensa de su participacion en él.

Juntos se marcharon, ó mejor dicho, huyeron los Reyes moros á Algezira despues de su derrota; pero no encontrándose allí seguros,y con noticia el de Granada de que le tenian interceptado el camino de tierra volvióse por mar á su reino, dirigiéndose á Almuñecar, en donde desembarcó sin tropiezo.[1] El Africano se trasladó á Gibraltar; pero tan asombrado y lleno de miedo, que en aquella misma noche se pasó á Africa, burlando la vigilancia de la escuadra aragonesa apostada en el Estrecho, y que anduvo muy floja en esta ocasion.

Las reliquias de aquel inmenso ejército africano tornáronse á su tierra en doce galeras y en quince dias; habiendo invertido sesenta galeras y muchos meses para venir. ¡Tan grande habia sido su pérdida! Los Monarcas cristianos dieron en seguida la vuelta á Sevilla, cometiendo la misma falta que antes los moros cuando se detuvieron en cercar á Tarifa despues de su desembarco. Si en vez de levantar el campo terminada la batalla, que no les produjo, escepto la gloria, mas fruto que los despojos, hubiesen embestido á Algezira y Gibraltar, habríanse apoderado de seguro de ambas pla-

1 Crón. citada. cap. CCLVII.

zas, aterrorizadas las guarniciones y sin poder recibir auxilios de Africa. Acaso no lo hicieron así por la falta de subsistencias, indisciplina y mala organizacion de los ejércitos de aquella época.

El Historiador de Gibraltar ha de seguir paso á paso á Don Alfonso XI, como teatro que ha sido esta tierra de sus mas grandes hazañas, y no hay paraje alguno desde Tarifa á Gibraltar que no recuerde con vivos colores la memoria de este ínclito y poderoso Monarca, quien al postre vino á encontrar en ellos una tumba gloriosa.

Este, al siguiente año de la batalla del Salado, prosiguió la guerra contra el de Granada y tomóle á Alcalá la Real, Priego y otras fortalezas; pero llegando á entender que Abul-Hassam, no escarmentado aun, intentaba pasar de nuevo á España con otro ejército poderoso, creyó que era necesario y urgente quitarle de una vez á Algezira, puerta por donde tantas veces habian entrado los ejércitos africanos.

Como preliminar necesario de la conquista se organizó una flota con objeto de guardar el Estrecho, compuesta de las galeras de Portugal y de Génova, que en contínuas escaramuzas con las africanas y granadinas consiguieron sobre ellas repetidos aunque parciales triunfos. Al postre trabóse un combate general y la flota cristiana alcanzó una señalada victoria sobre la morisca, que estaba compuesta de ochenta galeras, de las cuales apresó veinte y seis, echando á pique muchas y dispersando las restantes que huyeron á esconderse en los puertos de Africa. Despues de la accion se retiraron las naves portuguesas; pero a su vez vinieron las de Aragon para cubrir sus faltas.

Salió en esto el Rey de Xerez para Tarifa con intencion y deseos de aprovechar las consecuencias del reciente triunfo naval y formalizar el sitio de Algezira: pero escaso de gente y de subsistencias para empren-

derlo hubo de contentarse con el bloqueo que por mar mantenia la escuadra. Aun en esto sobrevinieron tropiezos; pues las galeras de Aragon y de Portugal se marcharon reclamadas por sus respectivos soberanos bajo frívolos pretextos: suceso que desazonó mucho al de Castilla, quien de nuevo instó á aquellos para que las volvieran á mandar, consiguiendo únicamente diez galeras de cada uno. Vínose despues desde Tarifa al puerto ó caleta de Getares;[1] se embarcó en ella y entró en la ensenada y desde el mar examinó detenidamente las fortificaciones de Algezira y los parages mas adecuados para combatir la ciudad.

Ya reunido el ejército al que concurrieron todos los ricos-hombres y magnates del Reino, Don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, Don Bartolomé, obispo de Cádiz, y los Maestres de Calatrava y Alcántara, se adelantó á la vista de Algezira, formalizando el sitio de esta célebre plaza (3 de agosto 1342) con dos mil quinientos caballos y sobre cinco mil peones.

Algezira, ciudad fuerte y asiento de los walíes de su territorio, situada en la costa opuesta de la ensenada al O. de Gibraltar, estaba edificada sobre un cerro de escarpada subida. Dividíase en dos partes llamada la vieja y la nueva; y una y otra tenian sus muros y barbacanas, formando dos poblaciones separadas: construccion debida á las diversas épocas en que se habia agrandado la ciudad por los diversos dueños que habia tenido, y que dió motivo á que se le nombrase por *las Algeziras*.[2] Asentó el Rey sus reales en una altura al N. O. E.

1 Así se llama tambien en el dia.

2 Está situada en el dia en la misma orilla del mar, distante un buen espacio de las ruinas de la antigua ciudad que están al S. de ella. El sitio que apareció como una isla á los árabes y en donde desembarcaron estos por primera vez dándolo este nombre, es hoy una verdadera isla, asiento de una fortaleza llamada *Isla verde*. De manera que la ciudad ha conservado el nombre árabe. y la isla el equivalente en castellano.



de la plaza no muy distante de ella, y los defendió con un ancho foso que mandó construir entre el campamento y la ciudad.

La guarnicion con que contaba era digna de su importancia; llegaba á doce mil infantes flecheros y á ochocientos caballos; fuerza bastante no solo para defenderla sino tambien para tomar la defensiva contra los cristianos. Pertenecia en esta época al Rey de Granada, bien que, aliado estrecho del de Marruecos, servia á este último para sus desembarcos y para cuartel de sus ejércitos.

Era tal el espanto que el nombre de Alfonso XI infundia en la morisma desde la batalla del Salado, que los Jeques de Algezira al verse sitiados por él se creyeron perdidos sin remedio. Por esto creyeron que el mas á propósito para conjurar el peligro, seria dar muerte oculta al Monarca, y con este objeto despacharon al campo cristiano varios emisarios, escojidos de entre los mas fanáticos, los que disfrazados acechaban la ocasion de asesinarlo; pero descubiertos pagaron su crímen con la vida.

En esto llegó setiembre y comenzaron las lluvias que duraron sin intermision hasta noviembre, las que hicieron sufrir á los sitiadores grandes fatigas; pues los torrentes que se precipitaban de la vecina montaña á manera de cataratas arrastraban tras sí tiendas, hombres y animales, convirtiendo el campamento en un estenso lago. El Rey tuvo que pasar muchas noches de pié, pues se anegó la pequeña casa de tejas que se le habia fabricado, llegando el agua hasta cubrir su cama. "Et fueron tantas estas aguas, dice la crónica, que magüer que el Rey fizo de aquel otero, casa de madera cubierta de teja, non habia en su posada un logar en que non lloviese. Et algunas noches acaesció que fuese tanta el agua que entró en la cama do el Rey yacía, que se hovo de levantar de la cama et estar de pie la noche



fasta que era de dia."[1] Podemos figurarnos lo que sucederia en las tiendas y chozas que carecian de tejas.

Este crudo temporal aflijia tambien á los sitiados que no veian llegar ni provisiones ni auxilios; pero mejorado algun tanto avivaron los sitiadores sus ataques, y fabricaron dos torres de madera y otros ingenios con los que batian las murallas y ocasionaban otros graves daños á los enemigos. Al mismo tiempo trabajaban en socavar los cimientos de los muros para abrir en ellos brecha, cuyos trabajos dirijia y trazaba el mismo D. Alfonso, que todo lo activaba y vigilaba mezclándose con los operarios y zapadores con riesgo contínuo de su vida.

De esta manera se iba empleando el tiempo, y llegado el mes de febrero (1343) vinieron al campamento cristiano tropas frescas de las ciudades y villas con sus concejos: tambien algunos ricos-hombres, entre ellos D. Juan Nuñez de Lara y D. Juan Manuel con sus mesnadas. Los trabajos en tanto iban progresando; pero con el temor de que el sitio se prolongase mucho tiempo, abriéronse nuevas trincheras y fosos para fortalecer el campamento bajo la direccion de Iñigo Lopez de Orozco. Para impedir que los sitiados recibiesen víveres por mar, mandó el Rey cerrar el puerto con grandes estacas amarradas y sujetas con cadenas, y sobre las cuales colocó anchos toneles rellenos de tierra, formando de este modo una fuerte muralla, capaz de contener el empuje de las naves enemigas.

Los moros procuraban impedir y destruir estos trabajos haciendo uso de los cañones cargados con pólvora y balas de hierro, como lo habian hecho ya en el sitio de Baza y en el de Tarifa, antes de la batalla del Salado, y un siglo antes en el sitio de Niebla que defendieron contra Alfonso X, siendo indudable que los árabes aprendieron este invento de los asiáticos.[2] Los in-

1 Crónica citada capit. CCLXXVI. Historia general de Esp. y Ayala
2 Mariana en el lib. XVI de su en la de Gibraltar aseguran que

gleses que asistieron al sitio usaron de la pólvora despues en los de Crequi y Calais, con mas perfeccion en el arte de tirar, pues servíanse ya de proyectiles de hierro en vez de los de piedra que antes se usaban. Con ellos destruian fácilmente las torres de madera, y para remediar este mal construyeron los sitiadores un castillo muy fuerte y de grandes dimensiones enchapado de hierro, que se movia con ruedas, con ámplia cabida; el que podia acercarse á los muros fácilmente y ocasionar graves daños á los sitiados.

Así proseguia este sitio que iba ya siendo famoso, no solamente por su duracion desusada en aquella época, sino tambien por la nombradía del Rey de Castilla que abarcaba toda Europa desde la gloriosa jornada del Salado. Por cuyo motivo acudieron de todas las naciones muchos ilustres cruzados á tomar parte en esta memorable empresa. Vino de Alemania el Conde de Bous, el cual murió en el sitio; de Inglaterra Enrique Plantagenet, duque de Lancáster y príncipe de la familia real; y además los Condes de Arby y de Salisbury; de Francia Gaston de Bearne, conde de Foix y su hermano Roger con muchos caballeros de Gascuña; y por último de Génova otros ilustres patricios. Vino tambien, y cuando el cerco llevaba ya diez meses de duracion, el rey de Navarra Don Felipe, con cien caballos y trescientos infantes, y traia consigo además una flotilla cargada de víveres que llegaron muy á propósito.

A todos acogia el Rey con placentera sonrisa y cordial agasajo; y como estos estrangeros ignoraban la ma-

fué esta la primera vez que se usó la pólvora en Europa; pero despues de la publicacion de las crónicas árabes vemos que no es exacto el dicho. Conde, parte IV, cap. XXI pone en claro la antigüedad del invento; y Lafuente, part. II, lib. III hace igual observacion en la pág. 525, tom. VI.

En el Museo de Artillería de Madrid hay dos piezas antiguas, una de ellas larga, llamada Lombarda y otra ancha y corta llamada Cervatana. Se cree que esta última sirvió á Alfonso VI en el sitio de Madrid en 1084.

nera de pelear con los infieles, les aconsejaba, vijilaba y socorria oportunamente para que no fuesen víctimas de su inesperiencia. Continuaban entretanto los choques y combates por mar y tierra entre sitiadores y sitiados, sin que fuese posible columbrar cuando podrian tener término. La falta de víveres, que era el mal de siempre, aquejaba ya al ejército cristiano, que el Rey soportaba con su constancia habitual, dando ejemplo de resignacion á capitanes y soldados. Mandó empeñar su corona de oro y fundir en Sevilla toda la plata de su casa para ocurrir á las necesidades, que subieron de punto con un incendio acaecido en los reales (agosto 1843) que redujo á ceniza todos los almacenes de pan y gran parte del mismo campamento.

En esto el Rey de Francia le envió cincuenta mil florines, negociados por el arzobispo Don Gil de Albornoz que fué allá con esta comision; y el papa Clemente VI le asignó veinte mil sobre las rentas eclesiásticas, cuyas cantidades apenas bastaron para el pago de las galeras genovesas; y para cubrir las otras necesidades los prelados, ricos-hombres y caballeros reunidos en consejo le otorgaron una contribucion de dos monedas foreras en todo el reino,[1] facultándolo para tomar prestado mientras se cobraba aquella y recojer á cuenta ganados y vituallas en la frontera cercana. En virtud de esta autorizacion se trajeron al campamento cinco mil bueyes y veinte mil ovejas.

En este tiempo el Rey de Aragon envió otras diez galeras al mando del vice-almirante Mateo Mercero y eran ya veinte las de este Rey que estaban al servicio

1 Mariana, Ayala y otros aseguran que fué esta la vez primera que se conoció la alcabala, lo que es un error. Dicha contribucion se conocia antes de las Córtes de Búrgos en 1342 en que se concedió al rey Alfonso XI. Pruébalo el fuero concedido á Gibraltar por Fernando IV, de que ya hicimos mérito, la carta dotal de Jimena, muger del Cid, y otros documentos históricos. Véase á Lafuente, parte II, lib. VIII.

del Castellano, el cual se alegró de esto, bien que no le faltasen disgustos por otra parte; pues el Conde de Foix se retiró enfermo con sus caballeros muriendo en Sevilla: al Rey de Navarra sucedió otro tanto, sucumbiendo al llegar á Xerez (setiembre 1343); y por último, el Maestre de Alcántara con muchos caballeros de su órden perecieron ahogados en el rio Guadarranque, por no atinar con el vado en una descubierta que hicieron.

En este tiempo vino en auxilio de Algezira el Rey de Granada y se situó con su ejército en las márgenes del rio Guadiaro; y desde allí, puesto en correspondencia con la guarnicion de Gibraltar, sostenía contínuos choques y arremetidas con las tropas cristianas. Quiso el Rey de Castilla provocar al Granadino á una batalla decisiva, y con noticia de que este intentaba llegar hasta el rio Palmones, á media legua de los reales cristianos y término divisorio de los dos ejércitos, le preparó una emboscada detrás de unos cerros á un lado del Rio, mientras que á corta distancia del campamento colocó el pendon del infante heredero Don Pedro. Su objeto era llamar la atencion de los moros para que se viniesen hácia el pendon, y mientras embestirlos él por la espalda. No salió adelante la idea; porque los moros tuvieron aviso oportuno del proyecto por un renegado, y se quedaron quietos en el real de Gibraltar. Preparóles el Rey otra.

Dueño este desde el principio del cerco de la torre de Cartagena, fortaleza de la antigua Carteia, mandó á Pedro Ponce con la gente de Sevilla para que juntos con la guarnicion del castillo acometiesen á las avanzadas de los moros y huyesen en seguida; mientras que él, emboscado en unos valles cercanos al Guadarranque, cargaría por detrás á los enemigos. Así se hizo; pero cuando los moros iban ya pasando el rio en persecucion de los cristianos, que huian segun lo convenido, algunos soldados franceses del ejército de Navarra, fogosos é im-

pacientes, salieron antes de tiempo del valle en que se ocultaban, y los moros conociendo el lazo volvieron atrás y se retiraron á sus reales, lo cual produjo grave irritacion en el ánimo del Monarca que vió frustrado este bien concebido proyecto.

Sobrevinieron en esto grandes temporales en el Estrecho; y dispersas las naves de la escuadra cristiana pudo llegar la africana sin tropiezo á Gibraltar, conduciendo á su bordo al príncipe Alí, hijo de Abul-Hassam, con varios caudillos benimerines. Con este refuerzo subian ya los ejércitos de Marruecos y de Granada al número de mas de cuarenta mil hombres de infantería y doce mil caballos; y sus flotas al de ciento cincuenta velas estacionadas en la bahía de Gibraltar. De estas salió una division al centro de la ensenada para favorecer los movimientos de las tropas de tierra que operaban entre los rios Guadarranque y Palmones. El Rey de Castilla intentó incendiarla aprovechando el viento de Oeste, con el que impelidas las galeras cristianas y llevando á su bordo materias inflamables, las arrojasen ya ardiendo á los buques enemigos al tropezar con ellos. Pero los moros conocieron la intencion y se precavieron á tiempo, cubriendo las proas de sus galeras con mantas mojadas, y además llevaban grandes pértigas, con las que separaban á las cristianas antes de chocar con las suyas.

Así continuaba este largo y penosísimo sitio, y cada dia iban creciendo los apuros de los sitiadores, tan escasos ya de víveres, que se morian de hambre los caballos, y los hombres andaban exánimes con las fatigas del pelear y la falta de alimentos. Necesitábase un corazon como el del Rey, todo su nervio y heróica constancia para no desmayar de la empresa y resistir tantos peligros y quebrantos. Pero su valor crecia á medida que estos se aumentaban: peleaba como un soldado durante el dia y vigilaba la costa durante la noche, meti-

do en una barquilla, y rodeando en ella la bahía para evitar la introduccion de víveres en la plaza, sabedor de que algunas zabras y saetias moriscas de Ceuta y de Gibraltar acechaban la ocasion de hacerlo, burlando la vigilancia de la flota.

La escasez de dinero estuvo á punto de ocasionar la retirada de los genoveses, y el Rey para pagar á estos y á los de Aragon, reunió lo que pudo del resto de su platería y del donativo de los grandes, y además tomó prestadas gruesas sumas de mercaderes genoveses y catalanes. Los sitiados tampoco andaban muy abundantes, cuya circunstancia los inclinaba naturalmente á la paz. Con intento de abrir pláticas para ella vinieron á los reales cristianos emisarios del Rey de Granada, bajo el pretesto de verlos. Eran, en efecto, un objeto de admiracion para todos dichos reales divididos en calles rectas, con todos sus menesteres, y formando una vistosa y verdadera poblacion. Convinieron con el Rey de Castilla en que pasaria á Africa el Granadino para estipular con su aliado Abul-Hasam las bases del arreglo.

Para ello dióle Alfonso XI un salvo conducto con que pudiese atravesar la flota que guardaba el Estrecho; y aun así por poco no cae en manos de los genoveses, aventureros que venian á la guerra no en busca de gloria sino de provecho. Acecharon á Jussuf cuando volvía de Africa; y embistieron la galera que lo conducia; creyendo que venía cargada de riquezas sostuvieron una porfiada lucha con ella, y no la dejaron hasta que vieron algunas naves de la flota morisca salir de la bahía en auxilio del Emir, quien libertado de este modo pudo llegar salvo á esta. El noble Don Alfonso sospechó el intento y habia dado aviso anticipado á Reduan, jeque principal de Gibraltar para que desde las atalayas del monte se les hiciese conocer al Granadino el peligro que iba á correr para que viniese prevenido, y no dudase nunca de la sinceridad y buena fé de sus promesas.

No cuajó el proyecto de las paces confiado Abul-Hasam en su ejército, á pesar de ir en rápido aumento los apuros y necesidades en la plaza. Ya llegado el invierno (1334) hicieron el Granadino y Alí á la cabeza de sus tropas los últimos y mas desesperados esfuerzos para levantar el sitio. Tres veces consecutivas embistieron al campamento cristiano y otras tantas fueron rechazados briosamente dejando cubiertos los fosos y trincheras de cadáveres. En el colmo de la desesperacion al ver la inutilidad de sus ataques provocaron una batalla entre los rios Guadarranque y Palmones en la que sufrieron una derrota completa, y huyeron desbandados, unos á refugiarse bajo los muros de Gibraltar, y otros hácia los montes de la Almoraima y sierras del Castellar, siempre perseguidos por los cristianos vencedores. Estos, distraidos en la persecucion se alargaron mas de lo conveniente, y el Rey tuvo que esperarlos toda la noche en Palmones, volviendo todos al amanecer al campamento, en donde ya cundia la alarma por su ausencia.

Estos combates no disminuian un ápice el vigor de los trabajos del sitio, que iban de tal manera adelantados, que ya se batian muy de cerca los muros de la ciudad, que defendian con igual teson los sitiados. Pero el desaliento cundia ya entre ellos, aquejados del hambre y sin esperanzas de recibir socorro, pues veian y tocaban el desastroso resultado de los combates de los Reyes de Africa y Granada, siempre vencidos por el castellano, pensando además que era inútil resistir mas tiempo á un Monarca de tanto valor y entereza, cuya consideracion los decidió por último á entregar la plaza si les eran otorgadas capitulaciones honrosas.

Con este objeto en los primeros dias de marzo salió de la ciudad un noble jeque para el campamento cristiano, y allí despues de una larga conferencia con el Rey de Castilla ofreció á este en nombre de los emires de

Granada y de Marruecos la entrega de la plaza bajo las condiciones siguientes: 1.ª; Que la guarnicion y habitantes de la ciudad pasarian á la villa vieja y desde allí partirian al punto que les fuese conveniente, llevándose sus bienes bajo el amparo y fé del Rey de Castilla. 2.ª; Una tregua de quince años entre los reyes beligerantes. 3.ª; Que el Rey de Granada se reconoceria vasallo del Castellano pagando las doce mil doblas anuales.

Reunido el Consejo de capitanes en el real cristiano para deliberar sobre estas proposiciones opinaron algunos qne debian desecharse redondamente y que entregada la plaza á discrecion, se pasase á todos á cuchillo, único medio de vengar los durisimos sufrimientos y terribles pérdidas que por su obstinacion se habian esperimentado en el cerco. Otros de condicion mas blanda fueron de parecer que se aceptasen, considerando que era tanto mayor la gloria alcanzada cuanto mas tenaz y porfiada habia sido la resistencia. El Rey se adhirió al dictámen de estos últimos, pero rebajando á diez años el término de la tregua.

Tal fué el fin que tuvo el celebérrimo sitio de Algezira, el mas famoso de todos los de su época, que duró veinte meses que lo fueron de inaúditos padecimientos para los sitiadores. Alfonso XI vino al postre á recoger el premio de su indomable entereza; habiendo resistido con heróico ánimo la contrariedad de los elementos; el valor y muchedumbre de sus enemigos; el desvío de sus amigos y las privaciones de todo género; proeza que acrecentó la gloria de su nombre, ya tan ilustre desde sus anteriores triunfos.

Firmadas las capitulaciones (26 de marzo 1344) el Rey, acompañado de todos los príncipes, prelados y nobles que le habian asistido en el cerco, entró triunfalmente en la ciudad conquistada entre vítores y aplausos. Fué su primer cuidado mandar purificar la mezquita principal que se consagró al culto católico, bajo la ad-

vocacion de Santa María de las Palmas, por ser aquel dia Domingo de Ramos ó de Palmas, celebrándose en ella con gran solemnidad los divinos oficios. Las mugeres é hijos de Abul-Hassam, que se encontraban en la ciudad desde la batalla del Salado, recibieron del generoso Monarca un benévolo tratamiento, y embarcándolas en una de las galeras castellanas las devolvió sin exigir rescate á aquel Rey: generosidad y cortesía que agradeció mucho el de Marruecos, como á poco lo demostró por medio de una embajada que envió á Alfonso XI portadora de regalos espléndidos.

CAPITULO VI.

Quinto sitio de Gibraltar por el rey Alfonso XI.—Muere en él de la peste.—Rebelion del wali Isa Ben Alhassam.—Destruccion de Algezira.—Sesto sitio de Gibraltar puesto por el Rey de Marruecos.—No tiene efecto.

Años despues del suceso que acabamos de referir ocurrieron graves disturbios en Africa, promovidos por Almotwakil, que es el Aboamer de nuestras crónicas, hijo del rey Abul Hassam, quien fué por último destronado por aquel; cuya circunstancia dió lugar á que el Rey de Castilla no se creyese obligado á continuar la tregua pactada con el padre. Por otra parte veia que, aun conquistada como ya lo estaba una de las puertas del Estrecho, quedaba abierta otra importantísima; y quiso de una vez para siempre cerrar este portillo tan funesto para su Reino, sitiando de nuevo á Gibraltar con la esperanza de alcanzar mas venturoso éxito que en los años anteriores.

Con este objeto reunió Córtes en Alcalá de Henares (1348), á las que encareció la importancia de la conquista, y que, perdida la plaza en su reinado, era para él asunto de honra su recobro, del que además redundarian tantos beneficios para la patria. Las Córtes le concedieron gustosas los recursos que pedia, y entre otros la continuacion de la alcabala.

La conquista de Algezira por las armas cristianas habia producido un considerable aumento de poblacion

en Gibraltar, por haberse avecindado allí muchos de los que salieron de aquella plaza, atraidos por la seguridad que les ofrecia una fortaleza tan cercana á Africa. Era además la única posesion que quedaba al de Marruecos en la costa española del Estrecho, y temeroso de que mas tarde ó mas temprano corriese la misma suerte de Tarifa y Algezira, guardábala con numerosa guarnicion y teníala bien abastecida y provista.

Reunido ya el ejército formalizó el Rey el cerco de la plaza (agosto 1349), comenzando por quemar y talar las huertas y sembrados de sus cercanías para privar á los sitiados de vituallas. Hecho esto acometió despues la ciudad con ingenios y máquinas con tal ímpetu y brío, que estuvo á punto de rendirse sobrecogidos sus defensores con la nombradía del Rey, y temerosos de sufrir un sitio semejante al de Algezira. La coyuntura era por demás favorable; pues Abul-Hassam andaba entretenido en la guerra contra su rebelde hijo para recobrar á Fez, que este le habia quitado; y el de Granada, aprovechándose de estas discordias, estaba ocupado en combatir á Ronda, Marbella y Zahara que pertenecian al Africano.[1]

Pero sirvieron de poco á Don Alfonso tan propicias circunstancias, pues la escasez de dinero le impedia aprovecharse de ellas, falta que como hemos apuntado era la rémora constante de todas las empresas. Viendo, pues, este que eran infructuosas las acometidas, é imposible tomar la plaza por asalto, como en un principio habia creido, convirtió el sitio en bloqueo, y colocó sus reales en la esplanada que forma el istmo por la parte del Este, y en el que hoy están situadas las huertas y

1 Infiérese que estas plazas, que ahora aparecen como del Africano, serian conquistadas despues, cuando vino Abdul-Malik, el cual, segun hemos visto se intituló Rey de Algezira, á pesar de ser esta del Granadino, y se apoderó tambien de Gibraltar en nombre de su padre Abul-Hassam.

cementerio. Levantáronse allí vistosas y cómodas tiendas para alojamientos de las tropas, y muchas elegantes y ricas para las damas y altos personages de la córte. El Rey, acostumbrado ya á vivir en los campamentos, no quiso privarse ahora de la compañía de sus cortesanos, viendo que podria ser negocio de largo tiempo la conquista de la plaza.

Medio año iba transcurrido (febrero 1350) sin que adelantara paso el bloqueo, mantenidos con holgura los bloqueados con los depósitos de víveres que antes habian hecho y con los auxilios que de contínuo recibian de Africa, sin que pudiese evitarlo la escuadra castellana. En cambio, la penuria se dejaba sentir ya en el campamento cristiano, y el Rey para remediarla vendió allí mismo los estados de Villa Alba y Palma en ciento treinta mil maravedís á Don Alonso Perez de Guzman, señor de Niebla;[1] y buscó además otros recursos para continuar el bloqueo. No varió, sin embargo, el estado de este ni aun con el refuerzo que llegó al campo de cuatrocientos ballesteros y diez galeras que enviaba el Rey de Aragon, y que fué á pedirle Velasco Martinez, comisionado por el Castellano. La escasez de metálico, remediada algun tanto con los anteriores arbitrios, volvió á sentirse en el ejército, y con ella la falta de provisiones, que era su inmediata consecuencia.

Luchando con éstos trabajos se andaba, cuando apareció en el campo la terrible epidemia que hacia dos años recorria la Europa, y que habia asolado en España los reinos de Leon y Estremadura. Los príncipes Don Fernando de Aragon, el de la Cerda, los hijos bastardos del Rey, los grandes maestres de las órdenes, y cuantos personages estaban en el ejército instaban al Monarca para que levantase el campo, conjurando de esta manera el peligro que á todos, y en particular á él,

1 Ayala, Hist. de Gibraltar.

amenazaba con la desastrosa enfermedad. Unió sus ruegos á los de estos magnates la misma Doña Leonor de Guzman que lo habia acompañado en la empresa, pero todo en balde. El Rey desoyó súplicas y consejos y los rechazó como indignos, diciendo: "que pues tenia tan apretado el cerco que en poco tiempo podria recobrar la villa, seria mucha vergüenza dejarlo ansí por miedo de la muerte:" y sacando la espada la arrojó desde la puerta de su tienda y juró no salir del espacio trazado por ella hasta conquistar la plaza.

Esta noble obstinacion le costó la vida; pues acometido de la peste llamada *landres* sucumbió á ella en 26 de marzo (viérnes santo 1350) á los treinta y ocho años de edad y veinte y siete de reinado. ¡Así pereció este ínclito Monarca, honra de su siglo, cuyas brillantes dotes de valor, energía y sobrehumana constancia borran los lunares de sus flaquezas! Su muerte esparció el luto en España y en toda la cristiandad. La batalla del Salado, la conquista de Algezira y su gloriosa muerte delante de Gibraltar son hechos que recuerdan de contínuo su nombre á los habitantes de esta comarca, en donde se conservará siempre su memoria al par que en los anales de la patria. ¡Feliz esta, si Dios concede al régio Vástago, heredero de su èstirpe y de su nombre, sus altas prendas y lo libra de los defectos que aquel tuvo, hijos en gran parte de la rudeza de su siglo!

Los enemigos le honraron muerto tanto como le habian temido vivo. „Era, dice la crónica árabe, de estatura mediana y bien proporcionada: de buen talle: blanco y rubio: de ojos verdes y graves: de mucha fuerza y buen temperamento: bien hablado y gracioso en su decir: muy animoso y esforzado: noble, franco y venturoso en las guerras para mal de los muzlimes.„ [1] Tal era el retrato trazado por los enemigos. Los de la plaza al sa-

1 Conde: Parte IV.

ber la gran desgracia ocurrida en el Real de los cristianos suspendieron sus ataques y saliendo muchos de ella desarmados llegaron al campamento, presenciando allí con recojido y triste continente las ceremonias fúnebres.

El Rey de Granada que habia venido en auxilio de los sitiados, y cuyas avanzadas llegaban ya al rio Guadiaro, prohibió, dice la misma crónica, bajo las mas severas penas, que se molestase á los cristianos en su marcha á Sevilla, á donde conducian el cuerpo del Monarca, diciendo públicamente „que habia muerto uno de los mas escelentes príncipes del mundo que sabia honrar á todos los buenos, así amigos como enemigos" cuya opinion seria muy general entre los moros, cuando muchos de sus magnates vistieron luto por el Rey.

Y levantado el sitio que habia durado ocho meses y tenido tan aciago remate, marchó el ejército en pos del cuerpo del Rey, que sepultaron interinamente en la capilla de los Reyes de Sevilla para trasladarlo despues á la de Córdoba con su padre, segun habia ordenado en su testamento. En el mismo Real de Gibraltar fué jurado por Rey de Castilla y Leon, Don Pedro, su único hijo legítimo, y despues se proclamó solemnemente en Sevilla en donde se encontraba dicho Infante con su madre Doña María de Portugal.

Continuaba Gibraltar en poder de los Reyes de Marruecos, y muerto el célebre Abul-Hassam, que tanto habia dado quehacer á los cristianos, ocupó el trono africano su hijo Abu-Anam, el cual nombró walí de aquella fortaleza á Isa Ben Alhassam. Este siguiendo la costumbre constante de todos los walíes y aprovechándose de las difíciles circunstancias en que á la sazon se encontraba el de Marruecos se declaró independiente y alzó con la soberania de la fortaleza; y públicamente se intituló Rey de Gibraltar y de su tierra. Fué, sin embargo, tan despótico, codicioso y violento en el breve período de su reinado, que se rebelaron contra

él los vecinos de la ciudad, y le obligaron á encerrarse con sus secuaces en el castillo, en el que cercado tuvo que rendirse á los sublevados. Prendiéronle estos juntamente con su hijo, tan malo como él y tan aborrecido; y cargados de cadenas los enviaron á Ceuta (1355) en donde perecieron ambos, dice la crónica árabe, en cruelísimos y singulares tormentos, que les mandó dar el rey Abu-Anam en pena de su traicion.

Muerto entretanto violentamente el rey de Granada Mohammed Jussuf le sucedió en el trono su hijo Mohammed Ben Jussuf (1354), quién á su vez fué derribado por arte de la Sultana, madre de su hermano Ismail, de acuerdo con un deudo suyo, magnate poderoso, llamado Abu-Abdalá. Escapó Mohammed milagrosamente con vida de la conjuracion, merced á la industria de una esclava favorita suya que huyó con él á Guadix; á donde llegado sin tropiezo fué aclamado por el pueblo como Rey, mientras en Granada proclamaban á su hermano Ismail. De Guadix pasó Mohammed á Marbella en donde se embarcó para Africa con intento de impetrar auxilios del rey Abu-Salem. Recibiólo este perfectamente y en seguida puso un ejército á sus órdenes para recuperar su trono. Pasó á España al instante; pero mientras marchaban las tropas fué destronado y muerto el mismo Abu-Salem por su hermano Abu-Omar, delante de Fez, cuyo caso sabido por los auxiliares se volvieron á Africa. Desamparado de este modo Mohammed se refugió en Ronda, que estaba á su devocion, y de allí pidió socorro al rey de Castilla Don Pedro, y tambien al de Africa, que lo era entonces Abu-Zeyan, nieto de Abul-Hassam.

Es probable que durante estos acontecimientos estuviese Gibraltar bajo la dominacion de los Reyes de Granada, como se verá por lo que mas adelante diremos.

En este tiempo Ismail (1360), que ocupaba el tro-

no usurpado á Mohammed, habia sido asesinado por Abu Said que entró á reinar en su lugar, y al que nuestras crónicas llaman el rey Bermejo. Poco despues de este suceso Mohammed, á quien dejamos en Ronda, alcanzó del Rey de Castilla que viniese en su ayuda con un ejército. Juntos salieron de esta ciudad ambos Reyes, entraron en las tierras del reino de Granada, talaron las vegas de Archidona y Loja, y ocasionaron por último tal estrago y desolacion que hubo de rogar el Granadino al de Castilla que se retirase con su ejército: "pues no podia, dice la crónica, ver sin dolor las calamidades que traia la guerra á sus pobres pueblos."[1] Don Pedro accedió á sus ruegos y ordenó la retirada.

Poco despues viendo el Bermejo que Málaga se le habia rebelado, y que no estaba seguro en la misma Granada, marchóse en busca de asilo á la corte del rey Don Pedro con varios caballeros de su partido. Recibiólo este con fingido afecto, y pasado algun tiempo, (1362) lo mandó ajusticiar en el campo de Tablada á donde fué conducido en un asno, hiriéndole por su mano el mismo Rey y diciéndole que lo trataba así "por la mala pleitesia" que por causa suya habia hecho con el Rey de Aragon, aludiendo á la paz desventajosa con este Monarca. Pero, segun cuentan los historiadores,[2] la verdadera causa de esta indigna y baja crueldad de Don Pedro fué el deseo de apoderarse de las riquezas de su desgraciado huésped, el cual vino al postre y por donde menos pensaba á pagar la violenta muerte que él habia dado á Ismail.

Muerto el Bermejo volvió Mohammed V á Granada y recuperó su trono con el aplauso de sus súbditos, de quienes fué recibido con fiestas suntuosas. Este virtuoso Príncipe fué leal á la memoria de su antiguo aliado el rey Don Pedro, quien muerto por su hermano Don

1 Conde Parte VI, cap. XXV.
2 Ortiz de Zúñiga. Anal. de Sevilla, lib. VI, cap. CC.

Enrique en los campos de Montiel, y sucedídole en el trono de Castilla no quiso reconocerlo ni mantener con él relaciones de amistad.

Así en guerra abierta, vínose con un fuerte ejército sobre Algezira, que se encontraba desguarnecida; y embistiéndola con ímpetu y al improviso la tomó por asalto; pero recelando con harta razon que no le seria posible mantenerla, la destruyó completamente, arrasó sus murallas y convirtió aquel antiguo y glorioso asiento del poder mahometano, por cuya posesion se habia derramado tanta sangre cristiana y árabe, en un monton de ruinas que mas adelante sirvieron para cobijar á miserables pescadores.

Satisfecho con este triunfo Mohammed aceptó despues la paz con que le brindaba el Rey de Castilla, el cual no estaba para guerras; y el Moro aprovechó este respiro para arreglar los negocios de su Reino. A su muerte (1391) le sucedió su hijo Abu Abdallá Jussuf, que tomó por sultana á una hija del rey de Marruecos, Ahmed-Ben-Selim. Muerto Jussuf le sucedió su hijo segundo Mohammed, á pesar de haber sido nombrado por su padre heredero del trono su hermano mayor Jussuf, quien fué encerrado por el usurpador en la fortaleza de Salobreña. Despues Mohammed con corto séquito y fingiéndose embajador de sí mismo, se fué á avistar con el rey de Castilla Enrique III, que estaba á la sazon en Toledo; comió con él y concertó la continuacion de las treguas.

Estas siguieron hasta 1405 en cuyo año las quebrantó Mohammed VI aprovechándose del estado valetudinario del Rey, que le habia valido el sobrenombre del Doliente. Taló el Granadino las tierras de Murcia, y se apoderó de Ayamonte. Quiso el de Castilla tomar una ruidosa venganza del ultraje del Agareno y juntó un numeroso ejército con este objeto: y para los recursos necesarios reunió Córtes en Toro, (1406) que le otorgaron cuarenta y cinco cuentos de maravedís; pero agra-

vadas las dolencias de este insigne Monarca, sucumbió á ellas dejando á su hermano el infante Don Fernando nombrado tutor de su hijo Don Juan II, juntamente con la Reina viuda.

Don Fernando llevó adelante el proyecto del Rey difunto; y aprovechando los recursos concedidos por las Córtes vino en persona á hacer la guerra á los moros (1407) acompañado de la nobleza del Reino. En junio llegó á Sevilla, y traidas por él de Vizcaya ocho galeras y seis naves, se juntaron con las que mandaba el almirante Don Alfonso Enriquez, ya estacionadas en el Estrecho. Encontráronse todas ellas con las veinte y tres que componian la escuadra de los Reyes de Tunez y Fez, y á pesar de la inferioridad del número de las castellanas fueron derrotadas las moriscas, volviendo á Sevilla el almirante con ocho galeras apresadas, despues de haber echado á pique algunas y dispersado las restantes.

El Infante, además, mandó á las fronteras mil quinientas lanzas á las órdenes de los Maestres, y Fernando Manrique, frontero de Xerez, corrió las tierras de Medina Sidonia y de Gibraltar, en donde sostuvo una escaramuza con los moros, mató setenta de ellos, (1408) y dió la vuelta con gran presa de ganados y cautivos. El Infante salió de Sevilla en 7 de setiembre, se apoderó de Zahara, cercó á Setenil sin tomarlo, y taló toda la campiña cercana á Ronda. Sobrevinieron en esto desazones y rivalidades entre castellanos y andaluces, y para cortarlas le pareció conveniente retirarse á Sevilla con el ejército, pero sin desistir del propósito de continuar la guerra; tanto que pidió nuevos recursos á las Córtes (1408) si bien todo quedó en aquel año en el mismo estado. A la sazon llegaron embajadores de Mohammed proponiendo una tregua que aceptó el Infante, y se ajustó por ocho meses.

Durante ella sintióse Mohammed VI próximo á morir, y con deseo de asegurar la herencia á su hijo quiso

destruir el único obstáculo, que en su entender se lo estorbaba. En su virtud, mandó á su Arraiz á la fortaleza de Salobreña para dar muerte á su hermano Jussuf, encerrado allí desde el principio de su reinado, como ya dijimos.

„Al llegar la órden, dice la crónica, jugaba el príncipe Jussuf al ajedrez con el Alcaide de la fortaleza. Turbóse este al leer la órden, y reparando Jussuf en su sorpresa le dijo: ¿Qué manda el Rey? ¿trata de mi muerte? ¿pide mi cabeza? Entonces el Alcaide le entregó la carta y despues de leerla sin inmutarse le dijo: "Permíteme algunas horas para despedirme de mis mugeres.„ Contestó el Arraiz portador de la órden que no era posible acceder á lo que pedia, pues se le tenia tasado el tiempo de su vuelta. „Pues á lo menos, replicó Jussuf, acabemos el juego y acabaré perdiendo.„ La turbacion del Alcaide era tanta que no acertaba á mover las piezas, y Jussuf sereno y firme le corregia sus descuidos. En esto llegaron dos caballeros de Granada noticiándole la muerte de su hermano; y que el pueblo lo habia aclamado por Rey, nueva que confirmaron á poco otros muchos, que con grande estrépito y vocerío vinieron á saludar al nuevo Monarca.[1] ¡Así, desde el borde del sepulcro subió al trono Jussuf entrando triunfante en su corte!

Envió en seguida embajadores á Castilla solicitando la continuacion de las paces, á lo que accedieron los Gobernadores del Reino, y cumplida la tregua quiso Jussuf renovarla, no viniendo en ello el infante Don Fernando, deseoso de gloria y de aumentar el territorio de la Monarquía.

Pensó primeramente en la reconquista de Gibraltar, cuya importancia era notoria: pero prevaleció el dictámen de los capitanes de llevarla á la vega de Antequera,

1 Conde: Parte IV, cap. XXVIII.

en donde despues de una batalla y de heróicos esfuerzos, se conquistó esta fuerte plaza con pérdida de mas de quince mil infieles (1410). Estando en el cerco de ella se presentó un emisario de Granada, llamado Zaide Alamin, proponiendo una tregua de dos años. El Infante contestó que no levantaria el campo sin haber tomado la ciudad, y que esto hecho habia de declararse el Granadino vasallo del Rey de Castilla, pagarle párias y dar libertad á todos los cautivos. Zaide rehusó la propuesta y con malas artes sobornó á algunos, para que incendiasen el campamento cristiano; pero descubierto el crímen lo pagaron sus autores con su cabeza. Esta célebre conquista le valió al Infante el sobrenombre del de Antequera, con que lo distingue la historia.

Gibraltar, que en este tiempo continuaba bajo la dominacion de los Reyes de Granada, no podia soportar el yugo de los walíes, los que separados de la vista de aquellos eran unos verdaderos déspotas y tiranuelos. Hartos ya los habitantes de su opresor gobierno imploraron la proteccion del rey de Marruecos, Abu-Said, y le ofrecieron el dominio de la ciudad y ser sus vasallos. El Africano aceptó la oferta; y no tanto por adquirir la posesion con que se le brindaba, como por deshacerse de su hermano Cid-Abu-Said, de cuyas virtudes y fama estaba celoso temiendo que lo destronase „si bien, dice la crónica, este Príncipe era tan virtuoso que estaba bien léjos de tan ambiciosos pensamientos„ [1] lo envió con dos mil hombres para que se apoderase de la fortaleza. Llegado que hubo con su tropa, abriéronle los vecinos las puertas de la ciudad, que ocupó sin obstáculo.

El Walí, viendo que no le era posible resistir á tanta gente, se retiró con la suya al castillo;y allí se mantuvo encerrado algun tiempo esperando los auxilios de Granada; y como estos no llegaban comenzó á tratar de la

1 Conde: Parte IV, cap. XXVIII.

entrega con el enemigo. Estando en las pláticas se presentó el príncipe granadino Cid-Admmed con tropas de infantería y caballería, con las que cercó la ciudad para impedir la rendicion del castillo, cuyos defensores cobraron ánimo con este numeroso refuerzo.

Débil el Africano para contrarestarlo pidió ayuda á su hermano el de Marruecos, quien, obrando con la misma dañada intencion de antes, le mandó muy poca gente en malos y pequeños barcos. No pudo, por consiguiente, Abu Said con tan escaso refuerzo defender la ciudad contra enemigos numerosos y fuertes; así que se vió en la necesidad de entregarla y rendirse él mismo al de Granada; el que por su intercesion perdonó á los rebeldes ciudadanos, y despues de dejar bien guarnecida la ciudad partióse á Granada, y se llevó consigo prisionero al Príncipe africano, tratándolo con todo género de atenciones.

Supo el caso el de Marruecos y al punto envió emisarios á Granada, suplicando al Emir que diese muerte á su hermano: pero el generoso Jussuf lejos de acceder á esta infame peticion mostró la carta al Príncipe prisionero y puso á sus órdenes un ejército para que se vengase de su traidor hermano. Aceptó el auxilio Abu-Said y de Almería se embarcó para Africa; allí se le incorporaron muchas tropas de las kabilas mas valientes, y vino á reunir un ejército respetable. Llegó con él hasta Fez en donde estaba encerrado su hermano; cercó la ciudad cuyas puertas le abrieron los habitantes aclamándolo por Rey; y entrado en ella mandó encerrar á su hermano en una mazmorra en la que murió á poco de despecho.

Ajustóse en esto una tregua entre el Rey de Granada y el infante Don Fernando el de Antequera por diez y siete meses (1417), que fué renovada por dos años mas despues de la salida del Infante para ser Rey de Aragon, y aun despues de su muerte.

[redacted]

Ya mayor Don Juan II y entretenido con los perpétuos disturbios promovidos por sus primos los Infantes de Aragon se descuidó la guerra de Granada; pero en paz ya con aquellos se prepararon los armamentos necesarios para continuarla. Ya antes (1423) habia muerto Jussuf III y sucedídole su hijo Muley Mohammed Alhayzari, el Yzquierdo: pero inepto este y orgulloso se atrajo el odio de sus vasallos, los que se levantaron contra él capitaneados por su primo Mohammed el Zaquir: lo destronaron y pusieron en lugar suyo á este, viéndose obligado el Yzquierdo á huir en trage de pescador á buscar un asilo en Tánger.

Al propio tiempo su wacir favorito Ben Zerag y otros caballeros de su partido, que huyeron tambien de Granada pasaron á la corte de Castilla y el Rey los acogió bien y les ofreció ayudarlos para volver á colocar á su Señor en el trono. Con este objeto envió al mismo Ben Zerag con cartas espresivas para el Rey de Fez, y movido por ellas dió este Monarca un ejército á Muley el Yzquierdo, que se encontraba allí, como hemos dicho, con el cual repasó el Estrecho, llegó á Almería que lo recibió como soberano, y despues á Granada que tambien le abrió sus puertas. El Zaquir se encerró en la Alhambra; pero lo vendieron sus mismos soldados y Muley lo mando descabezar (1428) y tomó posesion del trono.

Este solicitó mas adelante treguas del Rey de Castilla y le ofreció su ayuda contra los Infantes de Aragon; pero Don Juan II rechazó con indignacion la propuesta, y sobre la tregua se avino á concederla por un año, si le pagaba las párias de costumbre como reconocimiento de vasallaje, y ponia, además, en libertad á todos los cautivos cristianos; cuyas condiciones no aceptadas por el Moro se dió de nuevo principio á la guerra con gran contento del Castellano.

Inducido por este no envió el rey de Tunez Abu Fariz auxilio alguno al Yzquierdo; antes bien le afeó su

ingratitud para con el de Castilla, previniéndole en términos duros que sin tardanza ni escusa le pagase las párias que sus predecesores habian acostumbrado á pagar á los Reyes castellanos. Dichas párias eran siempre la manzana de discordia entre unos y otros reyes, y causa perenne del rompimiento de las paces. El rey Don Juan II quiso castigar severamente al Yzquierdo y con este objeto reunió un fuerte y lucido ejército: y entrando con él en la vega de Granada colocó sus reales cerca de la ciudad y en la falda de sierra Elvira. Dióse allí la famosa batalla de este nombre en la que sufrieron los moros una señalada y funesta derrota, dejando tendidos en el campo treinta mil de sus combatientes, segun escribe un testigo ocular de ella,[1] despues de haber combatido entrambos ejércitos con singular valor y ardimiento; suceso el mas notable y célebre del moribundo Imperio granadino y tambien del proceloso y turbulento reinado de Juan II. No alcanzó este por cierto todo el fruto que debia esperarse de tan memorable triunfo, pues en vez de aprovechar la coyuntura y poner sitio á Granada, de la que sin duda se habria apoderado, licenció su ejército con pretesto de la falta de subsistencias, y él dió la vuelta á Córdoba.

Ocurrieron despues en Granada estraños sucesos. Un caballero moro de regia estirpe llamado Jussuf Ben Alhamar, enemigo mortal del Yzquierdo, habia pactado antes de la guerra con el Rey de Castilla ayudarlo con ocho mil caballos, si le prometia darle despues su apoyo para destronar al Yzquierdo. Vino en ello Don Juan y cuando entró con su ejército en la Vega se le juntó Jussuf con la tropa prometida: ganada la batalla de sierra Elvira, el Rey, en cumplimiento de lo pactado, lo reconoció como Rey de Granada.

Para hacer efectivo el reconocimiento ordenó al ade-

1 El Bachiller de Ciudad Real, Cent., Epist. LI.

lantado de Andalucía, Don Diego de Ribera, y al maestre de Calatrava Don Luis de Guzman, que lo proclamase como tal rey y que le entregasen las villas y fortalezas que ellos tenian pertenecientes al reino de Granada. Los moros siempre descontentos y divididos se declararon por él y fué reconocido á poco por mas de la mitad del Reino. Los avencerrages que salieron á combatirlo fueron derrotados, y solo y apurado el Yzquierdo se escapó de Granada (1432) y fué á refugiarse á Málaga siendo proclamado Jussuf con general contento.

Lo primero que hizo este fué demostrar su gratitud al Rey de Castilla por los favores recibidos; prestóle vasallage y concertó con él una paz perpétua: pero muerto al poco tiempo quedaron sin efecto tan laudables propósitos.

Volvió el Yzquierdo á Granada, cuyo trono habia perdido y recuperado ya dos veces, y pactó tregua de un año con el Rey de Castilla bajo las condiciones acostumbradas. Espirado el término de ella comenzaron de nuevo las hostilidades con vária fortuna, ya por la frontera de Jaen, ya por la de Murcia, y por la de Sevilla ocurrió el desgraciado ataque á la fortaleza de Gibraltar, que pasamos á referir en el capítulo siguiente.

CAPITULO VII.

Sétimo sitio de Gibraltar por el Conde de Niebla.—Muerte desgraciada de este.—Se levanta.—Otros sucesos.

Dueño Don Enrique de Guzman, segundo conde de Niebla, de Vejer de la Miel y de otros estados cercanos á Gibraltar quiso evitar los graves daños que estos recibian contínuamente de los moros de aquella plaza, quienes solian tambien correrse con sus algaras hasta saquear y destruir las magníficas almadrabas que tenia establecidas en muchos parages de la costa. Esto por una parte; por otra, nieto de Guzman el Bueno tenia presente en su memoria, que este habia sido el primer conquistador de la ciudad, y sentia vivos y naturales deseos de reconquistarla, añadiendo esta gloria mas y este timbre á los muchos de su casa.

Con tal propósito convocó en Sevilla (1436) á todos sus deudos y vasallos, que eran muchos, y publicada la empresa, aunque sin designar el punto de ataque para que los moros no se previniesen, se asociaron á ella muchos caballeros de Córdoba, Écija y Xerez formando con todos un respetable ejército. Preparó además el Conde un buen número de galeras en su puerto de Sanlúcar de Barrameda, y todo á punto confirió el mando del ejército, compuesto de dos mil caballos y varias compañías de infantería, á su hijo primogénito Don Juan; y él se embarcó en Bonanza en la escuadra, que, dada á la vela, llegó felizmente á la vista de Gibraltar.

Adoptó igual plan de ataque que un siglo antes habia puesto en práctica Alfonso XI, y que consistia en desembarcar en los arenales colorados[1] y atacar por aquella parte la ciudad, mientras que el ejército de tierra la embestia, así como al castillo por el lado del istmo. Pero de entonces acá, este paraje de los arenales habia esperimentado una notable transformacion; pues escarmentados los moros con sus anteriores pérdidas habianlo fortificado con murallas y torres de defensa para evitar las embestidas y desembarcos por este sitio, antes tan abierto y accesible, no siendo ya posible saltar en tierra y acojerse al monte como lo habian hecho antes los soldados de Don Alfonso.

El Conde, pues, tropezando con la nueva muralla, desembarcó con su gente en el espacio de playa que mediaba entre esta y el mar, y que dejaba al descubierto la marea en su descenso; y ya allí embistieron con gran ímpetu y coraje al muro y sus defensores, mientras que las naves colocadas en frente, y que habian protegido su desembarco jugaban con acierto su artillería coadyuvando al ataque.

Los moros de la plaza no estaban ignorantes, como el Conde se habia figurado, de la tormenta que iba á descargar sobre ellos; y con anticipacion habian pedido y obtenido auxilios de Africa además de los que ya tenian de Granada. Pero aun siendo numerosa la guarnicion no quisieron por de pronto oponerse á que tomasen tierra los sitiadores, bien que los arredrase la artillería de las galeras, ó bien confiados en la circunstancia que inutilizó este ataque y dió fatal remate al sitio.

En tanto atacaba por la puerta de tierra Don Juan, segun lo convenido: pero seguros los moros con las só-

1 En el espacio que hay debajo de la batería de saludos. (Saluting Battery.)

lidas murallas que guarnecian la plaza por aquel lado, dejaron en él poca gente y se vinieron á la parte del Sur combatida por el Conde, cargando allí y peleando con tenaz porfia y valor. Crecia entretanto la marea, y el espacio de playa en donde se habia verificado el desembarco, teatro del encarnizado combate, íbase disminuyendo por instantes, circunstancia que no prevista por los sitiadores, por mas que debió serlo por los marinos, vino á producir las mas desastrosas consecuencias. Distraidos los cristianos y acalorados con el ardimiento del combate no advirtieron ni repararon en la subida de la marea, y que las aguas empujadas por esta cubrian ya casi todo el terreno que pisaban.

El Conde que se habia retirado á una de las galeras mas próximas conoció, aunque tarde, el yerro cometido; y no permitiéndole su hidalguia ver impasible y desde seguro la pérdida de los suyos vínose con lanchas á la playa, ya cubierta por el mar, para libertarlos del peligro en que se encontraban.

Los moros que desde las murallas estaban viendo la apurada situacion de los del Conde redoblaron con bárbara furia sus ataques, acribillándolos con un diluvio de flechas y con la nutrida metralla de sus trabucos, sin que aquellos pudiesen defenderse embarazados con el agua, que rápidamente subiendo les llegaba ya á la cintura. Horrorosa fué la confusion; unos, se acercaban al muro y se pegaban á él creyendo de esta manera evitar el peligro y allí eran cruelmente inmolados por los enemigos; otros, huyendo de sus tiros, azorados y en tropel se internaban en el mar y allí encontraban su sepulcro; todo era ayes, tribulacion y espanto, mezclándose en los aires los lamentos desgarradores de los moribundos con la salvaje gritería de los moros y con el bramido de las olas.

El Conde con pronta diligencia recojia en su lancha á cuantos tenia á mano, entre otros á Lope de Mosco-

so y Fernando de Monroy, y dió la vuelta á su galera acosado por tantos como querian salvarse. Ya en el camino entre el clamoreo y gemidos de los que se ahogaban distinguió la voz de Pedro de Medina, caballero de su casa, natural de Sevilla "de muy gran brio y muy su favorecido" como dice la crónica,[1] quien llamando al Conde con desesperado y angustioso acento le pedia que lo salvase. No pudo resistir su noble corazon al tierno ruego, y ordenó á los que vogaban volver atrás sin querer escuchar las advertencias que le hacian del peligro que iban á correr. Llegado al sitio en que estaba el desdichado Medina recojiólo en su barca; pero al mismo tiempo otros muchos, que se encontraban en igual situacion que este, cargaron de golpe sobre ella y la hicieron zozobrar sepultando en el fondo de las aguas á mas de cuarenta caballeros "de florida edad y nobleza" y entre ellos al mismo Conde, víctima ilustre de su compasiva y heróica generosidad. ¡Digno fin de un descendiente de Guzman el Bueno!

Su hijo Don Juan, que seguia combatiendo por la parte de tierra, suspendió el ataque al saber el grave peligro que su padre corria, y embarcándose precipitadamente en la costa del istmo voló presuroso á socorrerlo: pero ya era tarde. En seguida (31 de agosto 1436) se levantó este desgraciado sitio tan desacertadamente comenzado, y el ejército se retiró en buen órden, salvando las sierras de Ojen y por la campiña de Tarifa hasta Vejer á donde llegó sin tropiezo, mientras las naves daban la vuelta á Sanlúcar.

Don Juan desde Vejer despachó emisarios á Gibraltar solicitando con tiernas súplicas, y ofreciendo grandes sumas para rescatar el cadáver de su padre: pero todo en vano. Los moros desecharon las ofertas, desoyeron las súplicas y se negaron á entregar el fú-

1 Ortiz de Zúñiga, Anales de Sev. lib. X.

nebre trofeo que encerraron en una caja, y colgáronla de las almenas del castillo. Ya veremos despues á este mismo Don Juan rescatarlo gloriosamente. El esclarecido Juan de Mena, poeta de la época,[1] cantó en tiernas endechas la muerte del Conde y su desgraciada empresa, cuya memoria durará cuanto duren las letras castellanas.

Seguia Gibraltar bajo el dominio de Granada en donde ocurrieron á poco graves turbulencias, síntomas claros de la disolucion, que á pasos agigantados iba corroyendo aquel imperio.

El rey Mohammed el Yzquierdo, que tantas vicisitudes habia esperimentado durante su azarosa vida, vino

1 Laberinto órden de Marte cap. CLX.

Empieza asi:

Aquel que en la barca parece sentado
Vestido en engaño de las bravas ondas
En aguas crueles ya mas que no hondas
Con mucha gran gente en la mar anegado
Es el valiente, no bien fortunado
Muy virtuoso, perínclito Conde
De Niebla, que todos sabeis bien á donde
Dió fin el dia del curso hadado

. . . .
. . . .

"El Conde y los suyos tomaron la tierra
Que estaba entre el agua y el borde del muro
Lugar que en menguante é seco é seguro
Mas en la creciente del todo se cierra.
Quien llega mas tarde presume que yerra
La pavesada ya junto á las alas
Levantan los trozos, crescen las escalas,
Crescen las artes mañosas de guerra.

Y concluye así:

¡O piedad fuera de medida!
O ínclito Conde; quisiste tan fuerte
Tomar con los tuyos en antes la muerte
Que con tu hijo, gozar de la vida.
Si fé á mis versos es atribuida
Jamás la tu fama, jamás la tu gloria
Darán en los siglos eterna memoria
Será la tu muerte por siempre plañida.

por tercera y última vez á ser destronado por su sobrino Aben-Osmin el Ahnaf ó sea el Cojo; quien lo sorprendió en la Alhambra y lo hizo prisionero. Antes de este suceso, otro sobrino del Yzquierdo, llamado Ben-Ismail, desavenido con el tio se habia retirado á la córte de Castilla con varios de sus parciales. Despues de la usurpacion del Cojo, los contrarios de este, en cuyo número se contaban todos los avencerrajes, se retiraron á Montefrio y allí proclamaron rey á Ben-Ismail con ayuda de las tropas que Don Juan II habia mandado en auxilio de este Príncipe, el que antes de salir de la córte de Castilla habia prometido que seria vasallo del Castellano en cuanto alcanzara la posesion del trono granadino.

Pero Aben-Osmin hizo pagar caros al Rey de Castilla sus favores á Ismail; pues lleno de enojo y furia penetró por la frontera cristiana, embistió y se apoderó de las fortalezas de Benamaurel y Benzalema, pasando á cuchillo sus guarniciones (1446). Proclamó en seguida la guerra santa y levantó dos ejércitos, uno para guerrear contra los cristianos; otro contra Ismail y los avencerrajes dueños de Montefrio; y aprovechándose hábilmente de los bandos que dividian á Castilla prosiguió sus hostilidades y dió mucho en que entender á los fronteros hasta la batalla de Lorca, en la que fué derrotado por el valiente alcaide de esta fortaleza Alfonso Fajardo, perdiendo la vida en la accion el célebre caudillo Malik wazzir de Almería.

Desde este descalabro cometió tantas crueldades y concitó de tal manera contra él el odio de sus súbditos, que Aben-Ismail aprovechando hábilmente esta circunstancia y protegido además por el Rey de Castilla, salió de Montefrio con sus partidarios y llegó hasta las puertas de Granada. Aben-Osmin le salió al encuentro, y trabóse una reñida accion en la que fueron desechas sus tropas, y él volvióse á la ciudad y se encerró en la Alhambra. Allí con pretesto de celebrar un consejo con-

vocó á muchos caballeros granadinos de cuya lealtad sospechaba, y reunidos que fueron los mandó degollar; bárbara crueldad que acabó de sublevar los ánimos, y levantados todos los ciudadanos abrieron las puertas de la ciudad á Ismail, huyendo Aben-Osmin á ocultarse en las espesuras de Sierra Nevada (1453). El nuevo Monarca cumplió sus pactos con el de Castilla, y se reconoció como vasallo suyo y tributario.

No duró mucho la paz; porque habiendo muerto Don Juan II en el siguiente año y sucedídole su hijo Enrique IV, volvieron á sentirse las algaras moriscas en las fronteras cristianas, á las que no podia tampoco oponerse Ismail, temeroso del desprestigio que entre los suyos le acarreaba su estrecha amistad con el de Castilla. El jóven Rey bajó con un poderoso ejército en el que se distinguia una brillante hueste de tres mil lanzas, compuesta de todos los mancebos nobles y que, sirviendo de guardia particular de su persona, se llamaron los contínuos del Rey, con intento de poner sitio á Granada y castigar de este modo el ingrato proceder de Ismail. Mezquino fué, no obstante, el resultado y no correspondiente á tan estrepitosos alardes, pues todo se redujo á talar las mieses y arbolados de la vega, habiendo dado el Rey la singular órden, muy propia de su debilísimo carácter, de evitar todo encuentro con los enemigos; órden que produjo un general descontento en el ejército. Retiróse al cabo este despues de mes y medio de campaña.

Al año siguiente (1456) volvió de nuevo y corrió las tierras de Lora, Antequera y Archidona y se adelantó hasta los alrededores de Málaga, pero sin dar mayores frutos esta espedicion que la pasada, concretándose únicamente á las talas de costumbre. Por último, al otro año (1457) sostuvieron algunos encuentros los fronteros y el Rey tomó á Ximena y Estepona, y así vengó la muerte del valiente Garcilasso ocurrida poco antes en la vega de Granada.

No se atrevió Aben-Ismail á entrar en batalla con el ejército cristiano; antes pidió y obtuvo treguas pagando el tributo y devolviendo seiscientos cautivos que en su poder tenia; pero quedó abierta y sin comprenderse en la tregua la frontera de Jaen. ¡Costumbre singular y estraño pacto que dejaba en paz una frontera y en guerra la otra, pareciendo cosa imposible el vivir sin pelear!

Pero aun incompleta y todo como era esta tregua fué quebrantada por el príncipe Muley-Abul-Hassam, hijo mayor de Aben-Ismail, quien sin respeto á ella asoló los campos de Estepa, (1459) dando pié su conducta á que usando de represalias los caudillos cristianos[1] se arrancase de una vez para siempre la importante plaza de Gibraltar del poder agareno, como veremos en el siguiente capítulo.

1 Conde: Parte IV, cap. XXXIII.

CAPITULO VIII.

Sitio octavo de Gibraltar por el alcaide de Tarifa, Alonso de Arcos.—Gánala este y se entrega la ciudad al Duque de Medina Sidonia y al Conde de Arcos.—Desavenencias entre ambos magnates.—Queda al fin por el Duque.

En 1462 era alcaide propietario de Tarifa el comendador Don Gonzalo de Saavedra, y tenia la Alcaidía en su nombre un caballero de Utrera, llamado Alonso de Arcos. Llegóse á este un moro recien convertido, que en el mes de agosto del mismo año habia salido de Gibraltar, llamado Alí el Curro, y persuadióle á que diese un ataque á aquella fortaleza, cuya guarnicion se encontraba desprevenida y mermada con la salida de muchos caballeros para Granada y Málaga, y fueron tan eficaces sus razones y tan sinceras al parecer sus protestas de fidelidad, que el Alcaide se decidió á probar la aventura. Con este propósito despues de dejar suficiente guarnicion en Tarifa salió de ella con ochenta caballos y unos doscientos peones: llegó en la misma noche á Gibraltar y se apostó calladamente en los parajes del monte, designados por el Curro que habia servido de guia á los espedicionarios. Allí sorprendieron á tres espías moros que salieron de la plaza, y presos é incomunicados confesaron el desamparo en que esta se encontraba.

Justificada de esta manera la veracidad del Curro y creyendo Arcos que era poca su gente para llevar á cabo la conquista pidió auxilio á Xerez, Medina Sidonia, Xi-

[redacted]

mena y otros pueblos; y tambien al conde de Arcos, Don Juan Ponce de Leon, y á Don Juan de Guzman, primer duque de Medina Sidonia; y acudieron á su llamada primeramente los de Castellar y Ximena, como mas cercanos; y despues vino el pendon de la ilustre Xerez conducido por su corregidor, Gonzalo de Avila, con cuatrocientos caballos y gran número de infantes.

Antes de la llegada de los de Xerez, Alonso de Arcos habia dado un ataque general á la plaza, no solo por tierra sino tambien por mar, habiéndose embarcado en la costa del istmo parte de su gente en lanchones que de Tarifa habian llegado con este objeto. Habiendo los moros resistido con valor la embestida dudó el Alcaide si repetirla ó si dejar abandonada la empresa. Prevaleció la opinion primera; pues llamado el Curro al consejo de guerra que celebraron los capitanes, aseguró é insistió con vivo empeño en que repetido el ataque, la plaza habia de rendirse sin remedio. Este parecer del Moro converso se robusteció con la llegada de un fugitivo de la misma; quien aseguró que su guarnicion habia quedado muy mal parada del primer combate y sin fuerzas ni aliento para resistir nuevo asalto.

Los de la ciudad, que llegaron á entender la fuga del Moro, dedujeron que los sitiadores conocerian por ella la angustiosa situacion en que estaban y en seguida enviaron á estos emisarios con proposiciones de paz. Consistian estas en la libre salida de la guarnicion y habitantes con los bienes que pudiesen llevar consigo, y el pago en metálico de los pertrechos y vituallas que en la plaza quedaban, obligándose á entregar esta á los cuatro dias despues de aceptadas las condiciones. Fueron recibidos los emisarios por los caudillos del sitio con afabilidad y agasajo; pero se les contestó que si bien podian esperar que su propuesta fuese admitida, nada podian resolver sobre ella hasta consultarla con los señores á que pertenecian las tropas.

Así las cosas, y casi rendida la ciudad, se presentó en el campo Don Rodrigo Ponce de Leon, hijo del Conde de Arcos, años despues célebre Marqués de Cádiz, con trescientas lanzas, el cual habia dejado á su Padre en Arcos, con ánimo de venir tambien al sitio. Salieron á recibirlo los vasallos de Arcos que ya estaban en el campo, y demás caballeros de los otros Concejos, y supo de boca de ellos el estado de las negociaciones con los de la plaza.

Quiso Don Rodrigo hacer un reconocimiento en ella, y llegó hasta sus puertas acompañado de varios caballeros de su séquito, los que vistos por los moros, que en el adarve estaban, y conociendo en su porte y arreos que eran gente principal pidieron seguro á Don Rodrigo para bajar y hablarle. Concediólo este, y salió Mohammed Kab, que era el gefe, con cuatro de los suyos é hizo presente á Don Rodrigo los términos que antes habia propuesto para la entrega de la plaza, que de nuevo repitió, ofreciendo la rendicion bajo las mismas condiciones. Contestó Don Rodrigo que nada podia determinar sobre el negocio hasta la llegada del Conde su padre, y del Duque de Medina-Sidonia; y que tuviesen entendidos que el seguro que les habia concedido, era tan solo para volver á la ciudad sin que fuese óbice para combatirlos de nuevo, si así se acordaba. Con esta respuesta volviéronse á la plaza los moros, mustios y cabizbajos, y los otros se vinieron al campamento.

A poco ocurrió una circunstancia que varió el aspecto de las cosas. Gonzalo de Avila y sus caballeros, que habian acompañado tambien á Don Rodrigo en su paseo por delante de las murallas de la plaza, no se volvieron con él á los reales, sino que permanecieron junto á las puertas de aquella. Allí entró en pláticas Gonzalo con Mohammet Kab, y logró infundirle sospechas de la conducta de Don Rodrigo, á quien pintó con negros colores, atribuyéndole el designio de tomar la plaza á viva

fuerza, de cautivar á todos ellos y apoderarse de sus bienes. Añadía el sagaz y astuto Xerezano que el medio único de conjurar estos males y librarlos de tamaño quebranto era que le dejasen á él tomar posesion de aquella puerta y de las torres que la guarnecian, en donde colocados sus caballeros podrian defenderlos de las agresiones de Don Rodrigo, obligándose además á cumplir las condiciones antes propuestas.

Vacilaban aun los moros; pero redoblando el ladino Corregidor sus razones y avivando sus instancias cedieron al fin y le franquearon la entrada con sus caballeros; quienes se apearon para entrar, circunstancia que retardó su marcha y vino á impedir el logro de sus deseos; pues avisado Don Rodrigo de lo que pasaba volvió riendas con los suyos, entró al mismo tiempo que los xerezanos, y apoderándose de las torres que iban á ocupar estos plantó en ella su bandera y tambien sobre la puerta. Prevenidos los moros contra él por lo que antes habian oido decir á Avila, huyeron cuando entró y se encerraron en el castillo, no sin que la gente de Don Rodrigo cometiese algunos desmanes, como cautivar á viejos y mugeres y saquear algunas casas. Dueño ya este de la ciudad cercó en seguida la fortaleza.

Abriéronse despues las puertas á los del campamento y entró todo el ejército y se alojó en la ciudad, de cuya entrada se dió noticia al Rey, á los lugares de donde procedian las tropas, y al Duque de Medina Sidonia, quien, ya de camino, apresuró al saber el suceso su marcha y mandó además que se adelantasen Rodrigo de Ribera y Pedro de Suarez, caballeros de su casa, para felicitar á Don Rodrigo en su nombre, y suplicarle al mismo tiempo que se entretuviese ó "sobreseyese" como dice la crónica,[1] hasta su llegada en la toma de la fortaleza. Recibió Don Rodrigo afablemente á los emisa-

1 Ortiz de Zúñiga: Anal. de Sev. lib. XI.

rios del Duque, y les concedió cuanto pedian, si bien les hizo notar para que así constase en todo tiempo, que segun ellos mismos estaban viendo los moros se encontraban dispuestos á entregarle el castillo.

Llegó despues el Duque con su hijo Don Enrique y Don Pedro de Zúñiga, su yerno, que conducia el pendon de Sevilla, saliendo á recibirlo Don Rodrigo con lucido acompañamiento; le instruyó menudamente de cuanto habia ocurrido, y concluyó suplicándole cortésmente y en sumisos términos lo mismo que antes le habia pedido aquel: esto es, que no se tomase posesion de la fortaleza hasta la llegada del Conde su padre, que venia de marcha; á lo que accedió el Duque, al parecer, con buena voluntad.

Al siguiente dia enviaron los del castillo una comision compuesta de cinco moros principales con una carta para los caudillos cristianos, en la que decian, que á pesar de tener bien abastecida la fortaleza y en posibilidad de resistir algun tiempo tenian voluntad y gusto los que la guarnecian en entregarla al Duque con preferencia á otro cualquiera, por la consideracion de haber muerto allí su Padre. Sospechóse que esta embajada habia sido traza del Duque, quien habia mandado la noche anterior á Martin de Sepúlveda para aconsejar á los moros este paso; dándoles á entender que de esta manera saldrian mejor librados, y aun se decia que la carta que presentaron aquellos fué dictada de antemano por el mismo Duque.

Portillo[1] asegura que tales sospechas eran infundadas; pero lo contrario parece lo cierto, vista la conducta posterior del Duque. Al oir la propuesta de los moros se enfureció Don Rodrigo, protestando en voz y grito contra su falsedad é invocó el testimonio de todo el ejército, como testigo que era de la voluntad y pres-

1 Hist. ms. de Gib.

teza con que antes se habian querido entregar á él: y encarándose con el Duque le suplicó que guardase lo convenido entre ambos y diese espera hasta la llegada de su Padre; pues de hacerlo así, añadia, ningun quebranto ha de sufrir el negocio. El Duque no se mostró ahora tan propicio como antes, señal cierta de que todo era obra suya; y con pretexto de que la dilacion podria acarrear perjuicios opinó, como medio de orillar todas las dificultades, que ambos tomasen posesion de la fortaleza llevando cada cual su bandera con cien escuderos para colocarlas en las torres de ella. Pareció bien á Don Rodrigo el partido, y conformes uno y otro, mandó el Duque con su gente y bandera á Martin de Sepúlveda; y Don Rodrigo con la suya á su hermano Don Manuel, llamado el Valiente.[1]

Al llegar las tropas á las puertas del castillo, el moro que estaba de centinela pidió la bandera del Duque; y al entregársela el Alferez que la llevaba, Don Manuel tiró de la espada y dió un tajo con ella al abanderado hiriéndolo en el brazo; y se entró en seguida en la fortaleza y enarboló tambien su bandera.

A poco de esto se vieron entrar en el castillo, con objeto al parecer de verlo, soldados del Duque en pelotones de seis y ocho, y cuando llegó á doscientos el número de los entrados, unidos con los ciento que ya estaban allí se apoderaron de la torre del Homenage y de las otras principales, lo que visto por Don Manuel dió parte del suceso á su hermano. Vino este al punto y mandó á sus soldados que evacuasen acto contínuo la fortaleza; asi lo hicieron llevándose la bandera á sus alojamientos. El Duque mandó preguntar la causa de este estraño proceder, y Don Rodrigo le dió por toda respuesta: "Que no queria que al llegar su Padre viese su bandera debajo de poder ageno."

1 Portillo, y Ayala que lo sigue, dicen "Don Rodrigo": pero es un error, pues no tenia hermano de este nombre.

En esto llegó el Conde de Arcos á la plaza sin que el Duque saliese á recibirlo; y enterado por su hijo de cuanto habia ocurrido juntó en consejo á sus capitanes para determinar lo mas conveniente. Don Rodrigo propuso en él un partido violento, propio de la fogosidad de sus pocos años. "Vos, Señor, decia á su Padre, teneis aquí mil hombres bien armados: yo tomaré quinientos é iré á la posada del Duque é lo prenderé é lo mataré: é los otros quinientos se quedarán con Vuestra Señoría." Aunque este parecer fuese muy del agrado del Conde, no le pareció oportuna la ocasion de ponerlo en práctica y lo mismo opinaron sus capitanes.

El Duque entretanto pidió al Conde una entrevista para el dia siguiente, y le propuso que se nombrasen dos caballeros por cada parte que fuesen árbitros en el negocio. El Conde rechazó la propuesta contestando secamente, que la fortaleza era suya como conquistada por su Hijo, quien, si no la ocupó desde luego, habia sido por su deferencia cortés al Duque, segun era notorio á todos.

Nada, pues, se arregló; y á la mañana siguiente salió el Conde con sus tropas y acampó en las márgenes del rio Guadiaro, á tres leguas de la ciudad. Desde allí envió un cartel de desafio al Duque y esperó tres dias, los que transcurridos sin parecer aquel y sin respuesta alguna, levantó el campo y se dirijió á Sevilla. "Y desde entonces, dice la crónica, siempre quedaron resabiados é se siguieron entre ellos muy graves contiendas é muertes é daños."[1] Fué la entrega de la ciudad en viér-

1 Alonso de Palencia. Crónica de Don Enrique IV.

Hemos seguido en esta relacion á Hernandez del Portillo, á quien copia literalmente Ayala por parecerle la mas exacta; y lo es con efecto, siendo parciales las de los cronistas de la Casa de Medina-Sidonia. Ortiz de Zúñiga en el libro XI de sus Anales, siguiendo á Palencia en los principales hechos, suspende su juicio sobre la conducta respectiva de los magnates: pero conviene en casi todo lo que refiere Portillo á este propósito.

No es fuera del nuestro decir algo sobre las guerras de estos

nes 20 de agosto de 1462, dia de San Bernardo, que

señores. Continuaron estas hasta la muerte del duque Don Juan Alonso de Guzman, en diciembre de 1468, y la del conde D. Juan Ponce de Leon ocurrida en diciembre de 1469. Sucedió al Duque en sus estados en virtud de facultad real, su hijo Don Enrique habido de Doña Isabel de Meneses, viviendo su primera muger Doña María de la Cerda, de la que habiendo enviudado se casó con la que era ya madre de Don Enrique, á pesar de haber otras señoras de las que tuvo hijos, que le disputaron esta honra.

Al Conde de Arcos sucedió en sus Estados, tambien con facultad real, su hijo Don Rodrigo, habido de Doña Leonor Nuñez de Prado, en vida de su primera muger de quien no tuvo hijos, gozando la de Prado del título de esposa. El primer hijo que tuvo de esta fué Don Pedro, que murió en la guerra, dejando sucesion: pero el Conde prefirió á Don Rodrigo, escluyendo á sus nietos: tambien tuvo á Don Manuel llamado el Valiente, que hemos visto con su hermano Rodrigo en la toma de Gibraltar.

Los dos jóvenes magnates Don Enrique y Don Rodrigo, ambos legitimados y ambos valientes, continuaron con mayor encarnizamiento que nunca la guerra entre sus casas, siguiendo el ejemplo de sus padres. Andalucía toda estaba dividida en sus bandos y Sevilla era el teatro mas sangriento de ellos, pues hasta el casco de la poblacion estaba partido entre el Conde y el Duque, y como en campo abierto se peleaba en sus calles y plazas; servian de fortalezas las iglesias mismas, que se tomaban y perdian; siendo innumerables los robos, saqueos é incendios. Débil era el poder real para poner coto á tan terribles desmanes; por fin, la ilustre Católica consiguió atraer á su servicio á los rivales, pero sin poder reconciliarlos, hasta que una circunstancia feliz dió remate á sus inveterados odios. Fué la siguiente: en 1482 Don Rodrigo, ya marqués de Cádiz (señorío que habia heredado, y cuyo título le concedió Enrique IV por influjo de su valido Don Juan Pacheco, suegro de aquel) habia tomado á Alhama por sorpresa que hizo uno de sus caballeros llamado Ortega de Prado; y encontróse cercado en ella por el rey de Granada Muley-Hassam, que vino á dar auxilio á la plaza, cuya guarnicion se habia retirado al castillo dejando en la ciudad á Don Rodrigo y los suyos. Vióse, pues, este en gravísimo conflicto y pidió con urgencia socorro á su suegro el de Villena y al Rey. Todos se disponian á dárselo; pero el que apareció primeramente, sin esperarlo, á la vista de Alhama fué el duque Don Enrique, el cual obligó al de Granada á levantar el cerco. El Marqués conmovido con tal rasgo de noble generosidad vino al encuentro del Duque y le abrazó con lágrimas, abrazo que borró los pasados rencores. El Duque para llenar la medida de su hidalga conducta habia dado tambien auxilio á la Marquesa muger de Don Rodrigo, sitiada en su villa de Arcos por los moros. Desde esta época fueron amigos cordiales, y la paz renació en sus familias y en toda Andalucía.

Fueron estos ilustres caudillos, particularmente el de Cádiz, de aquellos famosos capitanes que siguieron á los Reyes católicos en todas sus empresas hasta la conquista de Granada.

desde entonces se venera como Patrono de ella, y que en el dia lo es de todo su campo.

Por la relacion que acabamos de hacer vemos que la conducta de Don Rodrigo fué mas leal y honrada que la seguida por el Duque con el Conde de Arcos; habiendo dilatado cortésmente el primero la toma de la fortaleza para dar participacion en la conquista al Duque. No se concibe, por otra parte, la repentina determinacion de los moros en favor de este sin prévias gestiones suyas, y compruébalo la ida al castillo de Martin de Sepúlveda: la proposicion capciosa de tomar juntos posesion de aquel; y mas que todo la supercheria de la entrada de los curiosos, que produjo la indignacion y retirada de Don Rodrigo.

Cierto que el Duque tenia grandes agravios que vengar y era caso de honra para él conquistar los lugares que tantos sacrificios costaban ya á su casa, de los cuales era el mas grande, la muerte en ellos de su valeroso Padre. Este fué sin duda el aguijon y motivo que lo alucinó hasta el estremo de apoderarse de la fortaleza, atropellando los respetos del Conde: faltando á la palabra empeñada á su hijo; y usando, por último, de ardides indignos de su grandeza.

La gloria no obstante de la conquista es toda del tan esforzado como modesto alcaide de Tarifa, Alonso de Arcos. El acometió la empresa con gente pagada á su costa: él dió el primer asalto á la plaza; y puso por último á los moros á punto de rendirse antes de la llegada de los magnates, que despues vinieron á disputársela. Es verdad que asistieron vasallos de Arcos, de Medina, y los caballeros de Xerez; pero sin el comienzo dado por el Alcaide, sin su actividad y valor de poco hubiera servido la asistencia de aquellos. El Rey lo conoció así y lo nombró años adelante, en premio de esta linda hazaña, asistente de Sevilla, en cuya ciudad murió en 1477; siendo el epitafio de su sepulcro que estaba en el mo-

nasterio de la Cartuja, una prueba mas de que era universalmente reconocido como el conquistador de Gibraltar, pues en él se le dá este título.

Asombra, por otra parte, considerar el abandono en que los moros tenian esta importante fortaleza; su miserable desaliento y la vergonzosa humillacion con que pedian casi de limosna su vida y hacienda, ansiosos de entregar á toda prisa aquella rica alhaja al primero que le conservara estos objetos, estando en poco que el reducido escuadron de Xerez se hubiese hecho dueño de ella.

¡Cuán diferente este sitio del que sostuvo Alfonso XI ciento trece años antes! Allí vimos un valiente Rey con la flor de su nobleza y un aguerrido ejército ser rechazado por una valerosa guarnicion; y ahora un puñado de aventureros, desunidos y sin gefe comun, la ocupan en dos dias sin casi resistencia. Prueba cierta de que el poder árabe en España tocaba á su ocaso; y el africano debilitado con guerras intestinas y fraccionado en pequeños reinos, sin interés en las cosas de la Península, no podia ya amparar ni defender la puerta por donde tantas veces habian pasado sus ominosas y terribles huestes. Y es tambien, que ya se divisaba en los horizontes de España el astro luminoso, la muger fuerte, en fin, la ilustre Isabel, destinada por la Providencia para plantar el estandarte de la Cruz con los castillos y leones en las elevadas almenas de las torres de la Alhambra.

HISTORIA DE GIBRALTAR.

PARTE TERCERA.

CAPITULO I.

Consecuencias de la conquista.—La agrega el Rey á la corona.—Desavenencias en Castilla.—Aprovéchase de ellas el Duque de Medina Sidonia.—Noveno sitio de Gibraltar puesto por este.—Vigorosa defensa de su alcaide Estéban de Villacreces.—La toma el Duque.—Enrique IV confirma á este la donacion de la plaza hecha por el príncipe Alfonso.—Muerte del Rey.

Dueño el Duque de Medina-Sidonia de Gibraltar, como hemos visto en el capítulo anterior, fué su primer cuidado dar honrosa sepultura á los restos de su ilustre Padre, con cuyo objeto fabricó una capilla en la torre de la Calahorra, dotándola con piadosos sufragios. Creyó que era mas honorífico enterrarlo allí en el teatro de sus hazañas, que llevarlo al panteon de su familia en San Isidro del Campo.

Entanto supo Enrique IV el suceso por comunicaciones del Conde de Arcos, quien destiló en ellas el veneno de sus iras contra el Duque. Sea por quitar esta manzana de discordia entre estas dos poderosas casas, ó bien porque creyese que la conquista como hecha por el Alcaide de Tarifa pertenecia á la corona, ó que, y es o mas cierto, que plaza tan importante no debia de estar fuera del dominio real, el Rey la agregó desde luego — títulos, sin tener en cuenta las vivas y apremiantes



representaciones del Duque, que reclamaba su posesion; ya por ser conquista de su ascendiente Guzman el Bueno: ya por haber muerto su Padre en ella; y ya, por último, por ser él quien la habia arrancado en esta ocasion del poder de los moros.

Sordo el Rey á todo ordenó al Duque bajo severas penas que entregase la ciudad y fortaleza á Pedro de Porras, electo alcaide de ella; y para que fuese mas eficaz y espresivo el mandato dirigió provisiones á las ciudades y villas de Andalucía, y una especial para el Conde de Arcos, con órden para que ayudasen al Alcaide nombrado, en el caso de que el Duque se negase á obedecerlo. Discreto anduvo el Rey en esto y supo aprovecharse hábilmente de la enemistad del Conde con el Duque en pró de las prerogativas reales. No fué sin embargo necesaria la violencia, pues aunque este último hubiera querido resistir el mandato del Rey, conoció que le faltaban fuerzas para ello, y entregó voluntariamente la plaza á Porras.

No convidaba esta á que acudiesen muchos pobladores á su recinto, ya por su peligrosa situacion frente de Africa, ya tambien por la incertidumbre que producian las continuas reyertas sobre su propiedad entre la Corona y el Duque. Con objeto de estimular y atraer gente concedió el Rey por cédula dada en Agreda (diciembre de 1462) á los habitantes de ella los términos de las Algeziras, que disputaban aun Xerez y Tarifa desde que aquella ciudad habia sido destruida.

Notificada la cédula de concesion al Ayuntamiento de Xerez por Gonzalo Gutierrez, comisionado de Pedro de Porras, se opuso el Cabildo al cumplimiento de ella, alegando entre otras cosas que dichos términos le pertenecian por haberla conquistado sus caballeros. Así, cuantos acudieron al último sitio se atribuyeron la conquista, menos el verdadero conquistador Alonso de Arcos. No pasó de aquí la oposicion y los de Gibraltar continuaron sin obstáculo disfrutando su privilegio.

Al mismo tiempo que el Rey concedia esta merced á Gibraltar no dejó de pensar en la repoblacion de Algeziras, y aunque mermados los términos de esta, pidió al papa Pio II la ereccion de dos Abadias colegiatas con sus correspondientes prebendas, una para la iglesia de Gibraltar, y otra para la de Algezira con asignacion de los diezmos de ambos términos para su mantenimiento. Acojió la súplica el Pontífice; pero tropezándose con la oposicion del obispo de Cádiz, Don Gonzalo Venegas y de su Cabildo no siguió adelante el propósito.

Proseguian entretanto sangrientas y encrespadas las luchas entre el de Medina y el de Arcos, y por si no bastasen tantos motivos de quebranto para la desgraciada Andalucia, allegóse la rivalidad de los dos arzobispos Fonseca, el viejo y el mozo, sobre la restitucion de la mitra de Sevilla que retenia el último, y que vino á convertirse en una verdadera guerra, orígen de inauditos escándalos.[1] Sevilla y toda su tierra estaban en armas, y el rey Enrique IV (1464) vino á ella y consiguió en la apariencia apaciguar los odios del Duque y del Conde, y enterado del negocio de los Arzobispos lo decidió al poco tiempo en favor del viejo.

Ya en Sevilla quiso ver á Gibraltar y vínose á la plaza acompañado de su nuevo privado Don Beltran de la Cueva, y desde allí invitó para que lo visitase al rey de Portugal Alonso V, quien se encontraba á la sazon en Ceuta despues de haber fracasado su espedicion contra Tánger. Aceptó el Portugués y pasaron juntos algunos dias cazando en los montes de la Almoraima, cer-

1 Don Alonso de Fonseca al quedar en 1460 vacante la iglesia de Santiago la alcanzó para su sobrino Don Alonso de Fonseca y Acebedo: pero revuelta Galicia creyó mas prudente irse allá á prepararle el camino y sosegar los ánimos; y entretanto lo dejó de administrador de su mitra en Sevilla. Conseguido el objeto que lo llevó á Galicia volvió á reclamar esta: pero el sobrino, que se encontraba bien, se opuso á la restitucion y de aquí la guerra. Ortiz de Zúñiga, Anal. de Sev. lib. XI.

canos al Castellar: ocho estuvo en la plaza Don Enrique y durante su estancia quitó la alcaidia á Pedro de Porras, y la dió á su favorito Don Beltran, el cual á su vez con beneplácito del Monarca la concedió para que la sirviese en su nombre á su cuñado Estéban de Villacreces; motivo nuevo de queja para el Duque de Medina Sidonia, pretendiente á ella y á quien sin duda le correspondia por sus indisputables méritos.

Sin mas dió por Jaen el Rey la vuelta á Castilla, en donde habian ocurrido graves disturbios, promovidos por los ricos hombres, siempre descontentos y aviesos, y mas en este reinado de Don Enrique, cuya miserable condicion y vergonzosa debilidad era por sí sola motivo suficiente para mantener viva la discordia.

Manejábalo como á un juguete su antiguo valido Don Juan Pacheco, marqués de Villena, personaje bullicioso y travieso, alma y centro de todas las intrigas y enredos de aquella triste época; y que fingiéndose amigo cariñoso del Rey era el instigador secreto de cuantos desmanes se fraguaban en su contra. Llegó la audacia de estos magnates hasta el punto de coligarse abiertamente y sin rebozo contra el Monarca, y de deponerlo públicamente en Avila (5 de junio 1465) en una afrentosa ceremonia, en la que figuraba su estátua, y proclamando en su lugar al príncipe Don Alfonso, niño de once años, hermano suyo, hijo de la misma madre que Isabel la Católica, y de quien se habian apoderado de antemano.

Aunque ni el Duque ni el Conde fueron actores en esta farsa, siguieron no obstante el partido del nuevo Rey, movidos por Don Pedro de Estuñiga, que vino á Sevilla con este objeto. Notóse sin embargo una diferencia esencial entre la adhesion de uno y otro; pues Don Enrique, heredero del Duque, prestó tambien juramento á Don Alfonso cuando lo hizo su Padre; no así el del conde Don Rodrigo "por industria de este" co-

mo dice la crónica, probando este proceder la mala gana con que el Conde abrazó la causa del Príncipe, y confirmándola su vuelta al poco tiempo al bando del Rey legítimo. ¡No podian los dos rivales militar juntos en una misma causa!

Como el Príncipe era un verdadero maniquí en manos de los magnates rebeldes que lo hicieron Rey, arrancáronle cuantas mercedes quisieron, tan inauditas como inmerecidas. El Duque de Medina-Sidonia, si bien con mejor razon que otros, alcanzó una cédula de donacion para él y sus herederos de la ciudad de Gibraltar con todos sus términos. Ya antes, como se ha visto, habia llevado muy á mal su agregacion á la Corona, deteniéndole para no haberla recobrado por fuerza sus guerras con el de Arcos y temor al rey Enrique; pero aplacadas algun tanto las primeras y destituido ya el segundo, aprovechándose de las revueltas en que ardia el Reino todo y autorizado además con el aparente derecho que le daba la cédula del príncipe Alfonso levantó un ejército, y lo envió para que se apoderase de ella.

Ya vimos de alcaide á Estévan de Villacreces, caballero de Xerez y cuñado de Don Beltran de la Cueva, quien no desmintió por cierto en esta ocasion ni su valor ni la nobleza de su cuna. Encontrábase descuidado y desapercibido, pues con la tregua que á la sazon habia con los moros no se temian desembarcos de Africa, que era la vecindad peligrosa que tenia la plaza, bien ageno de que la tormenta habia de amagar por la frontera cristiana. No obstante, y por mas que le sorprendiese la audacia del Duque, al divisar su ejército que venia contra la ciudad confiada á su guarda, se preparó á defenderla vigorosamente. Pidió desde luego auxilio á su pariente Don Beltran y al Rey, el que por todo, le envió una carta ordenando á los vecinos de la ciudad que lo ayudasen, cosa que sin necesidad de mandato

estaban ya haciendo, verdad es que era lo único que podia hacer un rey cuya corona andaba en disputa.

Siendo escasísimo el número de vecinos y estenso el recinto que era necesario defender, determinaron acojerse todos á la fortaleza y resistir allí hasta recibir socorros. Abandonada la ciudad se apoderaron de ella pacificamente las tropas del Duque, y acto contínuo cercaron el castillo, dándole frecuentes y sangrientos embates, que rechazaba con brios la guarnicion y el vecindario que con ella estaba encerrado. Asi pasaron diez meses; é inquieto el Duque con la tenaz é imprevista resistencia de estos valientes sitiados despachó desde Sevilla á su hijo primogénito Don Enrique (febrero 1467) con un refuerzo de lucida gente, municiones y piezas de artillería, entre ellas una lombarda. Llegado que hubo, estrechó vivamente la fortaleza con tan poderosos medios, y abriendo brecha en sus muros la tomó por asalto.

No desmayó por esto el valeroso Alcaide, y disputando el terreno á palmos se retiró con los suyos á la torre de la Calahorra, llamada del Homenage, y allí con los valientes, que habian sobrevivido al largo sitio, se defendió con heróico esfuerzo por otros cinco meses mas, sosteniendo con insólito teson y firmeza una incesante y encarnizada lucha con el numeroso ejército que lo sitiaba, á costa de horrorosas privaciones. Fueron tales, que hubieron de alimentarse con raizes y yerbas, y agotado este mísero recurso cocian los zapatos y cueros[1] para chuparlos, llegando por último al trance de no tener absolutamente cosa alguna que llevar á la boca; pero ni aun así se entibió su valentia; y tan constantes y bravos como él sus soldados preferian caer muertos de hambre antes que rendirse.

Los sitiadores admirando el valor y la constancia del Alcaide, le propusieron honrosas capitulaciones durante es-

1. Ayala: hist. de Gib. lib. II.

ta angustia, por mas que era ya tan estremada el hambre que desesperados y enloquecidos los soldados, se descolgaban con cuerdas de la torre, entregándose en manos de sus enemigos para satifacerla. Viéndose por último Estéban de Villacreces sin tropas, sin pan, y sin esperanza alguna de socorro se entregó con su muger é hijo, á quienes habia dado tan brillante ejemplo de lealtad, en manos de Don Enrique (junio 1467), despues de una de las mas admirables defensas que registran los anales de esta ciudad y que asegura en la historia un prominente lugar al Alcaide.

Dueño ya el Duque de la plaza dió rienda suelta á su ira contra su valiente defensor, acreedor á mejor suerte por lo mismo que habia sido tan constante; llenóle de ultrajes y encerróle ademas en un calabozo, amenazándole á cada momento con la muerte. Nombró alcaide á Pedro de Vargas caballero de su casa, quien, al venir de Sevilla á tomar posesion de su destino, pasó por la vega de Ximena, y allí le armó una celada el alcaide de aquella villa Pedro de Vera, amigo de Villacreces, y servidor como este de Don Beltran de la Cueva cuya era aquella. Venció y dispersó la escolta que Vargas traia, y herido en la refriega cayó prisionero y condújole Vera á su fortaleza, llenando de indignacion al Duque el proceder de este, del que se propuso tomar pronta y segura venganza.

Entretanto el Conde de Arcos, al saber que el Duque se habia apoderado de Gibraltar, no quiso ser menos que él, y aprovechando las turbulencias de los tiempos embistió y se hizo dueño de Cádiz. Tales sucesos nos dan una clara idea de como andaba la gobernacion del Reino, cuando un vasallo podia impunemente sitiar por espacio de quince meses una fortaleza de la Corona sin encontrar obstáculo; y otro apoderarse de la misma manera de una importante ciudad. ¡A tal estado habia llegado la Monarquia!

Quiso el Duque legalizar de algun modo su atentado, y para ello arrancó al Príncipe-rey una nueva cédula confirmatoria de la propiedad de la plaza, en la que como dictada á placer suyo, se le hacia decir cándidamente que siendo Villacreces desleal á la Corona causando daños á los pueblos comarcanos y á los navegantes que atravesaban el Estrecho, y además en sospechosas relaciones con los mahometanos, para evitar los daños que de esta conducta se originaban habia pasado el heredero de Medina-Sidonia Don Enrique á conquistar la plaza, á la que califica de rebelada. Ensalzaba los méritos de la casa de Medina, acabando por concederle por via de indemnizacion el pago de todas las cantidades que jurase Don Enrique haber invertido en su empresa. Es decir, que despues de haber privado á la Corona de su mas importante fortaleza, se le abonaba el costo de la usurpacion por la Corona misma. ¡Qué mas podian apetecer aquellos ambiciosos magnates!

Ventilábase aun en Castilla la cuestion entre el Rey legítimo y el postizo que no llegó á decidir la batalla de Olmedo (1467), á pesar de la ventaja que en ella alcanzó Don Enrique continuando viva la discordia que vino á apaciguar si no á estinguir la repentina muerte del jóven Infante, ocurrida á los quince años de su edad, y en el tercero de su efímero y turbulento reinado (1468). Aun tan mozo y tan rodeado de intrigas demostró que en otras circunstancias y con mas años, habria desplegado alguna de las grandes dotes de su hermana Isabel.

En el mismo año falleció tambien Don Juan de Guzman, primer duque de Medina Sidonia y tercer conde de Niebla, dejando por sucesor en sus estados á su hijo Don Enrique, que ya vimos sobre Gibraltar. Este, solicitó la propiedad de la plaza del rey Enrique IV, quien cada vez mas impotente y débil, se doblegó á su exigencia, confirmando la donacion de su hermano en cédula dada en Córdoba (3 de junio 1469). En ella

concede además el importe de las pagas asignadas al alcaide, vecinos y oficiales que debian satisfacerse de los fondos reales para que el Duque los distribuyese, durando esta concesion mientras hubiese moros en el Reino. Se reserva para sí el soberano señorío, alcabalas, tercias, pedidos, monedas y las minas de toda clase de metales que se descubriesen en la ciudad ó en su término. Manda que se tome razon en su contaduría de los libramientos otorgados al Duque con destino á la ciudad, montante un millon quinientos veinte y tres mil y seiscientos maravedís, que ya se habian cobrado en Sevilla de la renta de la Almoraima,[1] de la alcabala y almorajifazgo, que viene á ser renta de aduana.

Como el Rey quedó obligado á pagar la guarnicion, tuvo derecho de señalar el número á que debia esta subir y el sueldo que le correspondia; lo que verificó en cédula dada en Segovia (18 de noviembre 1469), en la que además confirma la donacion anterior. Es digno de atencion este documento, pues nos dá idea de la guarnicion que entonces se consideraba bastante para la plaza, y de los sueldos que disfrutaba. Habia un alcaide para el castillo con veinte caballos, que debian guardar las puertas de mar y tierra, la torre del Tuerto, los dos Tarfes y la de Algezira. Otros ciento y veinte caballos para guarnecer toda la ciudad, costando cada uno al año 1080 maravedis, dos cahizes de trigo y cinco de cebada. Doscientos lanceros con el mismo sueldo: seis atajadores ó prácticos: ciento veinte velas, que constaba cada una de tres individuos con 360 maravedís de sueldo. Diez y ocho soldados para rondar con 600 maravedís cada uno, y nueve sobrerondas con el mismo sueldo. Una atalaya ó centinela de dia en la torre del Homenage y otra en el Tarfe con 1800 maravedís para los dos: tres dobles, ó sean seis hombres, dos destinados á la torre de

1 Voz árabe que significa pago de multas.

la Carbonera; dos á la de Cartagena, sobre las ruinas de Carteia; y dos en Miraflores con 2633 maravedís cada uno. Además se destinaban 1200 maravedís para guardas, escusantes, escuchas y sobreescuchas; y 20,000 para el pagador de la ciudad. Montaba pues el costo total de la guarnicion á 200,000 maravedís, que se abonaban al Duque que recojia todo el provecho siendo de la corona la carga.

Quiso este como era consiguiente fomentar la poblacion, y para ello repartió sus términos, tanto los que ya poseia como los nuevamente adquiridos de Algezira, entre los pobladores que venian á establecerse en la plaza segun su clase y méritos. Hizo reformas interiores en beneficio de la ciudad, siendo una de ellas dividir el recinto en seis distritos ó collaciones, nombrando trece regidores y seis jurados para cada uno de ellos. Nombró dos alcaldes ordinarios y dió el corregimiento al mismo alcaide del castillo. Pidió y obtuvo del Rey la concesion del fuero de Antequera (20 de diciembre 1470) que consistia en la completa exencion de tributos, visto que debia considerarse abolido el dado por Fernando IV cuando pertenecia la plaza á la Corona; siendo de presumir que continuase disfrutando tambien del amplísimo derecho de asilo que antes tenia.

La discordia entre los grandes y el Rey no se habia apaciguado, antes bien seguia este siendo el perpétuo blanco de las embrolladas intrigas urdidas sin cesar por el astuto y ambicioso Don Juan Pacheco, marqués de Villena, quien por alcanzar el maestrazgo de Santiago que le ofrecian, lo arrastró hasta el inaudito estremo de labrarse él mismo su deshonra, proclamando y firmando de su puño en el tratado que se llama de, "los Toros de Guisando" (19 de setiembre 1468) la ilegitimidad de su hija Doña Juana, llamada la Beltraneja, y el nombramiento de heredera de la Corona en su hermana Isabel.

Ni por este acto insigne de debilidad y bajeza de con-

dicion del Monarca cesaron las turbulencias, antes bien se encrudecieron mas que nunca con motivo del casamiento de la Princesa heredera. Ya antes habian querido casarla con Don Pedro Giron, maestre de Calatrava, y hermano del Marqués de Villena, de cuya desgracia se libertó providencialmente Isabel por la muerte repentina de este, cuando marchaba á Madrid para verificar el enlace. Ahora, quiso el Rey movido como siempre por el de Villena darle por marido al Rey de Portugal su pariente, á cuya propuesta se resistió con energía la Princesa, muy prendada y yá en amorosas relaciones con el infante Don Fernando, hijo primogénito del rey de Aragon Juan II: resistencia que estuvo para acarrearle malos tratamientos de parte del Monarca y de su orgulloso Valido.

En esto, y creciendo los males en Andalucía con las guerras contínuas entre el Duque y el Conde, vínose el Rey á Sevilla á donde llegó el 28 de octubre de 1469, saliendo de ella repentinamente á los dos dias de su estada, por aviso que recibió del Marqués de Villena desde Cantillana, en donde se habia quedado este, pues no quiso entrar en Sevilla por odio al Duque. Dábale la noticia que el 18 del mismo mes se habia verificado el matrimonio de la princesa Isabel con el Infante de Aragon, quien burlando la vigilancia de los encargados en impedir su enlace habiase venido disfrazado á Castilla, no sin correr grandes riesgos en el camino.

El Rey y su Privado dieron en seguida la vuelta encontrándose el 18 de noviembre en Segovia, en donde otorgó el privilegio de donacion de Gibraltar al Duque que ya hemos mencionado deseoso de reducirlo á su servicio, y el de Villena conseguir su amistad por este medio, apremiantes como se presentaban las circunstancias. Uno y otro, particularmente el último se ofendieron fuertemente del proceder de la Princesa, contra la cual solo respiraban odio y venganza; llegando á tal punto el en-



cono, que el Rey revocó el convenio de los Toros de Guisando (octubre 1470) y en union con la Reina declararon ambos que la infanta Doña Juana era su hija legitima, nombrándola heredera de la Corona con esclusion de la princesa Isabel, y la desposaron con el Duque de Guiena, hermano del rey de Francia Luís XI.

En el ánimo versátil del Monarca no habia pensamiento duradero; asi á los tres años de esto hubo una reconciliacion con la princesa Isabel (1473), apartado con maña el de Villena por mediacion de Andres Cabrera, marido de Doña Beatriz de Bobadilla, amiga íntima de aquella, y el cual era mayordomo del Rey y alcaide del Alcázar de Segovia. Pero no duró mucho la reconciliacion; pues el de Villena siempre artero logró infundir en el ánimo del Monarca injuriosas sospechas contra los Príncipes, suponiendo que eran los autores de una dolencía que acometió á aquel en un banquete, que, en obsequio suyo y en el de aquellos, habia dado Andres Cabrera. A este nuevo entredicho puso fin la muerte de Villena ocurrida en aquel mismo año; y la de Don Enrique en el siguiente (11 de diciembre 1474) despues de un turbulento reinado, en el que cayó la Monarquía en tal estado de abatimiento y degradacion, que no se conoce otro semejante en la historia.

CAPITULO II.

Proclamacion de Isabel primera.—Confirma la donacion de Gibraltar al Duque de Medina Sidonia, con el título de marqués de ella.—Correria de Muley-Hassam por su término.—Sucesos de Granada.—Incorporan los Reyes católicos la plaza de Gibraltar á la Corona.—Privilegios que le conceden.—Muerte de Isabel la Católica.

Muerto Don Enrique en Segovia fué proclamada con todas las solemnidades de costumbre al dia siguiente por reyna de Castilla la Princesa Isabel, suceso importantísimo que abría tan brillante página en los anales de la patria. En Sevilla lo fué tambien al poco tiempo bajo los auspicios de los partidarios del Duque de Medina Sidonia, quien proseguia sus eternas contiendas con el conde de Arcos, que lo era ya Don Rodrigo Ponce, primer marqués de Cádiz. Vínose la Reina á Sevilla (julio 1477) para apaciguarlas, sola y sin tropas, consistiendo su acompañamiento en su casa ordinaria y algunos grandes; pero tal era ya la fama de su rectitud, entereza y saber, que bastó su presencia para que cesasen al punto los desmanes sangrientos de que era teatro la ciudad. Todos temblaron al verla; y ella propuesta á cortar el mal de raiz constituyó un tribunal de severos jueces en una de las salas del Alcázar, y presidiéndolo ella misma con regia dignidad juzgó y castigó duramente á los culpables de los pasados trastornos con una firmeza á que no se estaba acostumbrado.

Ordenó en seguida al Duque que entregase el Alcá-

zar y sus castillos de la provincia, á lo que se opuso este fundándose en que quedaba indefenso, si no hacia lo mismo su poderoso émulo el Marqués. Este, que no se habia presentado á la Reina aguardando la llegada del Rey „que esperaba, segun la crónica, por algunas máximas de Estado,„ temeroso de las prevenciones imbuidas en el ánimo de aquella por sus enemigos, apenas vino Don Fernando se presentó á ambos (13 de setiembre) acompañado únicamente de dos deudos suyos. Allí les protestó de su lealtad probada con las cartas que les puso de manifiesto llenas de vivas invitaciones del Rey de Portugal, sostenedor entonces de los derechos de la Beltraneja, y que él habia rechazado por fidelidad á ellos, concluyendo con ofrecer la entrega del Alcázar de Xerez y sus demás castillos. Los Reyes recibieron con placer sus esplicaciones, cuya sinceridad conocian, apreciándolo y convencidos de su gran valer é importancia, y admitida su oferta mandaron desmantelar tanto su fortaleza como las del Duque, poniendo en las que no, alcaides de su confianza; medidas acertadas que dieron feliz remate á los bandos y querellas de estos señores, volviendo á reinar la paz y sosiego en toda la tierra de Andalucía.

Siguieron uno y otro á la corte, como si nunca hubiesen sido enemigos, atentos y solícitos en agasajar á porfía á sus Soberanos. Obsequiólos el primero con régia magnificencia en su palacio de Sanlúcar á donde estos llegaron embarcados por el Guadalquivir, y despues les rindió igual tributo y con la misma esplendidez el segundo en su villa de Rota. Acompañáronle años despues con sus vasallos en todas sus empresas contra los moros, distinguiéndose entrambos en ellas con insignes proezas, especialmente el Marqués, que elevó á grande altura su fama con la conquista de Alhama y en toda la guerra de Granada. Su enemistad con el Duque vino á cesar del todo en dicha conquista, pues viéndose cer-

cado en la ciudad por el ejército granadino y á punto de sucumbir, recibió de aquel un generoso é inesperado auxilio, tornándose ámbos desde entonces, de rivales encarnizados en íntimos y hasta la muerte cordiales amigos.[1]

Aunque la ilustrada Reina conocia muy bien cuanta era la importancia de Gibraltar, recientes aun los grandes servicios que á su causa habia prestado el Duque, no pudo menos de acceder á la confirmacion de la propiedad de la plaza que este le pedia y que antes le habia otorgado su hermano D. Enrique (1478); concediéndole además el título de marqués de Gibraltar, y para mas honrarlo nombró á la Duquesa madrina del bautizo del infante D. Juan, que nació en Sevilla en aquel mismo año.

No por esto desconocía la insigne Reina cuan costoso era el sacrificio que el desprendimiento de tal joya imponia á la Corona; así es que no se apartó de su mente la idea de recobrarla de nuevo; pero embargada su atencion con la guerra de Granada, que absorbia todos los recursos del Reino, viendo además la lealtad y diligente anhelo con que el Duque le ayudaba en esta gloriosa empresa, cuidando afanosamente y sin perdonar gasto de tener pertrechada la plaza, y en disposicion de resistir é impedir los resfuerzos que de África pudiesen venir en auxilio de los de Granada, no quiso descontentarlo y aplazó la cuestion para adelante.

Mientras tanto ocurrian en Granada graves sucesos, precursores de la inmediata destruccion y ruina de aquel Imperio. Desacreditado Muley-Hassam con la pérdida de Alhama, que no pudo recobrar á pesar de haberlo intentado varias veces, se encontraba además hostigado por la rebelion constante de que era alma la sultana Aixa (la honesta), zelosa de los amores que Muley mantenia

(1) Véase la nota del final de la parte segunda.

con una hermosa cautiva cristiana, cuyo nombre de pila era Isabel de Solís, y el arábigo Zoraya, (lucero de la mañana.)

Aixa unida con los avencerrajes formó un partido poderoso con intento de lanzar del trono á Muley, colocando en él á su hijo Abu Abdallac (el Boabdil de nuestras crónicas,) lo que traslucido por aquel, mandó encerrar en una de las torres de la Alhambra á la Sultana rebelde juntamente con su hijo. Libertóse este por industria de su Madre descolgándolo desde una almena con cuerdas labradas de las tocas y almaizanas de sus doncellas, y los avencerrajes, que lo esperaban al pié de la torre, lo condujeron á Guadix y dejándolo en seguridad volvieron á Granada. Allí, de acuerdo con el Alcaide guardian de la torre en que estaba la Sultana, proclamaron rey á Boabdil, y sostuvieron dos sangrientos combates contra Muley y su wazír Abul Casim Venegas, quienes siendo derrotados (1482) huyeron á Málaga en busca de un asilo con varios de sus parciales.

Allí conservaba un remedo de corte y algunas tropas, con las que hacia sus algaras por las tierras cristianas. Quiso socorrer á Loja sitiada por el Rey católico; pero cuando llegó habíase ya levantado aquel desgraciado sitio; embistió despues á Alhama; pero fué rechazado por su valiente alcaide Luis Portocarrero señor de Palma, veinte y cuatro de Sevilla, y empeñado en hacer algo entróse en las tierras del Duque de Medina Sidonia, confiado en la ausencia de este, que con sus mejores caballeros se encontraba á la sazon en el ejército de D. Fernando. El paraje que elijió para su correría fué la parte de Gibraltar de quien era alcaide, como ya dijimos, el animoso Pedro de Vargas, nombrado por el Duque cuando tomó la plaza á Villacreces, y que, libre de la prision en que lo tuvo el de Ximena, se habia encargado de su mando desde aquella época.

Temíalo Muley conociendo su arrojo y valor; pero

confiaba en que siendo escasa la guarnicion de la plaza, no se arriesgaría á desmembrarla para salir fuera de los muros. Vínose, pues, con un ejército de mil quinientos caballos y seis mil infantes, pasó por Marbella y Estepona y costeando la playa entró no sin gran recelo y sin muchas precauciones en el territorio de Gibraltar. Dejó á la izquierda esta plaza y fué á sentar sus reales en las faldas de Ojen, destacando cuatrocientos batidores, que apostados cerca de Algezira, observasen á Gibraltar y repeliesen cualquiera salida que intentase el Alcaide. Envió despues doscientos hombres para correr la campiña de Tarifa, y otros tantos para hacer lo mismo en la de Medina Sidonia, quienes talaron ámbos términos apresando rebaños enteros, que condujeron al campamento.

En esto llegó la gente que habia quedado de observacion en la playa de Algezira con la noticia de que todo andaba tranquilo en Gibraltar, sin que se notase movimiento en su guarnicion. Pero engañáronse los batidores y tambien el viejo Rey; pues Vargas tenia conocimiento de todos sus pasos, no habiéndole salido al encuentro cuando pasó cerca de la plaza por falta de gente. Ocurrió, no obstante, la feliz circunstancia de llegar á la bahia en este tiempo la escuadra de Cárlos Valera que cruzaba en el Estrecho, y aprovechándola Vargas dejó el mando de la plaza al Almirante, y él salióse por la noche con setenta caballos y se encaminó á la fortaleza del Castellar, distante sobre cuatro leguas al norte de la plaza, y por donde forzosamente habia de pasar Muley de vuelta para su tierra. Al llegar mandó encender hogueras en las alturas de los montes para indicar y dar aviso de que habia enemigos en la comarca, y despachó correos á Ximena y Alcalá pidiendo auxilio.

Muley, que por las hogueras entendió que la alarma habia cundido por el pais y que su presencia en él era ya conocida, levantó precipitadamente el campo y marchó hácia la frontera, llevando consigo el botin hecho en




los campos de Tarifa y de Sidonia. Envió de descubierta trescientos ginetes al mando de los Alcaides de Marbella y de Casares, quienes, al pasar por los enmarañados y espesos bosques de la Almoraima, fueron sorprendidos por Pedro de Vargas en una emboscada que sagazmente les preparó en ellos, habiéndolos visto desde las torres del Castellar al salir de los llanos del Guadarranque. Los alcaides gefes de la vanguardia perdieron la vida en la refriega con ciento mas de los suyos; y Vargas triunfante se retiró al Castellar con parte de los ganados y con los despojos de los muertos.

Venia detrás Muley con el grueso del ejército y de las presas, y al notar la confusion y desórden que el súbito ataque de Vargas habia ocasionado en la vanguardia, llegó á creer que toda la gente de Xerez estaba con el Alcaide y titubeó si ir adelante, ó abandonar el botin poniéndose en cobro por otro camino. Siguió, no obstante, la marcha, y al llegar al sitio del combate se enfureció á la vista de los suyos tendidos en tierra, y persiguió á los cristianos hasta las puertas del Castellar, pegando fuego á dos casas que estaban fuera de las murallas.

Debajo de ellas hizo alto y recojió el ganado que andaba disperso por los montes, y ordenó que desfilasen los rebaños á la vista de Pedro de Vargas y de sus soldados, que presenciaban la escena desde los muros. Y para dar remate á la aventura envió uno de sus alfaquies con doce reses de las mejores de regaloá Pedro deVargas, diciéndole "que no queria privar de sus derechos á tan valiente Alcaide, cuya actividad en el cobro de sus adealas habia conocido en esta ocasion." Este proceder cayó en gracia al Alcaide, y le contestó en el mismo estilo de zumba "dándole gracias por la merced que le hacia," y siento, añadió al mensajero, que la cortedad de mis fuerzas no me haya permitido recibirlo con mayor pompa á su entrada en la comarca; pero decidle que aguardo esta noche á trescientos caballeros de Xerez, que si aciertan

á llegar lo obseqniaré con ellos en la madrugada„ y con esto hizo al enviado el presente de un rico vestido, despidiéndolo con afabilidad. .Muley no echando en saco roto la noticia y temiendo á los campeadores de Xerez, apresuró su marcha con tal precipitacion por aquellos fragosos montes, que dejó abandonadas en ellos mas de cinco mil cabezas de ganado, que los cristianos recogieron despues; dando él la vuelta á Málaga con los restos de sus presas, muy satisfecho de su espedicion.[1]

Allí permaneció el viejo Rey hasta que sabedor de la derrota y prision de Boabdil en la batalla de Lucena, y aprovechándose de la perturbacion que este suceso habia producido en Granada salió precipitadamente de Málaga, llegó á la Alhambra y fué restablecido sin oposicion en el trono que su Hijo le habia usurpado. La sultana Aixa madre de este se retiró con sus doncellas y tesoros á la fortaleza del Albaycin dentro de la misma Granada.

Poco despues de haber recobrado Boabdil la libertad que le concedieron los políticos Reyes católicos con humillantes condiciones, pensó discretamente que su vuelta á Granada habia de ser orígen de una guerra mas sangrienta, que las que ellos pudieran hacerle. Sucedió así en efecto; y llegado Boabdil al Albaycin salieron los avencerrajes sus partidarios y embistieron á los zegries y gomeles que lo eran de Muley, y toda la ciudad se puso en armas, volviendo á reproducirse con mas calor y fuerzas las refriegas sangrientas de antes. Por fin, y á la voz de los jeques y ancianos, cesó la encarnizada lucha, y celebraron un convenio Padre é Hijo, quedando el primero de rey de Granada, y Boabdil de Almería, para donde salió con sus partidarios.

No por esto se extinguieron los bandos. Los cristia-

1 Alonso de Pal. libro XXVIII cap. III.

nos proseguian sus algaras con feliz éxito, habiendo conquistado á Zahara el Marqués de Cádiz; y el Conde de Tendilla, alcaide de Alhama, les daba mucho ruido con su valiente y disciplinada guarnicion. Enfermo y casi ciego el viejo Muley hízose cargo de acaudillar á sus partidarios su hermano el Zagal, quien entró por sorpresa en Almería estando á punto de hacer prisionero á su sobrino Boabdil, que huyó con pocos ginetes á buscar un asilo en Córdoba en donde estaban los Reyes, que, políticos siempre, lo acojieron con agasajo dando órden á sus capitanes que lo auxiliasen en sus guerras contra Muley y protejiesen los pueblos que aun permanecian en su obediencia.

Continuaban entretanto las victorias de los cristianos, y exasperados los Granadinos se alzaron contra Muley obligándole á que abdicase la soberania en su hermano Abdallah el Zagal, general ya de sus tropas: y hecho así, retiróse á Almuñecar y Monduja en donde acabó su vida tan llena de vicisitudes y agitaciones. Dividióse despues el trono de Granada entre Boabdil y el Zagal, residiendo ámbos dentro de la poblacion, uno en la Alhambra, y otro en el Albaycin: pero desavenidos nacieron nuevos bandos y revertas, que al postre vinieron á facilitar la conquista de todo el Reino por las armas cristianas, que concluyó con la toma de esta ciudad célebre (2 de enero 1492), último asiento de los musulmanes en la Península.[1]

Como si despues de este glorioso y transcendental triunfo no les quedase que hacer nada en la tierra, murieron á los pocos meses, el duque de Medina Sidonia Don Enrique de Guzman en su villa de Sanlucar, y tres

1 Al tomar posesion de ella los RR. CC. Boabdil salió á recibirlos, y puesto de hinojos entregó las llaves de la ciudad al Rey, diciéndole. "Tuyo somos, Rey poderoso y ensalzado: estas son, Señor, las llaves de este paraiso: esta ciudad y reino te entregamos pues así lo quiere Aláh y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y clemencia." Conde.

dias despues en Sevilla Don Rodrigo Ponce de Leon, marqués y duque de Cádiz. ¡Asi bajaron juntos al sepulcro estos dos insignes magnates, émulos primero y firmes amigos despues, ámbos, y con particularidad el último, pertenecientes á la galeria de heróicos capitanes que tanto enaltecieron el reinado de los Reyes católicos!

No habia cejado la Reina en su empeño de incorporar á Gibraltar á la Corona, y aun durante la guerra de Granada propuso al Duque la permuta de ella por la villa de Utrera, á que no accedió este, representando de cuanto interés era para él la plaza como asiento y defensa de sus almadrabas. La Reina no insistió por entonces, y aun en un pleito que sostuvo el Duque con las villas de Ximena, Gaucin y Casares nombró de juez comisionado para los deslindes al bachiller Juan Serrano, corregidor de Málaga, quien dió su sentencia en el mismo real de la vega de Granada.[1]

Pero desembarazada ya de la guerra de los moros volvió con viveza á trabajar en su anterior propósito, creyendo que la muerte del Duque era oportuna sazon para conseguirlo. Así, cuando su hijo primogénito Don Juan pidió como era de ley la confirmacion de las mercedes y privilegios de su casa, se le contestó por la Reina que se le concederia cuanto solicitaba si cedia á Gibraltar.

Mucho pesó á Don Juan esta condicion gravosa que se le queria imponer y contra ella representó fuertemente á los Reyes, haciéndoles ver cuan injusto era privarlo de una ciudad de tanto precio para su casa y adquirida con tanto trabajo por sus progenitores. La Reina, movida por sus ruegos y recientes aun los servicios prestados por el difunto Duque, no quiso descontentar al Hijo, y

1 Existe el deslinde en el archivo de la ciudad de San Roque, que no copiamos por haberse destruido las mojoneras que señala, y regir otras en el dia.

continuó la plaza en su dominio. Así pasaron algunos años, y habiendo los Duques llevado la guerra á África y conquistado á Melilla (1497), sirvió la plaza de depósito de municiones y pertrechos para estas gloriosas empresas, en las que el nombre español venia á sonar en la misma cuna de donde habian salido sus mas feroces enemigos.

Los Reyes no obstante no abandonaban su idea predilecta, y ya robustecido el poder real hasta un punto desconocido, sin ambajes ni rodeos pidieron la plaza al Duque estando la corte en Sevilla (1501), y accedió á ello esta vez el duque Don Juan Alonso, pues como dice un historiador "era ya otro el tiempo y estado de las cosas." [1] Apoyaron los Reyes su exigencia en el soberano dominio que siempre se habian reservado sus predecesores al conceder la propiedad de villas y lugares á los ricos hombres, lo que si bien hasta entonces habia sido una mera fórmula, débiles los monarcas para reivindicar sus derechos, ahora fuertes cual nunca lo redujeron á práctica.

En él basaron la provision en que privaban al Duque de la plaza dada en Toledo á fines del año 1501 y de que fué portador Garcilaso de la Vega caballero de la casa de los Reyes. Este llegó á Gibraltar en los primeros dias de enero de 1502 y acto continuo tomó posesion de la ciudad recibiendo las llaves del castillo de la Calahorra, torre del Tuerto y demas fuertes de ella de manos del alcaide que tenia allí el Duque, Diego Ramirez de Segura, así como por inventario de todos los pertrechos de guerra que existian en la plaza. Nótase en este inventario la particularidad de ser la primera cosa que en él consta la caja de madera de alice que contenía los restos de aquel infortunado Conde de Niebla, que ya vimos perecer en sus muros.

1 Zúñiga: Anal. de Sev. lib. XII pág. CDXIX.

Convocados los regidores[1] por Garcilaso en el castillo nombró por su teniente á Diego Lopez de Haro; y siguiendo las instrucciones de los políticos Reyes confirmó en sus destinos á los regidores y jurados puestos por el Duque, y aun dió posesion á los que nombrados por este no la habian tomado aun, siendo uno de ellos el caballero Juan Carro de Amaya. Tambien el dicho Garcilaso con las formalidades legales se apoderó de la Iglesia, que con la ciudad quedó unida para siempre á la Corona de Castilla.

Los Reyes concediéronle á su solicitud, (10 de julio 1502) por armas un castillo en campo rojo con una llave de oro colgante.[2] Encontraron muy acertado el gobierno establecido en ella por el Duque, manteniéndolo en la misma forma; y confirmaron además todos sus privilegios y levantaron la Iglesia principal, cuya fábrica no se llevó adelante, quedando concluida únicamente la capilla mayor y la torre, y para la continuacion de la obra le cedieron la mitad de las tercias que de los diezmos les correspondian.

Cometióse, no obstante, el error de agregar el corregimiento de esta importante plaza al de Ronda y Marbella (1503) y se nombró para este cargo á Luis Vanegas. Separado por consiguiente el correjimiento de la alcaidía continuó el alcaide que lo era á la sazon Diego Lopez de Haro, el cual era regidor tambien del Ayunta-

1 Eran regidores á la sazon Anton Sanchez Trujillo, Juan de Vargas, Hernando de Arroyo alguacil mayor, Juan de Sanabria, Francisco y Alvaro de Piña, Juan Sanchez de Arenas, Pedro García de Natera, Francisco de Natera, Luis Bocanegra, Juan de la Cerda y Juan de Torres. Jurados eran Diego Calvo, Lope de Piña, Bartolomé Morales, Andres García Cid y Francisco Hernandez Mongri. El alcaide y corregidor Diego Ramirez de Segura puesto por el Duque rehusó asistir á la convocacion de Garcilaso.

2 Esta cédula se conserva original en el archivo del Ayuntamiento de San Roque. Es cosa notable que la firma de la reina Isabel puesta en ella es mas clara y correcta que la del rey Fernando su marido. Ayala solo copia un testimonio que deberia existir en el archivo de Medina-Sidonia.

miento compuesto entonces de quince regidores.

Muerta en Medina del Campo (26 noviembre 1504) aquella incomparable Reina, cuya memoria durará mientras sea venerada la virtud en la tierra, ordenó en su testamento, monumento digno de su elevada inteligencia, que sus sucesores no enagenasen ni consintiesen enagenar nada de lo perteneciente á la Corona y muy especialmente á Gibraltar, dando en esto una relevante prueba del alto aprecio en que tenia á esta fortaleza.

Habiendo muerto antes que Isabel sus hijos el príncipe don Juan, Doña Isabel reina de Portugal y el hijo de esta Don Miguel recayó la corona en la princesa Doña Juana, su segunda hija, casada con el archiduque Don Felipe hijo y heredero del Emperador de Austria, y que la historia designa con el epíteto de el Hermoso. Con arreglo al testamento de la Reina en que nombraba gobernador del Reino á su Marido, en caso de ausencia ó imposibilidad de Doña Juana, encontrándose esta en Flandes, se hizo cargo Don Fernando del gobierno del Reino, siendo leal á su hija aunque no le faltasen malos consejeros, que le inclinaban á alzarse con la soberanía. Pero las intrigas de algunos magnates, entre ellos Don Juan Manuel, señor de Belmonte, lograron suscitar diferencias entre el Suegro y el Yerno que aun estaba en Flandes con su muger Doña Juana. No obstante celebróse una concordia en Salamanca (1505) entre el primero y los embajadores del otro, en la que se ventilaron y decidieron los puntos de divergencia y todo, al parecer, quedó arreglado. No fué sin embargo así; y llegados á España con un ejército Don Felipe y Doña Juana se le unieron varios magnates descontentos, quienes, libres ya del yugo justiciero y fuerte de la Católica, creyeron que iban á reproducirse las turbulencias de los tiempos de Enrique IV dándoles ocasiones de medro. Entre estos, acudió con sus vasallos de los primeros el Duque de Medina Sidonia, ansioso de recuperar á Gibraltar.

El político Don Fernando viendo que sus mas antiguos servidores se pasaban al bando de sus hijos y se quedaba sin fuerzas para resistir, receloso por otra parte, aunque sin fundamento, de la conducta del gran Capitan, conquistador de Nápoles, fuese allá y abandonó el gobierno de España á Don Felipe. Mucho tuvo que sufrir el Reino con el nuevo Rey, estranjero, aficionado á los suyos, y envuelto además en un mar de intrigas, promovidas por los magnates castellanos; pero su prematura muerte puso fin á todo (25 noviembre 1506) imprimiendo nuevo sesgo á los negocios públicos.

Vista la incapacidad de Doña Juana y ausente su Padre se nombró mientras volvia un consejo de regencia presidido por el célebre cardenal Cisneros, arzobispo de Toledo, cuya regencia convocó por sí las Córtes por haberse negado la Reyna por uno de los caprichos propios de su locura á firmar la convocatoria. En este tiempo creyó Don Juan de Guzman[1] tercer duque de Medina Sidonia que era ocasion propicia para recobrar á Gibraltar, falto el Reino de cabeza y ardiendo en bandos. Preparó en su consecuencia un ejército y puesto á su cabeza procedió á cercar la plaza, en lo que dió una clara prueba de cuan violenta habia sido la cesion que de ella habia hecho á los Reyes católicos, que entonces pasó como voluntaria.

1 Ayala hist. de Gib. dice segundo equivocadamente. El primero fué Don Juan, que asistió á la conquista con Alonso de Arcos: el segundo D. Enrique, émulo de Don Rodrigo, marqués de Cádiz; y este de ahora el tercero. Se advierte en los duques, que alternan los Juanes con los Enriques sucesivamente, por la costumbre de tomar el nombre de los abuelos.

CAPITULO III.

Décimo sitio de Gibraltar por Don Juan de Guzman, tercer duque de Medina-Sidonia.—Lo levanta.—Mercedes que recibe la ciudad por su lealtad.—Entrada y saqueo de la ciudad por los Turcos, al mando de Caramani general de Barbaroja.—Valerosa conducta de Andrés Suazo de Sanabria, de su hijo Juan y del regidor Francisco de Mendoza.—Muerte de Juan de Sanabria.—Se retiran los Turcos con su presa.

Creyó el Duque apoderarse fácilmente de la plaza confiado en los parciales que en ella tenia del tiempo de su dominacion, pensando que con presentarse á la vista de sus murallas le serian abiertas las puertas. Pero sufrió un terrible desengaño. Era corregidor de la ciudad Fernando de Gamarra, quien siéndolo tambien de Ronda y Marbella por la desacertada medida de haber unido los tres mandos, se encontraba ausente á la sazon y en uno de aquellos pueblos; pero su teniente Juan Rodriguez con todos los regidores y jurados unidos al alcaide Diego Lopez de Haro resolvieron defenderse, y pidieron auxilios á los concejos de las ciudades de Andalucía y al Marqués de Mondejar, capitan general de Granada, y á los oidores de aquella Chancillería. El Duque conoció que el golpe habia sido en vago, y creyendo que debia fiar al tiempo la conquista dejó el ejército con este objeto al mando de su hijo primogénito[1] Don Enrique, y él dió la vuelta á Sevilla.

1 Asistió el Duque al cabildo que celebró el Ayuntamiente de Sevilla, en el que se leyó la carta de la ciudad de Gibraltar pidiendo auxilio contra él mismo. Esto dice Ayala refiriéndose á la carta en que contestó Sevilla á Gibraltar; pero Ortiz de Zúñiga no refiere esta singular circunstancia.

Acamparon las tropas en el prado llamado de Fontetar[1] á tres cuartos de legua de la plaza, cubierto de viñas y huertos de los vecinos, siendo unas y otros talados por los soldados. Salian estos del campamento en pelotones y se acercaban á aquella, pero sin hostilizarla; y observando igual conducta los bloqueados tan solo hicieron un disparo de artillería, y eso por contestar á un tiro de ballesta de estos pelotones. Sin embargo, habíase preparado todo en la ciudad para una vigorosa defensa, y en competencia el vecindario con la guarnicion en demostrar su lealtad á la Reina, no pudieron menos de volverse atrás los comprometidos por el Duque, si es que hubo algunos.

Entretanto la Regencia no se dormia y comunicó apremiantes órdenes á los concejos de Andalucía para que diesen pronto socorro á la plaza. Tambien se enviaron á Juan Arias de Saavedra, señor del Castellar, con igual objeto, y que por su proximidad á aquella estaba mas en disposicion de darle los primeros auxilios. Igualmente la Chancillería de Granada despachó mandamientos y fuertes conminaciones al Duque para que diera de mano bajo severas penas en su injusta agresion contra las regalías de la Corona. Tales medidas casi simultáneas iban dando su fruto, reuniéndose ya mucha gente de guerra. Esto unido á la actitud firme de la guarnicion y vecindario de la ciudad sitiada, y sobre todo á las pacíficas exhortaciones y buenos oficios de Fray Diego de Deza, arzobispo de Sevilla, especial amigo y confidente de los Reyes católicos, quien prometió al Duque intervenir con Don Fernando para el arreglo amistoso de sus diferencias, decidieron á aquel á levantar el bloqueo mas bien que sitio. Así Don Enrique despues de algunos meses que este habia durado entró en Sevilla con su

1 Aun conserva el nombre y está á un cuarto de legua de San Roque. Si este nombre es corrupcion árabe de Tarik, indudablemente desembarcó en sus cercanías aquel caudillo.

ejército, con el Marqués de Priego y otros grandes descontentos.

La reina Doña Juana y en su nombre el consejo de regencia concedió á la ciudad por el mérito contraido en esta ocasion el título de *mas leal*[1] por cédula dada en Búrgos (noviembre 1506) y se condenó al Duque al pago de los perjuicios y daños causados por el bloqueo á los vecinos, que satisfizo cumplidamente, habiéndole costado bien caro su atrevimiento. Verificóse el acto del pago con singular solemnidad, colocándose una mesa cubierta de monedas en la Atarazana, y acudian allí los vecinos y se abonaba á cada uno los daños que probaba haber recibido.

A la vuelta del Rey católico de Nápoles para encargarse de nuevo del gobierno (1507) castigó severamente á los grandes rebelados, no siendo el menor el Duque de Medina-Sidonia, cuya villa de Niebla fué tomada por asalto, saqueada y ahorcado parte de su Ayuntamiento.[2]

En este mismo año nombró el Rey corregidor de Gibraltar á Rodrigo Bazan, quien, estendidas las conquistas de Africa por el cardenal Cisneros, habia sido empleado civil en el reino de Tremecen. Despues (1513) obtuvo el corregimiento Luis Mudarra, el cual mandó fabricar la puerta de mar que conservó por mucho tiempo su nombre.

Muerto el Rey católico (1516) y durando la demencia (originada de los zelos) de su hija Doña Juana, fué proclamado rey su nieto Cárlos, jurado despues en las Córtes de Valladolid (1518) bajo las condiciones propuestas por aquellos procuradores entre los que descollaba por sus fieros alardes el célebre doctor Zumel, cabeza de la oposicion que iba levantándose contra el nue-

1 Existe original en el archivo del Ayuntamiento de San Roque. Ayala solo vió un traslado en Portillo que es el que copia, pero sin tener el lugar de la fecha.

2 Zurit. Rei Don Hernando lib. VIII cap. XXVI.

vo y jóven Monarca. Prevenido el pueblo contra los flamencos que rodeaban á este, poco simpático además por su educacion estrangera, y propaladas muchas falsas noticias sobre exaccion de tributos, no sin graves dificultades, se le reconoció en Aragon y Cataluña y tropezó con otras no menores para que se le otorgara el servicio que pidió á las Córtes de Santiago. Fueron estas trasladadas á la Coruña á instancia de los flámencos y allí se encomendó el gobierno del Reino, durante la ausencia del Monarca, á su preceptor el cardenal Adriano, obispo de Tortosa, prelado virtuoso pero débil y no apto para tan espinoso cargo, y además poco aceptable á la nacion por su cualidad de estrangero. Concedido al fin el servicio por los procuradores, el Rey se marchó á Alemania en busca del Imperio.

Antes de embarcarse se sintieron ya las consecuencias del descontento de los ánimos. Fuéronse rebelando las ciudades, primero Toledo con Padilla y Dávalos, á quienes se agregó Don Pedro Laso, alcaide propietario de Gibraltar. Este habia sido procurador de Toledo y del partido de oposicion; disueltas las Córtes se le mandó venir á cuidar de su alcaidía, y al pasar cerca de Toledo salieron los sublevados y lo metieron dentro, al parecer contra su voluntad, realmente con su prévio acuerdo y beneplácito. Siguieron despues Zamora con su turbulento obispo Acuña, y muchas otras.

Cuando el Rey, que estaba á punto de embarcarse, supo estos sucesos, quiso volverse contra los sublevados; pero disuadiéronle del propósito los flamencos pintándole la rebelion como asunto de poca importancia, y sin mas verificó su partida. Creció no obstante aquella hasta el punto de ser orígen de la guerra civil conocida en la historia con el nombre de *Comunidades*.

Los comuneros invitaron á las ciudades de Andalucía á tomar parte con ellos; pero estas, entre las que figuraba Gibraltar, celebraron una junta en la *Rambla*, y

en ella acordaron "defenderse mútuamente, ser fieles al Rey y rechazar los mandatos de las comunidades, aunque viniesen autorizados con el nombre de la Reina." Representaron á la ciudad en esta asamblea sus regidores Juan de Torres y Diego Calvo.[1] Contrasta ciertamente la conducta de la ciudad con la de su Alcaide, gefe como ya vimos de los comuneros, y aunque se separó de ellos antes de venir á las manos en Villalar, fué privado no obstante de la alcaidía.

El Emperador complacido con la fidelidad de la ciudad envió desde Worms á Don Rodrigo Bazan (1520), á quien nombró alcaide y corregidor de ella, con cartas honoríficas y congratulatorias para su concejo y vecindario. No contento aun envió al año siguiente al comendador García Alvarez Osorio, su gentil hombre, para que repitiese á la ciudad sus acciones de gracias y su pronta vuelta, comision que desempeñó Osorio desde Granada.

Sucedió á Don Rodrigo Bazan en la alcaidia el Marqués de Berlanga (1525) y á este el célebre Don Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz, quien, despues de haber dado brillantes pruebas de sus talentos militares, fué nombrado almirante de la escuadra con retencion de la alcaidía. Esto dió motivo para que mirase con interés por el fomento de la plaza y procurase aumentar sus fortificaciones y vecindario, trazando varios acertados planes para conseguir lo primero y alcanzó lo segundo con la fábrica de espaciosos diques para reparacion de los buques de la escuadra, y aun para construir nuevos á lo que ayudaba con sus maderas la sierra Carbonera cubierta entonces de árboles útiles para el caso.

1 Asistieron á la junta los procuradores de Sevilla, Córdova, Ecija, Xerez, Antequera, Ronda, Andujar y Gibraltar: tambien los de las villas de Mártos, Arjona, Porcuna, Torre don Jimeno y Carmona. Ortiz de Zúñiga: Anal. de Sev. lib. XIV.

Pero no se llevaron á cabo los planes de fortificacion y las murallas continuaron aportilladas y ruinosas, especialmente por el lado del Sur, punto el mas débil de la plaza. Carecia ademas de todo género de pertrechos habiendo atendido los anteriores alcaides tan solo á su medro particular y distraido y malversado las asistencias que el Rey pasaba para el mantenimiento de aquella. El Emperador solícito y pródigo en graciosas palabras no lo estuvo tanto en obras, ignorante acaso de estos graves males, ó embargada su atencion en mayores tareas y cuidados; y venia á resultar que la ciudad estaba sin defensa contra cualquiera que quisiese acometerla. Verdad es, que se estaba en paz con los vecinos de Africa y que por ellos no habia que temer nada; pero iba creciendo otro enemigo poderoso por el lado de Oriente, que habia de levantar muy alta la enseña de la media luna, y de espantar á todos los reyes cristianos hasta encontrar un escarmiento en las aguas de Lepanto, y que hizo sentir tambien su poder á Gibraltar, cuando mas descuidada y adormecida estaba en una imprudente confianza.

Estos eran los turcos. Salidos de su primitivo imperio de la Tartaria se habian ido apoderando del formado por los árabes, y tributaria la mayor parte del Africa aspiraban al dominio absoluto de los mares, manteniendo en constante zozobra las costas del Mediterráneo. Descollaba entre los mas atrevidos corsarios Haradino Barbaroja, rey de Argel por muerte de su hermano Horuc, ámbos hijos de un alfarero de Lésbos, que habian llegado por su valor y pericia á ocupar un trono. Haradino puso su reino de Argel bajo la proteccion y vasallaje de Soliman II, sultan de Constantinopla, gefe del imperio turco, quien prendado del arrojo de su nuevo vasallo le nombró almirante de sus escuadras, que acababan de recibir un sério descalabro por parte de la cristiana, mandada por el ilustre genovés Andrea Doria.

Fué, pues, acojido el nuevo almirante en la corte del Sultan con solemnes regocijos, viendo en él la morisma el vengador de su reciente afrenta. Dejó antes de salir nombrado Virey de Argel al fiero y valeroso renegado Hacen Agá, el mismo que la defendió con tanto brio de las tropas cristianas que la sitiaron (1541) á las inmediatas órdenes del Emperador, que habia acometido esta empresa desgraciada contra el parecer de sus mas hábiles y cuerdos capitanes.

Corria el año de 1540 y encontrándose en Constantinopla Barbaroja entretenido con los emisarios de Cárlos que deseaba atraerlo á su servicio,[1] se presentó á su virey Hacen el renegado italiano Caramani, un tiempo esclavo de Don Alvaro de Bazan, y le propuso el envio de una espedicion contra Gibraltar, haciéndole ver cuan fácilmente podria apoderarse de la plaza, ó cuando menos saquearla y cautivar sus habitantes, estando aportillados sus muros, falta de municiones y con guarnicion escasísima. Añadíale que de los cautivos hechos por Don Alvaro de Bazan, que habian vivido mucho tiempo allí, habia él formado un escuadron numeroso, gente toda conocedora de sus entradas y salidas, en las que él tambien era práctico, y que todo saldria bien, si el Virey queria ayudarlo con sus tropas.

No pareció desacertado á Hacen Agá el proyecto de Caramani, pero titubeaba en aceptar la responsabilidad de la empresa sin consultar con su amo Barbaroja: mas insistiendo el Italiano en que no habia tiempo que perder no fuese que traslucida la espedicion se malograse el golpe, se decidió por último á apoyarla y preparó en seguida diez y seis buques de todas clases tripulados con mas de mil cautivos cristianos, cuyo mando confirió á Heli-Hamet, alcaide de los Gelves. El mismo Caramani mandaba el ejército de desembarco com-

(1) Lafuente: hist. general de Esp. tomo XII, parte III, lib. I.

puesto de unos dos mil turcos, entre los que venian los renegados griegos Mohammed y Manis, Alicaur y el famoso Daide, esclavo que habia sido tambien de Don Alvaro.

Salió la expedicion de Argel para Gibraltar (20 de agosto de 1540) adoptando muchas precauciones para no ser descubierta por la escuadra española, que á las órdenes del almirante Don Bernardino de Mendoza cruzaba á la sazon en las aguas de Nápoles y Sicilia; y deteniéndose en algunos puntos de la costa de Orán llegó á la vista de la plaza á los diez y ocho dias de su salida (8 de setiembre).[1]

No pudo estar tan encubierta la venida de los buques como hubieran querido los gefes de la espedicion. Divisáronlos desde Melilla y dieron aviso á Málaga para que se previniese á los pueblos de la costa, sobre quienes debia caer la tormenta. De Málaga despacharon inmediatamente un correo á Gibraltar. Su Alcaide propietario que habia dimitido el cargo de almirante en 1537 se encontraba ausente á la sazon, sirviendo de poco á la plaza tener de alcaide á este ilustre guerrero, que de tanta ayuda le hubiera sido si hubiese estado en su puesto en tan apremiante circunstancia.

Era su teniente Gomez de Balboa, quien recibido el aviso de Málaga deliberó con el Alcalde mayor y Regidores sobre las medidas que convenia adoptar en este apurado caso. Tambien estaba ausente el corregidor Juan de Lujan; de manera que las dos autoridades responsables en primer término de la guarda de la ciudad la tenian abandonada, sin que llenasen por cierto sus suplentes el vacio que ellas habian dejado. Parece increible que con tan seguro aviso de la llegada del enemigo nada hiciesen para contrarestarlo. Colocaron dos guardias en los Tarfes y enviaron corredores á Tarifa y

(1) Ayala dice equivocadamente el 9 de noviembre.

Cádiz; y eso fué todo; pero ni reunieron los regidores sus collaciones, ni se mandó venir á los vecinos que andaban en el campo ocupados en las faenas de la vendimia, ni se adoptaron, por último, otras medidas necesarias para poner la ciudad en estado de defensa.

Siguió, pues, todo en el mismo estado que antes; como si tal aviso hubiesen recibido, y como si tales enemigos no estuviesen ya á las puertas. Bajo tan favorables auspicios llegaron estos en la noche del 9 de setiembre y desembarcaron varios de ellos en una de las caletas que están á espaldas del monte, llamada la Almadrabilla, pasando de allí á la otra del Laudero, sitio escojido para el completo desembarco de las tropas. Sintieron el ruido que al llegar hicieron estos dos escuchas que velaban en la torre de los Genoveses, encima de la Caleta, los que dando la voz de alerta, contestáronles los otros que eran gente de las galeras de Don Bernardino de Mendoza. Siendo así, replicaron los centinelas, ¿cómo no habeis hecho la salva de costumbre á la Vírgen de Europa? "La hemos omitido, volvieron á replicar los piratas, por ser tarde y no alborotar la ciudad; pero se hará mañana durante la fiesta que piensa celebrar el Señor Almirante en la hermita de la Vírgen."

Ni por esto quedaron satisfechos los centinelas, y deseosos de disipar sus dudas por completo exijieron que hablasen todos á una voz en castellano, lo que hicieron los turcos pues conocian la lengua, por ser la mayor parte de ellos renegados, y haber estado los demás cautivos en España. Esta última prueba borró todas las desconfianzas y recelos de los escuchas, y los enemigos pasaron allí tranquilamente la noche desembarcando todos al amanecer del otro dia. Al despuntar éste los centinelas cayeron de su peso descubriendo el engaño, y corrieron precipitadamente á la ciudad gritando á las armas desde que entraron por los arrabales.

A pesar de la algazara que la entrada de los centi-

nelas produjo era tal la imprudente y estúpida confianza de los vecinos, que la mayor parte de ellos no quisieron creerlos. Muy luego esperimentaron los efectos de su incredulidad, pues ya en tierra los turcos se adelantaban formados en tres escuadrones al mando de Caramani, quien dirijió el primero de estos contra el castillo, otro hácia la ciudad, quedando el tercero de reserva para recojer las presas y enviarlas á las naves. El paso de los Tarfes, que abrazaban el espacio de monte alto que daba al sur de la ciudad, quedó custodiado por un destacamento de doscientos hombres escojidos.

Entretanto la ciudad permanecia en completa calma: el castillo con unos cincuenta hombres de guarnicion: en el campo la mayor parte de los vecinos, y los que estaban dentro descuidados y tranquilos. Los turcos habian penetrado ya por las calles de la Turba cuando sonó el rebato, sucediendo á la apatía de antes el espanto y terror en el indolente vecindario. Todos se lanzaron fuera de sus casas, y corrieron desaladas las mugeres, ancianos y niños delante de sus perseguidores en busca de refugio en el barrio amurallado de la Barcina[1] y en el castillo; cayendo muchos de estos infelices en manos de aquellos, quienes los maltrataban cruelmente sin respetar edad ni sexo.

Los grupos que se encaminaron á la Barcina encontraron asilo en la casa del valeroso caballero Andrés Suazo de Sanabria, el que movido por los generosos sentimientos que de mucho tiempo atrás le habian grangeado la estimacion pública formó el propósito de defender su barrio contra los enemigos. Para ello colocó ballesteros en los muros y mandó salir á su hijo Juan, mancebo tan generoso y valiente como su Padre, con varios criados para detener la marcha de los turcos, uniéndosele en el camino el caballero regidor Francisco

(1) Véase el plano de 1627.

de Mendoza con cinco de á caballo. Propósito mas esforzado que prudente, pues no era posible luchar con tan escasa fuerza contra enemigo tan numeroso. Este habia llegado ya á la calle real, y saqueado las casas abandonadas, haciendo cautivas á las mugeres y niños que en ellas encontraban, asi como á todas las que se habian quedado rezagadas en su penosa marcha. Entraron y robaron tambien el convento de San Francisco,[1] cuyos religiosos huyeron con sus mas preciosas alhajas á guarecerse en la Barcina.

Al salir encontraron en la puerta del convento á Juan de Sanabria y á Mendoza con los ocho hombres de su acompañamiento. Allí tropezaron estos con los turcos y los embistieron con tal coraje y empuje que rompieron el escuadron que formaban, y atravesaron por medio de él, haciendo morder la tierra á siete de ellos; pero acosados por un diluvio de flechas y balas hubieron de sucumbir al número. El valiente Sanabria recibió un balazo en el pecho, cayó del caballo y engargantado el pié en el estrivo fué arrastrado de esta manera por el bruto un largo trecho, y mal herido lo condujeron á su casa. Mataron tambien á su escudero y á otros cuatro. El regidor Mendoza dió muestras de gran valor; muerto su caballo y herido él mismo se refujió en una choza cercana á los arenales colorados, y alli se defendió como un leon, no rindiéndose hasta que los turcos prendieron fuego al débil cobertizo.

Retirados los de á caballo, que escaparon con vida, quedaron cinco de á pié, uno de ellos llamado Juan Gomez, y unidos al esforzado presbítero Juan de Fontalva formaron el propósito de sucumbir defendiendo la Iglesia, en la que se habian refugiado muchas mugeres y niños. Apostados en una callejuela por donde debian pasar los turcos embistiéronles cuando asomaron por

(1) Hoy palacio de los Gobernadores.

ella, combatieron largo rato con valerosa porfia y consiguieron retardar por algun tiempo su marcha. En esto se presentó allí el regidor Juan de Esquivel, que entró del campo con seis de á caballo y junto con otros vecinos, que iban llegando movidos por el toque de rebato, se dieron tan buena traza, que rechazaron el escuadron turco hasta mas allá de los arrabales.

Entretanto ocurria un incidente desastroso á la turba que habia ido á refujiarse en el castillo. Su alcaide Balboa al oir el rebato bajó á la Barcina en busca de gente para repeler al enemigo, y dejó cerradas las puertas de la fortaleza justamente cuando llegaban estos desventurados, perseguidos muy de cerca por el otro escuadron turco, que ya vimos encaminarse á este paraje. En tal apuro y de vuelta el Alcaide abrió un pequeño postigo para dar entrada á los fugitivos, quienes ansiosos por librarse de los turcos, que tenian enfrente y á poca distancia, se precipitaron de golpe, queriendo todos á la vez entrar por el estrechísimo pasage con tal violencia y apretura, que perdieron allí la vida sofocados y estrujados veinte y seis individuos entre mugeres y niños. No hubo razon para tal priesa que tan funestas consecuencias tuvo; pues el escuadron enemigo, ocasion del espanto, se mantuvo quieto en su sitio y sin acercarse un paso mas á la fortaleza, careciendo de escalas para asaltar los muros, y de artillería para combatirlos.

Tal era su parsimonia en el acometer que hubiera bastado una pieza bien montada y servida en el castillo para obligarlos á retirarse; pero aun de esto carecia la fortaleza de que era alcaide propietario Don Alvaro de Bazan, y tal era el abandono en que la tenia. Permanecia, pues, el escuadron á la vista de ella y desmandados algunos soldados saquearon las casas contiguas, haciendo algunos cautivos. En una de ellas, que habitaba un vecino llamado Martin Pintado, entró un turco; y al verlo la muger de aquel le quitó la alabarda que traia en la

mano, y acometiéndole con ella le quitó la vida, salvando la de su marido. Otros hechos de la misma naturaleza ocurrieron entre vecinos y soldados.

En esto quiso Muzarred, alferez de los turcos, acercarse á la puerta del castillo con una bandera y un pergamino escrito para fijarlo en ella; pero visto desde la barbacana por un soldado llamado Alonso el Suelto asestóle una ballesta, y lo tendió sin vida. Bajó á recojer la bandera otro soldado, pero fué muerto por los turcos, recojiéndola del suelo uno de ellos; pero al llevársela matáronle los del castillo: tomóla otro turco quien por último se la llevó aunque herido. Algunos tiros se cruzaron distinguiéndose por su valor Juan Mateo, ventero de Albalate, con lo que tuvo fin la escaramuza.

Sin repetir otras retiróse el escuadron y juntándose con los otros dos que ya estaban fuera de la ciudad se encaminaron con las presas y cautivos al embarcadero, siguiéndoles á larga distancia los vecinos armados en número de 80 peones y 16 caballos, única fuerza que pudo reunir el indolente Balboa. No era el ánimo de los enemigos volver al combate; y contentos con su botin recojieron el destacamento de los Tarfes que, mientras ellos en la poblacion habian saqueado la hermita de Europa, y embarcáronse todos sin tropiezo en el mismo sitio de la Almadrabilla, despues de haber estado cuatro horas en tierra.

Lleváronse setenta cautivos; seis hombres entre ellos el valiente regidor Mendoza y los restantes, niños y mugeres. Estas á pesar de sus lágrimas y tiernas súplicas fueron arrancadas de sus hogares y arrastradas por los cabellos con bárbara crueldad hasta las lanchas sin que fuesen poderosos sus gemidos para ablandar el acerado corazon de sus verdugos que las arrojaban en los barcos cayendo en ellos estas infelices, unas desmayadas y otras muertas. Ya á bordo los enemigos largaron las velas y dieron la vuelta por delante de la ciudad atrave-

sando en triunfo por medio de la bahía que celebraban con chirimias y atabales, cuyos sonidos se confundian con el estampido del cañon del castillo, pues habiendo logrado su guarnicion montar una pieza hicieron algunos disparos, que malamente dirigidos no causaron daño alguno, sirviendo de salva á su regocijo y de motivo de befa para ellos. Al pasar cortaron las amarras de una galera, y dieron fondo tranquilamente en el surgidero de Puente Mayorga.

El teniente Balboa cuando se tocó á rebato habia despachado un corredor á Jimena pidiendo auxilio, y en el mismo dia (10 de setiembre) envió el diligente Alcaide de aquella villa seiscientos hombres de á pié y de á caballo, y estendido desde allí el aviso á otros pueblos cundió la alarma en toda Andalucía, creyéndose que iban á reproducirse las funestas incursiones moriscas, tan célebres en la historia. Fué tal el espanto producido por las noticias abultadas por el miedo que el Marqués de Córtes sériamente alarmado llamó á las armas á todos los habitantes que pudiesen tomarlas. Xerez mandó por de pronto una descubierta de veinte caballos, y detrás un ejército de cuatrocientos caballeros y tres mil peones. Ronda seiscientos peones y cien caballos, y por último el duque de Medina-Sidonia, Don Juan Alonso de Guzman, envió á Pedro Barrantes Maldonado, cronista de su casa con algunos caballos para que avisase á la ciudad que venia muy luego á socorrerla con toda la fuerza de sus estados. Ya Medina, cabeza del Ducado, habia puesto en camino cien peones y sesenta lanzas que llegaron despues de la gente de Jimena, que fué la primera que entró en la plaza.

Dejamos las naves turcas ancladas en Puente Mayorga; no estuvieron allí ociosos estos piratas; saqueando por una parte los buques de la bahía, entre ellos una nave bretona, cuyo cargamento valia mas de 15.000 ducados, y por otra, desembarcando en el Puente, en des-

de destrozaron las bodegas de la poblacion y pillaron cuanto les venia á las manos, corriéndose muchos por las viñas cercanas. A estos costó caro su atrevimiento; pues la gente de Gibraltar, reforzada ya con el socorro de Jimena, les salió al encuentro, les mataron catorce, apresaron otros cuantos, obligando á los demás á guarecerse escarmentados en sus buques.

Aquejaba entretanto á los de la ciudad el deseo de rescatar los cautivos, creyendo no sin fundamento que la permanencia de Caramani en Puente Mayorga era con el objeto de atraerlos allí para ventilar este negocio. Andrés Suazo de Sanabria, siempre atento al bien de sus convecinos, en union con otros caballeros, formaron una junta para el caso, yendo en su nombre Álvaro de Piña en un barco con bandera de paz á avistarse con Caramani. Ocurrieron en esta materia algunas dificultades; pues la junta de vecinos llevada de un buen deseo quiso rescatar á todos de una vez poniendo tasa á la cantidad que habia de darse por cada uno, mientras que los interesados atendiendo únicamente á su cariño pedian y querian la libertad de sus parientes cautivos sin reparar en sacrificios pecuniarios. La junta ofreció á Caramani mitad del precio del rescate en dinero, y la otra mitad en paños, en lo que al principio convino aquel; pero habiendo apresado despues dos naves de Ayamonte cargadas de este género solo quiso ya dinero.

Empeoró á la sazon estos tratos la muerte que dió un soldado de Jimena á un turco al pasar delante de la torre del Tuerto la galeota que habia saqueado la nave bretona, y que irritando á Caramani exijió en venganza mayor precio. Por fin despues de muchas conferencias y retardos, convínose en que se daria por el rescate de todos los cautivos 4600 ducados, mitad en dinero y mitad en mercancías. Pero se tropezó con nuevo y mas fuerte embarazo; pues repartida la cuota recojiéronse tan

solo 800 ducados y hubo que acudir por lo restante al Marqués de Tarifa en calidad de préstamo.

En este dia (11 de setiembre) sucumbió de sus heridas el jóven Suazo de Sanabria, ardiente y valeroso mancebo, digno de suerte menos aciaga siquiera por lo bien que supo honrar á su cuna y á su pueblo. Llorólo todo él, menos su valiente Padre, que vió su muerte con ojos enjutos, considerándola como un holocausto glorioso en las aras de la patria.

La nueva tardanza, que originó la falta de dinero para el rescate, infundió sospechas á Caramani de que intentaban detenerlo para dar tiempo á la llegada de las galeras cristianas; así despues de apresar un barco vizcaino cargado de trigo y quemada la galera cuyas amarras habia cortado antes zarpó en la noche del 12 de setiembre con direccion á las costas africanas. Al siguiente dia llegó el dinero enviado por el Marqués de Tarifa, y salió en seguida con él una fragata en busca de los turcos, y no encontrándolos se dirijió á Ceuta para pedir desde allí el rescate al Rey de Marruecos. Tambien se dió aviso con el mismo objeto á Velez de la Gomera y otros puntos de la costa en donde se presumia que podian llegar los turcos, quienes en efecto arribaron á Velez y soltaron allí los cautivos, percibida que fué la cantidad completa de su rescate.

En esto y ya sabida de todos la retirada del enemigo, comenzaron á volverse otra vez á sus pueblos las tropas que venian marchando á dar socorro á la plaza. Ocurrió á la sazon un disgusto entre los vecinos de aquella y los auxiliares de Medina y Jimena, quienes solícitos y atentos salieron á observar y guardar la costa del Mediterráneo para evitar un nuevo desembarco, caso que lo intentaran los turcos por aquella parte. Al volver de su espedicion, ya conjurado el peligro, los de la plaza les cerraron las puertas imbuidos en la errónea creencia de que siendo unos y otros vasallos del Duque de

Medina Sidonia, antiguo señor de Gibraltar, acaso pudieran intentar recobrarla para este; sospecha innoble é infundada que irritando con razon á los auxiliares ocasionó su repentina marcha mohinos y mal recompensados por cierto de sus servicios.

Pero bien pronto hubo de pesar á los vecinos su ingratitud, pues llegó nuevo aviso de Málaga (14 de setiembre) de que se dirijian cuarenta velas enemigas hácia el Estrecho, y asustados con esta noticia rogaron á Barrantes Maldonado aplacase el justo enojo del Duque, enviándole además un mensaje para que mandase volver á los de Medina y Jimena en caso necesario. No llegó felizmente á ser menester el auxilio, pues los buques objeto de la alarma tomaron otro rumbo.

Por la narracion que acabamos de hacer, vemos que la embestida de Caramani no correspondió á lo que debia esperarse del número de sus tropas y preparativos de la espedicion. Fué un acto cobarde de piratería, y cobardes fueron todos ellos, incluso su gefe, buenos tan solo para cautivar á seres débiles, prontos á huir ante un puñado de vecinos mal armados, obrando sin plan ni concierto, desprovistos hasta de escalas para dar un asalto á la fortaleza, pareciendo probable que á ser reconocidos por los centinelas de los Genoveses en la noche de su llegada á la Caleta no se hubiesen atrevido á poner los pies en tierra.

Verdad es que el estado de la plaza correspondia á la clase de enemigos que venian á combatirla; sus muros aportillados; el castillo sin guarnicion: sus autoridades imprevisoras antes y desatentadas é ineptas despues: supliéndolo todo el valor personal de los habitantes del que dieron relevantes pruebas, y vióse hasta á los esclavos libertar á sus dueños con riesgo de la vida. Merece especial mencion una esclava de un vecino llamado Pedro Herrero anciano y ciego, la que al salir á los arrabales en busca de agua tropezó con los enemigos; volvióse al

punto para avisar á su amo que se pusiese en cobro; y no pudiendo este andar por su ceguera lo cargó sobre sus hombros y lo condujo á la fortaleza. ¡Laudable accion de quien debia considerar á los turcos como libertadores!

Por último perdieron estos en su ataque sesenta hombres y veinte los de la plaza, prueba de la verdad de nuestro juicio. No quedó sin embargo este hecho sin escarmiento como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

Derrota y muerte de Caramani.—Otro desembarco de turcos cerca de la plaza.—Muerte de Andrés Suazo de Sanabria.—Fortificaciones de Cárlos V.—Preparativos de Gibraltar para resistir á la escuadra anglo-holandesa, en el reinado de Felipe II.—Desembarca aquella en Cádiz y la saquea.—Gibraltar bajo el reinado de Felipe III y de Felipe IV.—Acciones navales en el Estrecho.

Ya apuntamos que los turcos dejaron los cautivos de Gibraltar en Velez de la Gomera recibiendo el rescate convenido, y de allí hicieron rumbo á las islas de Arboran frente al cabo de Fegato. Esperábalos en aquellas aguas Don Bernardino de Mendoza, quien noticioso de su marcha y de los pasados sucesos habia venido de Cartagena para darles caza. En vista ya una y otra escuadra (1540) avanzó la cristiana denodadamente al abordage y juntos los buques cargaron sobre la galera que montaba el almirante español las dos de Hali-Hamet y Caramani, y trabóse una reñida y sangrienta lucha con gran desventaja de los cristianos, inferiores en número á los enemigos. Pudo mas sin embargo su valor y con esfuerzos desesperados arrollaron á los infieles, hiriendo por su mano el almirante Mendoza á Caramani, á quien remataron los arcabuceros.

Casi igual suerte cupo á Hali-Hamet, que herido y maltratado se tiró al agua para escapar de la muerte, siendo su galera apresada con la de Caramani por la almiranta española despues de haber matado á la ma-

yor parte de sus tripulantes. Mientras esto, los demás buques habian seguido el ejemplo de su gefe con tan buena fortuna, que alcanzaron una completa victoria sobre la escuadra enemiga, habiendo echado á pique una galera, apresado ocho buques, hecho mas de cuatrocientos cautivos, libertado ochocientos cristianos, y todo con escasa pérdida, pues apenas llegaron á ciento treinta hombres los muertos y heridos, que tuvieron en el combate.

Las vivas instancias de las autoridades y vecinos de Gibraltar para que se atendiese á sus fortificaciones alcanzaron, por último y despues de nueve años, del Emperador Cárlos lo que sin escitacion alguna deberia haberse hecho por decoro y seguridad del Reino. Vino, pues, por órden de aquel Monarca (1552) el ingeniero milanés Juan Bautista Calvi para trazar algunas líneas de defensa, y por sus planos se reedificó la puerta de tierra, levantándose allí un baluarte defendido por un ancho foso; tambien se corrió una muralla por la parte del sur de la ciudad y sobre la puerta nueva, atravesándola de poniente á levante.[1] Como complemento de esta se fabricó otra en igual direccion prolongándola hasta la cresta del monte en la Quebrada, besando el *Hacho*.

Otras se proyectaron en los arenales colorados y otras en el monte, que no llegaron á efectuarse por la incuria del gobierno, no habiendo esperanza de que el Emperador se acordase mas de Gibraltar; pues (1556) renunció la corona en su hijo Don Felipe rey de Inglaterra, como marido de la reina Doña Maria, y de Nápoles; retirándose él al monasterio de Yuste, cuya determinacion puso en conocimiento de la ciudad desde Bruselas en diez y seis de enero de aquel año, dándole esta muestra de aprecio.

(1) Existe en el dia con el nombre de muralla de Carlos V.

Dos habian trascurrido despues de este suceso (8 de agosto 1558) cuando llegaron de nuevo los turcos al término de la ciudad. No dejaban estos piratas de infestar las costas del Mediterráneo; ahora vinieron en cinco galeras y desembarcaron á tres leguas de la plaza, mas allá del rio Guadiaro. Al cundir la noticia tocóse á rebato en ella, y salieron varios caballeros en su persecucion, entre otros el valiente Andrés Suazo de Sanabria, padre del malogrado Juan, fuerte aun y vigoroso á pesar de sus años.

Tomó el mando de la hueste, y ya á la vista de los turcos dudaron si acometerlos, parapetados estos entre unos peñascos inaccesibles para la caballería, y carecer los cristianos de infantería, no habiendo llegado aun los peones que habian salido de la plaza, retardada su marcha por el paso de los rios. Prevaleció no obstante el dictámen de Suazo, ansioso de vengar la muerte de su Hijo, y puesto á la cabeza de la tropa acometió á los enemigos y ocasionó en ellos un sangriento destrozo; pero recibió un balazo en la refriega el que le atravesó el pecho, cayendo muerto en tierra. Los suyos al verle tendido se enardecieron y cargaron de nuevo á los turcos con mayor ímpetu; pero estos se encaramaron en parajes mas escarpados aun, burlándose así de sus esfuerzos.

Costóles no obstante la escaramuza doce hombres. De los cristianos volvieron á la plaza veinte heridos y tan solo uno muerto, si bien este valia por todos. Lloróle la ciudad entera que perdió en él su mas esclarecido y predilecto hijo, amparo de menesterosos y espejo de todas las virtudes, honrando su memoria con ostentosos funerales, en los que mas que la pompa resplandecia la sinceridad de las lágrimas. "Y como se cuentan en esta ciudad, dice un autor contemporáneo, vecino de la misma,[1] las cosas memorables de ella desde la entra-

1 Hernandez del Portillo: historia ms. de Gibraltar.

da de los turcos, así tambien se cuentan desde la muerte de este caballero Andrés de Suazo. ¡Varon insigne que mereció formar época en los anales de su pueblo!

Durante el reinado de Felipe II (1569) se rebelaron los moriscos del reino de Granada, sosteniendo una guerra encarnizada y sangrienta, á que dió feliz cima el ínclito Don Juan de Austria, y para ella ayudó la ciudad al Rey con una compañía de infantería al mando del capitan Francisco de Piña, y tambien militaron varios caballeros de ella, entre otros Cárlos de Villegas, regidor y alferez mayor, yerno de Andrés Suazo, y aquel otro regidor Francisco de Mendoza, á quien vimos pelear briosamente contra los turcos y ser cautivo de ellos.

El Rey, conociendo los importantes servicios que en esta ocasion habia prestado Gibraltar no solamente por el auxilio de tropas sino tambien por haber mantenido la plaza en buen estado de defensa quiso aumentar sus fortificaciones, y envió (1575) á ella el ingeniero italiano llamado *el Fratino*. Es cosa singular que tanto en el reinado anterior como en este se concediese como galardon al vecindario el aumento de la fortaleza; siendo esto un deber de los reyes y una necesidad para todo el Reino. El Fratino desaprobando las obras y planos de Calvi, continuó, no obstante, la muralla del Sur que aquel habia hecho, hasta la altura del monte en donde está el Hacho; y trazó además otros baluartes, uno de ellos nombrado del Rosario, por la hermita que estaba cercana á él, y que venia á dar muy cerca de la Puerta nueva.[1] Hubo que derribar parte de la muralla antigua para hacer esta obra, y entonces se destruyó una antiquísima puerta morisca que habia allí, entre cuyos adornos de relieve aparecia el emblema de la llave que despues de la conquista ostentó la ciudad en sus armas.

Pasemos á otros sucesos. Despues de la muerte de

1 Véase el plano de 1627.

María ocupó el trono de Inglaterra su hermana Isabel, hija de Enrique VIII y de la célebre Ana Boulen, conocida en el mundo por Bolena. Esta Reina tan sanguinaria y cruel como su padre se declaró gefe del partido protextante[1] que la habia encumbrado, favoreciendo con todo su poder á sus correligionarios del continente y con especialidad á los rebeldes flamencos. De aquí la constante guerra contra Felipe, sostenedor de la ortodoxia católica, y enemigo de los herejes, á cuyo esterminio se encaminaron todos los actos de su vida. Política, á que sea dicho de paso, debe hoy España la unidad religiosa de que disfruta tan envidiada de otras naciones, y mas que ninguna, de esa misma Inglaterra, campeon principal de la reforma.

Quiso el Rey de España destruir de un golpe á su enemiga, cegando para siempre el manantial de los males que agitaban á Europa, y con tal propósito mandó contra ella la famosa escuadra, mayor de cuantas hasta entonces habian surcado los mares, gigantesco esfuerzo de su poder, y que la historia distingue con el nombre de la *Invencible*. No lo fué sin embargo contra los elementos conjurados en su daño; y dispersa y con gefes inespertos, muerto repentinamente el célebre Don Alvaro de Bazan, que la mandaba (1588), vino á destruirse completamente casi sin entrar en combate.

No cejó Felipe á pesar de este gran descalabro en su idea de atacar la Gran Bretaña; y dueño de la importante plaza de Calais intentó desde allí hacer un desembarco en las costas de Irlanda, contando con la ayuda de aquellos católicos. Este proyecto llegó á noticia de la reina Isabel, la que pensó conjurar el peligro anticipándose á él y armando precipitadamente una escuadra de ciento cincuenta velas con quince mil hombres de desembarco, puso aquella bajo el mando de Lord Howard

1 Llamado así por la protexta en la Dieta de Worms (1521) conque hicieron contra lo acordado tra la persona y escritos de Lutero.

y estos al de su favorito el conde de Essex. Unióse á esta escuadra otra holandesa mandada por el vice-almirante Warmond, de veinte y cuatro naves, con la tropa necesaria á las órdenes del conde Luis de Nassau.

Juntas ambas escuadras salieron de Plymouth (1.º de junio 1596) con direccion á Cádiz, punto de reunion de los buques y gente de guerra para la espedicion de Irlanda. Llegados á la bahía, sorprendieron la escuadra española compuesta de treinta buques de guerra y otros tantos de transporte que estaban allí anclados, y además cerca de cuarenta mercantes con ricos cargamentos que se preparaban para el viaje de Indias. Derrotáronla completamente como inferior en número á la suya, y echaron á pique varios de sus buques, quemaron otros y dispersaron los restantes, que fueron á encallar y perderse miserablemente en las costas de aquella ensenada.

Destruido este obstáculo, desembarcaron las tropas de Essex en la plaza, que careciendo de guarnicion bastante ocupó casi sin resistencia; hízose dueño del castillo y empezó el saqueo de la ciudad, que fué tan completo, que ni las campanas de las iglesias, ni los aldabones de las puertas fueron perdonados. Subió el botin á mas de diez y nueve millones de ducados, y mayor hubiera sido, á no haber el Duque de Medina-Sidonia, que acudió en su auxilio, dispuesto quemar los buques mercantes de América. Enriquecido con tales despojos dió Essex la vuelta á Inglaterra.

Antes de la llegada de esta espedicion se tuvo alguna noticia de ella; pero ignorándose en donde la tormenta descargaria se comunicaron órdenes generales para guardar las costas, y en su virtud se cuidó tambien de la defensa de Gibraltar. Estuvo en ella y pasó una revista el Duque de Arcos, quien como todos los señores de Andalucía se habia puesto en armas con sus vasallos, y adoptó, en union del corregidor Iñigo Arroyo de Santistevan, las medidas necesarias para repeler en

su caso á los enemigos, siendo secundados en esta tarea por todo el vecindario. Desde el Hacho se divisaron algunos buques de la escuadra anglo-holandesa, y aun llegó á creerse que vendrian sobre la plaza; pero no sucedió así como ya hemos visto. El Duque, pasado el peligro, participó al Rey la buena y leal voluntad de los habitantes, y Felipe II dió las gracias á la ciudad, encareciéndole de nuevo la vigilancia.

Muerto el prudente y sabio Felipe (1598), monarca adusto pero de fé sincera, sucedióle su hijo Felipe III, quien, guiado por fanáticos consejos y contra los buenos principios de gobierno, ordenó la espulsion de España de los moriscos conversos, cuyo número ascendia á mas de un millon, y que eran el nervio de la industria y del comercio del Reino; golpe de muerte á la poblacion de este, ya muy mermada y escasa con la continua emigracion de colonos para las Indias. Parte de los que habitaban en Andalucía se embarcaron en Gibraltar, que presenció el singular espectáculo de ver salir por sus muros los hijos de aquellos terribles conquistadores, que nueve siglos hacia habian fundado la ciudad, y sido por tantos otros señores de ella y de toda España. Transportólos á África el marqués de San German Don Juan de Mendoza.

Continuaban entretanto las piraterías de los corsarios turcos en las costas españolas, tanto mas frecuentes, cuanto que decaida ya la marina no podian ser perseguidos con la necesaria presteza. Recibieron, sin embargo, algunos escarmientos en las aguas del Estrecho. Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, apresó despues de un combate sangriento (1605) once galeras turcas. El comendador de Mártos, Don Rodrigo de Silva, y el gobernador Pedro de Lara (1611) apresaron varios navíos pertenecientes á Muley-Cidan, rey de Marruecos, con [illegible] géneros y entre ellos tres mil cuerpos [illegible] por los que el Sobe-

rano marroquí, que tenia en mucho esta riqueza literaria, ofreció setenta mil ducados de rescate. El rey Don Felipe exijió además la libertad de todos los cautivos cristianos que tenia en su reino, á lo que no accediendo, quedaron en España.[1]

Siendo almirante Miguel de Vidazabal salió de la bahia de Gibraltar (1618) y tropezando con los turcos, que rondaban las costas, les tomó siete naves y les echó á pique otras cuatro. Ocurrió tambien en este tiempo que varios buques vizcainos y holandeses se encontraron al salir del Estrecho con veinte y ocho bajeles corsarios que de vuelta de Canarias venian cargados de botin. Habíanse adelantado diez de estos y embistiéndolos con brío les tomaron nueve, y pusieron fuego al otro, y llegando á los tres dias los restantes, apresaron á diez de ellos, y pusieron en fuga á los ocho que quedaban.

Pero estos encuentros parciales servian solo de pasagero alivio á los males que aquejaban á las costas, siempre amenazadas por estos atrevidos piratas; siendo Gibraltar la que mas sufria por su situacion aislada en estos terribles asaltos. Hubiera sido preciso para evitarlos la presencia de una numerosa escuadra, cruzando constantemente en el Mediterráneo; pero no siendo esto posible porque no la habia se pensó en suplir su falta con torres y castillos en la costa para dar desde ellos aviso en el momento de llegar los piratas. Construyéronse cuarenta y cuatro en un radio de sesenta y tres leguas, que comenzaba en el rio Guadiaro á tres de Gibraltar, y llegaba hasta la frontera lusitana; y si bien con ellas se disminuyeron las acometidas, no cesaron sin embargo las alarmas en Gibraltar, mas espuesta que ningun otro punto por su proximidad á Africa, asilo de los piratas. "Su persecucion, dice un historiador ya cita-

1 Están en la biblioteca del Escorial. Lafuente: hist. gen. de Esp. tomo XV.

do,[1] era una de las atenciones que ayudaban á consumir los recursos que hubieran debido emplearse para las necesidades interiores y para las guerras en que nos hallábamos empeñados con otras potencias y paises de Europa."

Durante el reinado de Felipe III se renovó (1620) la antiquísima torre del Tuerto que dominaba el muelle nuevo. Tambien se dió principio á la formacion del viejo, en cuya obra tan necesaria para el fomento y seguridad del comercio de la plaza no se escaseó el dinero, tanto que iban gastados en ella trescientos mil ducados cuando ocurrió la muerte de este piadoso Rey en 31 de marzo de 1621.

Sucedióle su hijo Felipe IV, jóven de diez y seis años, amigo de las letras, flojo en el gobierno y entregado á privanzas que al cabo ocasionaron el desmembramiento del magnífico imperio que le habia tocado en herencia. Justamente en el primer año de su reinado espiró la célebre tregua de doce, pactada por su Padre con la república de las provincias unidas de Holanda, con las que habia sostenido una porfiada guerra para conservar dichos estados á su hermana Isabel Clara, muger del archiduque Alberto de Austria. Felipe II habia cedido á esta la soberanía de ellos como medio oportuno, aunque tardío de concluir la terrible lucha, que con los mismos habia mantenido constantemente durante su reinado. Ahora espirada la tregua el Archiduque, marido de la Infanta, intimó á las diez y siete provincias la vuelta á su obediencia, y rehusándolo abiertamente estas, comenzaron de nuevo las hostilidades.

Los holandeses se confederaron con el Rey de Dinamarca y las consecuencias de esta guerra se dejaron sentir en las aguas de Gibraltar. Los aliados equiparon una escuadra de veinte y seis navios, que se aumentó despues

1 Lafuente: hist. ger. de España, tomo XV, parte III, libro III.

hasta treinta y uno, la que viniendo de Málaga á pasar el Estrecho salió á su encuentro desde Gibraltar Don Fadrique de Toledo, almirante de la armada española del Océano, con ocho navios; y aunque tan inferior en número embistió á los enemigos trabando una reñida accion con veinte y cuatro de sus naves, pues las siete restantes se habian aproximado á la costa. De las veinte y cuatro tomó dos y echó una á pique; otras dos apresaron los capitanes Moxica, Hoyos é Ibarrola, incendiaron una é hicieron embarrancar á cuatro mas en las costas de Gibraltar y Berbería, con lo que se dió remate á la refriega de la que salieron derrotados los enemigos. Esta victoria (1621) hizo gran ruido y se escribieron varias relaciones de ella.

Otra del mismo género tuvo lugar mas adentro del Mediterráneo. El general Don Juan Fajardo salió de la bahía de Gibraltar con veinte buques al señalar las atalayas del Hacho la aparicion de otros enemigos, y bordeando por el Estrecho recojió varias tropas de Ceuta y Tánger. Embistió en las aguas de la Fuenquirola á aquellos que traian cuando menos triple número de embarcaciones, sostuvo con ellos un prolongado combate y los obligó á retirarse despues de haberles echado á pique dos embarcaciones, y destrozádoles cuatro.

Ocurrió en este tiempo un suceso que vino á producir grave alarma en Gibraltar y en todo el Reino. En los últimos años de Felipe III habia entablado negociaciones Jacobo I, rey de Inglaterra, para el enlace de su hijo primogénito Cárlos, príncipe de Gales, con la infanta Doña María hija de aquel rey. Llegaron los tratos á tal madurez, que se solicitó la dispensa del Pontífice, quien se avino á concederla siempre que el Inglés permitiese á los católicos de su Reino el ejercicio privado de su culto, lo que prometieron Padre é Hijo, bajo su palabra de rey y de príncipe. A pesar de todo no siguieron adelante las negociaciones, no pudiendo vencer

el devoto Rey la repugnancia que sentia en aliarse con un príncipe protextante. Quedó esto así; pero sin abandonarse el proyecto; y muerto Felipe III envió el Monarca inglés al Conde de Bristol juntamente con el embajador español Gondomar para llevarlo á feliz término.

Aunque habia quedado sin cumplimiento la condicion impuesta por el Papa, alucinado el de Bristol dió á entender á su Amo que el negocio iba á tener una solucion satisfactoria, y con tal noticia vínose á Madrid el de Gales de rigoroso incógnito, sin que nadie lo esperara, acompañado del Conde despues Duque de Buckingham, (marzo 1623) haciendo su entrada solemne en la corte á los pocos dias de su llegada.

Obsequiáronle espléndidamente y tal como ningun otro soberano estrangero habia sido acojido en la corte española: pero á pesar de todo, los tratos del matrimonio no adelantaban paso, y despues de infinitas consultas al Papa, y á las universidades y de otros retardos, al parecer maliciosos, el Príncipe aconsejado por Buckingham, llamado tambien por su Padre, y lleno él mismo de desconfianza, dió la vuelta á Inglaterra separándose afectuosamente del Monarca español, con quien habia pasado siete meses en una perpetua fiesta y colmado además de ricos presentes. Dejó un embajador para proseguir sus desgraciadas negociaciones por pura fórmula, pues herido vivamente por la encubierta negativa iba rebosando su pecho en deseos de venganza.

No sintió menos que el Príncipe la corte de Lóndres el bochornoso desaire y solo se pensó en buscar los medios para humillar á la nacion española. Por esta razon al año siguiente (1624) concedió recursos á los holandeses que estaban en guerra con España; y al otro (1625) prestaron bajeles al cardenal de Richelieu para combatir á los genoveses aliados de los españoles, uniéndose por último los corsarios ingleses á los holan-

deses para devastar nuestras posesiones de América.

Conocidas ya las intenciones de Inglaterra y corriendo la nueva de un gran desembarco en las costas de España, sobresaltóse la corte, y á pesar de ser invierno (1624) salió el Rey de Madrid con su privado el Conde Duque de Olivares para recorrer las de Andalucía, punto que se creia mas amenazado, y se vino por Córdova y Écija á Sevilla á donde llegó en 29 de febrero deteniéndose allí diez dias. Pasó despues á Sanlúcar en donde lo obsequió de un modo inusitado en su posesion del coto de Doña Ana el Duque de Medina-Sidonia, pariente del de Olivares, y que por esta razon quiso desplegar tan asombrosa magnificencia. De allí se vino á Cádiz y despues á Gibraltar caminando por tierra y con infinitas molestias en el camino, tan escabroso entonces como ahora.

Ya á la vista de la plaza salió á recibirlo el Ayuntamiento, y no siendo posible que entrase su carroza por ser la puerta estrecha y angostas las revueltas que á ella conducian, fué preciso deshacerla, entrando el Rey á pie; paso que hubo de incomodar al Conde Duque quien reprendió agriamente al Gobernador por no haberla agrandado sabiendo que el Rey habia de pasar por ella. Cuéntase que el Gobernador respondió con frialdad, "que la puerta no se habia hecho para que entrasen carrozas, sino para que no entrasen enemigos" Por lo demás, poco fruto debió sacar la plaza de esta visita; pues el Rey solo permaneció en ella veinte y cuatro horas, tiempo insuficiente hasta para ver las fortificaciones. Se contentó, pues, con mandar que se continuasen estas, y se tuviese la mayor vigilancia, dando en seguida la vuelta á Madrid por Málaga y Granada.

En este tiempo murió Jacobo I de Inglaterra y entró á reinar su Hijo el príncipe de Gales, el que quiso vengar con una demostracion grande y ruidosa el agravio recibido por su desbaratado consorcio. Envió, pues,

una escuadra de noventa velas (1625) al mando de Sir Eduardo Cecil ó sea Lord Wimbledon á las aguas de Lisboa, que no se atrevió á atacar; y doblando el cabo de San Vicente entró en la bahía de Cádiz y puso en la costa de la ensenada diez mil hombres que se apoderaron de la torre del Puntal.

Fueron sin embargo repelidos por el paisanaje armado capitaneado por Don Fernando Giron, y amenazóles despues el Duque de Medina-Sidonia, gobernador de Andalucía, que acudió con la nobleza de ella y alguna tropa, haciéndoles reembarcar precipitadamente y darse á la vela para Plymouth (8 de diciembre) á donde llegaron con mil hombres y treinta buques de menos, único fruto que sacó el nuevo Rey de su alarde de venganza.

En Gibraltar se habian adoptado con anticipacion acertadas providencias para defenderla en caso necesario, y se nombró gobernador de la plaza á Don Luis Bravo, militar bien reputado, felizmente no puesto á prueba en esta ocasion; pues con la marcha de los enemigos cesaron del todo las alarmas, no volviéndose á repetir durante el reinado del desgraciado Monarca inglés, víctima al postre de la sangrienta revolucion de su patria.

Continuó, pues, Gibraltar disfrutando de envidiable calma, si bien la alcanzó la epidemia que tantos estragos causó en Sevilla, puerto entonces universal de América (1649) y que no dejó de sufrirlos la ciudad, aumentada su poblacion con los presidiarios que se destinaron á ella por órden de Felipe IV. En tiempo de este Monarca se construyó el muelle nuevo, que arrancaba al pié de la torre del Tuerto, ya convertida en un verdadero castillo que lo defendia y amparaba por aquella parte.

CAPITULO V.

Gibraltar bajo el reinado de Cárlos II, último soberano de la dinastía austriaca.—Testamento y muerte de este Monarca.—Guerra de sucesion.

El tratado de paz de Munster ó de Westfalia (1648) habia dado fin á la guerra que por mas de ochenta años habia sostenido España contra los Paises Bajos de Holanda, y que habia tenido principio á poco de ceñir la corona Felipe II. Continuó sin embargo la guerra con Francia, regida entonces por el cardenal Mazarino, ministro universal de Ana de Austria, hermana de Felipe IV, hasta que llegado á la mayor edad Luis XIV se celebró la paz de los Pirineos, y despues de ella su matrimonio con la infanta Maria Teresa de Austria, con renuncia de los derechos que pudiera tener esta algun dia á la sucesion de la Corona de España.

Muerto Felipe IV entró á reinar su hijo Cárlos II de edad de cuatro años, bajo la tutela de su madre la reina Doña Mariana de Austria con un consejo de regencia, siendo esta menoría una verdadera desgracia para el imperio español tan quebrantado como quedaba con el largo y desastroso reinado de su Padre. Hízose la paz con Portugal; pero continuó la guerra con Francia movida por aquel Rey, quien infringió el tratado de los Pirineos por ciertos derechos que creia tener por su mujer Maria Teresa á los estados de Flandes, como hija del primer matrimonio de Felipe IV, preferentes aquellos á los de Cárlos que era del segundo, y tambien por

no haberse satisfecho la dote de aquella Princesa estipulada en las capitulaciones. Esta guerra duró hasta la paz de Aquisgran (1668) onerosísima para España, pues sacrificó en ella sus provincias de Flandes.

No duró mucho tiempo la paz; pues disuelta (1670) la triple alianza de Inglaterra, Suecia y Holanda por los artificios de Luis XIV y encontrándose la última de estas potencias sola para luchar contra el inmenso poder de aquel Rey, acudió á España para que la ayudase en la empresa. Convino esta juntamente con el Austria y se formó de esta manera una confederacion entre Holanda, España y Austria contra la Francia á la que estaba unida la Inglaterra, regida entonces por Cárlos Estuardo, continuando así la guerra con vario suceso.

Despues (1678) se separó Inglaterra de Francia y se unió con España y Holanda contra aquella, y continuaron las hostilidades en esta forma, sufriendo los Franceses una terrible derrota naval en la Hoque (1692). Pero repuestos los buques perdidos salió al año siguiente de los puertos de Francia una formidable escuadra al mando del almirante Tourville con objeto de cruzar en el Mediterráneo. Detúvose en el golfo de Rosas, dirijióse despues al cabo de San Vicente, pasó cerca de Lisboa y á catorce leguas de Lagos tropezó con el gran convoy de cuatrocientas naves, protejidas por veinte y dos buques de guerra de la escuadra anglo-holandesa al mando del almirante Sir Jorge Rooke, y que iban cargadas de pertrechos y municiones.

El almirante Tourville tuvo el acierto de encerrarla en un gran semicírculo formado por sus navíos, no dejándole otra alternativa que la de rendirse ó ir á varar en la costa. Así en efecto sucedió, viéndose obligadas á rendirse muchas, siendo quemadas otras, y no pocas estrelladas en las costas de Portugal y Andalucía. Escaso fué el número de las que escaparon, y de estas vinieron algunas á refugiarse en la bahía de Gibraltar, persegui-

das por una division al mando del gefe de escuadra, Marqués de Coettelogon.

La plaza protegió como era natural á sus aliados, que años despues habian de ser sus mas crueles enemigos, y el Francés no queriendo desistir de su empeño la bombeó (12 de junio 1693) por espacio de nueve dias, siendo tan vivo el fuego que los vecinos para evitarlo tuvieron que refugiarse en las alturas del monte y hubieron de salir todas las monjas de Santa Clara, menos una, á guarecerse en la ermita de la Vírgen de Europa, segun refiere una memoria de aquel tiempo.

El enemigo consiguió prender fuego á cuatro navíos y apresar trece, y fué el resultado general de la batalla de Lagos cuarenta naves apresadas y cuarenta y nueve quemadas, calculándose la pérdida en treinta y seis millones de libras esterlinas, con lo que vengó en algun tanto Luis XIV su derrota de la Hoque. Continuaron las hostilidades hasta la paz de Riswick, en la que alcanzó ventajas España, bien que la generosidad que demostró en esta ocasion el Monarca francés se atribuyó con harto fundamento á los designios que de mucho tiempo abrigaba sobre la sucesion de su Corona. Apuntaremos algo sobre esta materia, que tan fatales consecuencias tuvo para la ciudad objeto de esta historia.

Desde la paz de Riswick comenzó á agitarse la cuesion de quien habia de suceder á Cárlos II conocida su mpot encia, pues no habia tenido hijos de sus dos mugeres; y cuya endeble salud daba motivo fundado para creer en la brevedad de su vida. Varios pretendientes se disponian á recoger esta codiciada herencia. Presentábase el primero el Delfin de Francia, hijo de la infanta María Teresa, primogénita de Felipe IV y hermana consanguínea de Cárlos II. Fundaba su derecho en que segun las leyes de Castilla debian suceder las hembras no habiendo hijos del varon, cuyo derecho lo renunciaba en su hijo segundo el Duque de Anjou. Mediaba, es

cierto, la renuncia solemne de la mencionada María Teresa al Trono de España, consignada en el tratado de los Pirineos; pero la córte de Francia la consideraba ilegal por no haber podido la Infanta por su sola voluntad alterar las leyes de sucesion del Reino.

El segundo pretendiente era el emperador de Austria Leopoldo, fundando su pretension en que extinguida la primera línea masculina de la dinastía austro-española debia de entrar la segundogénita de la que él descendia, como cuarto nieto de Fernando I, hermano de Cárlos V: pero con el objeto de evitar la reunion de las dos Coronas renunciaban él y su hijo el derecho á la de España, en el archiduque Cárlos su hijo segundo.

El tercero era el Príncipe de Baviera, quien se presentaba como nieto de la infanta Margarita, hija menor de Felipe IV y primera muger del Emperador Leopoldo; no debiendo tenerse por válida la renuncia hecha por la madre del Príncipe al contraer matrimonio con el Duque de Baviera su padre, por no haber sido confirmada ni por Cárlos II, ni por las Córtes del Reino.

Habia además otros tres pretendientes de menor monta y de mas dudoso derecho. El Duque de Orleans como hijo de la infanta Ana de Austria, muger de Luis XIII: Victor Amadeo, Duque de Saboya, como descendiente de Catalina, hija segunda de Felipe II, y aun tambien el Rey de Portugal, como descendiente de la infanta Doña María, hermana de Doña Juana la Loca, que casó con el rey Don Manuel.

Pero los dos principales pretendientes por su importancia y empuje eran el Francés y el Austriaco. A la cabeza del partido de este estaba la misma Reina, el Almirante de Castilla, conde de Melgar y otros personages; y á la del Francés el Conde de Monterey, el célebre jurisconsulto consejero de Castilla Don José Soto, y por último el cardenal Portocarrero, que antes habia sostenido á los austriacos. Agregábanse á estos los embajadores res-

pectivos de Austria y Francia, Conde de Harrach y Conde d'Harcourt, que se movian sin cesar en favor de sus Soberanos, y envolvian en una red de perpétuas intrigas al desventurado Cárlos II, quien enfermizo y melancólico pasó los últimos años de su vida siendo testigo de las disputas que movian estos pretendientes á su herencia, considerándolo ya como muerto.

Mientras Luis XIV mantenia su parcialidad en la corte de Madrid por medio de su embajador, trabajaba por otro lado en dejar aislado al Emperador de Austria, con cuya intencion negoció con las potencias marítimas el famoso tratado que se llamó de Repartimiento (11 de octubre de 1698), por haberse repartido en él los dominios de España, dándole al Príncipe de Baviera la Península española, los Paises Bajos y las Indias: al Delfin de Francia, Nápoles y Sicilia; el Marquesado del Final y la Provincia de Guipúzcoa, y al archiduque Cárlos, el Milanesado.

Llenó de indignacion este tratado al Emperador que tan escasa parte alcanzaba en él, pero mucho mas al rey Cárlos y á toda la nacion española, que vió en esto un insulto hecho á su dignidad; subiendo á tal punto el enojo del Monarca, que prévia una consulta á los juristas del Reino, nombró por su heredero universal al Príncipe de Baviera. Parecia ya resuelta la gran cuestion con esta medida; pero vino á resucitarla la súbita muerte del presunto Heredero, niño de seis años, que se creyó no haber sucumbido naturalmente y de nuevo comenzaron las intrigas y los tormentos para el desventurado Cárlos, destinado por la Providencia á consumir el tiempo de su reinado en la formacion de su testamento.

Entretanto Luis XIV firme en su anterior propósito, celebró un nuevo tratado de reparto (1700) con Guillermo III de Inglaterra y con la Holanda, visto que el otro quedaba ya sin efecto por la muerte de uno de los partícipes. En él se asignaban al archiduque Cárlos co-

mo heredero principal la España, los Paises Bajos, la Cerdeña y las Indias; se agregaba la Lorena á los estados que en el otro reparto se habian aplicado al Delfin de Francia, y en compensacion se daban al Duque de Lorena los estados de Milan. Dicho tratado se firmó en Lóndres por los ministros de Francia é Inglaterra (3 de marzo 1700), y en la Haya (25 de marzo) por los plenipotenciarios de los estados generales.

Nueva indignacion y honda cólera produjo este reparto en el ánimo del Monarca español, ya sin fuerzas para contrarestar tantos manejos torcidos como en torno suyo se agitaban, acibarando con una contínua amargura los últimos meses de su desgraciada vida. Por consejos del cardenal Portocarrero consultó con el Santo Padre y este oido previamente el parecer del Sacro colegio, le respondió en favor de la Francia; pero á pesar de esto no podia desprenderse de la inclinacion que sentia hácia su familia, avivada y mantenida por la reina, que era tambien austriaca. Por último con esta continua lucha y zozobra se agravaron sus dolencias, y ya postrado aconsejóle el mismo Cardenal que atendiese al bien de su Reino, siguiendo el dictámen del consejo de Estado, en todo conforme con su Santidad; y convencido hizo testamento (3 octubre 1700) nombrando heredero universal de sus Reinos á Felipe, duque de Anjou, hijo del Delfin de Francia, y empeorado falleció á poco este desgraciado Monarca.

Marchó en seguida una embajada á Luis XIV con la noticia, quien despues de unos dias de finjida ó verdadera meditacion, no obstante que el suceso merecia pensarse, aceptó la herencia solemnemente en nombre de su nieto, y presentólo con todo aparato á su corte y embajadores estrangeros diciéndole al venirse á España aquellas célebres palabras. "Desde este instante no hay Pirineos," palabras que encerraban el pacto de familia, que tantos quebrantos y desventuras habia de acarrear en lo sucesivo á nuestra patria.

Como era de esperar el Emperador de Austria no reconoció al nuevo Rey; y unida á él mas adelante la reina Ana de Inglaterra, sucesora de Guillermo III y Heinsius, gran pensionario de Holanda, declararon juntos la guerra á España y Francia (15 de mayo 1702) y comenzaron las hostilidades. Ya ántes un comisionado holandés habia explorado las plazas de Andalucía y especialmente á Cádiz; y vuelto á Madrid se puso de acuerdo con el Almirante de Castilla, conde de Melgar y partidario del Austria,[1] para intentar algo por aquella costa que se encontraba desguarnecida y en desamparo.

En consecuencia de estos informes y tratos se presentaron en la bahía de Cádiz los almirantes inglés y holandés Sir Jorge Rooke y Allemond con cincuenta buques de guerra y los transportes necesarios (23 de agosta 1702) para catorce mil hombres que traian de desembarco al mando de Jaime Butler, duque d'Ormond. Presumíase que el objeto de la expedicion era apoderarse de la plaza para tener un centro de operaciones y punto de apoyo del levantamiento general de Andalucía contra el rey Felipe V, creyéndose que este plan habia sido concebido por el Príncipe de Hesse-Darmstadt, quien desde Lisboa se habia incorporado á la escuadra y al almirante de Castilla, al que hemos visto unido á los austriacos.

Encontrábase Andalucía en un completo abandono, sin fortificaciones ni gente que la defendiese. Toda la tropa de que podia disponer su Capitan general el marqués de Villadarias ascendia á unos ciento cincuenta in-

1 Vuelto á Madrid el Holandés se hospedó en la embajada holandesa y allí vió al almirante, quien, enseñándole un mapa de España le señaló en él las provincias de Andalucía; dándole á entender el desamparo en que estaban sus plazas, siendo la llave del Reino. El Holandés comprendió la idea, y regalando al Almirante un reloj de repeticion le dijo: "Acordaos de mí cuando suene la campana," con lo cual ámbos se entendieron. Coment. del Marqués de San Felipe tomo I.

fantes y treinta caballos. No estaba en mejor estado el Duque de Brancaccio, gobernador de Cádiz, pues toda la guarnicion de esta plaza consistia en trescientos hombres.

Suplió la debilidad de las fuerzas la actividad y entereza de la jóven reina María Luisa de Saboya, gobernadora del Reino en la ausencia de Felipe V. Dictó de acuerdo con el consejo medidas prontas y enérjicas. A su voz se levantaron tropas y toda Andalucia se puso en armas con la nobleza y el clero á su cabeza. Merced á esta acertada conducta, y tambien á las divisiones que ocurrieron entre los gefes de la espedicion enemiga, redújose la empresa á amagar los fuertes de Santa Catalina y Matagorda y á la hazaña de saquear los pueblos de Rota, Puerto Real y de Santa Maria, cometiendo los invasores brutales excesos. Acobardados sin embargo con el movimiento y ruido de armas, que iba sintiéndose en el pais, volviéronse á sus barcos con el fruto de sus rapiñas, no sin dejar muchos prisioneros y no pocos muertos.

Pero si tan poco afortunados fueron entonces, no así mas adelante en que alcanzaron un señalado é importante triunfo, que privó á España de su puerta y principal fortaleza, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO VI.

Sitio onceno de Gibraltar por los anglo-holandeses, mandados por Sir Jorge Rooke y el Príncipe de Hesse-Darmstadt.—Capitula su gobernador Don Diego de Salinas despues de una escelente defensa. —Queda la plaza por los ingleses.—Ejemplar conducta de los vecinos.—Reflexiones.—Estado en que estaba la plaza al perderse.—Formacion de los pueblos del Campo.

Continuaba la guerra de sucesion ya unidos el Rey de Portugal y el Duque de Saboya, padre de la reina de España, al Archiduque, cuyo partido á pesar de todo iba decayendo á ojos vistos en el Reino cansado de la dominacion austriaca y esperando su bienestar de la mudanza de dueño. La escuadra de Rooke, que ya hemos visto al frente de Cádiz, se dirijió á las costas de Cataluña con el objeto de sublevar aquella provincia, cuyos naturales parecian mas dispuestos que los de otras en favor del Archiduque.

Era principal alma y director de la empresa el mismo Príncipe de Darmstadt, virey que habia sido de ella durante el reinado de Cárlos II, conocedor del pais y con amigos é inteligencias en Barcelona. Iba cargado de manifiestos, proclamas y despachos de gracias en blanco, que se esparcian abundantemente para buscar prosélitos. A punto estuvo de apoderarse de la ciudad, habiendo desembarcado con dos mil hombres que iban á entrar



en ella por una puerta que los de adentro debian abrirle; pero descubierta la trama á tiempo fueron rechazados por el virey Don Francisco de Velasco, y se vieron obligados á reembarcarse. Despechado el de Darmstadt, y lo mismo Rooke, al contemplar que se les pasaba el verano sin hacer cosa de provecho vinieron hácia Gibraltar, con noticia de que se encontraba en mal estado de defensa.

Estando, pues, la escuadra á la vista de las costas de Tetuan se celebró un consejo de guerra á bordo de la Real Catalina, y se decidió en él tomar por asalto la plaza por medio de un ataque vigoroso y brusco; y en su consecuencia vínose la flota, anclando en la bahía (1.° de agosto 1704) compuesta de cincuenta y un buques ingleses, diez holandeses y los transportes necesarios.[1]

Tan pronto como ancló comenzó el desembarco y

1 Copiamos de Dodd, History of Gib. la curiosa nota de los buques con la fuerza que venia á su bordo.

FLOTA INGLESA.

1.ª DIVISION.

Buques.	*Cañones.*	*Hombres.*	*Comandantes.*
Sommerset.	80	500	Price.
Essex.	70	440	J. Hubbard.
Triton.	50	230	Trevor.
Dorset Shire.	80	500	E. Whitaker.
Ramlagh.	80	553	J. Cole Jorge Byng. Rear Almiral of the Red.
Torbay.	80	500	W. Caldwell.
Centurion.	50	280	Herne.
Kingston.	60	365	Acton.
Firon.	70	440	Wild.
Grafton.	70	440	Sir A. Leake.
	690	4248	

antes de la noche tomaron tierra en el itsmo, y á un tiro de fusil de la plaza sobre tres mil hombres al mando del de Darmstadt con objeto de cortar toda comunica-

2.ª DIVISION.

Buques.		*Cañones.*		*Hombres,*		*Comandantes.*
Naśsau.	......	70	......	440	......	Dove.
Montagne.	......	60	......	365	......	Cleveland.
St. George.	......	96	......	680	......	J. Jennings.
Rear Catherine	......	90	......	730	......	Sealey. Sir George Rooke Almíral of the Red.
Eagle.	......	70	......	440	......	Lord Hamilton.
Mommouth.	......	70	......	440	......	J. Baker.
Panther.	......	50	......	280	......	Bartie.
Shewsbury.	......	80	......	500	......	Crow.
Bed ford.	......	70	......	440	......	Sir T. Hardy.
Suallow.	......	50	......	280	......	Haddock.
Suffolk.	......	70	......	440	......	Kitton.
Royal Oak.	......	76	......	500	......	J. Elwis.
		886		2440		

3ª DIVISION.

Buques.		*Cañones.*		*Hombres.*		*Comandantes.*
Kent.	......	70	......	400	......	T. Dilkes R. A. of the white—Cap. Harman.
Cambridge.	......	80	......	500	......	Lestock.
Monk.	......	60	......	365	......	Mills.
Leopard.	......	50	......	280	......	Colliford.
Burford.	......	70	......	440	......	Roffy.
Warspight.	......	70	......	440	......	Loades.
Notlingham.	......	60	......	365	......	Whitaker.
Assurance.	......	66	......	440	......	Noris.
Oxford.	......	70	......	440	......	Hancock.
Barfleur.	......	96	......	710	......	Stuart.—Sir C Shovel almiral of the white.
Namour.	......	96	......	680	......	Mings.
Swistsure.	......	70	......	440	......	Winn.
Tilbury.	......	50	......	280	......	Delaval.
Lenox.	......	70	......	440	......	W. Jumpper.
		972		5820		

cion entre la ciudad y el continente[1] enviando dicho Gefe á aquella en la siguiente mañana una de las muchas proclamas que traia á prevencion acompañada de una carta suya.[2]

4.ª DIVISION.

Buques.	*Cañones.*	*Hombres.*	*Comandantes.*
Newark.	... 80	 500	...... Clark
Antelope.	... 50	 280	...... Legg.
Boyne.	... 80	 500	...... Durfley.
Prince George.	... 90	 700	...... Martin.--Sir J. Leakc V. A. of the blue.
Berwick.	... 70	 440	...... Fairfax.
Norfolk.	... 80	 500	...... Knapp.
Tiger.	... 50	 280	...... Cavendich.
Yarmouth.	... 70	 440	...... Hicks.
Hampton. Court.	... 70	 440	...... Wager.
	430	2800	
6 fragatas.	208	1500	
10 holandeses.	662	4000	V. A. Vandergoes, Callemberg y A. Vanderdussen.

1 Ayala hist. de Gib. dice que el desembarco se verificó en Punta mala; y á renglon seguido inserta la comunicacion del Ayuntamiento al Marqués de Villadarias, en la que dice "Que se acamparon á tiro de escopeta de la plaza." Supone, pues, que Punta mala, que dista media legua, estaba á tiro de escopeta, error propio de quien no conoció los sitios. Sobre el número, Lafuente, hist. gen. de España, dice; Que fueron dos mil. El Marqués de S. Felipe, en sus comentarios, cuatro mil. Dodd, hist. de Gib. mil ochocientos. Seguimos la relacion del Ayuntamiento que pudo verlos desde las murallas y graduar mejor su número.

2 Insertamos la proclama del Archiduque, que prueba el carácter oficial de Rooke.—El Rey.—A mi ciudad de Gibraltar.—Estando plenamente informado del celo con que siempre os habeis señalado en servicio de mi augustísima casa, y no dudando que lo habeis de continuar, he tenido por bien de deciros, como el almirante Rooke, general de las armas marítimas de S. M. B. pasando el mar Mediterráneo á *otras expediciones de mi real servicio*, llegará á ese puerto y os hará dar esta mi real carta y os noticiará como yo quedo muy próximo á partir á las fronteras de este Reino y entrar en los mios para tomar la posesion que por tantos y debidos títulos me pertenece despues de la muerte del rey Don Cárlos II mi señor y mi tio, que santa gloria haya: esperando yo de lo mucho en que siempre habeis acreditado vuestra fidelidad á mi augustísima casa, pasareis luego que veais esta mi real carta á aclamarme y hacer que todos los

Llenáronse de pavor los vecinos al verse acometidos por fuerzas tan respetables. Era gobernador el sargento general de batalla Don Diego de Salinas, militar pundonoroso y noble, quien, previendo que la plaza pudiera correr peligro durante la guerra, habia ido á Madrid antes de que el Rey saliese á campaña en solicitud de que se guarneciese y pertrechara convenientemente para que pudiera resistir un súbito ataque.

Esta justa y oportuna reclamacion no tuvo resultado; pues si bien el Rey encargó al de Villadarias, que pusiese remedio á todo, este nada hizo creyendo sin razon que los enemigos no habian de intentar ningun desembarco por este lado. Así es, que vuelto Salinas de su inútil viaje, y llegada la ocasion que Villadarias creia imposible á penas contaba, empacho da escribirlo, con cien hombres de guarnicion la plaza; y aunque con cien piezas de artilleria en su recinto, como estaban en su mayor parte desmontadas y aun sin eso, como no habia artilleros que las sirvieran, venian á ser casi del todo inútiles. Las fortificaciones corrian parejas con la guar-

pueblos circunvecinos, que estén bajo vuestra jurisdiccion, lo ejecuten en la misma conformidad con el nombre que todas las potencias de Europa me reconocen por legítimo y verdadero Rey de España: con que el Emperador mi señor y mi padre, que proclamó en su imperial corte, que es el de Cárlos III: asegurándoos y empeñando mi palabra real, si así lo ejecutais, os serán guardadas vuestras esenciones, inmunidades y privilegios en la misma forma que las conservó y guardó el difunto rey Don Cárlos II mi señor y mi tio, tratándoos á vos y á todos mis amados españoles con el amor y la benevolencia, que siempre habeis esperimentado de la clemencia y benignidad de los señores reyes mis predecesores: si ejecutais lo contrario que es lo que no puedo creer de tan fieles vasallos á su legítimo Rey y Señor natural, será preciso á mis altos aliados usar de todas las hostilidades que trae la guerra consigo, aunque con el estraño dolor mio de los que amo como á hijos padezcan, porque ellos quieren, como si fuesen los mayores enemigos. El mismo almirante Rooke lleva órden para que cuando vuelva á pasar por ese puerto, si se lo pidiérais os asista con la gente que pudiere dar si la necesitárais. Dado en Lisboa á 5 de mayo de 1704.—Yo el Rei.—Por mandado del Rei mi señor.—Enrique de Bongei. Archivo de San Roque.

nicion, en suma, una plaza abandonada.

A pesar de todo no se desmayó Salinas y á la intimacion que le hizo el Príncipe de Darmstadt, reunido el Ayuntamiento, de que era correjidor Don Cayo Antonio Prieto, contestó dignamente con su acuerdo "que tenian jurado por su rey y señor natural á Don Felipe V y que como sus fieles y leales vasallos sacrificarian las vidas en su defensa." Acto contínuo adoptó cuantas medidas estaban en su mano y daban de sí sus escasísimas facultades para hacer buenas estas palabras. Alistó cuantos vecinos pudo con las armas que pudieron proporcionarse, llegando á reunir unos cuatrocientos, cuya mitad destinó á la defensa del muelle viejo al mando del maestre de campo Don Juan de Medina: y ciento cincuenta capitaneados por el de igual clase Don Diego de Ávila, fueron colocados para guarnecer el camino cubierto de la puerta de tierra. Otros cuarenta vecinos á las órdenes del capitan Don Francisco Toribio de Fuentes guardaban el muelle nuevo.

El castillo estaba defendido por los setenta soldados que tenia de dotacion incluyendo en ellos *seis artilleros y dos ayudantes*. Pidió tambien Salinas auxilios al Marqués de Villadarias enviándole corredores con cartas de la ciudad:[1] y hecho esto, que era cuanto humanamente

1 Decia así:—Exmo. Sr.—Habiendo ayer que se contó primero de agosto, llegado á esta bahía las armadas enemigas y dando fondo en su surgidero, inmediatamente echaron gente en tierra, que parece llegarán de *tres á cuatro mil hombres*, los cuales se acamparon á distancia de tiro de escopeta, echando al mismo tiempo algunas bombas, que continúan con frecuencia; y ayer tarde con un tambor envió el Príncipe de Darmstadt la carta inclusa con la del Archiduque, que originales una y otra, tiene acordado esta ciudad se remitan á S. M. por mano de V. E. y juntamente el tanto de la que esta ciudad respondió. En cuya conformidad lo ejecuta para que V. E. á quien rendida se lo suplica se sirva ponerlas en sus reales manos y juntamente manifestar á S. M. el rendido afecto con que esta ciudad queda pronta en sacrificarse y sus vecinos que ejecutarán hasta el último trance en el servicio de su Rei y Señor.—La Magestad divina guarde á V. E. los felices años que deseo. Gibraltar y agosto 2 de 1704.

podia hacer se dispusieron todos llenos de buena voluntad y confiados en ella mas que en fuerzas que no tenian, á rechazar á los enemigos.

Estos, si bien disparaban algunas bombas contra la plaza no hicieron ningun otro movimiento en los dos primeros dias, esperanzados y creidos que bastaba la presencia de tan poderosa escuadra para que la ciudad se rindiese; pero viendo que no sucedia así, el de Darmstadt volvió á requerirla señalándole un plazo de media hora. A esta nueva y mas perentoria intimacion costestaron sus autoridades lo mismo que á la primera; y entonces Sir Jorge Rooke ordenó á los vice-almirantes Byng y Vanderdussen que, colocados en posiciones convenientes, rompiesen sus buques el fuego contra la parte central de la plaza. Igualmente mandó al capitan Hicks que con el Yarmouth; Tiger y Hampton-Court se apostase en frente del muelle nuevo, y batiese toda la parte del mediodia de la ciudad.

Siendo el viento contrario no pudieron cumplirse estas órdenes hasta la noche del tres; y en este dia el capitan Whitaker se acercó al muelle viejo con algunas lanchas cañoneras y quemó allí un corsario de á doce, única escaramuza que tuvo lugar en este tiempo.

Al amanecer del domingo cuatro[1] puestos en línea de combate sobre treinta buques comenzaron un terrible cañoneo contra la plaza, tan contínuo y tan fuerte que en seis horas que duró arrojaron á ella sobre quince mil balas[2] destruyendo casi todo el lienzo que daba vista á la bahía. En seguida al ver el Almirante que las fortificaciones que defendian el muelle nuevo, al sur de la ciudad, habian sido abandonadas por la ruina que habian sufrido, mandó al capitan Whitaker con todos los bo-

1 Es singular que todos los historiadores ingleses del siglo pasado hayan equivocado la fecha de este sitio asegurando haber sido en 21 de julio la llegada de la escuadra á la bahía y la toma el 24.

2 Ayala siguiendo á Romero dice que treinta mil; pero es mas probable el dicho de los ingleses, visto el número de buques.

tes de la escuadra que se apoderase de este punto. Al divisar las señales que comunicaban esta órden los capitanes Hicks y Jumper que estaban mas cerca se adelantaron á cumplirla con sus botes; desembarcaron cien marineros, y se apoderaron del puesto, no sin gran resistencia de los habitantes que lo guarnecian.

En esto, el capitan Whitaker se dirijió al muelle viejo con seiscientos hombres; y conociendo el capitan Don Bartolomé Castaño, que lo defendia, cuan inútil era la resistencia contra fuerzas tan superiores, lo abandonó, no sin prender antes de retirarse fuego á la mina que se habia practicado en la torre llamada de Leandro, situada en la lengua de tierra próxima al muelle.[1] Reventó la mina haciendo volar la torre por los aires con tan terrible estrépito y causando tales estragos que sumerjió siete lanchas, llenas de soldados enemigos con muerte de trescientos, segun unos, y de cuarenta marineros segun otros y con mas de sesenta heridos; contándose entre los muertos á dos oficiales. Un historiador inglés[2] confiesa la pérdida de sesenta hombres y doscientos diez y seis heridos como baja total que esperimentaron los aliados en la conquista.

La ciudad entretanto estaba sumerjida en una espantosa consternacion; no habiendo memoria de un fuego tan horroroso, ni de un ataque tan formidable. Mientras los vecinos y autoridades con un valor y brio digno de mejor suerte se esforzaban en defenderla, salieron de su recinto las mujeres, ancianos y niños en busca de un asilo en el santuario de la Vírgen de Europa, amparo constante en todas sus tribulaciones. Allí permanecieron mas de un dia; y temerosas de que los sitiadores les cerrasen el camino de la ciudad, cuyo rumor corria, se volvieron á esta sufriendo en el tránsito el

1 En la lengua de tierra en donde estuvo la torre hay ahora una batería y se llama Devil.* Tongue Battery. Batería de la lengua del diablo.

2 Dodd.



fuego de todos los buques, que no respetaron por cierto ni su debilidad ni su infortunio.

Algunos escritores ingleses[1] han supuesto que las mujeres fueron hechas prisioneras por los marineros del capitan Whitaker, quienes escondidos en las rocas y malezas las asaltaron al volverse á la ciudad y que este fué uno de los principales motivos para que el Gobernador capitulase. Este hecho no tiene fundamento; pues dando de barato que desembarcasen esos marineros y se ocultaran en las espesuras del monte, segun las voces que corrieron y que hicieron apresurar su vuelta, es lo cierto que ellas llegaron sanas y salvas, como lo aseguran autores contemporáneos,[2] que estaban dentro de la ciudad.

Desmanteladas las principales fortificaciones de esta, dueños los enemigos de los dos muelles y tambien de la batería de á ocho que estaba sobre el viejo y cuyos fuegos habian vuelto contra la plaza; sin pertrechos, sin gente, con escasos víveres y temiendo un asalto de terribles consecuencias creyeron el Gobernador y Ayuntamiento que seria prudente evitarla por medio de una honrosa capitulacion.[3]

Acordáronlo así, y el Príncipe de Darmstadt la otorgó en términos decorosos, saliendo la guarnicion con armas, bagages, y tres piezas escojidas de artillería con las municiones correspondientes; se facilitaba además barcos á los que no tuviesen caballos, y se conservaba por último á los vecinos que desearan permanecer en la plaza todos sus privilegios, propiedades, religion y hasta sus tribunales de justicia, prévio el juramento de fidelidad de estos al Archiduque como rey de España.

Anduvo, pues, el de Darsmtadt blando y humano;

1 El mismo y James, Rapin y Burnet. El primero de estos, que es autor muy informal y tan ligero como ignorante, llega hasta designar como el primer artículo de las capitulaciones la entrega de las mugeres.

2 Romero.

3 *Artículo* 1º—La guarnicion oficiales y soldados podrán salir

dando prueba de su afecto á los españoles, con quienes habia vivido y mandado durante el reinado anterior, como ya hemos visto. Pero hubo de sufrir un terrible desengaño, si como creemos era un leal servidor del Archiduque y habia intentado la conquista de la plaza en obsequio de este.

Fué el caso que al entrar en ella, despues de firmadas las capitulaciones, enarboló la bandera de Austria en sus muros, y proclamó rey de España y dueño de la ciudad á aquel Príncipe; lo que visto por el Almirante Rooke la mandó derribar colocando en su lugar la inglesa y tomando posesion de la plaza en nombre de la reina Ana de Inglaterra.

Sufrió el de Darsmtadt, segun parece, con resignacion el ultraje, acaso en la creencia de que Rooke obraba así por órdenes secretas de su Gobierno; y temiendo dar pábulo á un disgusto que privase al suyo de tan poderoso aliado, ó tal vez, y es lo mas probable, que la bondad de su carácter le hiciese cerrar los ojos al agravio presente, fiando al tiempo su reparacion y enmienda. Lo cierto es, que á pesar de todo quedó de gobernador de la plaza recien conquistada, con unos dos mil hombres de guarnicion, en su mayor parte marineros.

Estos desalmados se entregaron á todo género de crímenes: saquearon las casas: profanaron las iglesias, especialmente el venerado santuario de Europa, en el que, despues de robadas las alhajas, cortaron la cabeza á la imágen de la Vírgen, arrojándola entre las peñas: violaron las mugeres; y hollaron por último en todas sus partes las capitulaciones recien firmadas, "dando motivo,

con sus armas y bagages necesarios; y los dichos soldados con lo que podrán llevar en sus hombros: y los oficiales, regidores y demás caballeros, que tuvieren caballos, puedan salir con ellos; y asimismo se darán las embarcaciones que necesitasen á los que no tuvieren bagages.

Artículo 2º—Que puedan sacar

dice un autor contemporáneo,[1] á sangrientas venganzas que tomaron algunos de los vencidos, quitando la vida á muchos y arrojando los cadáveres en pozos y lugares inmundos.„

Los vecinos dieron una magnánima prueba de su lealtad al rey Felipe V, saliendo todos de la plaza nobles y plebeyos, ricos y pobres, abandonando sus casas y propiedades. "Alentados como leales vasallos, escribian al Rey, no consentirémos sobre nosotros otro imperio que el de V. M. C., en cuya defensa consumirémos el resto de nuestros dias.„ ¡Heróica resolucion que demostró una vez mas al mundo, cuán arraigado se encuentra en los pechos españoles el odio á la dominacion extrangera! Quedaron únicamente en la ciudad una mujer y algunos ancianos enfermos, causando admiracion esta conducta á los mismos enemigos.[2]

La salida de los vecinos ofreció un triste y penoso

de la plaza tres piezas de brónce de diferentes calibres con doce cargas de pólvora y las balas correspondientes.

Artículo 3º—Que se hará la provision de pan, carne y vino para seis dias de marcha.

Artículo 4º—Que no serán registrados los bagages que condugeren ropa en arcas y cofres de oficiales, regidores y demás caballeros, y que la guarnicion salga dentro de tres dias: que la ropa que no se pudiere conducir se quedará en la plaza y se enviará por ella cuando haiga oportunidad y no se embarazará el sacar algunos carros.

Artículo 5º—A la ciudad y los moradores, soldados y oficiales de ella que quieran quedarse, se concede los mismos privilegios que tenian en tiempo de Cárlos II. La religion y todos los tribunales quedarán intactos y sin conmocion, supuesto que se haga el juramento de fidelidad á la magestad de Cárlos III como su legítimo rey y señor.

Artículo 6º—Que deban descubrir todos los almacenes de pólvora y demás municiones, como tambien provisiones de boca que se hallaren en la ciudad y las armas que sobraren.

De esta capitulacion están escluidos todos los franceses y súbditos del cristianismo y todos los bienes de ellos quedarán á la disposicion nuestra y sus personas prisioneras de guerra. *Jorge Landgrave de Hesse.—Archivo de San Roque.*

1 *Cura Romero.*

2 *Dodd, historia de Gib.* "*But it is remarkable, that not one single inhabitant chose to remain in Gibraltar, but went away with the garrison.*"

espectáculo. Unos corrian por los campos sin rumbo ni norte: otros se guarecian en las viñas y cercados: otros iban á buscar refugio en las ocultas chozas de los montes; y muchos caian muertos de hambre y de cansancio, víctimas del ardiente sol canicular. Quién llamaba con agudos y desgarradores gritos al hijo estraviado: quién cargaba sobre sus hombros á su anciana madre rendida por los años: las mugeres y los niños cubrian los aires con sus amargos ayes y lamentos; y todo era miseria, lágrimas y desesperacion.

Pero entre los grupos de este sombrío y verdadero cuadro, ninguno mas digno de lástima que el formado por las monjas de Santa Clara. Estas sesenta y cinco delicadas vírgenes, brutalmente lanzadas de su retiro con inminente peligro de sus vidas, huyeron espantadas de la plaza y atravesaron los espesos bosques de la Almoraima; y entre malezas y zarzas y por sendas no trilladas llegaron á Jimena despues de cinco leguas de penosa marcha, heridas y destrozadas. Allí fueron recojidas en el convento de Franciscanos, extramuros de la villa, que les cedieron los religiosos retirándose ellos al pueblo. Despues fueron repartidas en varios conventos de su órden.

La única persona notable que quedó en la plaza fué el cura de la parroquia de Santa María, Don Juan Romero de Figueroa, sacerdote ejemplar y virtuoso, quien luchando entre la repugnancia al yugo extraño y el cumplimiento de sus deberes religiosos, pudieron mas estos en su piadoso y recto ánimo; y ya á punto de disfrazarse para salir abandonó el proyecto y se resignó á permanecer de guardian de su iglesia, única que se libertó del saqueo por esta circunstancia. No así, su casa, ni la de su teniente, que pillaron los enemigos mientras él estaba en el templo, como lo dice él mismo,[1] que es-

1 En los diez y ocho libros de bautismo (no diez y siete, como dice Ayala), que se conservan en la iglesia de San Roque, y en los

cribió y nos dejó interesantes noticias de estos sucesos.

Sirvió su permanencia para ir poniendo en cobro los papeles y alhajas de la iglesia, como mas adelante veremos, y sufrió amargos quebrantos en el porfiado sitio que vino despues. ¡modelo de párrocos que lloraba en tiernas elegias la ruina de su pueblo, la dispersion de sus ovejas, y la soledad y abandono de su templo! "¡Ó patria mia, decia, qué hermosa me pareces! ¡Yo no "te dejaré y mis cenizas se mezclarán con las tuyas!

Y refiriendo su vida decia: "De dia oraba á Dios y de noche me aprovechaba de sus tinieblas para llorar. Salia á recorrer las puertas de mi templo llevando por compañeros el miedo y el dolor. Muchas veces barrien-

nueve de matrimonio (no ocho como dice el mismo) y uno de difuntos, se encuentran escritas de puño del Cura Romero varias notas, elegias y advertencias. Empiezan los de bautismo en 1556 y los de matrimonio en 1610. Del libro noveno de matrimonio cuya última partida es de 27 de julio de 1704 hemos copiado la nota siguiente.

Fatal suceso.

El dia 6 de agosto de 1704 habiendo sido esta pobre ciudad poseida de las armas inglesas, segun las capitulaciones hechas en que se daba permiso para que el vecino que se quisiera quedar en la ciudad con sus bienes se quedara, y el que se quisiera ir se llevase sus bienes; mas fué tanto el horror que habian causado las bombas y balas, que de mil vecinos que tenia esta ciudad quedaron tan solamente hasta doce personas, abandonando su patria, sus casas y bienes y frutos: fué ese dia un miserable espectáculo de llantos y lágrimas de mujeres y criaturas viéndose salir perdidos por esos campos en el rigor de la canícula: este dia así que salió la gente robaron los ingleses todas las casas y no se escapó la mia y la de mi compañero; porque mientras estábamos en la iglesia la asaltaron los mas de ellos y robaron: y para que quede noticia de esta fatal ruina puse aquí esta nota.—Romero.

Véase una muestra de sus poesías, que no carecen de sentimiento.

In ruinam fatalem hujus civitatis Calpensis, diæ tercia Augusti, anno Domini 1704.

EPIGRAMMA.

Imnúmeras lácrimas Calpenses, fúndite cives,
Urbs celebrata diu vestra, repente ruit.
Venit amara dies nimis cumulata labore
Qua hostili púgna, mænia nostra cadunt.
Vidimus ignitos volitare per aera globos

do los ladrillos de esta sagrada iglesia regué el suelo con el agua de mis ojos." Por último sus virtudes le conquistaron el aprecio de los nuevos dueños de su llorada ciudad de que recibió muchas muestras en el prolongado asedio que esta experimentó mas adelante.

Ensalzan hasta las nubes los escritores ingleses el mérito contraido por las tropas que llevaron á cabo la conquista de la plaza, hasta el punto de asegurar que debe ser reputada como una de las mas atrevidas y dificiles empresas, que se registran en los fastos militares de su nacion.[1] Examinándola, no obstante, con imparcialidad no vemos que haya motivo fundado para estas hiperbólicas alabanzas. No es con efecto grande hazaña apoderarse de una plaza completamente desguarnecida, falta de municiones, y que aun dando de barato que sus cien cañones estuviesen montados y en buen uso contaban únicamente con *seis artilleros* para servirlos.

Tanto era así, que ya hemos visto que su gobernador Salinas hubo de ir á la corte pidiendo con urgencia

Nocte dieque simul, res miseranda satis.
Femina virgue simul pueri pariterque puellæ
Ingeminant luctus, clamor ad astra volat.
En, súbito turres ceciderunt pondere forti
Opressos que hostes, magna rüina præmit.
Concrescit gemitus rápida crescente procellæ
Et mæstus ánimus pálidus horror habet.
Templa tégunt álios, álios timor ipse fatigat
Precipitique fuga, montes ad alta petunt.
Antícuam celeres álii, petiere cavernam
Lánguida quæ absccondit córpora ventre latet
Arripit ecce domos cúnctas violenta rapina
Et deserta mánent técta decore nimis
Non siccis oculis, jam sua chárissima lúgrunt
Limina Calpenses, máxima turba fugit.
Héccine tempestas ánimos et viscera tollit
Integra de flammis raraque técta manent,
Hæc nos pro cúlpis pátimur, tan dira flagella
Crimina diem crescunt, crescit et ira Dei.

Joannes Romero de Figueroa
hujus sanctæ ecclessiæ Parochus.

1 James y demás citados.

el remedio de estos males, en espectativa de un ataque. ¿Qué mucho pues que la conquistase una escuadra formidable con cerca de cinco mil bocas de fuego, y con veinte y cuatro mil tripulantes esforzados y aguerridos? Pero dicen los mismos escritores que tomada la plaza y examinadas sus murallas y fuertes, aseguraron los generales aliados que cincuenta hombres podian haberla defendido contra cincuenta mil. Conviniendo en el cálculo, aunque exagerado, esto nada prueba, supuesto que no fueron los soldados los que tomaron la plaza, sino los buques. ¿Cabia humana resistencia cuando en cinco ó seis horas dispararon estos quince mil balas sin poder ser contestados?

Si, pues, hubo mérito y mérito heróico, fué sin duda por parte de los españoles, que amenazados por este enjambre de enemigos ni desmayaron ni se rindieron; combatiendo hasta donde alcanzaron sus escasos medios, y capitularon honrosamente, cuando sin esperanza de socorro quisieron evitar una completa al par que inútil ruina. ¿Qué podian hacer algunos cientos de paisanos mal armados? y sin embargo hemos visto con cuanto denuedo supieron defender los puntos que guarnecian; denuedo tácitamente confesado por los mismos enemigos al encarecer el suyo.

Convengamos pues, en que, aparte del valor de los sitiadores que nadie ha puesto en duda y que no superó por cierto al de los sitiados, nada de extraordinario hubo en la conquista, sin que merezca por tanto esos exagerados encomios. Mengua grande hubiera sido, si con tan poderoso armamento hubiera fracasado su empeño.

Admira por otra parte que los historiadores ingleses pasen por alto la agresion del almirante Rooke, escociéndole sin duda poner de relieve el vicioso principio en que descansa la posesion de la plaza. ¿Venian las escuadras aliadas á conquistarla para Inglaterra ó para el Archiduque? La proclama de este y las comunicacio-

nes de Darsmtadt prueban claramente que el Almirante inglés era un general del Pretendiente, un defensor de sus derechos, y no un conquistador por cuenta propia en favor de su pais.

En ese supuesto tratado de Lóndres, que mas bien serian algunas estipulaciones secretas, podria Inglaterra haber conseguido recoger algunos girones del imperio español en pago de su ayuda, pero siempre despues de haber colocado al Archiduque en el trono de España; así en la conquista de Gibraltar la conducta de Rooke fué una verdadera y brusca usurpacion, que escitó el enojo del Austria, dando lugar á vivas reclamaciones del Emperador, y que no fué tampoco bien mirada por el sensato pueblo inglés, en cuyo obsequio se habia cometido.

Así al menos nos lo dá á entender la contestacion de los Lores al discurso de la reina Ana al abrir el Parlamento (29 de octubre 1704), en la que encareciéndose los méritos y hechos militares del Duque de Marlborough guardan un significativo silencio sobre la campaña de Rooke, á quien se le separó del mando de la escuadra, mientras que al otro se le concedia el dominio de Woodstock, edificándole en su parque por cuenta del estado un régio palacio.[1]

Dando de mano á estas reflexiones veamos ahora el estado en que estaba la plaza al salir del dominio español, y que nuestros lectores podrán comprender perfectamente á la vista del plano número 2 sacado en 1627; documento rarísimo copiado del que existe en el Museo británico, y cuya publicacion se debe á los cuidados de un escritor inglés.[2]

Formaban la poblacion el antiguo y fuerte castillo morisco, y los tres barrios llamados Villavieja, Barcina y Turba. El castillo y la Villavieja estaban unidos y cons-

1 T. Smollet hist. of England vol. II.
2 Mr. Bell traductor de Ayala.

tituian la antigua poblacion árabe, á la que se agregaron despues los otros dos barrios. La Villavieja y Barcina estaban amuralladas con sus respectivas puertas y torres de defensa. La Turba no lo estaba, si bien se comprendia dentro de la muralla de Cárlos V, término del recinto de la ciudad. Veamos ahora cuales eran las fortificaciones de esta, pues así podremos comprender los sucesos que mas adelante hemos de referir.

En la parte del monte que mira al norte estaba la batería de San Joaquin y el baluarte de San José; descendiendo se encontraba el camino cubierto de la puerta de tierra y el fuerte de San Pablo, y venia á rematar la cortina en el muelle viejo, al que protegia la torre de Leandro, que ya hemos visto volar durante el sitio.[1] Estaba despues la atarazana,[2] que en lo antiguo formaba parte del castillo, y despues seguia el muro antiguo y endeble que venia á empalmar despues de correr todo el frente de la bahía con la dicha muralla de Cárlos V. Desde el remate de esta por el lado del monte y mas al sur de ella subian otras dos murallas á buscar las crestas del mismo, construidas por Calvi en tiempo del Emperador, llegando al pié de la torre del Hacho, situada en la Quebradura.

Tocando á la muralla de la puerta nueva ó del sur, que es la misma de Cárlos V cuyas armas se ven aun en ella, defendian á Gibraltar tres baluartes; el llamado de Santa Cruz, el de nuestra Señora del Rosario, y otro por último en la puerta morisca que habia en la misma muralla, mas arriba de la que por haberse abierto despues se llamó la nueva. Dichos baluartes rodeaban el espacio llamado por el color de su tierra *arenas coloradas,* que se extendian hasta las faldas del monte, y por la parte del mar remataban en la media luna que formaba la batería de los Reyes.

1 En la lengua del Diablo.

2 Hoy pabellon de oficiales en la plaza de cuarteles entrando por la puerta de tierra.

Seguia á esta la torre del Tuerto,[1] una de las principales fortificaciones de la plaza, situada en la punta saliente de la bahía llamada Colorada, cuyo cuerpo formaba un pentágono de fundacion arábiga con campana de vela para avisar los desembarcos de enemigos. Esta fortaleza fué ensanchada dándole toda la extension é importancia de verdadero castillo (1620) con su correspondiente artillería, y tuvo un alcaide particular para su gobierno. El muelle nuevo arrancaba de su falda al cual servia de defensa.

Venia despues la caleta que se llama bahía Rosia: despues la otra llamada San Juan por tener cercana la ermita de este nombre; en seguida la de los Remedios, así nombrada por idéntico motivo que la anterior, y finalmente la del Laudero á pocos pasos de la ermita de Europa, á la que dominaba la antiquísima torre morisca llamada de los Genoveses, situada en la subida del monte.

La punta de Europa seguia despues; siendo el estremo mas sobresaliente por la parte del Mediterráneo la punta del Leon, fortaleza natural de inaccesibles rocas. Siguiendo la direccion de levante y rodeando el monte estaba la caleta llamada la Almadrabilla, y despues habia otras dos, la mayor de las cuales se llamaba y se llama en el dia bahía de los Catalanes; y viniendo al estremo del rodeo, ó sea la parte norte del monte, remataban las fortificaciones con la torre del Diablo, vijia del Mediterráneo y de parte de la ensenada.

Veamos ahora sus edificios mas notables. Aparecia entre estos en primer término la iglesia parroquial de Santa Maria la Coronada, que era la antigua mezquita árabe reedificada por órden de los Reyes católicos, en cuyo tiempo se fabricó la torre de las campanas y relox, como lo indican sus armas, que están en la puerta de

1 En el sitio que hoy ocupa el fuerte del Dockyard.

ella que mira al norte, y á cuya obra dedicaron la tercera parte de los diezmos de la ciudad que les pertenecia bajo la denominacion de tercias reales.

Tenia, al decir de Portillo, una magnífica capilla mayor con dos mas pequeñas á los lados, habiéndose enterrado en la que daba al del Evangelio el caballero Andrés Suazo de Sanabria, cuyas hazañas hemos referido y en la de la Epístola el de igual clase Francisco de Mendoza, que tanto se distinguió en el saco de los turcos. Mas adelante veremos lo que se conserva de la antigua fábrica.

El convento de San Francisco fundado en 1480 y trasladado despues al solar que cedió (1531) el escribano de cabildo Francisco de Madrid á los religiosos para que edificasen en él una buena iglesia y convento, con obligacion de cederle una capilla para enterramiento suyo y de su familia. Estaba situado en la calle real[1] y se acabó la fábrica con gran magnificencia.

El de la Merced fundado en 1581 por Fray Juan Bernal, predicador que fué de Felipe II, en union y con asistencia del caballero Pedro Bustos, vecino de la misma ciudad, á quien concedieron tambien capilla para enterrarse. Este convento fué utilísimo y dió ópimos frutos, pues situado en frente de África tenia ocasion contínua de redimir á los cautivos cristianos, objeto santo de su instituto y mas útil aun para la ciudad, expuesta á las entradas de los infieles, que nunca se volvian sin presa.

El de San Juan de Dios, que debió su orígen á la singular caridad del vecino Juan Mateos, ventero que habia sido en el sitio de Albalate, término de la ciudad, y cuyo valor tuvimos ocasion de ver en la defensa del castillo cuando el saco de los turcos. Invirtió todo su caudal en los pobres que recojia en su casa cuidándolos

1. Ya se ha dicho que es hoy palacio de los Gobernadores, de que hablaremos en su lugar.

él mismo. Despues que consumió en ellos toda su hacienda pedia limosna por las calles para mantenerlos, hasta que el obispo de Cádiz Don Garcia de Haro, informado de todo, hizo venir de Granada religiosos de San Juan de Dios, quienes se hicieron cargo del hospital y dieron el hábito á Juan Mateo, que murió en él santamente. Se curaban en este hospital cada año sobre cuatrocientos enfermos.

El de las monjas franciscanas de Santa Clara, fundado en 1587 por dos señoras principales, Doña María y Doña Isabel de Espinosa, doncellas ricas que fueron tambien sus primeras monjas. Ayudó la ciudad á la fundacion con algunos fondos, y tenian el convento en la calle Real en casas propias de las fundadoras. Fué su primera abadesa una parienta de estas, llamada Leonor Gentil, que vino de Sevilla con otras dos hermanas. Pasemos á los santuarios.

El mas antiguo y venerado de todos era el de la Vírgen de Europa, situado en la parte occidental de la punta de este nombre. El edificio era morisco y tenia una buena torre, que sin duda habia servido de fortaleza á los moros. Su capilla estaba adornada con suntuosos y ricos presentes de los almirantes de la escuadras, y gozaba de grandes privilegios y jubiléos. Fué despojada de todas sus riquezas por los ingleses en la toma de la plaza, como ya hemos dicho.

Seguia la capilla de San Juan de Letran con prior y capellanes sujeta á la de la misma denominacion en Roma. Otra antiquísima en la Villavieja, que fué mezquita, dedicada á Nuestra Señora de la Cabeza que sirvió en lo antiguo de iglesia parroquial. La de San Sebastian en la Barcina. La de la Vírgen del Rosario, fuera de la Puerta nueva, y que dió nombre, como se ha visto, al baluarte que estaba cercano á ella.

Otra de San Juan el Verde, llamada así por ser verdes las tejas que cubrian el techo de su iglesia, segun

dice Portillo, en cuyo tiempo aun se veian algunas: pertenecia á los caballeros de Malta. Próxima á ella se hizo un calvario con muchas cruces á costa del almirante Roque Centeno por los años de 1623. Mas adelante estaba la ermita de los Remedios, y tanto una como otra daban nombre á las caletas cercanas.

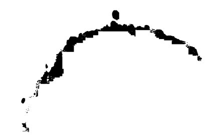
Habia además varios edificios notables pertenecientes á vecinos particulares, muy espaciosos y con torres en sus esquinas que le servian de defensa, mas semejantes á fortalezas que á casas. La de Andrés de Zuazo era de esta clase y estaba en la Barcina.

La poblacion, que sin duda se habia aumentado, constaba en este tiempo de unas seis mil almas, que corresponden á los mil y mas vecinos que señala el Cura Romero en su nota que literalmente copiamos, y cuyo testimonio ès sin duda el mas seguro y verídico, mediante á que él mismo formaba el censo, segun obligacion de los párrocos.

Contábanse entre aquellos familias de la mas calificada nobleza que acudieron á avecindarse en la ciudad, estimuladas con los pingües repartimientos dados primeramente por los Duques de Medina-Sidonia cuando eran dueños de la plaza, y despues por los Reyes que confirmaron aquellos y dieron otros nuevos. Estos hijodalgos eran dueños de extensas dehesas de arbolado y pastos, en las que criaban abundante ganadería, principal riqueza de este campo. Cultivaban tambien las viñas cuya plantacion cubria mas de una legua de su término, llegando hasta los bujeos de Albalate; y exportaban el vino al extrangero y aun para el Reino mismo.

Tambien mantenian pesquerías y almadrabas, única industria de la ciudad, pues la agrícola era tan corta que no alcanzaba á cubrir sus necesidades.

Muchos hijos tuvo Gibraltar ilustres en santidad, armas y letras. Entre otros el franciscano Fray Juan Delgado, martirizado en América por los indios bravos, á



donde fué á predicar el evangelio. Fray Juan de Asensio, general de la Merced calzada, obispo de Lugo, despues de Ávila y por último gobernador del consejo de Castilla en el reinado de Cárlos II. Don Diego de Astorga y Espinosa, inquisidor general y arzobispo de Toledo, célebre por haber sido el juez del proceso del cardenal Alberoni; y por último varios esforzados militares que sirvieron á su patria en los famosos tercios castellanos.

Tal era la ciudad que el almirante Rooke, por un acto de injustificable violencia, habia sometido al dominio británico. Sus habitantes, que hemos visto huir de ella abandonando sus bienes y hogares á los invasores, fuéronse unos á buscar refugio en las ciudades mas cercanas, como Ronda, Cádiz y Málaga. Otros que no quisieron ir tan lejos, y generalmente los menos acomodados, se acogieron á la benéfica sombra de los santuarios vecinos, guiados por el sentimiento religioso, bálsamo único para los grandes infortunios.

Estos últimos formaron tres grupos, y de ellos el primero y mas numeroso se dirigió á la ermita de San Roque, muy venerada desde la última peste (1649) por haberse librado de sus perniciosos efectos los que en ella se habian abrigado. Estaba situada en un parage ameno y pintoresco, de aires puros, en el centro de los viñedos y á una legua de la plaza. Fuése el segundo á la de San Isidro, á dos leguas de ella y entre bosques frondosos; y el tercero, por último, á la de la Palma, situada en el solar de la antigua y célebre Algeciras á las orillas del mar.

Ya veremos formarse junto á estas tres ermitas otras tantas poblaciones, herederas de la ciudad perdida, de cuyos progresos nos ocuparemos en lo sucesivo. Por ahora nos toca referir los grandes esfuerzos que hizo España para recobrar aquella preciosa alhaja, gastando para ello caudales inmensos, y vertiendo raudales de sangre.

HISTORIA DE GIBRALTAR.

PARTE CUARTA.

CAPITULO I.

Duodécimo sitio de Gibraltar y primero que ponen á la plaza los españoles bajo el mando del Marqués de Villadarias.—El cabrero Susarte sirve de guia al coronel Figueroa y á quinientos soldados en el monte.—Sacrificio de estos por abandono de Villadarias.—Deja este el mando del ejército sitiador al Mariscal de Tessé.—Se levanta el sitio.—Paz de Utrecht.—Cede á Inglaterra la fortaleza de Gibraltar el rey Felipe V.—Empeño de este en recobrarla.—Nuevos tratados.—Rompe España de nuevo las hostilidades con Inglaterra.

Dueños ya los ingleses de Gibraltar, intentó el almirante Rooke apoderarse tambien de Ceuta; pero quedó sin efecto la tentativa por la firmeza que supo desplegar el Marqués de Gironella, gobernador á la sazon de la plaza. No insistió el Inglés en su ambicioso propósito, sabedor de que el Conde de Tolosa, almirante de Francia é hijo natural de Luis XIV, habia salido de Tolon con su escuadra para socorrer á Gibraltar.

Componíase aquella de cincuenta y dos buques mayores y de algunas galeras españolas, siendo la de Rooke de unos sesenta buques; y habiéndose encontrado en las aguas de Málaga se dió allí la batalla de este nombre, famosa por ser la primera vez que se batian las escuadras de las naciones que habian tomado parte en la

guerra de sucesion. Peleóse con ardoroso empeño por una y otra parte, y duró muchas horas el combate sin alcanzar ventaja notable ninguna de ellas, sufriendo entrámbas escuadras enormes quebrantos. Los franceses perdieron mil y quinientos hombres, entre ellos el Teniente general conde de Relingue y el Brigadier marqués de Castel Renault. Los aliados al vice-almirante Sehowel y mas de dos mil hombres. Despues de la batalla, en la que habia gastado Rooke todas sus municiones, volvióse á Gibraltar para reparar las averías, dándose en seguida á la vela para el Océano.

Felipe V habia sentido vivamente la pérdida de Gibraltar, y al punto ordenó al Marqués de Villadarias viniese á recobrarla, creyendo con harto fundamento que seria mas fácil la empresa en los primeros momentos, que no despues de haber dado tiempo á los enemigos para aumentar sus fortificaciones. Apresuróse Villadarias á cumplir las órdenes del Monarca queriendo enmendar con solícita diligencia su anterior descuido y el desprecio con que miró las instancias de Salinas, cuyos fundados temores y tristes pronósticos habian venido por desgracia á realizarse.

Presentóse, pues, delante de sus muros (5 de setiembre 1704) con un ejército de nueve mil hombres sacados de Andalucía y de Estremadura, acompañándole además voluntariamente y en busca de gloria varios magnates españoles, entre ellos el ilustre General conde de Aguilar, el Duque de Osuna, el Conde de Pinto y el Marqués de Aitona. Agregáronse en clase de auxiliares tres mil franceses al mando del general Cavanne; coadyuvando tambien á la empresa doce navíos mandados por el Baron de Pointy, que dejó con este objeto el Conde de Tolosa antes de retirarse á Francia; así como veinte piezas de artillería con las municiones correspondientes.

El Príncipe de Darsmtadt contaba para defender la



plaza con una guarnicion de tres mil hombres, aumentada que fué la que dejó el Almirante inglés con no pocos desertores del ejército español y mucha gente de mal vivir, que allí se habia refugiado. No se durmió el Gobernador al ver el amago de fuerzas tan respetables, y con una actividad extraordinaria fortificó las alturas del monte, que miran al istmo, con una batería de veinte piezas; artilló igualmente una torre que daba al campo español, y que seria la del Diablo, y además abrió la laguna que hoy vemos en la falda del monte, que sirviendo de ancho y profundo foso impedia el acceso de los sitiadores. Por último, pidió con urgencia refuerzos al vice-almirante Sir John Leake, á quien habia dejado Rooke en Lisboa con diez y ocho naves para atender al Mediterráneo.

No anduvo Villadarias muy acertado en sus primeras operaciones, y perdió un tiempo precioso en batir un molino de viento, que entonces habia á la orilla del istmo y á unas 400 toesas de la plaza, sin resultado favorable. En los primeros dias de octubre (1704) quedó concluida la primera paralela, y á mediados del mismo mes ya adelantada la segunda, se colocó en ella por el gefe de ingenieros Elizagaray una batería de cuatro morteros y algunos cañones, no sin correr graves peligros por el vivo y continuo fuego que hacia la plaza.

Para entorpecer mas estos trabajos colocaron los sitiados una galeota en el muelle viejo destinada á lanzar bombas sobre el campamento español, causando en él graves estragos, hasta que el oficial de la marina francesa Gabaret la acometió de noche con algunas chalupas, la incendió cayendo sus municiones inflamadas sobre la plaza, lo que le hizo gran daño, y libró de esta manera al ejército sitiador de tan penosa molestia.

Aprovechaban los sitiados todos los medios de defensa y minaron las entradas de la plaza hasta el glácis de la puerta de tierra. En esto, ausente en Cádiz con

la escuadra el de Pointy, llegó á la bahía Sir John Leake con el holandés Vanderdussen y sus diez y ocho barcos, y tal priesa se dió, que solo empleó ocho dias para venir desde Lisboa al recibir el aviso de Darsmtadt. Oportuna fué su llegada, pues evitó un ataque que pensaban los sitiadores dar á la plaza por el muelle nuevo, por donde iban á desembarcar tres mil hombres en doscientos botes que se habian traido de Cádiz con este objeto.

Además ocasionó su presencia la destruccion de tres barcos franceses, que estaban en la bahía, dos fragatas de á cuarenta y dos y un bergantin de á catorce, que fué menester quemar, despues que se hubieron desembarcado sus tripulaciones, para que no cayesen en sus manos. Otra fragata llamada L'Etoile, que fiada en su andar trató de escaparse, se rindió á una inglesa despues de combatir cuatro horas con ella. Dueño así el almirante Leake de la bahía, viéronse forzados los sitiadores á volver sus cañones hácia el mar para defenderse de los fuegos enemigos.

En esto se presentó una coyuntura que de haberla aprovechado el General español se hubiese hecho de seguro dueño de la plaza. El hecho que la motivó es verdadero, confirmado por todos los historiadores nacionales y extrangeros y por testigos oculares,[1] de donde vino la tradicion que se conserva en el pais. Fué el siguiente: un cabrero llamado Simon Susarte, natural de Gibraltar, criado en su monte y práctico en sus veredas y derrumbaderos como quien habia pasado su vida guardando cabras y saltando tras ellas, ofreció al Marqués de Villadarias conducir por parajes ocultos un cuerpo de tropas, que se hiciese dueño de las alturas del monte, y sorprendiendo de esta manera á la guarnicion facilitáse al ejército la entrada en la plaza.

Pareció bien el proyecto al General español; pero

1 El Cura Romero.

ántes de emprender cosa alguna quiso cerciorarse de la veracidad de Susarte; y convencido de ella por el testimonio de un oficial de confianza mandó con el cabrero al coronel Figueroa con quinientos hombres escojidos. Prometióles que al amanecer del otro dia, y cuando ellos estuviesen en las alturas, se les uniría un cuerpo respetable de ejército, que habia de subir por el camino de la Silleta al sur del monte; y juntos embestirían por aquella parte á los de la plaza, mientras que las demás tropas acometian por la puerta de tierra.

Salió Figueroa con su gente (9 de octubre) del campamento á media noche llevando por delante al guia, quien los condujo por sendas escabrosas y estraviadas, y salvando precipicios, hasta el paso del Algarrobo. De allí bajaron á los Tarfes por la vereda del Hacho, y se ocultaron en la cueva de San Miguel, en donde pasaron lo que quedaba de noche. Ántes de amanecer salieron de ella; y destacando una pequeña partida subió esta á la torre del Hacho, sorprendió la guardia que en ella estaba, la pasó toda á cuchillo y volvióse por el mismo camino á incorporarse con el grueso de la tropa, la que siguió su marcha y llegó sin tropiezo á las alturas de la Silleta.

En esto rompió el dia y al par que adelantaba el sol en su carrera crecian las angustias del coronel Figueroa, que en pie sobre un peñasco devoraba con sus ojos el campamento español sin alcanzar á descubrir ni columbrar señal alguna de movimiento en las tropas. Todo era allí quietud y reposo; y nadie se cuidaba del peligro que estaban corriendo los valientes apostados en el monte, quienes ¡asombra el decirlo! tan solo contaban con tres cartuchos por cabeza para defender sus vidas del ataque sangriento que los amenazaba. No se hizo esperar este mucho tiempo. Un muchacho que llevaba la comida á su padre, soldado de la guardia del Hacho, viólo al llegar allí degollado lo mismo que á sus com-

pañeros, y lleno de espanto volvióse corriendo por el mismo camino que habian traido los españoles, dando gritos desaforados y penetrantes que esparcieron la alarma en la ciudad.

A todos dejó atónitos esta nueva sorprendente; nadie podia creer que los enemigos fuesen dueños de las cumbres, ni que á tanto llegara su audacia; y muchos se figuraban que ya la plaza estaba perdida sin remedio. Inquieto el de Darsmtadt puso al instante la guarnicion sobre las armas y despachó un regimiento al mando del coronel Whetham[1] para que repeliese á los españoles. No desmayó el valiente Figueroa al ver la muchedumbre que se adelantaba á combatirlo; ántes aprovechándose de la ventajosa situacion que ocupaba recibió á los ingleses con una y otra certera descarga, que les ocasionó graves pérdidas, siendo herido el mismo Whetham, que bramaba de corage al verse obligado á hacer alto en la mitad de la cuesta por este puñado de valientes.

Pero esta esforzada resistencia duró lo que duraron los tres cartuchos; y ya consumidos y sin otra arma que la bayoneta, avivó el Inglés sus fuegos y acribilló á los nuestros con una lluvia de balas, que los obligó á replegarse y buscar un abrigo en las espesuras del monte. Allí fueron perseguidos y cazados como bestias salvajes, unos pasados á cuchillo y otros, que por librarse del furor enemigo se adelantaron hasta el borde del elevadísimo picacho llamado "Salto del Lobo", fueron despeñados desde allí, sepultándose sus cuerpos en horribles precipicios. Hay quien asegure que no quedó uno con vida: otros dicen que se salvaron el cabrero Susarte y varios paisanos, que iban con él, escabulléndose por ocultos senderos. ¡Fácil victoria contra gente tan inferior en número y sin medio alguno de defensa!

1 Los escritores españoles dicen: que el gefe de este destacamento fué Enrique Darsmtadt, sobrino del Príncipe; pero seguimos á los ingleses por parecernos mejor enterados en este particular.

Así perecieron el coronel Figueroa y sus quinientos soldados, cuya sangre empañará siempre la memoria del Marqués de Villadarias. Dícese que el cruel abandono en que los dejó provino de la oposicion del general Cavanne, gefe de los tres mil auxiliares franceses, quien al saber el proyecto de boca de Villadarias, despues de la salida de Figueroa, no quiso prestar su ayuda por parecerle que era indecoroso deber á un paisano la conquista de la plaza, en la que, por otra parte, deseaba que participase el Mariscal de Tessé, que estaba para llegar al campo.

Si no hubo en realidad otro motivo que este, muy triste idea debemos formar de la capacidad militar y de la energia del Marqués de Villadarias. ¿Pues qué, á tamaña puerilidad y á tan miserable satisfaccion de mezquino orgullo se sacrifican inhumanamente medio millar de hombres, y la conquista casi segura de una plaza? ¿Porqué no consultó ántes de salir la tropa para el monte con el General francés? ¿y porqué despues vista la repugnancia de este, dejó de atacar la fortaleza con sus nueve mil hombres? ¿No recordaba que siglos ántes, en un caso parecido á este, volvió Alonso XI desde el Guadiaro con todo su ejército para librar, no á quinientos, sino á poco mas de sesenta hombres, que quedaron expuestos al mismo peligro que hizo sucumbir á Figueroa?

Si temió contraer responsabilidad ó aventurar su crédito en el caso de haber fracasado el asalto sin el auxilio extraño, mayor es aquella y mas ha padecido su reputacion con el degüello de esos quinientos mártires, víctimas de una ciega confianza. Con dolor lo decimos; no encontramos razon alguna que atenúe siquiera el siniestro proceder del General español. Veamos ahora si alcanzó por otros medios la conquista apetecida, que no quiso el General francés que se debiese á la industria de un rústico campesino.

Dejamos á Sir John Leake con sus catorce naves inglesas y seis holandesas dueño de la bahía en donde no estuvo ocioso; ántes formándolas en línea de batalla frente á las trincheras españolas rompió un vivo fuego contra ellas, que les causó no escasos daños. Para acallar estos fuegos levantaron los sitiadores á la misma orilla del mar, y casi á flor de agua, una batería grande de doce cañones de grueso calibre y seis morteros de á nueve, cuyos disparos unidos á los de las otras baterías del campamento fueron tan certeros y mortíferos, que se vieron obligados los buques á retirarse del alcance de ellos.

Continuaron los sitiadores combatiendo la plaza; y á mediados de noviembre estaba ya destruido el bastion de San Pedro, que flanqueaba la cortina de la puerta de tierra, y se batió con vigor esta hasta que se consiguió abrir en ella brecha. Pero el almirante Leake reforzó la guarnicion de la plaza con la gente de su escuadra, que empleó en construir nuevas obras de cortadura en las entradas de tierra para impedir el asalto. Ordenó ademas (20 de noviembre) que sus buques ligeros se aproximasen cuanto fuese posible á la costa del istmo, y preparó todos los botes de la escuadra, como si intentase hacer un desembarco. Esta operacion se hizo muy lentamente para dar tiempo á que en el campo español se apercibiesen de ello. Así en efecto sucedió; y Villadarias envió un fuerte destacamento de caballería para que evitase el desembarco que al parecer se proyectaba. Este era cabalmente el deseo del Inglés; y al ponerse las tropas á tiro de los buques rompieron un vivo fuego contra ella, que ocasionó no escasa mortandad, obligándola á retirarse precipitadamente.

El mismo Leake destacó despues doce lanchas bien tripuladas á Algeciras (24 de noviembre) para hacer allí un desembarco: pero al pisar la tierra los marinos fue-

ron rechazados por Don Luis Solís y el Marqués de Paterna, con tales brios que hubieron de reembarcarse de priesa, no sin dejar muchos muertos en la playa.

En tanto arreciaron las lluvias y temporales con grave daño de las trincheras, faltando ya las fuerzas á los soldados, que se veian obligados á rehacerlas de contínuo sin ver nunca concluido su trabajo. No por esto desmayaban los sitiadores ni se suspendian las faenas; y las líneas llegaban ya hasta cerca de la plaza. Esta mientras no aflojaba sus fuegos, como debia esperarse de una guarnicion descansada y bien mantenida con los abundantes víveres que le llegaban de África.

Permanecia aun Sir John Leake en la bahía; pero con noticia de que al fin se movia de Cádiz el de Pointy, recogió la gente que de la escuadra tenia en tierra, y salió de Gibraltar con rumbo á levante, pero sin perder de vista la plaza. En esto llegaron á la bahía dos navíos de guerra ingleses, el Antelope con nueve transportes, y el Newcastle con siete, conduciendo doscientos hombres de refuerzo y todo género de provisiones y pertrechos, los cuales (7 de diciembre) habian logrado burlar la vigilancia de la escuadra francesa al doblar el cabo de Trafalgar.

Con este auxilio subia ya la guarnicion á cerca de cuatro mil hombres, y seguro por esta parte Sir John Leake, y viendo además que la escuadra de Pointy no acababa de llegar, dió la vuelta á Lisboa para recorrer sus buques y tomar nuevos refrescos para la plaza.

Los sitiados destinaron (9 de diciembre) algunas chalupas para quemar las embarcaciones pequeñas españolas que de Estepona, Marbella y otros puntos de la costa de levante traian víveres al campamento; pero no lograron su intento merced á un cuerpo de tropas destacado del ejército, al mando de Don José Armendariz, quien se dió tan buena traza que obligó á los enemigos á tomar sus lanchas, no sin que sufriesen alguna pérdida.

Desde Lisboa á donde habia llegado Leake sin tropiezo enviaba continuamente transportes con pertrechos para la plaza. De estos apresó el de Pointy cuatro con cuatrocientos hombres á su bordo, municiones y víveres; suceso de poca monta para los sitiados, quienes, como se ha dicho, estaban abundantemente provistos de todo lo necesario.

Así continuaba este penoso sitio sin lances decisivos y sin adelantar paso. Villadarias entretenia al Rey con halagüeñas promesas de una pronta conquista, promesas que el Monarca creia; hasta que viendo la tardanza en cumplirse consultó á los mas sabios generales de la Nacion, y entonces se puso de relieve el alucinamiento del Marqués y la imposibilidad que habia de tomar la plaza. No por esto se levantó el sitio por temor á las graves consecuencias que hubiera traido este paso en el ánimo del pueblo español, ansioso y confiado en la conquista; pero habiendo enviado la corte de Francia al Mariscal de Tessé en reemplazo del de Berwik para mandar el ejército francés de la Península, se le dió órden que viniese á Gibraltar y tomase la direccion del sitio.

Llegó en efecto (8 de febrero 1705) y como el ejército se encontraba disminuido con las enfermedades, trajo consigo un refuerzo de cuatro mil hombres para cubrir las bajas, además de mil granaderos y cuatro compañías de la guarnicion de Oran, que ántes habian venido al campo.

El dia anterior á la llegada de Tessé, ya prolongadas las líneas hasta el pie del monte y batida fuertemente la cortina principal de la puerta de tierra, se abrió brecha en ella, y aunque no muy practicable, se ordenó el asalto. Diéronlo al amanecer del 7 de febrero diez y ocho compañías, mitad de ellas de granaderos, con brioso empuje, dirijiendo su ataque al reducto llamado el Pastel y á las cortaduras del monte. A pesar del fuego vivo y mortífero de la plaza, que arrostraron con va-

lor intrépido y á cuerpo descubierto los granaderos españoles, consiguieron estos llegar hasta la brecha de la muralla del castillo, parage á donde nadie habia llegado ántes. Pero en este tiempo se retiraron los franceses, pretextando que no podian resistir el fuego de las baterias del monte; y entonces se vieron obligados los españoles á hacer lo mismo, dejando tendidos en el foso cerca de doscientos hombres.

Llegó Tessé el dia despues del asalto y su venida produjo grave descontento al Marqués de Villadarias y á los demás generales españoles, quienes teniéndose por desairados se retiraron todos del campamento, y llegó á tal punto el enojo del primero que hubo de elevar sus quejas hasta la corte de Francia. No varió sin embargo el estado del sitio con el nuevo Gefe, si bien se rechazaron algunas salidas de los sitiados; pero como el plan suyo era obrar en combinacion con la escuadra hubo que aguardar la llegada de los buques para hacer algo de provecho.

Presentóse por último (28 de febrero) el tan esperado Pointy con su escuadra compuesta de trece navios y ordenóle Tessé que despues de cañonear la plaza, hiciese un desembarco en el monte por la parte del sur, mientras él daba un asalto por la de tierra. Bien ó mal concebido el proyecto no se logró realizar por haber sobrevenido un tiempo borrascoso, que impidió á los buques formarse en batalla, quedando reducida la cooperacion de la escuadra al apresamiento de tres transportes ingleses, que conducian pertrechos y víveres á la plaza.

Tan pronto como se habia presentado la escuadra francesa en la bahía, avisó el de Darsmtadt al Almirante Leake instándole por su vuelta; y este siempre activo y diligente salió de Lisboa (6 de marzo) para Gibraltar, reforzado con cinco navios y algunas tropas que en aquellos dias habian llegado á aquel puerto de Inglaterra al

mando del Vice-almirante Dilkes. Con este aumento se componia ya su flota de veinte y ocho buques ingleses, cuatro holandeses y ocho portugueses con un regimiento anglo-holandés y un batallon holandés recien llegado.

Al saber Pointy la venida de la escuadra inglesa temeroso de un encuentro mandó levar anclas á la suya. Salieron primeramente de la bahía cinco navios (9 de marzo) y cuando pasaron por la punta de Europa recibieron algunos disparos de aquellas baterias. Oyó el estruendo Leake, quien con su escuadra estaba á dos millas de Punta Carnero, y dedujo con sobrada razon de este hecho que la plaza se encontraba libre, y entonces comenzó á darle caza cuando ya habian doblado aquellos la de Europa y entrado en el Mediterráneo. Sin casi pelear se apoderó del *Arrogant* de sesenta cañones y del *Ardent* de sesenta y seis; no tan fácilmente del *Marquis*, que se resistió un largo espacio hasta sucumbir por último. Los otros dos el *Magnanime* de setenta y cuatro y el *Lis* de ochenta y seis, que montaba el Almirante Pointy fueron quemados por órden de este, despues de haberse salvado las tripulaciones en las costas de Marbella. Leake, despues del triunfo, navegó hácia levante en persecucion de la escuadra francesa, que se dirijia á Tolon; pero no habiéndole podido dar alcance volvió al cabo de unos dias á Gibraltar.

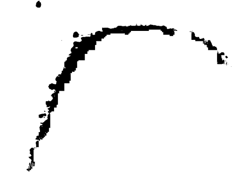
„Despues de este desgraciado suceso, escribia el de Tessé al Rey de Francia, y habiendo los enemigos socorrido la plaza con todo lo necesario, ordené que se formase un atrincheramiento, y despaché al ingeniero Renaud, para que de viva voz hiciese presente á V. M. y tambien al Rey Católico la imposibilidad de continuar el sitio encontrándose nuestro ejército fatigadísimo, con muchos enfermos y con escasas provisiones.„

Así lo hizo; y retiradas las piezas de batir dejó un grueso destacamento á corta distancia de la plaza para mantener el bloqueo de ella y él dió la vuelta á Castilla

con las tropas, las cuales tuvieron de baja entre muertos, enfermos y heridos, de nueve á diez mil hombres. Duró el sitio cerca de ocho meses, en cuyo tiempo arrojaron los sitiadores á la plaza ocho mil bombas y mas de setenta mil balas de cañon.

Tal fué el primer esfuerzo que hicieron los españoles para recobrar la preciosa llave del Mediterráneo, tan inútil como gravoso; pero que dirigido por capitanes mas espertos acaso lo hubiera coronado mejor éxito. No hay que achacar el que tuvo á la impericia ó ignorancia de los gefes españoles, como faltando á la justicia dicen algunos escritores ingleses. Si aquellos fueron torpes ó ignorantes, igual nota merecen los franceses, pues vano era el afan de Villadarias en apretar por tierra la plaza, si el de Pointy dejaba franco el mar á los contínuos socorros que por este camino entraban en ella. ¿Y qué diremos del Mariscal de Tessé? Su venida dió orígen á perjuicios irreparables: porque alcanzara parte de gloria en la conquista, que se daba ya por segura, no quiso el General Cavanne secundar el proyecto del Gefe español, dejando perecer al Coronel Figueroa y á sus valientes soldados: despues, por igual motivo se retiraron los franceses cuando el asalto del Pastel, cuyo reducto estaba ya casi tomado y con él la plaza, abandonando á los españoles en esta crítica y azarosa circunstancia. Por último dueño ya del sitio no dió muestras, por cierto, en su direccion de superioridad sobre el anterior Gefe, pendiente de la escuadra y bastando un viento fuerte para destruir sus planes. Con todas sus pretensiones y nombradía la única gloria que al cabo vino á alcanzar fué la de levantar el sitio.

Por lo demás, sucedió aquí lo que siempre sucede en empresas en que intervienen fuerzas aliadas. Los celos recíprocos, las antipatías nacionales y á veces la envidia destruyen la unidad de accion y frustran el proyecto mejor concebido y meditado. Por eso la culpa



fué de todos, como de todos hubiese sido la gloria en el caso de vencimiento.

Continuaba entretanto la guerra de sucesion con alternativa varia, hasta que muerto el emperador de Austria José I (17 de abril 1711), á quien heredó el archiduque Cárlos, aflojó aquella por parte de Francia, y aun el mismo Felipe V suspendió el proyecto que meditaba de sitiar á Barcelona. Desde esta ciudad dióse á la vela el Pretendiente para Alemania, y en 22 de diciembre se coronó solemnemente en Francfort. No por ser ya dueño del imperio abandonó sus anteriores pretensiones, ántes bien, para dar una muestra pública de que no renunciaba á ellas, añadió á sus nuevos títulos el de rey de España, y no cesó de allegar recursos para la continuacion de la guerra.

Pero ya era otro el ánimo y política de Inglaterra, temerosa y con razon de que resucitase el Imperio de Cárlos V, si volvian á reunirse ámbas coronas, y satisfecha además con los ricos despojos que habia sacado de sus campañas. Así vino preparándose la paz que todos deseaban menos algunos consejeros de Felipe, que opusieron á ella maliciosos obstáculos. Mayores hubo por parte de Austria que mandó á Lóndres al príncipe Eugenio para apartar á la reina Ana de toda idea pacífica, lo que no pudo conseguir; y convenidos ya los preliminares entre dicha Reina y el de Francia se celebró la conferencia general en Utrech, (febrero 1712), á la que asistieron en representacion de España el Conde de Bergueick y el Marqués de Monteleon.

El tratado de paz que allí se celebró fué onerosísimo para España que perdió casi todas sus posesiones de Europa, sin que por tanto sacrificio pudiese salvar siquiera su codiciada puerta. De los veinte y seis artículos de que aquel se componia, todo el décimo se referia á la cesion de Gibraltar. Felipe V cedió en él á la Gran Bretaña "por sí y por todos sus sucesores la plena

y entera propiedad de la plaza juntamente con su castillo, puerto y las defensas y fortalezas que le pertenecen; dando la dicha propiedad para que la tenga y goze absolutamente con el entero derecho y para siempre sin escepcion ni impedimento alguno; pero sin jurisdiccion alguna territorial y sin que se permitiese habitar en su recinto moros ni judíos, ni que entrasen en su puerto naves moriscas."

De esta manera vino á legitimarse la audaz y violenta usurpacion del almirante Rooke, y el Rey de la Gran Bretaña pudo desde este momento llamar suya la magnífica plaza ántes arrancada al dominio español sin que se ruborizase su rostro.

Insigne debilidad cometió Felipe al consentir en el desmembramiento de su Reino, pero agobiado con una guerra tan larga y desastrosa, sin el auxilio ya de Francia exhausta tambien de recursos, muy á su pesar y con dolor grande hubo de sucumbir á humillacion semejante. Tanto como su Rey sintió la Nacion toda la pérdida de este soberbio baluarte que caido en poder extraño venia á ser una constante amenaza á su independencia.

CAPITULO II.

Estado de las relaciones entre España, Austria, Inglaterra y Francia. —Conducta de Alberoni.—Su caida y asentimiento de España al tratado de la cuádruple alianza.—Tratado especial entre Inglaterra y España.—Promesa de restitúcion de Gibraltar hecha por Jorge I. —Su carta á Felipe.—Reclamaciones por parte de España.—Tratado de alianza con Austria celebrado por Riperdá.—Zozobra de Inglaterra.—Felipe V determina apoderarse de Gibraltar.—Sesiones del Parlamento.—Protexta de los Pares.

No quiso Austria entenderse con Francia en las conferencias de Utrecht, y continuó la guerra entre una y otra potencia hasta la paz de Rastadt ó de Baden. Habia convenido ántes la primera en retirar sus tropas de España; pero no por esto cesaron las hostilidades, pues los catalanes resentidos con Austria por el abandono en que los dejaba siguieron la lucha por cuenta propia, que duró hasta la toma de Barcelona por el Mariscal de Berswick, último hecho de armas de la guerra de sucesion.

Enlazado despues Felipe V con la princesa Isabel Farnesio quiso asegurar la reversion de los ducados de Parma y Plasencia á la Corona de España; pensamiento constante de aquella enérgica y previsora Reina que á toda costa queria asegurar un patrimonio soberano para sus hijos, en cuyos planes era secundado por el ministro Alberoni, árbitro entonces con ella del gobierno de la Monarquía.

Esta conducta infundió recelos al Austriaco, temeroso de perder su influencia en Italia; y para precaverse

(1716) celebró con Inglaterra un tratado de alianza ofensiva y defensiva, que contenia una garantia recíproca de las adquisiciones hechas y que pudiesen hacer en adelante los dos estados. El Monarca español se llenó de enojo al tener noticia de este pacto; pero su astuto y sagaz Ministro tuvo la habilidad de desvirtuarlo y ganó el tiempo necesario para equipar una escuadra respetable que al mando del Marqués de Lede se dirijió á las costas de Italia. Llegado que hubo se apoderó de casi toda la isla de Cerdeña, perteneciente al Austria con la que se declaró ya abierta guerra.

Entonces Inglaterra y Francia temerosas de una conflagracion general y con deseos de evitarla enviaron á Madrid, la primera al caballero Stanhope, y la segunda al Marqués de Nancré, quienes nada alcanzaron de Alberoni, pues creyéndose fuerte rechazó todas las ofertas de acomodamiento.

Inglaterra entonces con pretexto de que la ocupacion de Cerdeña era una violacion de la neutralidad de Italia, que ella debia garantir segun lo pactado en Utrecht, mandó una fuerte escuadra á cruzar en el Mediterráneo. Esta medida avivó el encono de la corte de España; y Alberoni al representar contra ella á la de Lóndrés la amenazo con no cumplir el último y ventajoso tratado de comercio hecho con ella hasta no conocer sus designios.

Bien pronto se pusieron estos de manifiesto. La escuadra al mando del Almirante Byng, cuyo objeto aparente era auxiliar á los alemanes que defendian á Cerdeña contra los españoles, embistió á la nuestra en las aguas de Siracusa y la derrotó (1718) bien agenos el de Lede y los demás gefes de las siniestras intenciones del Inglés. Grave descontento produjo en la corte de España este suceso, y el Marqués de Monteleon, embajador en Lóndres, reconvino agriamente á aquel Gobierno por la conducta falaz del Almirante, exijiendo una sa-

tisfaccion del agravio. Ninguna dió aquella corte, y de aquí se enturbiaron las relaciones con España hasta el extremo de declararle Jorge I, sucesor de Ana, la guerra (1718) despues de haber alcanzado del Parlamento los recursos necesarios.

Unióse á ella Francia y Holanda por el tratado llamado de la Cuádruple Alianza que se firmó en Lóndres (2 de agosto 1718) y vióse la singularidad de que el Mariscal de Berswick, antes campeon de Felipe V, entrase ahora en España para combatirlo. No decayó la entereza de Alberoni y supo luchar solo contra esta poderosa coalicion de las grandes potencias.

Pero si fué bastante animoso para resistir á sus armas no así á sus intrigas, que al cabo vinieron á ocasionar su caida y con ella la conclusion de la guerra. Felipe V se adhirió entonces al tratado de la Cuádruple Alianza, que firmó su embajador en la Haya, el Marqués de Beretti Landi (17 de febrero 1720) cesando las hostilidades hasta las conferencias de Cambray, que dieron principio en el año siguiente para tratar de la paz general.

El Emperador de Austria que seguia mirando con malos ojos la reversion de los ducados italianos á los Príncipes españoles, hijos de la reina Isabel, dilataba por cuantos medios podia la reunion del Congreso. Cansada Inglaterra del quebranto que experimentaba su comercio con la guerra celebró una alianza con Francia y España para obligar al Austria á cumplir lo pactado en Utrecht, Baden y Lóndres, y lo que pudiera pactarse en Cambray.

Además celebraron Inglaterra y España un tratado especial que se firmó al mismo tiempo que el anterior (13 de junio 1781), por el que se renovaron los anteriores convenios, y se conformaron una y otra á restituir lo que se habian mútuamente quitado en la pasada guerra de 1718.

Pero nada se decidió en estos tratados acerca de la restitucion de Gibraltar por Inglaterra á la Corona de España, restitucion que ya en 1718 habia prometido el Duque de Orleans, Regente de Francia, en nombre del rey Jorge, el cual repitió ahora la promesa ántes de firmarse los tratados por medio de su embajador en Madrid, Stanhope, y además en una carta autógrafa dirigida al Rey de España y que decia así;

„Señor mi Hermano: He sabido con extrema satisfaccion por medio de mi Embajador en esa corte, que V. M. está por fin en la resolucion de quitar los obstáculos que por algun tiempo han dilatado el entero cumplimiento de nuestra union. Y respecto de que por la confianza que V. M. me manifiesta puedo contar como restablecidos los tratados, sobre que se ha disputado entre nosotros, y que por consecuencia se habrán explanado los instrumentos necesarios al comercio de mis súbditos, no me detengo ya en asegurar á V. M. mi prontitud á satisfacerle por lo que mira á la restitucion de Gibraltar, prometiéndole que me valdré de la primera favorable ocasion para arreglar este artículo con intervencion de mi Parlamento.... 1.º de junio 1721."

Esta carta, y las protextas del Ministro inglés decidieron á Felipe á suscribir el tratado, impelido á ello tambien por su secretario universal Marqués de Grimaldo, sucesor de Alberoni, el que confiaba mucho en Stanhope, y en el apoyo del de Orleans, cuyo honor tan interesado andaba en el asunto. Pero el rey Jorge era un rey constitucional, y aun siendo sínceras sus promesas tropezó con graves obstáculos para cumplirlas. Su ministerio opinaba que habiendo sido incorporada la plaza á la Corona por el Parlamento, sin anuencia de este no podia el Rey disponer de ella, y tampoco se atrevian á proponer la restitucion á dicha Asamblea sin ofrecer una razonable compensacion.

Proceder era este tanto mas cuerdo, cuanto el solo

rumor de haber el Rey y su ministerio contraido un compromiso formal de entregar la plaza levantó tal polvareda y exaltó los ánimos á tal punto en Inglaterra, que tanto en las Cámaras como en la prensa se tachó de traidores á los ministros. Pero no se encontraban medios hábiles de superar estas dificultades. Felipe, alegando que la promesa de restitucion habia sido incondicional se negaba á dar en equivalencia de Gibraltar, la Florida ó la parte española de la ísla de Santo Domingo, y el pueblo español, por una obcecacion extraña tampoco queria desprenderse de un pie de tierra en las Américas para rescatar su antigua fortaleza.

Así el negocio no adelantaba paso, si bien mediaba una activa correspondencia entre ámbas cortes, pidiendo la de España sin cesar el cumplimiento de lo ofrecido y contestando Inglaterra con aplazamientos y subterfugios. Esto impacientaba á Felipe, muy comprometido con la Nacion á la que habia anunciado y dado por cierta la restitucion deseada; y ya empezaba á murmurar el pueblo al ver que la promesa no llegaba á cumplirse.[1] Estas causas influyeron en la retirada de Felipe de los negocios y abdicacion de la Corona en su hijo primogénito Don Luis (10 de enero 1724); pero muerto este á poco tiempo volvió de nuevo aquel á encargarse del Gobierno.

Entretanto el congreso de Cambray abierto desde 1721 no daba fruto alguno y los plenipotenciarios allí reunidos gastaban el tiempo en banquetes y saraos sin acabar de orillar las graves cuestiones pendientes, entre las que descollaba la de los ducados italianos, que tan á pechos habia tomado la corte de España. La reina Isabel, sobre todo, que era la principal interesada en resolverla, sin confianza ya en el Congreso aconsejó á Felipe que se entendiese directamente con Austria. Hízolo

1. Belando.

asi el Rey y envió allá con este objeto al Baron de Riperdá, célebre aventurero holandés, travieso y de chispa y que se habia grangeado su confianza.

Llegó este de incógnito á Viena y así permaneció algun tiempo, que empleó en secretas conferencias con el príncipe Eugenio y los Condes de Sincendorf y Staremberg, y ya puesto de acuerdo con ellos se quitó el disfraz y se presentó públicamente como Embajador de España. Cuatro tratados celebró con aquella corte (1.° de mayo 1725) el 1.° comprendia bases generales de mútuo reconocimiento y confirmacion de lo acordado en Utrecht y Baden: el 2.° era de comercio: el 3.° llamado de Paz: y el 4º por último, que era el mas interesante y que tiene relacion con nuestro objeto, se llamó de Alianza defensiva. En este se estipuló un auxilio mútuo en el caso de ser invadidos los estados de las partes contratantes, y además prometió el Emperador interesarse con el Rey de Inglaterra para que devolviese á España, Gibraltar y Menorca. Este tratado se mantuvo secreto.

Apenas fueron públicos los convenios, experimentaron grave disgusto las potencias signatarias de la Cuádruple Alianza, y un gran recelo de que pudiese existir algun otro pacto secreto contra su seguridad é intereses.

Inglaterra pareció mas que ninguna otra alarmada y descontenta, á que contribuyó las vanas jactancias de Riperdá, quien sin rebozo y públicamente aseguraba que habia de verse obligada aquella potencia á devolver á España las plazas de Gibraltar y Menorca. "No ignoramos, solia decir hablando de la primera, que esta fortaleza es inconquistable, pero tenemos tomadas medidas para obligar á Inglaterra á devolvérnosla." Y á los que le aconsejaban que ocultase sus proyectos respondia: "Sé lo que digo, y lo digo para que se pueda divulgar." Propósitos imprudentes que produgeron graves contes-



taciones entre el embajador inglés Stanhope y el Ministro español, en las que tomó parte la misma reina Isabel, quien en un momento de noble exaltacion dijo claramente al primero que no podia continuar la buena correspondencia con Inglaterra sin la pronta restitucion de Gibraltar.

No habia, pues, lugar á dudas; y el Gobierno inglés temeroso de un inmediato rompimiento con España estrechó su alianza con Francia y preparó dos escuadras, una al mando del Almirante Wager, para el Mediterráneo, y otra al del Almirante Hosier, para las Indias occidentales. España respondió con otros armamentos, y el Austria hizo lo mismo por su parte.

En esto llegó á Madrid el embajador austriaco Conde de Koningseg, y con su venida se descubrieron los manejos y embustes del Baron, ya Duque de Riperdá, ministro del Rey de España, quien para negociar los tratados de Viena habia ofrecido sin autorizacion ninguna sumas cuantiosas á los Príncipes del Imperio para atraerlos á la alianza. Este y otros enredos de la misma clase, que se descubrieron, hijos de su carácter vanidoso, le hicieron desmerecer á los ojos del Rey, y ya en camino de perder por completo el favor de este, buscó la proteccion de los Embajadores de Francia é Inglaterra, á quienes tuvo la criminal indiscrecion de descubrir la existencia de un tratado secreto entre Austria y España, posterior á los otros, por el cual se comprometia esta á sostener la célebre compañía de Ostende, y el Emperador por su parte á procurar la restitucion de Gibraltar, buenamente si era posible, y si no á la fuerza.

Creció con esto la zozobra de Inglaterra, y mas al ver que Rusia se unia al Austria y España con intento al parecer de auxiliar á Cárlos Stuardo en sus pretensiones á la Corona del Reino-Unido; y ya solo se pensó en atacar esta coalicion que tan amenazadora y pujante se presentaba.

[redacted]

Mientras la escuadra de Hossier bloqueaba á Portobello con designio de apoderarse de los caudales que debian embarcarse allí en los galeones de España. La conducta del Almirante inglés dió motivo á sérias reconvenciones por parte del embajador español en Lóndres, el Marqués de Pozo bueno, y en las comunicaciones que mediaron tuvo ocasion de confirmar á aquella Corte el empeño de la de España en recobrar á Gibraltar "como tenia derecho á esperarlo así, añadia, de la promesa positiva del Monarca británico, y como legalmente podia hacerlo por no haberse cumplido por parte de este las condiciones con que el Rey de España habia cedido la plaza en el tratado de Utrecht."

Nació de esta correspondencia el convencimiento de una próxima guerra. Y como si no bastasen los motivos que habia ya de disgusto entre ámbas cortes, ocurrió en este tiempo la extraccion violenta del Duque de Riperdá de casa del Embajador inglés en Madrid en donde se habia refugiado, caido ya de la gracia del Rey, cuya confianza habia vendido y llevádose papeles de importancia. Sacáronle de allí á la fuerza y lo encerraron en el Alcázar de Segovia.

El Embajador inglés levantó el grito al cielo, quejóse á su Gobierno y reconvino agriamente al ministro español, Marqués de la Paz, quien en las contestaciones que mediaron, injirió como lo habia hecho ántes el de Pozo bueno, nuevas seguridades del propósito y empeño de la corte española y de la nacion toda en recobrar á Gibraltar.

Felipe V penetrado de que era imposible apartar á Francia de la alianza inglesa por la estrecha union que existia entre el Cardenal de Fleury y el ministro Walpole, dejó ya todo disimulo y se preparó á recobrar por fuerza á Gibraltar. Vanas fueron las gestiones del embajador Stanhope para disuadir al Rey de este intento; y visto el sesgo que tomaban los negocios dió parte á

su Gobierno y avisó al mismo tiempo al contra-almirante Hopson, que cruzaba en el Mediterráneo, para que estuviese á la vista de la plaza y la socorriese en caso necesario.

Felipe, para quien era una idea fija el recobro de Gibraltar, convocó para tratar del asunto un gran Consejo de guerra al que asistieron los generales mas experimentados de la Nacion, y entre ellos el Marqués de Villadarias.

Este aleccionado con el último sitio opinó que no debia acometerse esta empresa imposible de todo punto por tierra, y menos por mar, en que tan inferiores eran nuestras fuerzas á las inglesas. Otros fueron de sentir que se abandonase este proyecto y se acometiese á Menorca; otros que se llevase la guerra á las posesiones inglesas de América; por último se disolvió la Junta sin resolver nada, perplejo. Felipe con tan encontrados pareceres.

Celebróse, no obstanse, otra con el mismo objeto, y en ella el Conde de las Torres, antiguo y distinguido militar, aunque no de gran seso, opinó que la empresa era hacedera, y Felipe halagado con esta opinion, que se ajustaba con su deseo, no titubeó ya; y nombró General en gefe al mismo Conde, y se dió órden de poner sitio á la plaza y de bajar tropas al campo de San Roque (enero 1727) en número de diez y siete mil hombres.

En esto se retiró de Lóndres nuestro Embajador, dejando una nota en la que insistia sobre la restitucion de Gibraltar; y al mismo tiempo se reunió el Parlamento (17 de enero 1727) que abrió el rey Jorge con un belicoso y virulento discurso contra España, en el que aseguraba que todos los intereses así civiles como religiosos de la Gran Bretaña se encontraban amenazados por aquella y por el Austria, y proponia hacer la guerra á ámbas naciones, único medio de conjurar el peligro que amagaba.

Violentos fueron los debates á que dió lugar la contestacion al discurso en ámbas Cámaras. En la de los Pares, Lord Bathurst manifestó que no veia razon alguna para una ruptura con España, pues no merecian tenerse en cuenta los ligeros propósitos de Riperdá, personage desacreditado, y que segun resultaba de la nota dejada por el Embajador español, los verdaderos causantes del estado violento en que las dos Cortes se encontraban eran los ministros ingleses que habian autorizado la promesa positiva hecha por el Rey para la restitucion de Gibraltar. Por último, añadia, la Inglaterra nada ganará con la guerra siendo vencedora, y se aventura á perderlo todo si es vencida.[1]

Contestóle Lord Townshend que la Corona tenia pruebas positivas de haber mediado acuerdo formal y secreto entre Austria y España para colocar al Pretendiente en el trono británico; pruebas que no ponía de manifiesto por razones de estado, y que no era cierta la promesa de restitucion de Gibraltar.

Por último, despues de una discusion acalorada la mayoría aprobó la conducta del ministerio, incitándole á que continuase defendiendo con teson los dominios de la Gran Bretaña, adquiridos por tratados solemnes, y muy especialmente Gibraltar y Menorca. Diez y siete miembros protextaron contra esta resolucion.

No fueron menos borrascosos los debates en la Cámara de los Comunes. Allí hubo la particularidad de haberse Sir Roberto Walpole confesado autor de la promesa de restitucion de Gibraltar, sin duda para escudar al Monarca, y entonces la oposicion hizo una mocion, para que por un mensage se hicieran traer á la Cámara todos los documentos que tenian relacion con el com-

1 Hist. of Great Bratain, continuation of Hume, by T. Smollest vol. III pag. 87. "Nothing could be gained by the war, should it prove succsseful, and every thing would be lost, should it be improsperous."

promiso. Ganó tambien el Gobierno la votacion, y el pueblo inglés por su parte reunido en continuos meetings empujaba á aquel á defender sus posesiones con las armas.

Tal efecto produgeron el discurso y los debates, que la corte de Viena autorizó á su embajador Mr. Palms para que solemnemente desmintiese cuanto se habia dicho contra el Austria y contra España. Hízolo así este en un memorial que presentó al Rey y que además publicó en la prensa, arrogantemente escrito, y en el que destruia uno por uno todos los cargos que se habian hecho á su Nacion, que tachaba de calumniosos, pidiendo en nombre de su Monarca la satisfaccion correspondiente. Respecto á España, decia, que las hostilidades cometidas por los ingleses en las Indias occidentales y en otras posesiones suyas justificaban la determinacion del rey Felipe de poner sitio á Gibraltar.

Tan subido de punto y con colores tan fuertes iba el memorial, que produjo grande y general indignacion. El Parlamento demostró la suya en un mensage al Rey, el cual mandó salir al Embajador austriaco del reino.

CAPITULO III.

Décimo tercero sitio de Gibraltar, y segundo que ponen los españoles mando del General conde de las Torres.— Incidencias de él.—Armisticio.—Causas que lo produgeron.—Congreso de Soissons.—Efecto que produce en el Parlamento inglés la respuesta de los plenipotenciarios españoles.—Tratado de Sevilla.—Descontento en Inglaterra y protexta de 24 Pares.—No satisface tampoco á la Nacion española.—Se levanta el sitio.

Aunque las relaciones entre España é Inglaterra estaban casi interrumpidas, no habia mediado aun entre ellas una solemne declaracion de guerra, lo cual no impidió que se rompiesen las hostilidades, y se formalizase por parte de la primera el sitio de Gibraltar.

Mandaba la plaza el teniente gobernador Jasper Clayton, y tenia escasamente de guarnicion unos mil y quinientos hombres á las órdenes del coronel Hargrave; pero el Gobierno inglés no perdió tiempo en reforzarla, y envió con el Almirante Hopson tres batallones y diez compañías de guardias al mando del coronel Kane.

A poco llegó (13 de febrero) á la bahía el Almirante Sir Cárlos Wager con cuatro navíos de línea, cuatro fragatas y dos bombarderas, y con él el anciano Conde de Portmore, gobernador propietario de la plaza, que quiso coronar su larga y honrosa carrera defendiéndola en esta ocasion. Vinieron con este varios oficiales distinguidos, entre ellos Lord Mark Vierr, mayor general, el Brigadier Newton y otros voluntarios; además tres batallones, municiones y pertrechos. No faltaron sin embargo al

decir de los historiadores ingleses[1] algunos oficiales superiores que no quisieron embarcarse y resignaron sus comisiones. La guarnicion con este aumento subia ya á mas de cinco mil hombres.

¡Qué contraste ofrece esta actividad y diligencia de los ingleses con la incuria y abandono de los españoles! Viejo achaque de nuestro pais que el corazon lo haga todo y nada la cabeza, y ande de sobra siempre el valor y el ánimo, y falte la prevision y el pensamiento. Así sucedió ahora; las tropas acampadas frente á Gibraltar desde fines de enero carecian de trenes de batir, de maderas para faginas, de municiones, de tiendas, y en fin, de cuanto era menester para una empresa tan formidable y trabajosa como esta.

Se presentaban tambien otros obstáculos. Los Generales de division que habian venido al sitio andaban completamente desavenidos con el Conde de las Torres, bien por considerar descabellada la empresa, ó por no creer apto á este caudillo para llevarla á feliz término. Eran estos el Conde de Glimes, Don Lúcas Spinola, Don Francisco Rivadeo, Don Tomás Idiaquez, el Marqués de Castropiñano, el Conde de Montemar, y Don Próspero Verboom, gefe de la artillería, de los cuales solo el de Montemar, conquistador años despues de Orán, era el único que prudente y comedido procuraba apaciguar los odios, atento á complacer al Rey que tan grande interés habia demostrado en este negocio.

No era el Conde de las Torres muy á propósito para atraerse las voluntades de los gefes descontentos. General valiente, organizador y táctico no inspiraba sin embargo por la dureza de su carácter confianza alguna á sus tropas, ni por su terquedad se daba á querer de los otros generales. No bastaba, en efecto, que el Rey llevado del afan de recobrar la plaza hubiese aprobado

1 James cit.

su absurdo proyecto, era además necesario hacérselo adoptar á aquellos que debian tomar tan principal parte en su ejecucion. Así, desunidos los gefes y sin los materiales necesarios se abrió esta campaña, y era fácil presagiar por los principios que habia tenido el remate que le estaba reservado.

Comenzaron los sitiadores sus trabajos por establecer una batería en la costa de poniente cercana á la torre del Molino, lo que visto por el gobernador Clayton dirigió una comunicacion (22 de febrero) al Conde de las Torres en la que se quejaba de su proceder, y le amenazaba con destruir los trabajos en el caso de continuarlos. Contestó el de las Torres que las obras se hacian en terreno de España, y que no teniendo la plaza mas término, segun los tratados, que sus murallas, debia desamparar las torres que tenia usurpadas fuera de aquellas; y de no hacerlo se las haria desocupar por los mismos medios que él insinuaba en su carta. Visto esto, el coronel Clayton reunió un Consejo de guerra, y se acordó en él romper el fuego contra los sitiadores.[1]

1 Belando: Hist. civ. de España. Decian así:

SEÑOR

Habiendo advertido esta mañana que V. E. ha abierto trinchera para atacar esta plaza, lo que de hecho juzgo todo contrario á los tratados que subsisten entre nuestros Soberanos, no habiendo llegado á mi noticia declaracion alguna de guerra; por tanto prevengo á V. E. que si luego no hace cesar sus obras, me veré obligado á tomar las mas convenientes medidas. Despacho esta por medio de mi Secretario á quien ruego á V. E. entregue la respuesta. Gibraltar á 22 de febrero de 1727.—Gaspar Clayton.

Respuesta del General español.

Señor: Recibí la carta de V. E. escrita hoy, y en cuanto á la trinchera que se ha abierto para atacar la ciudad de Gibraltar, respondo que lo que se ha hecho hasta el dia de hoy se ha ejecutado en nuestro terreno para fortificar los lugares en donde nuestras baterías pudieren útilmente servir: pero como esta plaza no tiene otro distrito sino el de sus fortificaciones á tenor de los mismos tratados que V. S. aduce, habiéndose apoderado de las torres que son de nuestra jurisdiccion, puede asegurarse V. S. que si no las desampara luego, yo me la regularé en aquel modo que justamente me insinúa; participándole que para

Prosiguieron estos las trincheras, y el teniente general Spinola trazó la primera que partia desde la torre del Diablo hasta la laguna, y á muy corta distancia de la base del monte. El Gobernador inglés procuró impedir los trabajos por cuantos medios estaban á su alcance, y mandó que los buques de guerra *Tiger*, *Durfley* y *Solway*, diesen la vuelta por detrás del monte, y anclando á la menor distancia posible de la costa de levante, hiciesen fuego contra las trincheras. Así lo hicieron; y tanto molestaron á las tropas ocupadas en las obras, que para libertarlas de este ataque y de otros que pudiesen dar por este lado, se levantó una batería de diez cañones que dominaba toda aquella playa.

Levantáronse además otras dos baterías en la parte de poniente: una en la antigua torre del molino de viento, que batia la muralla principal de la puerta de Tierra al mismo tiempo que la bahía; otra de ocho cañones y doce morteros situada á la izquierda de la anterior, y ámbas de gran utilidad como lo acreditó la esperiencia, pues su fuegos apagaron al momento el de los buques de la bahía, que no habian cesado de disparar sobre la tropa ocupada en construirlas.

En esto (27 de febrero) llegaron á la ensenada cuatro navíos franceses que mandó el cardenal de Fleury para proteger encubiertamente á los ingleses con quienes estaba unido, como ya hemos visto; pero hubieron de retirarse á la intimacion que les hizo el de las Torres de que dispararia contra ellos.

Adelantábanse entre tanto los trabajos de sitio, y se concluyó la primera paralela (3 de marzo 1727) trazada por un camino cubierto de dos mil toesas de estension en que se incluia el uso de las baterías ya mencionadas. Tambien se remató la gran batería de treinta

el sitio de esta plaza no debian formarse los ataques tan léjos, como lo conocerá en la ocasion. Del Campo de Gibraltar á 22 de febrero de 1727.—El Conde de las Torres.

piezas, construida para batir la cortina principal de la puerta de tierra entre los bastiones de San Pedro y San Pablo, cuyo gefe era el Conde de Mariani. Tambien se construyó otra de diez piezas que batia el muelle viejo y la punta saliente llamada Lengua del Diablo, al mando del coronel Don Francisco Valvasor.

Las baterías del monte ocasionaban mucho daño al campamento, especialmente la llamada de la reina Ana, situada en la cuesta del Perejil, y que montaba doce piezas. Para evitarlo ideó el de las Torres con acuerdo del general Montemar abrir una mina debajo de ella y destruirla de esta manera.

Á poca distancia de la batería habia una cueva natural de las muchas que abundan en el monte, en la que pudieron entrar hasta veinte hombres, y empezóse á minar bajo la direccion del entendido oficial de ingenieros Don Roque de Vis. Penosa era la tarea, pues no podian picar mas que dos hombres á la vez; sin embargo se abrieron once toesas de galería de cinco pies de ancho, y cinco y medio de alto; y solo faltaban diez para llegar al punto vertical de la batería, que se trataba de destruir, en donde debia formarse un hornillo de toesa y media en cuadro.

Esta mina fué asunto de mofa y risa para nacionales y extrangeros. Decíase en tono de zumba que el Conde de las Torres habia proyectado, como último recurso de su imaginacion guerrera, minar el monte entero por su base y aplastar á la ciudad con sus fragmentos; y esto dicho así parecia que no estaba en su cabal juicio el autor de tan descabellada idea.

No habia motivo sin embargo para tales burlas. El pensamiento de la mina no fué tan disparatado, pues no era todo el monte, sino un punto accesible de sus cuestas el objeto de aquella; lo cual se hubiera conseguido al postre con mas ó menos trabajo. Si alzáran ahora la cabeza los que entonces se burlaron, se queda-

rian absortos al ver perforado todo el monte, y cruzado de estensas galerías con altísimos salones que contienen en su seno baterías completas. Para esto se han hecho volar enormes masas de roca con minas gigantescas, en cuya comparacion la del Conde de las Torres era un pequeño agujero.

Al par de la mina continuaban los trabajos de las baterías bajo la direccion de Don Antonio Montagut, sucesor de Verboon, quien cada vez mas encrespado con el General en gefe se habia por último retirado del sitio. Estas contínuas reyertas desanimaban al ejército y le hacian perder la confianza en sus gefes, lleno de disgusto por otra parte con las contínuas lluvias que destruian las trincheras apenas concluidas.

No obstante las rehacian y se abrió una comunicacion para determinar la segunda paralela trazada por la batería grande de Mariani, y la otra de Valvasor, distante del muelle viejo cuatrocientas toesas. Otra comunicacion se estableció tambien desde esta batería hasta el mar, y otra que salia á encontrar las baterías últimamente levantadas contra la cortina de la puerta de tierra llamadas de Braus y de las Horcas, distantes unas trescientas toesas de la plaza.

Estas baterías salieron tan imperfectas que les faltaban setenta y cinco toesas para que sus disparos tuviesen el alcance conveniente; y tanto como ellas lo fueron otras tres que se construyeron para batir el muelle viejo. Fueron inútiles por consiguiente los trabajos que en su construccion empleó el ejército, tanto mas penosos, cuanto que no cesó durante ellos el fuego de la plaza.

Nuevos buques ingleses llegaron á la bahía (23 de marzo), y de ellos dos navíos y una fragata anclaron en la costa de levante, en la embocadura del rio Guadiaro frente á la torre de la Chullera, y allí rompieron el fuego contra las barcas que traian faginas al campamento.

Entonces salieron de este dos compañías de granaderos y alguna caballería para impedir un desembarco, si lo intentaban, y proteger los almacenes de pertrechos, que habia en aquel sitio; pero no llegó el caso de combatir; pues los enemigos despues de echar nueve barcas á pique dieron la vuelta á la bahía. A poco de esto, el Almirante Wager, dejado que hubo en la plaza veinte y cuatro cañones para reemplazar los desmontados, municiones y vituallas se fué á cruzar en el Mediterráneo.

La plaza bien provista de todo continuaba sin interrupcion sus disparos, y llegó el fuego á ser tan vivo en algunos dias (12 de abril), que se veian constantemente cuarenta proyectiles en el aire. Para disminuir los quebrantos que la tropa sufria con esta mortífera granizada se les ordenó suspender los trabajos durante el dia y continuarlos desde media noche en adelante; cuya circunstancia conocida de los ingleses los estimuló á hacer una salida en la noche del 28 de abril, protegidos por el fuego de sus baterías. Al llegar á la Laguna sintieron los nuestros el ruido y los rechazaron valerosamente despues de una sangrienta escaramuza.

Rematadas las baterías y mejorado el tiempo rompieron todas á una vez el fuego el 7 de mayo por la mañana, tan nutrido y mortífero, que arruinó todo el lienzo de muralla que daba al muelle y tambien el baluarte de San Pedro. Mucho daño se hizo á la batería de la reina Ana, que tan perjudicial era, como ya apuntamos, pues quedaron reducidos sus fuegos á tres piezas de escaso calibre. No menos sufrió la cortina principal de la Puerta de tierra, que solo contestaba ya con doce piezas; y una y otra vinieron al cabo á apagarse completamente.[1] Fueron por último tales los efectos de este vigorosísimo ataque, que no quedó piedra en pié en las baterías del muelle viejo, que estaban al alcance de las nuestras.

1 Diario del sitio publicado en la Gaceta de Madrid 1727.



En esto los sitiados colocaron precipitadamente una batería de morteros junto á la de la reina Ana, cuyos disparos causaron grandes destrozos en las trincheras y varios incendios. La batería de Valvasor sufrió tres; uno de ellos destruyó todas sus municiones y el último fué apagado por un destacamento de pocos hombres mandados por el capitan Manrique, quien con admirable serenidad dirigió los trabajos, y sufrió por mas de dos horas á cuerpo descubierto el fuego de todas las baterías de la plaza.

Así pasaba el tiempo, que los españoles empleaban en rehacer las trincheras, que las lluvias y el fuego enemigo destruian continuamente, y los ingleses en construir nuevas baterías en el monte, habiendo visto y palpado cuan útiles habian sido las otras que ya tenian en estos parajes. Los trabajos de zapa del campo español iban tan adelantados, que llegaban hasta la Laguna; tambien progresaba la mina; pero estos esfuerzos lentos no producian un resultado decisivo, ni tampoco habia esperanza de alcanzarlo por otro camino, provista como se encontraba la plaza de todo lo necesario.

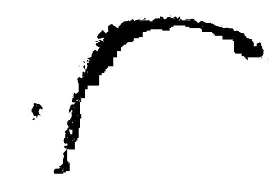
Así creció el descontento del ejército hasta el punto de dirigirse gefes y oficiales en queja al Marqués de Castelar, ministro de la Guerra, contra el Conde de las Torres por su tenaz empeño en proseguir su descabellada empresa. El Ministro no se atrevia á dar conocimiento al Rey de estas quejas, alucinado este con las comunicaciones del Conde, en las que le presentaba como segura y próxima la conquista; ya lo creyese así de buena fé, ya temiese desengañar al Monarca, perdiendo al propio tiempo su reputacion y valimiento.

Transcurrieron de esta manera otros cuantos dias, y cuando llevaba el sitio cerca de cinco meses llegaron impensadamente pliegos de la corte (23 de junio) para el General en gefe, en los que se incluian otros para Lord Portmore que le llevó el General Ydiaquez, gefe de la

trinchera. Enterado de su contenido el Gobernador inglés envió al coronel Roche y á otro oficial superior para conferenciar con el Conde de las Torres, que se encontraba en San Roque; y á poco se publicó un armisticio bajo las siguientes bases:

1.ª Habrá una recíproca suspension de armas entre el ejército español y la guarnicion de Gibraltar hasta la ratificacion de los preliminares para la paz general.
2.ª Continuará la guarnicion de la plaza incomunicada con las tropas sitiadoras, las que por su parte seguirán guardando sus trincheras.
3.ª El gefe de ellas podrá entrar en la plaza para observar si se hacen en ella reparos ú obras nuevas; y lo mismo podrá hacer otro oficial de igual graduacion de la plaza, en las trincheras.
4.ª Ningun individuo del ejército ni de la guarnicion podrá subir á la cuesta del Perejil; si alguno fuera se le hará fuego desde el monte y desde la trinchera.
5.ª Ninguna persona podrá salir de la plaza ni ir á ella desde España sin especial licencia de las respectivas autoridades. Toda correspondencia está prohibida tanto por mar como por tierra.

Veamos ahora las causas que produgeron esta inesperada suspension. Ya digimos que las hostilidades habian comenzado entre Inglaterra y España sin preceder declaracion alguna de guerra; tanto que el Embajador británico no se retiró de Madrid hasta el 6 de marzo, es decir, despues de empezado el sitio, y no por esta circunstancia, sino por la órden que dió el Gobierno español de secuestrar los bienes de los súbditos británicos que vivian en el Reino. Todo estaba, pues, reducido á amenazas y preparativos de guerra entre estas y las



demás naciones de Europa; si bien todas creian que el sitio de Gibraltar habia de ser el principio de una lucha general en toda ella.

Pero á ninguna convenia la guerra. Los legados del Papa en las cortes de Viena, París y Madrid hacian grandes esfuerzos para evitarla; sobre todo el Cardenal de Fleury, primer ministro del Rey de Francia, ofreció la mediacion de este al Emperador por medio del Embajador duque de Richelieu para el arreglo de las cuestiones pendientes. Aceptóla gustoso Cárlos VI; y en seguida comenzaron las conferencias entre los ministros de las potencias interesadas, los que al cabo convinieron en varios artículos preliminares, que fueron aprobados por el Emperador (21 de mayo 1727) y por el Rey de Francia, aplazándose el tratado definitivo de paz para el Congreso que habia de celebrarse en Soissons.[1] Firmaron los preliminares por Austria, el Baron de Fonseca; por Francia, el Conde de Morville; por Inglaterra, Sir Horacio Walpole; y por Holanda, Guillermo Borrel. Como no habia concurrido de España ningun ministro, se enviaron á Viena para que los firmase el Duque de Bournonville, embajador español en aquella corte.

Doce artículos contenian los preliminares cuya substancia era la cesacion inmediata de hostilidades, suspension por siete años del establecimiento de la compañía de Ostende, manzana de discordia para las potencias marítimas, y la reunion del Congreso dentro de cuatro meses.

Nada supo la corte de Madrid de los preliminares hasta que vinieron para su aprobacion. Sorprendió al Rey la noticia; pero enfermo y desalentado cedió á la necesidad y los aceptó (19 de junio), mandando en seguida suspender las hostilidades en el sitio de Gibraltar.

1 Belando: Hist. civ. de Esp. part. IV.

Otra órden vino para Lord Portmore del embajador holandés Vander-Meer por medio del Conde de las Torres y todas se cumplieron de la manera que hemos visto.

Continuaba el armisticio, pero el sitio no se levantaba, y aunque aceptados los preliminares por el Monarca español quedaban por ratificar aun, y no podia concluirse la paz por esta causa. Los Embajadores de Francia, Inglaterra, Holanda y Austria instaban fuertemente al Ministro español, marqués de la Paz para que venciese la repugnancia de Felipe y se celebrase cuanto ántes el tratado definitivo, cuyo retardo ocasionaba tan graves perjuicios todas á las potencias. Por último, convínose en que el Conde de Rottembourg, embajador francés, presentaria una nota al Ministro español conteniendo las proposiciones para el arreglo, y que este contestaria lo que creyese conveniente. Hecho así, contestó el Marqués de la Paz (3 de diciembre 1727) ofreciendo en nombre del Monarca español primeramente; el levantamiento completo del sitio de Gibraltar y retirada del ejército á cuarteles de invierno; en segundo lugar la devolucion del navío Príncipe Federico; y por último, la obligacion de mantener otras concesiones que se habian hecho ántes á los ingleses sobre el comercio de las Indias.

No quedaron satisfechos los Embajadores de Inglaterra y Holanda con esta respuesta, y comenzaron de nuevo á cruzarse virulentas notas entre el gobierno inglés y la corte de Madrid. Inglaterra aumentó sus armamentos, y muerto el rey Jorge I (22 de junio 1727) y sucedídole su hijo Jorge II mandó este reforzar la escuadra de Wager con seis navíos, que llegaron á la bahía de Gibraltar.

Sintiéronse aquí los efectos de las nuevas complicaciones. Gefe el Conde de Montemar del ejército por ausencia del de las Torres mandó levantar la línea que

partia desde uno al otro mar; fortificó y reedificó la batería llamada de Tessé para proteger las embarcaciones españolas que entraban en la ensenada. Medida acertada y conveniente, pues se evitaron con ella las usurpaciones de terreno, y se cortó del todo la comunicacion terrestre con la plaza.

El gobernador de ella Lord Portmore se opuso fuertemente á estas obras, que conceptuaba como una infraccion de los preliminares, en lo que no andaba acertado; pues segun el tratado de Utrecht, á que hacian referencia aquellos, la plaza no tenia mas término que sus murallas, y no habia derecho ni razon para impedir á España la fortificacion de su frontera dentro de su terreno. Así lo manifestó el Conde de Montemar, pero sin suspender los trabajos, con lo que subió de punto el enojo del Gobernador inglés y trató de impedirlos á cañonazos; pero se concluyeron á pesar de sus fuegos.

Entretanto enfermo el Rey, y temerosa la Reina, que era la verdadera gobernadora, de las complicaciones de este estado violento y apremiada además por el de la Paz se avino á ponerle término por medio de una nueva convencion. En su virtud se firmó en el Pardo (6 de marzo 1728) el acta de ratificacion de los preliminares que contenia cuatro artículos, de los que el primero referente á nuestro objeto decia así:[1] „Se levantará inmediatamente el bloqueo de Gibraltar: las tropas volverán á sus cuarteles: se retirará la artillería: se demolerán las trincheras y demás obras de sitio; volverá todo por ámbas partes al estado prescrito por el tratado de Utrecht."

No por esto renunció el Rey de España su derecho á exigir la devolucion de la plaza; ántes bien se dispuso á ejercitarlo en el Congreso que á poco tiempo se abrió en Soissons (14 de junio) con asistencia de los representantes de casi todas las potencias de Europa. España

1 Lafuente: Hist. gen. de Esp. part. III, lib. VI, tomo XIX.

envió al Duque de Bournonville, al Marqués de Santa Cruz de Marcenado, Don Álvaro de Navia Osorio, Don Joaquin de Barrenechea y Don Melchor de Macanáz.

Se vió claro desde las primeras sesiones que los representantes ingleses Stanhope y Walpole no iban dispuestos á ceder un ápice en el negocio de la restitucion de Gibraltar; por el contrario exigieron de España una renuncia categórica de la plaza y tan terminante que nunca pudiera volverse á disputar sobre su posesion. Los representantes españoles ofrecian la renuncia con arreglo al tratado de Utrecht; pero salvando el derecho adquirido por otras convenciones. Estas sutilezas equivalian á una negativa, y por consiguiente no hubo arreglo definitivo ni en esta ni en las demás cuestiones sometidas al Congreso, el que por último vino á ser tan infructuoso como el de Cambray. La mayor parte de los representantes se habian marchado á sus respectivas cortes, y el Cardenal de Fleury, que habia asistido á él en calidad de mediador, se retiró tambien á París á donde por último se trasladaron todos, y permanecieron allí hasta 1730; pero sin adelantar paso en las negociaciones.

Grande agitacion produjo en el Parlamento inglés la respuesta de España, pues se traslucia que la insistencia de esta en pedir la restitucion de Gibraltar arrancaba de las imprudentes promesas del Gobierno. Alborotóse de nuevo la Nacion; los meetings se sucedian unos á otros, y el pueblo gritaba y clamaba por la conservacion de sus posesiones; mientras que el Rey y el Ministerio procuraban satisfacer la opinion pública con nuevas seguridades.

En las Cámaras hizo la oposicion que se trajese la carta célebre del difunto Rey, y se probó por su contenido con cuanta razon el Monarca español no queria cejar en su propósito de pedir el cumplimiento de la

promesa.[1] No obstante, la mayoría aprobó una proposicion para que se invitase al Gobierno á que tuviese especial cuidado en que el Rey de España renunciara en el tratado, que se iba á celebrar, en términos claros y precisos, todo derecho á Mahon y Gibraltar. No pasó sin embargo este acuerdo sin dificultad, insistiendo la oposicion en que el Gobierno debia ser responsable de sus imprudentes promesas, que habian creado indebidas esperanzas.

En tanto los Reyes de España salieron de Madrid hácia Badajoz para celebrar los desposorios de sus hijos con los Príncipes portugueses; viaje que suspendió las negociaciones políticas, no vueltas á entablar hasta su llegada á Sevilla. „La Europa entera, dice el elegante historiador Lafuente, no podia permanecer ya mas tiempo en un estado que no era de guerra, ni de tregua, ni de paz, y por lo mismo que participaba de todo era un estado indefinible y no podia prolongarse mucho tiempo sin graves peligros para todos, porque era ya casi imposible tambien discernir los amigos de los enemigos."

La Francia estaba impaciente y mas que ella Inglaterra, cuyo dilatado comercio sufria enormes quebrantos con estas incertidumbres. Así, apenas llegados los Reyes de España á Sevilla, vino el caballero Stanhope, que ya hemos visto de embajador en Madrid en épocas anteriores; y se dió tan buena traza que en pocos dias se arregló y firmó un tratado (9 de noviembre 1729) que llevó por título „de paz, union, amistad y defensa entre las Coronas de la Gran Bretaña, Francia y España." Constaba de catorce artículos, y eran los principales referentes á la introduccion de tropas españolas en los Ducados italianos para sostener los derechos del infante Don Cárlos; empeño ciego de la Reina, y por cuya con-

1 From a copy of the letter laid before the house, it plainly appeared that King George I had consented to his restitution. Smollet Hist. of Great Britain. Vol. III, pag. 114.

secucion se sacrificaron los mas altos intereses entre ellos á Gibraltar. Nada se estipuló en el tratado sobre esta plaza, si bien en él se ratificaron los anteriores convenios, con mútuas promesas de amistad entre ámbas potencias. Firmáronlo por nuestra parte el Marqués de la Paz y Don José Patiño.

Muy satisfecho se mostró el Gobierno inglés con este arreglo, tanto que premió al negociador creándolo Par bajo el título de Lord Harrigton; lo mismo el Rey de España, que tambien concedió ámplias mercedes á los ministros que en él habian intervenido.

Pero ni la Nacion inglesa ni la española quedaron contentas. En la primera se demostró el enojo en el Parlamento; el que si bien aprobó el convenio por mayoría protextaron contra él veinte y cuatro Pares,[1] fundados en que dicho convenio era una patente violacion del tratado de la Cuádruple alianza, y que con malicia se habia omitido en él un artículo espreso que contuviese la renuncia clara y terminante del Rey de España á Gibraltar y Menorca, cuya posesion quedaba sujeta á muchas dudas en lo porvenir; sin que bastase á llenar este vacío la cláusula general y formularia de ratificacion de tratados anteriores.

El pueblo español por su parte conocia, si bien no podia decirlo en voz tan alta, que las tenaces pretensiones de la Reina á los Ducados habian separado al Austria de la alianza española, é impedido que juntas se hubiesen aprovechado de esta propicia ocasion para obli-

1 Decia así la protexta.
"Protextamos lo octavo: porque tememos que haya en este tratado una artificiosa omision de la estipulacion clara y expresa que asegure nuestros derechos sobre Gibraltar y Mahon. Por mucho deseo que tengamos de atribuir esta omision mas bien á la habilidad de los ministros españoles que á falta de celo por la patria de los nuestros, es aquel un error que sujeta la posesion de estas importantes plazas á muchas tergiversaciones en lo futuro, etc." Piec. justificativ. en Moutgon. tomo VII núm. XXXIV.

gar á Inglaterra á la devolucion de la plaza. Así la frágil corona de un corto y miserable estado allá en el centro de Italia vino á costar á España por de pronto la pérdida de un aliado poderoso y una plaza importante; y mas tarde inmensos al par que inútiles sacrificios para recobrarla.

Así concluyó el segundo sitio que los españoles pusieron á Gibraltar; tan gravoso y funesto á la Nacion como el primero, y en el que se perdieron cerca de tres mil hombres entre muertos, heridos y enfermos; y grandes caudales. No aventajó en nada el Conde de las Torres al Marqués de Villadarias, salvo en la tenacidad, mas culpable por el olvido de la anterior esperiencia; si bien podia alegar en su abono el decidido empeño del Rey y de la Nacion en recuperar la plaza, empeño que siempre vivo habia de dar nuevos y amargos frutos en adelante.

CAPITULO IV.

Fundacion de San Roque, de Los Barrios y de la nueva Algeciras.—Disensiones entre esta y San Roque.—Fin de ellas.—Socorro á Ceuta.

Ántes de referir el supremo y mas grande esfuerzo que hizo España para reconquistar la ciudad, objeto de esta historia, conviene que volvamos la vista atrás y nos ocupemos de las vicisitudes por que pasaron los heróicos españoles que la poblaban cuando cayó en poder de los ingleses; aquellos que guiados por un noble sentimiento de abnegacion y patriotismo huyeron todos de sus muros, prefiriendo la pérdida de sus bienes y hogares á la dominacion estrangera.

Este suceso, único quizá en la historia, produjo singulares efectos. Los habitantes prófugos vinieron á ser los representantes de la ciudad perdida, cuyo nombre y autoridades conservaron, así como todos los privilegios que aquella gozaba por merced de los Reyes. Hubo, pues, dos ciudades de Gibraltar; una material ocupada por los ingleses, y otra moral compuesta de españoles que andaba errante con sus recuerdos históricos y con los títulos de propiedad en la mano en busca de sitio en donde posarse.

Los Reyes de España contribuyeron á mantener esta ficcion, pues ya por el afan de recobrar la plaza, ya co-

mo lenitivo al dolor que sentian por su pérdida, y tambien como recompensa á la lealtad de estos habitantes, les confirmaron todos sus anteriores privilegios,[1] como si tal ciudad no hubiese salido de su dominio, y sí solo mudado de asiento por razones de conveniencia.

Ya apuntamos al finalizar la tercera parte de este opúsculo que el grupo mas numeroso de los fugitivos de la plaza se habia acampado en las haciendas cercanas á la ermita de San Roque distante una legua al N. E. de aquella; antiguo santuario edificado sobre una colina cuyos contornos estaban cubiertos de viñedos y caseríos. Acudian á él los trabajadores en los dias festivos y su Patrono gozaba de mucha veneracion entre ellos, particularmente desde la epidemia que afligió á Gibraltar en 1649. Era, pues, un lugar ameno y de recuerdos gratos, por cuya razon fuéronse reuniendo en él muchos de los dispersos, quienes edificaron junto á la misma ermita chozas, barracas y mas tarde edificios de piedra. Tales fueron los principios de San Roque.

Á poco los dueños de las haciendas esparcidas en las riberas del Guadarranque se vinieron tambien á este sitio para librarse de las embestidas de los nuevos habitantes de la plaza. Eran estos unos verdaderos bandidos, ya italianos y aun españoles que se habian acojido allí despues de la conquista buscando la impunidad de sus crímenes, y que sin olvidar sus perversas mañas salian de aquella en tropel y acometian de noche á los indefensos moradores de las haciendas, á los que asesinaban despues de pillar cuanto habia en ellas.

Dió nuevo auge al naciente pueblo el establecimiento en él del antiguo Ayuntamiento de Gibraltar, cuyos re-

1 Existen las reales cédulas de confirmacion en el Archivo de San Roque aunque muy destrozadas. En 1739 siendo Corregidor Don Francisco de Escobar acordó el Ayuntamiento pedir testimonio á Antequera de su fuero, del que tambien disfrutaba la ciudad, como ya vimos, por concesion de Enrique IV.

gidores al perderse aquella se vinieron casi todos á refugiar en estos parages, en donde tenian posesiones. En ellas se reunian periódicamente y celebraban sus acuerdos.

La primera junta la tuvieron segun tradicion en la huerta llamada de Varela, perteneciente á Don Bartolomé Luis Varela, uno de ellos.[1] Acordaron en dicha sesion edificar una nueva ciudad, para lo que pidieron y obtuvieron reales despachos del Consejo (1706), en los que se les ordenaba que situasen la nueva poblacion fuera del alcance de los fuegos de Gibraltar: y como la colina de la ermita gozaba de esta ventaja, además de la pureza y salubridad de sus aires, construyeron allí moradas sin perder, no obstante, la esperanza de recobrar pronto las suyas antiguas, que tenian á la vista. Este fué el motivo de no haberse edificado á San Roque en el cortijo del Rocadillo, asiento de la famosa Carteia y sitio el mas á propósito en toda la costa de la ensenada para este objeto.

Años despues (1716) los otros vecinos de Gibraltar, que se habian refugiado en los caseríos y haciendas de las riberas de Palmones, acosados tambien por los foragidos que infestaban la ensenada se internaron y agruparon junto al Oratorio de San Isidro, que formaba parte del cortijo llamado de Tinoco, propio del canónigo de la Catedral de Cádiz Don Juan de Ariño. Este, que solia pasar temporadas en él, convidó á los dispersos con liberales ofertas; y aceptadas por ellos edificaron allí chozas y albergues, comienzo de la poblacion de Los Barrios.

Los que se marcharon hácia la parte de Algeciras, que fueron los menos, se reunieron tambien junto al Oratorio de la Vírgen de la Palma, que estaba en el cortijo de los caballeros Galvez, vecinos acomodados de la

1 El caserío en donde se celebró esta notable sesion, está situado á unos 300 pasos de la poblacion actual, saliendo de ella por la Alameda, y que si bien reedificado, conserva la misma forma que entonces tenia.

plaza y que huyeron á Málaga despues de su pérdida. Formaron en este parage una poblacion como las otras; pero tan reducida en los principios que ni parroquia tenia; acudiendo sus vecinos para recibir los auxilios espirituales á la de Los Barrios, de la que era cura Don Pedro de Rozas. Pero aumentada la poblacion, y para evitar la molestia que los habitantes esperimentaban en andar tan largo trecho se erigió en parroquia el Oratorio de la Palma, y se nombró cura de ella á Don Pablo de Rozas, hermano del anterior.

Tanto Algeciras como Los Barrios estaban sujetas á la jurisdiccion de San Roque, asiento del Ayuntamiento de la antigua ciudad; y todas tres poblaciones representaban al perdido Gibraltar, llamándolas el Rey en sus despachos: "Mi ciudad de Gibraltar residente en su campo." Pero San Roque era la cabeza de este cuerpo y en ella residian las autoridades civiles y militares del campo.

Nuevo lustre adquirió su Ayuntamiento con venir á presidirlo un Corregidor de nombramiento real (1716); cargo que hasta entonces habian desempeñado por turno los regidores. Fué el primer corregidor Don Bernardo Diez de Isla,[1] capitan de granaderos, y desempeñaba la presidencia á la sazon el regidor Don Bartolomé Luis Varela.

Como se consideraba bloqueada la plaza[2] habia una numerosa guarnicion en todo el campo; cuya plana mayor y comandante general residia en San Roque con gran provecho y fomento de la poblacion, que iba creciendo á vista de ojos. La antigua ermita se habia convertido en una iglesia capaz y cómoda y el excelente cura Romero, que habia permanecido, como ya dijimos, dentro de la plaza al cuidado de su Iglesia aprovecha-

1 Lib. de acuerdos del Archivo de San Roque de 1706 á 1716.

2 En algunos cabildos se ve este encabezamiento "En el campo y sobre el bloqueo de la ciudad de Gibraltar, reunidos los Sres., etc."

ba toda ocasion oportuna para remitir los libros del archivo parroquial,[1] las alhajas y hasta las efijies de los Santos. Valíase para esto de los españoles que iban á traficar á la plaza y empleaba mil ingeniosos ardides para conseguir su objeto, entre los que fué notable el de la efijie de San José, que siendo abultada la vistieron con capa y montera y colocada sobre un caballo con otro hombre detrás que la sostenia salió sin descubrirse el engaño.

Años adelante salió tambien la muy venerada de Jesus Nazareno,[2] que entregaron voluntariamente los genoveses, únicos católicos que habia en la plaza. ¡No creian, pues, los piadosos habitantes de San Roque representar legítimamente á la ciudad pérdida sin tener en su seno las imágenes que habian venerado sus padres! Los sucesores del cura Romero, Roman y Peña siguieron sus huellas; pero este último fué denunciado á las autoridades inglesas, y estas lo expulsaron de la plaza entre bayonetas.

Fué tal el impulso que estas circunstancias dieron al pueblo, que durante el mando del Marqués de Castelar (1723 á 1727) se duplicó su vecindario. Pero al mismo tiempo crecian las otras poblaciones, especialmente Algeciras, que tambien tenia guarnicion, y además el comercio utilísimo, que le proporcionaba su puerto. Mucha riqueza alcanzó con el tráfico de carbones que exportaba para Cádiz y otros puntos de la costa, elaborados en los poblados y frondosos montes de Castellar y Los Barrios. Se edificó una espaciosa iglesia parroquial, á cuya fábrica contribuyó liberalmente el Obispo de Cádiz Don Lorenzo Armengüal de la Mota, bajo la advocacion de la Vírgen de la Palma; y el oratorio antiguo se llamó desde entonces hasta el dia de la Vírgen de Europa.

1 Ayala: hist. de Gibraltar.
2 Es la que existe en la Iglesia de la Caridad de San Roque.

En Los Barrios se construyó tambien otra iglesia dedicada á San Isidro; si bien se conservó separadamente el antiguo oratorio de este nombre que aun subsiste. La iglesia ocupaba el mismo sitio que la actual; esta por su elegante y sólida arquitectura y bella distribucion es la mejor de todas las del campo y la mas notable acaso de la diócesis. Creció tambien la riqueza de este pueblo con el progresivo aumento de la ganadería, debido á sus sabrosos y abundantes pastos.

Floreciente y próspera Algeciras sintió el natural deseo de emanciparse de San Roque y apoyada en la órden dada por el Consejo al gefe militar Don Bartolomé Porro para fomentar su poblacion solicitó por medio de este en memorial al Rey (1726) se le devolviesen los términos de la antigua Algeciras, que los Reyes católicos habian concedido á Gibraltar cuando aquella dejó de existir. Alegaban que habiendo renacido la ciudad justo era que renaciesen tambien sus antiguos derechos y volviese á gozar de su patrimonio.

El Consejo de Castilla en sesion plena oyó la peticion, accedió á ella y libró las órdenes oportunas al Ayuntamiento de San Roque para su cumplimiento. Opúsose este y entonces se abrió un juicio contradictorio ante el oidor de la Audiencia de Sevilla Don Diego de Adorno, juez nombrado para decidir el negocio. No llegó, sin embargo, el caso de dar sentencia, pues el demandante Porro murió durante el pleito en un castillo de Cádiz en donde estaba preso.

Renovó la misma demanda en otra instancia el teniente coronel Don Juan de la Fita; pero se opuso de nuevo San Roque y elevó sus quejas directamente al Rey sobre el despojo que se le queria inferir; y entonces fuéle contestado por medio del comandante general, Marqués de Castelar "Estuviese cierta la ciudad de que S. M. no atentaria á sus privilegios."

Esto, si bien aplazó no dirimió la contienda, que vino

á reproducirse años despues (1734) con mayor fuerza y empeño. Esponia Algeciras en su nueva instancia el aumento rápido de su poblacion, superior ya á la de San Roque, su creciente comercio y la parcial administracion del Ayuntamiento de esta ciudad, que solo atendia á los vecinos de ella sin cuidarse de los de Algeciras; y tan pujante se creia que no se contentaba ya con pedir sus antiguos términos, sino que avanzaba hasta pretender que el antiguo Ayuntamiento de Gibraltar se trasladase á ella por tener mejores títulos y elementos que las otras poblaciones para representarla.

San Roque, á quien se pidió informe sobre la nueva solicitud, contestó indignada que ella era la única y verdadera ciudad de Gibraltar, como compuesta su poblacion de todos los vecinos de la antigua, y que no podia ningun otro pueblo abrogarse la representacion de aquella, y mucho menos Algeciras cuyo vecindario era allegadizo en su mayor parte y contados los vecinos de la ciudad antigua que moraban en ella. Parecíale cosa injusta que gente forastera viniese á gozar de los bienes que los Reyes habian concedido esclusivamente á los vecinos de Gibraltar.

Negaba además el cargo de parcialidad en la administracion de justicia y de los Propios, así como la superioridad del vecindario de Algeciras; y por último pedia que para evitar quejas en adelante se nombrase un Alcalde mayor para todas las poblaciones del campo, pero con residencia fija en Algeciras á cuya administracion debia atender especialmente. Evacuaron el informe (abril 1735) los diputados de la ciudad Don Gerónimo de las Doblas, Don Alonso Dávila Monroy, Don Sancho de Yoldi y Don Rodrigo Trexo.

El Rey, oido el Consejo (11 de octubre) negó la peticion de Algeciras, si bien para no desairarla del todo le concedió un Alcalde mayor letrado, nombrado por el Corregidor de San Roque, que debia ejercer jurisdiccion

civil y criminal en la ciudad y en una legua de territorio, prévia la aprobacion del Consejo, y siempre que el Corregidor no estuviese presente. Corta fué la concesion, pero no habiendo otro remedio tuvo Algeciras que contentarse con ella.

Así, estas cuestiones venian á resolverse no en consideracion á la pública conveniencia, sino por argucias de derecho cuyo fundamento era la supuesta existencia de la antigua Gibraltar; ficcion que venia á poner trabas y entorpecer el desarrollo de los pueblos formados con los vecinos de aquella, ó con ocasion de su pérdida. No era mucho por otra parte que Algeciras, habiendo renacido con su histórico y celebérrimo nombre, pretendiera sustentarlo de una manera digna de sus gloriosos recuerdos; ni tampoco el Gobierno perdia nada en fomentar estas nuevas poblaciones, sin atenerse á añejos privilegios que con detrimento de los demás monopolizaban unos pocos. Muchos al olor de ellos habíanse venido de otros pueblos á sentar plaza de regidores perpétuos en San Roque, cuyo abuso era tambien motivo de disgusto para las otras poblaciones. Pero tales eran los principios económicos de la época.

Años adelante se creó tambien otro Alcalde mayor para Los Barrios, y por último, creciendo la importancia de Algeciras y por consiguiente sus necesidades, se le dió por el Consejo (1755) el título de ciudad y se le autorizó para tener ayuntamiento propio, bajo la presidencia del Alcalde mayor y compuesto de cuatro regidores, un procurador síndico y dos alguaciles, cuyos individuos habian de ser propuestos por primera vez por el Comandante general del Campo, que lo era entonces Don Francisco de Paula Bucareli, muy interesado en este asunto.

Dividida la jurisdiccion no tardó en dividirse tambien el término: y por otra provision del Consejo (22 de

junio 1756)[1] se mandó hacer la division, y en ella se señaló por límite á Algeciras, el rio Palmones; á San Roque, el de Guadarranque; y á Los Barrios el espacio comprendido entre los dos rios; extendiéndose despues los respectivos linderos hasta los términos de Tarifa, Alcalá de los Gazules, Castellar y Casáres, tales como hoy existen.

Adoptada esta medida veinte años ántes hubiéranse evitado disensiones y pleitos, orígen de graves enemistades entre pueblos hermanos de nacimiento y de que aun se han advertido ligerísimas huellas, que el tiempo y la razon acabarán de borrar.

San Roque, como era de presumir, no llevó á bien esta division de términos y protextó contra ella (1763) por considerarla una derogacion de sus privilegios; y de nuevo pidió que los alcaldes mayores de Algeciras y Los Barrios jurasen sus cargos ante su Ayuntamiento. No se atendió á esta solicitud ordenándole que se atuviese á lo mandado (1768), si bien se prevenia que los dichos funcionarios presentasen los títulos ante el Ayuntamiento de San Roque y que los nombramientos de los capitulares de los dos pueblos se anotasen en los libros de actas del mismo.

Poco caso hicieron los otros pueblos de este mandato, que no llegó á cumplirse flojos cada vez mas los lazos.

1 Es curiosa la nota siguiente que dá una idea de la poblacion y riqueza de los pueblos del Campo por estos años.

POBLACION.

Algeciras	1000 vecinos	en	638	casas.
San Roque	800	"	472	"
Los Barrios	300	"	402	"

RIQUEZA.

Constaba el término de 5 leguas de E. á O.: tres de N. á S.; y 29 de circunferencia. En ellas estaban comprendidas las dehesas de Ojen, Zanona y las Navas, cuyos señores tenian jurisdiccion en ellas con mero y mixto imperio, ó sea horca y cuchillo.



que los unian, como desvanecido casi el fantasma de la ficcion y atentos cada uno á su particular engrandecimiento.

Merece una mencion particular el buen servicio que, años ántes (1757) y durante el mando del general Bucareli, prestaron estas poblaciones á la patria con el oportuno y eficaz socorro que dieron á Ceuta. Entonces como ahora esta plaza africana, resto que nos quedó del imperio portugués, era constante blanco de las embestidas de las salvajes tribus berberiscas; y en esta ocasion cargaron con tal ímpetu sobre ella, que saltando las trincheras arrancaron la mayor parte de la estacada y poco les faltó para entrar en la plaza. En tal apuro su gobernador Don Miguel Agustin Carreño pidió auxilio al General y á los pueblos del campo. Al punto se reunió el Ayuntamiento de San Roque y convocados los vecinos pasaron muchos á la plaza, con lo que su guarnicion libre ya y espedita pudo rechazar á los enemigos que la asediaban. Enviáronse tambien abundantes provisiones y pertrechos.

Y dejando por ahora á estos pueblos, para ocuparnos de ellos mas adelante, continuemos la relacion de los sucesos de la verdadera Gibraltar, que durante este tiempo seguian poseyendo pacificamente los ingleses, y aumentando con esmero su fortaleza.[1]

1 *Comandantes generales desde 1723 á 1779.*

Marqués de Castelar: Conde de Mariani: Don Diego Ponce de Leon: Don José Vazquez Prego: Don José San-Just: Don Francisco Bucareli y Ursua: Don José Caraveo: Don José San-Just, segunda vez: Don Antonio Manso: el Marqués de Wandemark: el Conde de Crillon: el Marqués de Wandemark segunda vez: Don Diego Tabares, hijo de la plaza: Don Joaquin de Mendoza.

CAPITULO V.

Rompimiento entre Inglaterra y España.—Sucede á Felipe V su hijo Fernando VI.—Paz de Aquisgran.—Entra á reinar Cárlos III.—Guerra con Inglaterra.—Se hace la paz.—Nuevo rompimiento.—Bloqueo y sitio décimo cuarto de Gibraltar, tercero de los españoles.—Don Martin Alvarez de Sotomayor, general en gefe.—General Eliott.—General Barceló.—Socorre la plaza el almirante Rodney.—Lángara prisionero.—Anécdota.—Negociaciones para la paz sobre la base de la devolucion de Gibraltar.—Propuesta del Gobierno español.—Célebres palabras de Lord Stormont.—Cesa la negociacion.

No produjo el tratado de Sevilla los frutos que esperaba la corte de Madrid y particularmente la reina Isabel Farnesio, cuyos deseos de asegurar á sus hijos Cárlos y Felipe los estados de Italia eran cada vez mas vehementes. Un año habia transcurrido desde su celebracion sin que las tropas españolas pisaran aun el territorio italiano, y esto la impacientó de tal manera, que estrechó su alianza con la Gran Bretaña y celebró con la misma una especie de convencion, ratificándose en ella el tratado de Sevilla en la parte relativa á la conduccion de tropas á Italia para posesionar al infante Don Cárlos de Parma y Plasencia; particulares que aquella potencia se comprometió á orillar. Firmaron la convencion en Sevilla (6 de junio 1731) el Marqués de la Paz, Don José Patiño y Mr. Keene.

No es de nuestro propósito referir los sucesos que tuvieron lugar en Italia para colocar en los Ducados al Infante español; bástenos saber que terminaron con la cesion de dichos estados al Emperador de Austria, quien á su vez dió en cambio á Don Cárlos las coronas de Ná-

poles y Sicilia de donde lo veremos venir á sentarse en el Trono de España. Pero tenaz y perseverante en sus designios la reina Isabel Farnesio por poco no ocasiona la ruina de Cárlos, empeñada en asegurar el estado de Plasencia á su hijo Felipe, que fué allá con un ejército francés. Apretado Cárlos por el Austria é Inglaterra se vió forzado por el Almirante inglés estacionado en Nápoles á guardar una humillante neutralidad; ultraje que engendró en su ánimo naturales deseos de venganza, y que costó, como veremos, grandes sacrificios en el porvenir.

Años adelante (1738) surgió nuevo disgusto entre Inglaterra y España con motivo del comercio de América, y del derecho de visita que ejercia la marina española con la inglesa en aquellos mares. De aquí se exaltaron los ánimos en ámbas naciones sin querer la una sufrir trabas en su tráfico; y no aviniéndose la otra á tolerar los abusos de los comerciantes ingleses.

Sonó de nuevo el grito de guerra á pesar de que el ministro Walpole en Lóndres y Mr. Keene en Madrid hacian grandes esfuerzos para evitarla. Por su mediacion se celebró una convencion en el Pardo (enero 1739) con este objeto: pero fué mal recibida por el Parlamento británico, que con virulentas manifestaciones azuzaba el ánimo del pueblo; y estuvo á punto de derribar al ministro Walpole, presentada que fué una mocion para ello de Mr. Sandys, el mismo que mas adelante vino á sucederle en el poder.[1]

Esto indignó á la Corte de España y á la Nacion toda y se declaró públicamente la guerra (23 de octubre) con regocijo universal. Ya ántes estaba anclada en las aguas de Gibraltar una escuadra al mando del Almirante Haddock, y despues de esto salió otra de Inglaterra al mando del Vice-almirante Vernon, quien atacó y tomó

1 Smollet: Hist. of Great Brit. cap. III, vol. III, pag. 242.

á Portovelo; alentado con el triunfo embistió en seguida á Cartagena de Indias, que no pudo tomar, ni menos la Habana, siendo derrotado con pérdida de la mayor parte de sus fuerzas; suceso que produjo la mayor consternacion en Lóndres.

En España se pensó en formar un campo atrincherado frente á Gibraltar y colocar en él un numeroso cuerpo de ejército; haciendo todo presumir que acaso iban á reproducirse los anteriores proyectos de conquista.

Así iban las cosas cuando ocurrió la muerte del rey Felipe V en el Buen Retiro (9 de julio 1746), príncipe digno de su esclarecida estirpe, virtuoso, paciente y que dió gran empuje al bienestar y grandeza de la Monarquía.

Sucedióle su hijo Fernando VI tan honrado y bondadoso como su padre, y desde que se sentó en el trono comenzaron las negociaciones de paz. Era máxima de este buen Rey la contenida en una coplilla vulgar de "con todos guerra y paz con Inglaterra," y lo probó bien pronto. Ya el Parlamento británico habia dado muestras de desearla al anular el acta que prohibia el comercio con España, y sobre todo, al reconocer en esta el derecho de visita, principal motivo de la discordia.

Las demás naciones querian tambien y necesitaban la paz, y todas acordaron enviar representantes á Breda para convenir en los preliminares de ella. Fué allá en nombre del Monarca español el célebre Don Melchor de Macanaz, quien con su habilidad y tacto por poco no alcanza de Inglaterra la tan codiciada restitucion de Gibraltar. Trasladáronse despues las conferencias á Aquisgran (Aix la Chapelle) y se firmó el tratado definitivo (18 de octubre 1748) entre España, Francia, Austria y las potencias marítimas; paz, que sea dicho de paso, en nada alteró las condiciones de las naciones beligerantes, si bien aseguró el reposo que tan necesario era ya á Europa.

El beneficioso y acertado sistema de neutralidad, base de la política de Fernando VI y de su excelente y modesta esposa Doña Bárbara de Portugal, cesó con su muerte ocurrida en 10 de agosto 1759.

Ocupó el Trono su hermano paterno Cárlos III, ya rey de Nápoles y de las dos Sicilias, como hemos visto. Este grande é ilustre Monarca apenas comenzó á reinar varió el rumbo político que habia seguido su prudente hermano; y ya fuése hostigado por la Francia, ya deseoso de vengar agravios antiguos se declaró enemigo de Inglaterra y celebró el convenio célebre llamado *Pacto de familia* (25 de agosto 1761), que vino á formar de Francia y España una sola nacion y á acarrear á la última onerosísimas consecuencias. Por de pronto fué una la pérdida de la Habana y de Manila; pues como era natural, fueron las colonias las primeras presas en una guerra con tan pujante nacion marítima.

Á poco se celebró la paz (1763), y para recobrar España las perdidas colonias tuvo que sacrificar otras como la Florida y conceder además varios derechos lucrativos á los ingleses, único fruto que por entonces produjo el malaventurado pacto.

Duró el sosiego de Europa hasta el levantamiento de las colonias americanas inglesas contra la metrópoli, que favoreció la Francia; y ya declarado dictador el célebre Washington sostuvo éste choques sangrientos contra los ingleses con ayuda de aquella. En tanto, el Gabinete de París apremiaba al de Madrid, para que tomase parte en la contienda, como única y propicia ocasion de debilitar el poder de Inglaterra.

El rey Cárlos conocia que, dueño de tantas colonias, no le era conveniente esta política, si bien por otra parte no le parecia acertado ni generoso dejar sola á la Francia; y en lucha su ánimo con tan contrarios intereses, creyó su ministerio que todo podria conciliarse, si España se presentaba como mediadora entre Inglaterra y sus

rebeldes colonias. El Rey ofreció, pues, su mediacion en ciertas proposiciones que fueron desechadas por Inglaterra, como no podia menos de suceder, supuesto que la primera de ellas iba encaminada á establecer una tregua de 25 años entre las colonias y la metrópoli para arreglar durante este tiempo las diferencias pendientes, lo que en suma equivalia á una concesion de su independencia. Por esto hay historiadores[1] que atribuyen mala fé al ministro Floridablanca en estas negociaciones.

Aunque así no fuese, es lo cierto que, aun ántes de ser desechadas las proposiciones, Cárlos III declaró la guerra á Inglaterra y se unió á Francia, quejoso de varios agravios inferidos por los ingleses en los dominios de América. Esta resolucion repentina del Rey fué atribuida á las vivas sugestiones del Conde de Aranda, embajador en Paris, desde donde atizaba el odio contra los ingleses hasta el punto de haber presentado un proyecto de desembarco en la misma Inglaterra.

Por mas que esta guerra no fuese muy política, como los sucesos lo fueron demostrando, gozó de gran popularidad en España. Todos los pueblos de ella, corporaciones eclesiásticas y civiles, grandeza y particulares se apresuraron á ofrecer todos sus medios para llevarla á cabo.

La provincia de Cádiz se distinguió entre todas, como siempre ha sucedido en casos patrióticos, y la antigua ciudad de Gibraltar, residente en San Roque, que veia en esta guerra una ocasion oportuna de volverse á sus antiguos hogares cuyo nombre conservaba, ofreció al Rey la vida y haciendas de sus vecinos en una sentida esposicion á que contestó agradecido en nombre del Monarca su ministro Floridablanca.[2] De las ofertas solo

1. William Coxe. España bajo el reinado de la casa de Borbon. Cap. LXX.

2. Libros de acta del Archivo de San Roque año 1779.

fueron aceptadas las que hizo de sus arbolados el señor de las Navas, descendiente de la plaza. Pronto (junio 1779) comenzó el bloqueo de esta.

Nombróse general en gefe del ejército bloqueador á Don Martin Álvarez de Sotomayor, general experimentado en las guerras de Italia. Vinieron con él los tenientes generales Don Ladislao Habor, el Marqués de la Torre y el Conde de Revillagigedo; los mariscales de campo Don Antonio Olivier, mayor general de infantería; Don Juan Caballero, maestre de campo; Don Rudesindo Tilly, gefe de la artillería; y el Marqués de Arellano, gefe de la caballería; tambien los Marqueses de Montehermoso, de Zayas, y de Torremanzanal, y Don Justo Tellez, todos de igual graduacion.

Componíase el ejército de dos batallones de guardias españolas, dos de walonas y de otros tantos sacados de los regimientos de Soria, Guadalaxara, América, Cataluña, voluntarios de Aragon y uno de Saboya; mil artilleros y doce escuadrones de caballería, cuatro de ellos de dragones; y el total era de trece mil setecientos cuarenta y ocho hombres.

Mandaba las fuerzas sutiles marítimas Don Antonio Barceló, general acreditado y aptísimo para este interesante servicio del que dependia casi el éxito del bloqueo, encaminado principalmente á privar á la plaza de los víveres que le llegaban de las costas de África.

Era á la sazon gobernador de la fortaleza el general Sir Jorge Augusto Eliott, gefe de superior talento, de prodigiosa actividad, sereno en el peligro y constante en los sufrimientos, de blando y suave carácter sin dejar de ser severo, cuando la severidad era necesaria, y tan humano, que mayores laureles alcanzó por su humanidad que por sus virtudes guerreras.

Serviale de segundo el general R. Boyd: mayor el general de la Motte, gefe de la brigada Hannoveriana. Mandaba la artillería el coronel Godwin: los ingenieros,

el coronel Green: y la tropa de línea, los tenientes coroneles Trigge, Cochrane, Gladstones, Hugo y Ross; y los mayores Kellet yFancourt, ascendiendo la guarnicion al número de cinco mil trescientos ochenta y dos hombres. Tenian víveres, si no en abundancia, para esperar al menos sin zozobra la llegada de socorros.

Habia además en la bahía una escuadra compuesta de un navío, tres fragatas y un bergantin al mando del almirante Duff, cuyas lanchas al cruzar por la bahía recibieron algunos disparos del fuerte de San Felipe situado en la Línea española, y que fueron los primeros de este memorable sitio.

Por ámbas partes comenzaron los preparativos de la gran campaña que se iba á abrir. En la plaza se reedificaron las antiguas baterías y se dió principio á otras nuevas; formáronse tambien grandes esplanadas para acampar las tropas y libertarlas así de las bombas, con otras muchas obras necesarias, que se llevaban á cabo con una actividad prodigiosa.

No era menor la de nuestra línea en preparar el terreno para levantar numerosas y fuertes baterías. El general Barceló se daba tan buena traza para impedir la venida de víveres de Berbería que ya (agosto 1779) se sentia su falta en la plaza, que solo contaba en este tiempo con unas cuarenta cabezas de ganado vacuno. Los habitantes que no habian tenido la precaucion de acopiar víveres en sus casas para seis meses se vieron obligados á salir de la ciudad, en donde solo quedaron los que tenian propiedades.

Nuestras fuerzas terrestres se aumentaron (octubre 1779) hasta veinte mil hombres que acamparon en las faldas de la sierra Carbonera (Queen of Spain's Chair) y sitio de los cortijos llamados de Buena vista y Benalife que hoy conserva el nombre de Campamento, pues levantado que fué, quedó allí una pequeña poblacion con los edificios militares que se habian construido por el ejército.

El parque de artillería se colocó en la parte de levante y sitio llamado de la Tunara al abrigo de un fuerte construido para el objeto. Al propio tiempo en Jimena, á cuatro leguas al N. de San Roque, se establecieron dos fábricas de bombas y cañones; una en las inmediaciones del pueblo sobre el rio Hosgarganta que corre por sus faldas, y otra en las riberas del Guadiaro que dista de aquel una legua. La primera se concluyó y llegó á funcionar suministrando mucho material para el sitio; no así la segunda que se empezó mas tarde y se abandonó despues de invertidos algunos millones en edificios para empleados.

Los trabajos de fortificacion en las líneas seguian adelante, habiéndose perfeccionado y aumentado la de los dos castillos de San Felipe y de Punta Mala, este último era el mas cercano al campamento. Junto al primero se construyó una batería de morteros, y otras en varios puntos de la línea, y se trázaron ramales y caminos cubiertos para toda ella.

No se hacian estas obras sin que la plaza tratase de impedirlas con sus fuegos, que rompió (12 de setiembre) desde las baterías del monte llamadas Green's Lodge, Wills's y Queen Charlotte, que dominaban las líneas y les ocasionaban grandes daños. Las baterías nuestras que estaban concluidas contestaban tambien, y así continuó por varios meses el asedio.

La falta de víveres aquejaba ya á la plaza, y los pocos que en ella habia se vendian á un precio exorbitante: la libra sencilla de carne costaba veinte reales, y así de lo demás. Temíase con razon que el hambre se haria sentir con todos sus horrores, si Barceló seguia estrechando el bloqueo de esta manera eficaz, que al cabo vendria á producir la rendicion de la plaza.

Continuaron así las operaciones en todo lo que restaba del año de 1779. Entrado el de 1780 salió de Lóndres el almirante Rodney con intento de traer so-

corros á la plaza. En el camino tropezó con un convoy español de quince velas, que desde San Sebastian conducia á Cádiz pertrechos para la marina, escoltado por un navío y cuatro fragatas de la compañía de Caracas, y del que se apoderó fácilmente. Continuó su viaje con su escuadra compuesta de veinte y dos buques mayores, y avistó á la española de nueve navíos y dos fragatas, que al mando del general Don Juan de Lángara y Huarte cruzaba desde el Estrecho al cabo de San Vicente para impedir los socorros á la plaza bloqueada.

El General español formó su escuadra en batalla sin saber, por la niebla, que se encontraba en el cabo de Santa María. Ya mas cerca del enemigo pudo distinguir la superioridad de las fuerzas de este, y consultados por señales los comandantes opinaron todos que debia emprenderse la retirada á Cádiz.

Así lo hicieron á toda vela; pero adelantáronse los ingleses y el navío inglés *Edgar* alcanzó al español *Santo Domingo* retrasado por haber perdido una verga en los temporales de los dias anteriores. Defendióse tan gallardamente, que el navío contrario hubo de retirarse; pero no le valió esto para dejar de perecer volado por un incendio, que sus mismos fuegos le ocasionaron.

El navío almirante *Fenix* de ochenta que montaba Lángara se vió acometido por el *Defence* y á poco por el *Benefactor*; á los dos respondió con gran brio é intrepidez durante algunas horas; y ya en la tarde perdió el palo de mesana y al mismo tiempo fué herido el General sin que por esto dejase de mandar impávido y sereno el combate desde el alcázar de su navío. Otro enemigo se agregó á los dos anteriores para combatir al *Fenix*, circunstancia que no doblegó la entereza de Lángara que recibió otra herida de metralla cayendo exánime sobre la cubierta. Otros dos navíos enemigos reforzaron los dos anteriores y en poco tiempo destrozaron el palo mayor y todo el aparejo del *Fenix*, que em-



pezó á hacer agua, y así y todo prolongó su valerosa resistencia hasta las diez de la noche en que tuvo por fuerza que rendirse.[1]

El *Benefactor* se hizo cargo de él y su Comandante, que pasó al punto á visitar á Lángara, le cumplimentó con espresiones lisonjeras por su bizarra defensa con fuerzas tan inferiores; y como homenaje á su valor no quiso largar su bandera sobre la insignia del General español y usó además de la cortesia de dejar la oficialidad y tripulacion á bordo del *Fenix*.

Sir Jorge Rodney llegó á la bahia de Gibraltar (18 de enero) con cuatro navíos españoles apresados, el *Diligente*, la *Princesa*, el *Monarca* y el *Fenix*. Lángara fué conducido á tierra y colmado de obsequios por el general Eliott y por los almirantes Duff y Bigby. Este último con el navío *Príncipe Jorge* y otros varios buques se situó en Punta de Europa; pero Sir Jorge Rodney con el grueso de la escuadra y presas se fué á las aguas de Marbella para estar mas en franquia.

Ocurrió durante la estancia del general Lángara en Gibraltar, que fué un dia á visitar al almirante Digby en cuyo buque servia como guardia marina el Príncipe Enrique, despues Guillermo IV. El Almirante inglés presentó el General español al Príncipe, quien, despues de conversar algun tiempo con aquel, salió de la cámara. Llegó el momento de marchar á tierra Lángara ya concluida su visita, y entonces se presentó el Príncipe bajo su carácter de guardia marina y con ademan respetuoso le informó de que el bote estaba listo. No volvia en sí de asombro nuestro Almirante pareciéndole un sueño lo que veia y esclamó con acento conmovido. "Bien merece

1 Tanto este hecho como la batalla de Trafalgar y otros sucesos importantes deben leerse en la Historia de Cádiz y su Provincia. de Don Adolfo de Castro; obra notable y escelente por la abundancia de sus noticias, por su castizo y grandilocuente estilo y por la sana y juiciosa crítica que en toda ella resplandece.

la Gran Bretaña poseer el imperio de los mares, cuando sus Príncipes no se desdeñan desempeñar los mas humildes servicios de su marina." Esta anécdota está confirmada por el mismo régio personage que en ella intervino.[1].

En esto, y mientras la guerra ardia entre Inglaterra y España de la manera que vamos viendo, no se dejaba de pensar en la paz. A fines de 1779 el comodoro Johnstone, que mandaba la escuadra inglesa estacionada en Lisboa, comunicó al Conde de Floridablanca que el ministerio presidido por Lord North cederia con gusto á Gibraltar para restablecer su amistad con España. Aunque el Ministro español estrañó la manera de entablar la negociacion, la acojió sin embargo y con beneplácito de Cárlos III escribió al clérigo irlandés Hussey, capellan de la embajada española en Lóndres y que se habia quedado allí despues de la salida de nuestro embajador el Conde de Almodovar, para que comunicara á Lord North que el Rey estaba dispuesto á hacer la paz recibiendo á Gibraltar por la que daria tambien alguna compensacion.

Hizo Hussey lo que se le encargaba, y fué bien recibido de los ministros ingleses, apurados como estaban con la guerra de América; y mandaron al capellan á Madrid para continuar las negociaciones, si bien prohibiéndole que prometiese nada con respecto á Gibraltar.

Vino Hussey (29 de diciembre 1779) y conferenció con Floridablanca, el que le declaró terminantemente que España era libre para hacer la paz con Inglaterra sin cuidarse para nada de Francia; pero que la condicion indispensable para ello era la devolucion de Gibraltar.

Dió la vuelta el capellan á Lóndres (29 de enero 1780) y enterado el Gabinete inglés de las intenciones del de España, despues de pensarlo mucho consintió en

1 Drink Water A hist. of the siege of Gib. pag. 44.

ceder á Gibraltar bajo estas condiciones: 1.ª España cederá á Inglaterra la isla de Puerto Rico, la fortaleza de Omoa y su territorio, un puerto y terreno suficiente para edificar fortalezas en la bahia de Oran. 2.ª Comprará por su valor real toda la artillería y pertrechos existentes en Gibraltar, y además dará diez millones de pesos ó sean dos de libras esterlinas para compensar los gastos de fortificacion hechos en ella. 3.ª Hará una paz separada con Inglaterra, con renuncia de todos sus pactos con Francia. 4.ª Se comprometerá á no dar auxilio á las colonias inglesas ni directo ni indirecto.

Lord Stormont al comunicar á Hussey estas condiciones, pareciéndole todavía blandas segun la importancia que el Gobierno daba á la posesion de Gibraltar, pronunció con calor aquellas notables palabras: "Si el Rey de España me pusiera delante de los ojos el mapa de sus dominios para que buscara un equivalente de Gibraltar, dándome tres semanas para la eleccion, nò podria en tan largo plazo encontrar entre todas sus posesiones ninguna que bastara á compensar la cesion de aquella plaza."[1]

Al propio tiempo desmintió el Gabinete inglés la autorizacion de que suponia revestido el Comodoro Johnstone para ofrecer la devolucion de Gibraltar. Mucho disgustó á Hussey la determinacion del Gobierno, contraria á las seguridades que él habia dado á Floridablanca sobre las disposiciones de aquel á la paz, y que estas condiciones venian á desmentir. No obstante apaciguólo Cumberland con la reflexion de que pasaria á los ojos de España como un negociador lijero é irreflexivo, si se ponia en contradiccion con lo acordado por el Gobierno inglés. Entonces completamente calmado se olvidó de cuanto habia prometido á Floridablanca, ó al

1 Informe de Cumberland, Secretario de Lord Jorge Germaine, Ministro de la guerra de la Gran Bretaña.

menos, de cuanto le habia dicho acerca de la buena voluntad de Inglaterra, y le escribió la carta siguiente:

„A mi llegada aquí, quince dias hace, dí cuenta al Gobierno inglés de las instrucciones que V. E. me comunicó. Durante varios dias se ha discutido el negocio sin descanso; pero la cesion de Gibraltar como artículo preliminar y como condicion *sine qua non* del tratado, pareció al Gabinete que no puede aceptarse. Lo único que ofrece Inglaterra es negociar tomando por base el tratado de París, y en este caso podrá España entrar en la cuestion dándole el colorido de cambio de territorio. De este modo entrará en tratos la Gran Bretaña, y el resultado dará á conocer al mundo la sinceridad de sus deseos en lo que se refiere á un arreglo con España. Si piensa V. E. que basta esta declaracion para entablar una negociacion en forma, nombrará la Gran Bretaña una persona que trate de este negocio secretamente y con celeridad, nombrando tambien otra España por su parte; y si V. E. me permite que emita mi parecer acerca del estado de los asuntos, creo que se accederá á la cesion de Gibraltar con tal de que convengan las condiciones; aunque no tengo autorizacion ni verbal ni escrita para declararlo así positivamente. Niega el Gobierno inglés que haya dado instrucciones algunas ni encargo á Johnstone para hacer proposiciones á España; no obstante confia en que la imprudencia del Comodoro no sea un obstáculo para que se lleve á cabo la negociacion.„

Esta carta escrita bajo la inspiracion del Gobierno inglés dejaba traslucir su falta de sinceridad, y que la negociacion se habia entablado con el único objeto de escitar los celos de Francia apartándola de la alianza de España. Conociólo así Floridablanca y disimuló su enojo, tanto mas cuanto la derrota de Lángara y el socorro introducido en Gibraltar por Rodney le obligaban á fingir deseos de continuar las negociaciones. El Gobierno inglés ordenó á Cumberland venir á Madrid (junio 1780)

sin carácter oficial para tratar con el Ministro español de este negocio. Celebraron varias conferencias, y en una de ellas Floridablanca llegó á decir al Inglés con acento sincero y firme "Gibraltar es un objeto por el cual el Rey mi amo romperia el pacto de familia, ó cualquier otro compromiso que tuviese con Francia."

No se discutió sin embargo este punto, que era sin embargo el esencial; ni nada prometió el agente inglés circunscrito á sus instrucciones. En esto, habiendo ocurrido los alborotos de Lóndres que promovió Lord Gordon para derribar el gabinete, y tambien la llegada á Cádiz del almirante francés Estaing con su escuadra para ayudar al sitio de Gibraltar, así como el triunfo del general Córdoba en la altura de las Azores, mudó de tono Floridablanca y manifestó terminantemente á Cumberland, que la devolucion de Gibraltar era una condicion indispensable para la celebracion de la paz.

El Gobierno británico, que no habia tenido nunca intento sério de acceder á esta condicion, mandó retirar á su agente que habia permanecido ocho meses en Madrid (1781), sin que volviesen á reanudarse las negociaciones de arreglo.

Prosiguió, pues, la guerra con mas empeño y ardor que ántes, y se apretó el sitio de Gibraltar como iremos viendo, unida á nosotros Francia con mas estrechez desde que se rompieron las negociaciones con Inglaterra, segun lo habia previsto y acaso deseado el ministro Floridablanca.

CAPITULO VI.

Continúa el sitio de Gibraltar.—El Emperador de Marruecos espulsa de sus dominios al Cónsul y á los súbditos británicos y los entrega á los españoles.—Socorro que trae el almirante Darby en 1781.—Hace una salida la guarnicion y es rechazada.—Conquista de Mahon.—Inventa Mr. d'Arzon unas baterías flotantes.—Se construyen.—El Duque de Crillon es nombrado general en gefe del ejército sitiador.—Llega al campo.—Vienen tambien el Conde de Artois y otros Príncipes franceses.—Ataque de las flotantes.—Desastroso fin que tuvieron.—Humana conducta de Lord Eliott.

Entretanto habian continuado las obras en las trincheras españolas. La plaza habia recibido con Rodney un regimiento de escoceses de refuerzo al mando del coronel Kenzie, y los buques que habian quedado para su defensa marítima continuaban anclados en el muelle nuevo. Eran estos el navío *Panther*, tres fragatas y otros cuatro menores. Quiso el general Barceló incendiarlos y envió con este objeto sigilosamente varias cañoneras, mientras él con los buques grandes se apostó en la entrada de la bahía para cortarles la retirada cuando huyesen del incendio; convenido tambien con el general Álvarez Sotomayor en que este mientras el ataque de las lanchas llamaria la atencion de la plaza rompiendo el fuego por la parte de tierra.

El plan así trazado llegaron las cañoneras y acometieron primeramente á la fragata *Enterprise*; pero vigilante su capitan Lesley esparció la alarma en todos los buques. Entonces cargaron las lanchas de estos con gran ímpetu sobre las nuestras, capturaron algunas, y las restantes se retiraron precipitadamente á Algeciras.

En estas y otras escaramuzas se pasaron varios meses y ya en el de octubre comenzó de nuevo á sentir la plaza la falta de víveres. Hasta entonces los habia tenido abundantes á pesar de la vigilancia de la escuadra española por la activa solicitud del cónsul inglés en Tánger Mr. Logie, que los acopiaba en todos los puertos de Berbería remitiéndolos cuando se le presentada ocasion.

Pero amigo de España el Emperador de Marruecos, con la que acababa de celebrar un tratado de comercio, y tambien de Francia, inclinóse mas hácia estas, creyendo acaso perdida la plaza; y bajo frívolos pretextos se declaró adversario de los ingleses hasta el punto de espulsar de sus dominios al Cónsul inglés y á todos los súbditos británicos en número de ciento nueve, entregándolos prisioneros (26 de noviembre) á los cruceros españoles.

El Cónsul y otros veinte mas se embarcaron en la ria de Tetuan (Martin); pero con tal precipitacion que no les dieron tiempo de tomar ni víveres ni equipages. Los cruceros los llevaron primeramente á Ceuta y de allí á Puente Mayorga; de donde fueron trasladados por órden del general Barceló á pontones colocados en la entrada del rio Palmones. Aquí estuvo detenido el Cónsul algunos meses y pasó despues á Gibraltar; á cuyas autoridades fué entregado por órdenes que vinieron de Madrid.

Fué muy perjudicial á la plaza la enemistad del de Marruecos. El principal puerto de su imperio en la costa berberisca, Tánger (la antigua Tingis) habia pertenecido á los ingleses por haberla llevado en dote la princesa Catalina de Portugal á Cárlos II de Inglaterra. Pero la abandonaron en 1684 por las contínuas luchas que habia que sostener con las tribus salvajes berberiscas; tal como nos sucede con Melilla y Ceuta, y por no resultarles á pesar de todo utilidad en su comercio.

Desde este abandono conservaron los ingleses rela-

ciones amistosas con los marroquíes, que fueron sagazmente estrechando despues de ser dueños de Gibraltar por la gran cuenta que les tenia para la manutencion de la plaza, llamándole á boca llena su mercado doméstico (our domestic market); asi es fácil concebir cuanto debió afligir á los sitiados la privacion de este constante recurso.

Los trabajos de las trincheras iban adelante; se construyó un espaldon (octubre 1780) de treinta varas de largo á distancia de setecientas varas de aquella y en el sitio de la antigua torre del molino de viento, distante esta sobre 1.100 varas de la gran cortina de la puerta de tierra, cuya obra produjo grande alarma en la plaza. Levantáronse y se concluyeron los merlones del fuerte de San Felipe y se colocó allí una nueva batería. Construyóse despues (29 de noviembre) el segundo ramal de la paralela, y se empezó el tercero en direccion al O; operaciones que se ejecutaban bajo el contínuo fuego de las baterías de la plaza, especialmente de las del monte que dominaban las obras.

Como en tales casos sucede, las enfermedades diezmaban las tropas, tanto en la plaza como en el campamento. En la primera causaba estragos el escorbúto que habia comenzado el verano último, y en nuestras líneas las calenturas intermitentes y la disentería producian muchas bajas. En esto llegó el año de 1781.

El general Barceló pensó en formar una flotilla de lanchas bombarderas, cada una con un mortero de á placa para hostilizar la plaza por la parte de la bahia, proyecto que él habia conceptuado como único eficaz para rendirla. Se principiaron, pues, á construir con actividad y completas ya las ensayó en Algeciras (19 de enero 1781) quedando muy satisfecho de la prueba.

La plaza andaba cada vez mas escasa de víveres, cerrada Berbería y atenida únicamente á tal cual barco que llegaba de los puertos del Mediterráneo, atraido por el

cebo de la ganancia. En los principios de marzo el pan faltaba de tal manera, que muchas familias carecian de él absolutamente y la tropa poco menos. Esta penuria y los trabajos que se sufrian produjeron tal indisciplina en la guarnicion, que los soldados llegaron á desobedecer á los oficiales, aun estando de servicio,[1] y cometian además robos y otros crímenes, lo que dió lugar á severos castigos por parte del Gobernador.

En esto llegó á la bahia el socorro tan deseado que puso fin á todas las penalidades. Trájolo el almirante Darby (12 de abril 1781) en cerca de cien barcos de transporte, escoltados por su escuadra de veinte y ocho navíos, diez fragatas y cinco balandras. Cuando esta dobló la punta de Carnero (de cabrita la llaman los ingleses) salieron á impedirle el paso quince lanchas cañoneras, que en órden de batalla y protejidas por la batería de la punta embistieron á los primeros barcos que asomaron por esta; pero los enemigos adelantaron un navío y dos fragatas, y las obligaron á retirarse.

Apenas llegado el convoy al muelle nuevo rompieron el fuego todas nuestras baterías desde el fuerte de San Felipe hasta las mas próximas á la plaza, con intento de impedir el desembarco, causando algun daño en los transportes. La operacion, no obstante, se efectuó sin gran dificultad, y evacuado su encargo el almirante Darby dió la vela para Lisboa sin que la escuadra española, que estaba en Cádiz, compuesta de treinta y dos navíos y otros buques menores al mando de Don Luis de Córdoba y que salió á combatir la inglesa, pudiese alcanzarla ni conseguir su objeto.

Hasta ahora se contaban en las baterías españolas unas cien piezas de cañon, de las cuales unas estaban asestadas contra la bahía y otras contra la plaza Entre el fuerte de San Felipe que tenia veinte y siete piezas, y

1. Drink Water. pág. 74.

el de Santa Bárbara que tenia veinte y tres, estaban las baterías del Rey, del Príncipe, de la Princesa y de la Infanta, que montaban cuarenta y nueve. Además habia cincuenta morteros distribuidos en toda la línea, inclusa la batería de San Cárlos, que estaba compuesta únicamente de ellos. Los fuegos de estas baterías alcanzaban hasta la puerta nueva ó del sur, y á todo el espacio llamado Arenas coloradas. El calibre de los cañones era de veinte y seis, y de trece el de los morteros.

En tanto el activo Barceló aflijia la plaza con los contínuos y nocturnos ataques de las bombarderas que llegaron á ser muy molestos y mortíferos á la guarnicion y que producian derrumbamientos é incendios. No sosegaba la frecuencia de sus visitas tanto que para repeler á estos importunos huéspedes mandó Eliott formar de dos bergantines, dos barcazas ó pontones en los que, puestas cinco ó seis piezas de grueso calibre pudiesen bajo el fuego de las murallas impedir que se acercasen. Llamáronle *prames*.

El fuego de nuestras baterías, así como el de la plaza era incesante desde el mes de abril hasta julio en que los disparos llegaban á setecientos en las veinte y cuatro horas por parte de la plaza, y á ochocientos por la de nuestro campo, y á veces á mil.

Los trabajos adelantaban rápidamente y en noviembre se construyó una importante obra avanzada en la paralela con direccion á poniente, que puso en mucho cuidado y ansiedad á la guarnicion. Entonces creyó el general Eliott que era ocasion conveniente y oportuna de hacer una salida para destruir estas obras, que tanto daño debian causar á la plaza.

Dispúsola con gran sigilo y en la noche del 26 de noviembre 1781 salieron de ella unos dos mil hombres al mando del brigadier Ross, divididos en tres columnas. La de la derecha iba mandada por el teniente coronel Trigge: la izquierda por el teniente coronel Hugo;

el centro por el mayor Maxwell, y además se le juntaron unos cien marinos mandados por oficiales de su cuerpo.

Aunque caminaban muy en silencio y con tácitos pasos, al llegar á las obras avanzadas fueron sentidos por las centinelas de las trincheras, y se dió la voz de alarma en toda la línea. La columna de Hugo dando un rodeo por el estremo de la paralela atacó vigorosamente á la batería de morteros de San Cárlos y logró incendiarla; las otras dos columnas embistieron tambien á las otras baterías y desmontaron algunas piezas y destrozaron municiones y pertrechos. Pero reforzadas las guardias rechazaron con corage y bravura á los enemigos, obligándolos á volver á la plaza con alguna pérdida.

Mientras proseguia este sitio sin adelantar paso, continuaba la guerra con la Gran Bretaña con resultados mas prósperos por otra parte. Ya hemos visto la estrecha alianza que con Francia nos ligaba, muy especialmente desde que se rompieron las últimas negociaciones de paz; así que creyendo esta mas fácil y practicable la conquista de Mahon puso á disposicion del Gobierno español todos los auxilios necesarios para emprenderla. Aprestáronse en los puertos de Francia muchos buques, y reunidos en Cádiz con los nuestros salió de allí (22 de julio 1781) la escuadra aliada compuesta de cincuenta y dos navíos y transportes, que conducian un ejército de nueve mil hombres al mando del general Berton Balbe de Quiers, duque de Crillon, que ya vimos cuando era conde mandar en el campo de San Roque.

Era este un gefe de relevante mérito, experimentado en muchas guerras, de buen sentido, prudente en el consejo, pronto en la ejecucion, conocedor del arte militar y enemigo de empíricos y charlatanes.

Llegó con las tropas á Menorca y desembarcó sin que pudiese impedirlo Lord Murray, gobernador de la

isla, no habiendo llegado á tiempo la escuadra inglesa para socorrerlo. Vino esta despues compuesta de quince navíos y algunas fragatas mandada por el almirante Bing; quien al llegar sostuvo un choque reñido con la escuadra aliada, que superior en número lo venció con pérdida no escasa. Despues de la derrota tuvo que rendirse Blakeney, gobernador del castillo de San Felipe, ya sin esperanza de socorro, y Bing dió la vuelta á Gibraltar con las reliquias de su escuadra. De aquí pasó á Plimouth, y sometido á juicio fué arcabuceado á bordo del navío *Bellerephont.* La ira del Gobierno inglés por la pérdida de Menorca descargó sobre uno de sus mejores servidores, no acreedor, segun la opinion general, á tan severo castigo.

La fácil conquista de Menorca llenó de entusiasmo á la Nacion y á la Corte, haciéndolas creer que con mas trabajo y mayores esfuerzos vendria á suceder lo mismo con Gibraltar, cuyo asedio continuaba en la forma que vamos refiriendo. Pública era la ansiedad para llevar á cabo la conquista y se agotaban los entendimientos fraguando proyectos para alcanzar un éxito pronto y seguro, y resolver de una vez este difícil problema.

Asemejábase la conquista de Gibraltar á aquellos enfermos, que desahuciados del arte se arrojan en brazos del empirismo en busca de curacion. Así se proponian planes empíricos para alcanzarla. Ya ideaban llenar de escollos artificiales su bahía para que no pudiesen socorrerla los buques: ya minas monstruosas en su monte: ya otros dislates impracticables. Entre todos los proyectos ninguno hubo sensato sino el del general Barceló con sus bombarderas, que, como hemos visto, en el corto número que pudo reunir molestó mucho é hizo grandes destrozos en la plaza.

La Corte y los ministros españoles estaban ciegos y desatentados. Veian á vista de ojos y palpaban que la plaza en lo que llevaba de asedio habia sido socorrida

dos veces; que nuestra escuadra, igual por lo ménos á la inglesa, no habia podido impedirlo; y no obstante se apartaba la consideracion de esta esencial circunstancia, que era la llave de la conquista, y se daban á inventar quimeras y necios proyectos con risa de la Europa, que no podia comprender la tenacidad de España en esta insensata empresa.

Cuando nuestros generales y estadistas menudeaban las juntas y consejos, vino de Francia el ingeniero hidráulico Mr. D'Arzon con recomendacion de aquella Corte y de nuestro embajador el Conde de Aranda; autor el tal de un proyecto el mas ingenioso y el mas absurdo de cuantos hasta entonces se habian presentado para conseguir la suspirada conquista.

Partiendo del principio de ser la plaza inexpugnable por tierra y que debia ser atacada por mar, segun opinion de sabios militares, aunque se sacrificasen para ello quince ó veinte navíos de línea, proponia Mr. D'Arzon verificar el ataque por este punto con unas baterías flotantes ingeniosamente dispuestas para que no pudiesen ser quemadas ni sumergidas. Se conseguia esto, segun el autor, construyendo unos barcos de bordes tan gruesos, que pudiese circular por dentro de ellos una corriente de agua perenne, que debia partir de un depósito general y empapada la madera por este medio se apagase la bala roja al introducirse en ella. Debia, pues, contenerse el agua en la espesura ó cavidad de los bordes como la sangre en las venas de los animales, segun su gráfica espresion.

Dispuestas en esta forma las baterías habian de acercarse á poca distancia de las murallas con amarras y anclas tendidas, acoderadas con calabrotes dobles para retirarlas con facilidad en caso necesario. Allí debian batir los muros hasta abrir brecha en ellos, por donde darian el asalto las tropas, que deberian acercarse en las lanchas.

La nombradia del ingeniero, las recomendaciones que traia y, sobre todo, el vivo deseo de recobrar la plaza hicieron que se aprobase este quimérico proyecto por Floridablanca y despues por el Rey, que lo prefirió á todos los presentados y mandó (febrero 1782) ejecutarlo. Sin embargo, el Duque de Crillon no se dejó seducir por la novedad y con leal franqueza impugnó el proyecto, probando cuan disparatado é impracticable era al mismo D'Arzon, delante del Conde de Floridablanca. No ocultó tampoco al Rey su opinion; pero cedió á las vivas instancias del Monarca y aceptó el mando del ejército sitiador, no sin protextar ántes contra el proyecto de las baterías verbalmente y por escrito, si bien ofreció auxiliarlo con todos los medios puestos á su alcance. ¡Mal presagio era esta diversidad de pareceres en tan delicada empresa!

En este tiempo y en una escaramuza que hubo en las trincheras de nuestro campamento contra los sitiados en la noche del 27 de febrero 1782, sucumbió herido en la cabeza de un casco de granada el valiente coronel del Regimiento de caballería de Borbon Don José Cadalso, poeta insigne y uno de los restauradores del buen gusto. Su cuerpo fué sepultado en la capilla castrense de San Roque, y desde allí trasladado con otros, años despues, á la iglesia parroquial de la misma.[1]

1 Parece como que se retrataba á sí propio en aquellos lindos versos dedicados á Don Nicolás Moratin.

"El jóven que una vez del Tracio Marte
De pálidos cadáveres cercado
Tremoló el estandarte,
Y en su carro triunfal fué conducido
De su patria aplaudido,
Con bélico trofeo,
Y júbilo aclamado,
Por volver á la lid arde en deseo:
Ya desdeña el arado,
Hijos, esposa, padre, mesa y lecho;
Solo el guerrero horror le llena el pecho.
....

Bajo la direccion del inventor se empezaron, pues, á construir en Algeciras y Cádiz (mayo 1782) las baterías flotantes, que nuestros marinos llamaron *empalletados*, y con el deseo de ahorrar tiempo se emplearon en ellas diez buques mercantes de gran porte.

A mediados de junio vino el Duque de Crillon á mandar el sitio con un refuerzo de cuatro mil hombres, parte de los nueve con que habia conquistado á Menorca; y tambien llegaron cuatro mil franceses auxiliares al mando del general Baron de Falkenstein, con lo que llegó el ejército sitiador á la cifra de treinta y tres mil hombres.

A poco tiempo se presentó en el campamento el Conde d'Artois, despues Cárlos X destronado en nuestros dias (15 de agosto), cuya llegada participó el de Crillon al general Eliott en una lisongera carta que tuvo otra respuesta del mismo género. Tambien vinieron el Príncipe de Nassau, el de Borbon y otros personages distinguidos como voluntarios del ejército, ansiosos de presenciar los efectos de esas poderosas máquinas, cuya fama

Le hemos dedicado una humilde lápida, que señala el sitio en que está sepultado. Véase la nota que va al final de esta obra.

Dice así su epitafio:

✠
D. O. M.
HIC JACET
JOSEPHUS CADALSO VAZQUEZ
GADITANUS
EQUITUM TRIBUNUS
PERILLUSTRI DIV. JACOBI STEMMATE
INSIGNITUS
HISPANÆ PŒSIS INSTAURATOR
QUI
OB CALPENSIS FULMINIS ICTUM
DUPLICEM MARTIS ET APOLLINIS LAURUM
PROPRIO CRUORE PURPURAVIT
VITANQUE PRO PATRIA DEDIT
III KAL. MART. AN. MDCCLXXXII
ÆT. SUE. XLI.
R. I. P. A.

habia volado ya por toda Europa, siendo asunto de risa para unos, y de asombro y admiracion para otros.

A penas hecho cargo el Duque de Crillon del mando dió un impulso prodigioso á los trabajos de sitio, como hombre que todo lo esperaba del arte y no de quimeras. En una sola noche abrió la primera paralela de doscientas treinta toesas de longitud, mas avanzada que la línea de circunvalacion que ya existia; en cuya obra empleó diez mil hombres que gastaron en levantarla un millon y seiscientos mil sacos de arena. La segunda, abierta tambien en una noche, corria de uno á otro mar en direccion tangente á la base del monte, y se emplearon en ella siete mil hombres por ser ménos estensa que la otra.

Tres baterías se plantaron en esta línea: una sobre la playa de O., que descubria el muelle viejo y con fuegos rasantes á la bahia; otra, que enfilaba el camino angosto de la plaza con fuegos para batir de punto en blanco la gran cortina de la puerta de tierra; y otro, por último, en la orilla de la Laguna, hácia el centro, con fuegos rasantes á esta, y asestando disparos contra las baterías de la puerta de tierra en la parte izquierda de ella, caponera y desplazamentos bajos.

Es de estrañar que estas rápidas y extraordinarias obras en que tanta gente intervino se hiciesen con tal silencio, que al decir de un testigo ocular, historiador del sitio,[1] nada oyeron ni supieron los de la plaza. Pronto, sin embargo, experimentaron sus efectos; pues, las dichas baterías apenas acabadas rompieron un nutrido y mortífero fuego contra aquella, mientras que las esplanadas de morteros y obuses de la primera parelela mantenian constantemente cinco ó seis bombas en el aire, continuándose al abrigo de los fuegos los trabajos de mina.

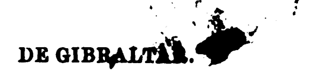
1 Drink Water: pág. 120.

El general Eliott que veia los rápidos adelantos de las trincheras, el aumento del ejército sitiador mandado ya por un Gefe de alto renombre, y sobre todo, amenazado por momentos de servir de blanco á esas máquinas, cuyo poder encarecia y pintaba la imaginacion con subidos colores, sin esperanza de pronto socorro y rodeado de enemigos por todos lados, manteniase no obstante imperturbable y firme como el Varon de Horacio, desplegando una actividad sin límites en renovar sus defensas, y en mantener los brios de la guarnicion para resistir hasta el último trance.

No habia paraje en la plaza ni en el monte que no se fortaleciera: se construian caminos cubiertos para comunicar las baterías unas con otras; se aumentaban y renovaban las piezas de estas; se reedificaba todo lo destruido sin que descansara un punto la guarnicion en esta penosa tarea, que se hacia al par del servicio.

En estos trabajos, al abrir un respiradero que sirviese de desahogo á los mineros sobre la galeria de Tarringdon en la parte norte del monte, se formó un boquete tan grande por la escesiva cantidad de pólvora que en la misma pusieron, que pareció bien colocar en él un cañon; y como dominaba nuestro campo surtió tan buen efecto, que meses adelante se colocaron hasta cuatro en la misma forma. Este es el orígen de la batería conocida hoy con el nombre de San Jorge.

Como todo presagiaba un tremendo ataque se pasó el verano en estos grandes y mútuos preparativos. A fines de agosto estaban ya concluidas las célebres baterías empezadas, como dijimos, en el mes de mayo. Eran buques ó vasos de 600 á 1400 toneladas de arqueo, y se emplearon unos doscientos cincuenta mil pies cúbicos de madera de construccion para el reforzamiento de sus fondos y formacion de brindages ó empalletados, que abrigaban las baterías de lumbres de aguas arriba. Las baterías, es decir, las piezas estaban colocadas en un solo costado de los buques.



Eran diez; cinco de dos puentes y cinco de uno, mandadas y tripuladas en la forma siguiente:

BATERIAS DE DOS PUENTES.

Nombres.	*Cañones.*	*Hombres.*	*Comandantes.*
Pastora..............	21....	760	El Teniente general de la Armada Don Buenaventura Moreno.
Talla piedra........	21....	760	S. A. R. el Príncipe de Nassau-Sieghen.
Paula primera....	21....	760	D. Cayetano Lángara, capitan de navío.
Rosario..............	19....	630	D. Francisco Muñoz, gefe de escuadra.
San Cristóbal......	17....	650	D. Federico Gravina, capitan de fragata.

BATERÍAS DE UN PUENTE.

Príncipe Cárlos...	7....	400	D. Antonio Basurto.
San Juan.............	9....	340	D. José Angeler.
Paula Segunda...	9....	340	D. Pablo de Cosar.
Santa Ana..........	9....	340	D. José Goicochea.
Los Dolores........	7....	300	D. Pedro Sanchez.
	138	5190	

Llegadas que fueron de Cádiz las que se habian construido en aquel arsenal y juntas con las de Algeciras salieron todas de la bahía de esta conducidas á remolque en la madrugada del trece de setiembre 1782. Ántes de emprender el ataque celebróse un consejo de guerra, en el que, vista la oposicion del Duque de Crillon, se dispuso que el ataque de las baterías, el mando de ellas y cuanto concernia á la marina estuviese á cargo de Don Luis de Córdoba, almirante de la escuadra aliada anclada en Algeciras y Puente Mayorga, quedando

reducido Crillon á favorecer por tierra el ataque, tal como habia prometido al Rey.

Así las cosas, el general Moreno tomó el mando de la Pastora á la que se trasbordó; y estimulados con su ejemplo hicieron otro tanto el Príncipe de Nassau y otros gefes españoles en las demás, y fué tal el número de oficiales que se brindaban para ir en ellas, que muchos no fueron admitidos por falta de cabida.

Los comandantes reunidos en consejo acordaron que las cinco baterías de dos puentes formasen una línea á distancia de cien varas unas de otras; y que en los huecos respectivos, pero en segunda línea, se formasen las otras, observando el órden de un tablero de ajedrez, sujetas todas en sus maniobras á la flotante principal que montaba el general Moreno.

Colocáronse, pues, las baterías frente á la plaza. Fueron las primeras y mas próximas la *Talla piedra* y la *Pastora*, que anclaron á unas novecientas varas de la muralla frente al baluarte del Rey (King's bastion, mas abajo de la actual iglesia protextante); las otras estaban mas distantes á mil doscientas varas frente al baluarte de Orange (Orange's bastion).

La plaza las habia dejado acercar sin molestarlas; pero desde que estuvieron ancladas comenzó á disparar contra ellas, y entonces á las diez y veinte y cinco minutos de la mañana (13 de setiembre) las flotantes, las baterías y esplanadas de tierra, buques de la escuadra y cañoneras, que en todo componian sobre cuatrocientas piezas, rompieron á un tiempo el fuego con horrendo estrépito y poblaron los aires de proyectiles inflamados, pudiéndose contar veinte disparos en cada cinco minutos. Jamás desde la invencion de la artillería se había visto un espectáculo semejante; nunca un cuadro mas terrorífico ni imponente. El monte, al propio tiempo, parecia sembrado de volcanes contestando con todas sus baterías á las baterías nuestras, y bien pron-

to una densa nube de humo cubria toda la ensenada é interceptaba el sol á los combatientes.

No decayó la entereza de Eliott con el furioso ataque. Sin embargo llegó á temer que las flotantes fuesen, como se decia, incombustibles; pues habiéndose empezado á usar de la bala roja desde las doce y generalizado á las dos en toda la guarnicion, eran ya las cuatro de la tarde y ninguna mella habian sufrido y se veian al parecer enteras é incólumes en sus puestos. Preguntaba admirado á unos prisioneros de que materia estaban formadas aquellas infernales máquinas, que así resistian el poderoso empuje de los mortíferos proyectiles.

No duró mucho la duda. Los disparos de la plaza eran certeros y la bala roja estaba causando hacia tiempo un destrozo enorme en las baterías. Varias veces se habian incendiado; pero sus tripulantes, con un valor intrépido, alabado por los mismos enemigos,[1] se arrojaban á cuerpo descubierto y remojaban los bordes de ellas, mantenidos así á costa de su sangre en estado constante de humedad. Por este motivo veian los de la plaza salir humo de sus bordes sin acabar de declararse el incendio.

A pesar de estos heróicos esfuerzos ya desde las cinco de la tarde comenzaron sus fuegos á aflojarse, y á esta hora se declaró el incendio en la *Talla Piedra*, que se voló á media noche. A poco se voló tambien la *Pastora*, puesto ántes en salvo el general Moreno y la tripulacion. Sufrió despues igual suerte la *San Cristóbal*, saliendo el último de ella su comandante Don Federico Gravina, quien hizo, á pesar de estar herido, desesperados é inútiles esfuerzos para cortar el incendio.

1 But no soomer did any smoke appear than, with the most persevering intrepidity, men were observed applying water from their engines within, to those places whence the smoke issued. Drink Water pág. 136.

Horrorosa fué la esplosion de estas tres flotantes. Tembló la ciudad sitiada: se estremecieron los pueblos todos de las cercanías, como si un tremendo cataclismo hubiese sepultado el monte en lo profundo de las aguas; y el estampido atronador repetido mil veces por los pavorosos ecos de la enorme roca, impelido por el viento atravesó el Estrecho, yendo á morir allá en las altísimas cúspides del Atlas. Pero otro nuevo y mas aterrador cuadro quedaba por ver. De las siete baterías restantes, la *Paula primera* ardia ya cuando el estallido de la *San Cristóbal*; y entonces el general Moreno temeroso de que cayesen en poder del enemigo las mandó quemar todas despues de ser evacuadas por sus tripulantes. Ejecutóse al punto la órden, pero con tal azoramiento y precipitacion, que muchas empezaron á arder con la gente todavía dentro.

Lo que despues siguió ni alcanza la pluma á trazarlo, ni la imaginacion puede apenas concebirlo. Viéronse salir de la superficie de las aguas siete monstruosas hogueras, cuyos siniestros resplandores iluminaban toda la ensenada, coloreando hasta las crestas de las vecinas montañas. A su luz podian distinguirse terribles y espantosas escenas. Los desgraciados que estaban dentro de las baterías despues que se les prendió fuego se encontraban entre dos escollos á cual mas peligroso. Unos se arrojaban al mar en busca de una tabla á que poder asirse y salvar de este modo la vida: otros ménos audaces permanecian en ellas hasta que las llamas los obligaban por fuerza á abandonarlas. Los que habian logrado guarecerse en las lanchas impedian la entrada en ellas á los desdichados náufragos, que, luchando con las olas embravecidas por el viento sur, se agarraban convulsivamente á sus frágiles bordes. No habia compasion ni piedad para estos desventurados: cada cual defendia su propia existencia y las manos eran cortadas con el machete ó el puñal, tragándose el mar los inanimados cuerpos.

Los agudos y lastimeros ayes de los moribundos; los gritos de desesperacion; el estruendo de los cañones; el crujir de las llamas; tanta lancha sumerjida; tanto leño calcinado flotante sobre las aguas; y entre sus claros tanta cabeza que asomaba y desaparecia para no volver mas; tal era el cuadro infernal que allí se presentaba y que estremecia el ánimo mas fuerte. No se borró jamás de su memoria aquella terrible noche á los habitantes de estos pueblos que la presenciaron; y de labios de sus hijos hemos oido referir mas de una vez sus horrorosos pormenores.[1]

Cuando las primeras baterías empezaron á arder, el brigadier de la marina inglesa Curtis, que tenia acampada su tropa en la punta de Europa, vínose al muelle nuevo á las dos de la madrugada con aquella y preparó doce lanchas en donde la embarcó. Fuéronse en seguida al costado de las baterías incendiadas y allí obligó á los botes en que se habian embarcado los tripulantes de ellas á huir precipitadamente; apresó dos lanchas, no sin resistencia de los soldados que las montaban, quienes temian ser pasados á cuchillo si se entregaban. No fué así por cierto, ántes con una generosidad y clemencia verdaderamente cristiana el valiente Curtis enterado por los prisioneros que condujo al Ragged Staff, que todavía quedaban muchos compañeros suyos dentro de las flotantes incendiadas condenados á una muerte segura, volvió á ellas y con grave peligro de su vida salvó once oficiales y trescientos treinta y cuatro soldados y marineros españoles, y un oficial y once soldados franceses.

Accion tanto mas heróica cuanto que al llevarla á

1 Entre otros á nuestro excelente amigo el difunto brigadier Don Matildo Monesterio. Uno de sus parientes fué mutilado y pereció al querer tomar una lancha.
Los habitantes de San Roque vieron esta horrible escena desde el sitio de los *Cañones*, soberbio mirador que este pueblo tiene, desde donde se abarca con la vista toda la ensenada y las costas africanas.

cabo se voló el repuesto de una de las baterías que estaban ardiendo, y levantó tal torbellino que por poco no zozobran todas las lanchas, y aun pereció la mas próxima á la batería, salvándose por milagro su tripulacion.

Escaso auxilio prestó en esta ocasion nuestra escuadra; las cañoneras se habian retirado ántes del incendio por la fuerte marejada que el sur habia levantado; y ya declarado aquel, pocas fueron las lanchas que llegaron para socorrer á los náufragos; ya consistiera esto en falta de acuerdo prévio, ó que estando el general Moreno en una de las baterías no acertara á dar las disposiciones convenientes. No obstante merece elogio la conducta de algunos comandantes, y entre ellos el del navío *Guerrero*, que salvó con sus lanchas mas de cuarenta hombres.

Ya amanecido, el noble general Eliott que no se habia separado en toda la noche de las murallas y del sitio de mas peligro, completó la obra de Curtis y consiguió salvar otros muchos náufragos á costa de generosos esfuerzos; conducta que ensalza su nombre y su gloria mas que su intrépida y valerosa defensa.

No es posible dejar sin contestacion el cargo que un historiador del sitio[1] hace á nuestro ejército. Dice que mientras se ocupaba el brigadier Curtis en su obra de salvacion, las baterías de tierra apretaban el fuego contra la plaza causándoles muchos destrozos. Esto que huele á traicion no cuadra al carácter de la Nacion española. Cierto es que el fuego siguió; pero los de tierra ignoraban lo que pasaba en el centro de la bahía, y pruébalo que al saberlo cesó aquel del todo. No fué, pues, efecto este proceder de falta de generosidad, sino de ignorancia, que la confusion de aquellos terribles momentos disculpaba.

De las siete flotantes últimamente incendiadas tres

1 Drink Water pág. 138.

se volaron despues del medio dia del 14; de las otras, la *Paula Segunda* y el *Príncipe Cárlos*, que no ardieron del todo por haber arrojado con tiempo la pólvora, se abrigó la esperanza de salvarlas; pero el capitan de ingenieros Gibson manifestó, que no era posible dejarlas en tal estado, porque podria el incendio tomar mas cuerpo, y así se quemaron bajo su direccion.

Al dia siguiente de la catástrofe el poniente arrojó á la playa multitud de cadáveres, cajas de municiones y grandes trozos de caoba y cedro, á medio quemar, de las baterías que sirvieron para construir objetos de arte para recuerdo del hecho, que fué una verdadera victoria para los enemigos.[1] Gradúase en mas de dos mil hombres la pérdida que esperimentaron los españoles en esta aciaga jornada.

Tal fué el desastroso fin que tuvo el peregrino invento de Mr. d'Arzon. Este funesto proyectista, que consiguió seducir al Rey, á los Ministros y á la Nacion toda, asombrado de las sangrientas consecuencias, que su invencion habia acarreado, quiso declinar en otros la responsabilidad que pesaba sobre él.[2]

Decia, que por la priesa con que se construyeron las baterías no habian podido perfeccionarse los calafateos, lo que ocasionó la salida del agua, que debia mantenerse en contínua circulacion por sus costados. Que tampoco se habian probado préviamente con la bala roja, segun él habia pedido con instancia. Que no anclaron frente al muelle viejo, que era la fortificacion mas endeble de la plaza y en mejor disposicion para retirarlas, en vez de que fueron colocadas frente á la muralla mas fuerte y en un fondeadero de 80 á 100 brazas tan alejadas

1 En la residencia de los Gobernadores se ven aun varios muebles fabricados de esta madera, y tambien suelen sacarse en el dia pistolas y otros efectos casi petrificados pertenecientes á las flotantes.

2 Memoire pour servir á l'histoire du siege de Gibraltar par l'auteur du batteries flottantes. Cadix 1783.



que no presentaron toda la fuerza de que disponian, habiendo sufrido solas la *Talla* y la *Pastora* por mucho tiempo todo el fuego enemigo.

Añadia, que no habian parecido las sesenta lanchas cañoneras que debian obrar al abrigo de las baterías; así estas en vez de presentar ciento cuarenta y dos bocas de fuego solo presentaron sesenta. Que hubo empeño en quemar precipitadamente las baterías, de las que habia cuatro enteras á las seis de la mañana del 14, que resistieron á las balas rojas y á los incendiarios. Que se dió el ataque sin acuerdo prévio ni concierto con la escuadra aliada; así que no se trajeron las anclas de socorro para retirar la *Talla*, y cuando se pidieron no se entendieron las señales.

Estas ó parecidas razones las alega tambien el Conde de Floridablanca para disculparse de haber dado acojida al proyecto del ingeniero y "sucedió en este caso, dice un elegante y erudito escritor moderno,[1] lo que sucede en semejantes. Todo se cree, ó si no se cree, todo se dice ménos el engaño propio."

Prueba de la nimia credulidad del Ministro es, que, aun concedida la incombustibilidad de las baterías y cuantas razones alega su inventor en defensa propia, siempre quedaban en pié dos argumentos poderosos que en presencia del primero hizo á este último el Duque de Crillon, y á los que no pudo dar satisfactoria respuesta.

Era el primero de ellos, que las baterías por su mucho calado no podian acercarse á las murallas lo bastante para abrir en ellas brecha. Esto se vió claro, pues los disparos apenas causaron daño á las mismas, segun el general Eliott lo manifestó despues á Crillon. El segundo, que aun pudiendo acercarlas y abrir la brecha siempre seria imposible el asalto por la dificultad de que

1 Don Adolfo de Castro. Hist.cit. pág. 524.

la tropa formase en columna cerrada, sin tener punto de apoyo, y espuesta á ser sacrificada en las mismas lanchas.

Quedaba, pues, reducida la operacion de las baterías á un simple cañoneo mas ó ménos mortífero, pero de ningun modo decisivo; y para esto no era necesario haber alborotado el mundo, ni gastado tantos millones, ni lo que es mas precioso, haber sacrificado tantas vidas. Era, pues, un invento inútil y quimérico, si bien concedemos al autor que no fué bien dirigido, como tambien que su conducta como militar valiente nada dejó que desear, siendo de los últimos que abandonó la *Talla* con el Príncipe de Nassau, que la mandaba, poco ántes de su esplosion.

Digamos, por último, que el proyecto, como cosa nueva, debió ser ensayado, medido y pesado, y que á todos alcanza la responsabilidad de su funesto éxito. Al inventor por serlo y haber construido las máquinas sin sondar ántes la bahía, como se lo aconsejaban los inteligentes: al Gobierno por permitir que funcionasen sin haber ántes probado su resistencia; á la marina no dando prontos auxilios, ni favorecido la operacion.

Pero tal era el vértigo que se habia apoderado de los espíritus, tal el anhelante deseo de conquistar la plaza, que Rey, Ministro y Pueblo caminaron ciegos en esta ocasion hasta que vino á despertarlos un sangriento desengaño.



CAPITULO VII.

Continuacion del sitio.—Es socorrida la plaza por el Almirante Howe. —Va á su alcance la escuadra aliada.—Celébrase la paz quedando Gibraltar en poder de Inglaterra.—Se levanta el sitio.—Reflexiones.

A pesar de la catástrofe de las flotantes continuó el sitio, y el Duque de Crillon lo apretó cuanto pudo sin descrecer un ápice los fuegos de las trincheras, que mantenian en las veinte y cuatro horas de mil á mil doscientos proyectiles en el aire, ocasionando graves daños á la plaza.

La escuadra anduvo tambien diligente y estrechó el bloqueo por mar, en términos que de nuevo empezó á sentir la guarnicion escasez de víveres. Tuvo aquella la desgracia de perder uno de sus navíos, el *San Miguel*, (10 de octubre), que empujado por una fuerte borrasca arrastró sus anclas hasta cerca de las murallas y se vió forzado á rendirse.

En tanto venia de camino el Almirante Howe dando escolta á un convoy que traia socorros para la plaza. Su escuadra se componia de treinta y cuatro navíos y seis fragatas, con treinta y un transportes, en que además de pertrechos y víveres, venian mil y seiscientos hombres de refuerzo. Dió vista á Gibraltar el 12 de octubre (1782); pero el fuerte poniente lo arrastró hasta las aguas de Marbella, sin que pudiesen entrar en la bahía mas que seis transportes y con ellos el navío *Panther*.

Al amanecer del dia siguiente (13 de octubre) la escuadra aliada compuesta de cuarenta y seis navíos, doce fragatas y sobre veinte javeques al mando del teniente general Don Luis de Córdoba, se puso en movimiento y salió de la bahía de Algeciras al encuentro de la inglesa, dejando un navío y dos fragatas para impedir que el *Panther* se reuniese á su escuadra.

Esta salió de las aguas de Marbella, y al avistar la aliada se formó en línea de batalla sobre un ala con la cabeza al sur, resguardando los transportes detrás de ella. Esto así, se creyó que la batalla era inminente, tanto que en la plaza se prepararon hospitales para los heridos; pero amaneció el 14, y vióse con gran sorpresa que las escuadras estaban muy distantes una de otra. Provino esto de una acertada y hábil maniobra del Almirante inglés, quien, favorecido por el viento que á la sazon mudó, pudo burlar á los nuestros y tomar la ensenada de Tetuan. De allí envió en la noche del 15 el navío *Latona* con doce transportes, y el 18 llegó el *Buffalo* con los restantes y cuatro ó cinco navíos mas en que venian las tropas, que inmediatamente desembarcaron, volviéndo los buques á reunirse con el grueso de la escuadra. Howe, aprovechándose del viento que aun continuaba favorable, repasó (19 de octubre) el Estrecho de vuelta á Inglaterra, perdiéndose de vista desde el monte á las dos de la tarde de este dia, hora en que empezaba á pasarlo la escuadra aliada, que iba en su persecucion.

Logró esta alcanzarla al oeste de Cádiz y se empeñó una refriega entre ellas; pero la posicion accidental de la inglesa hizo que solo entrasen en fuego treinta y tres navíos de la aliada, y despues de algunas horas de combate sin resultado notable prosiguió la primera su rumbo y quedó fuera de fuego, renunciando la nuestra á perseguirla.

Así, ya porque el tiempo no lo permitiese, ya por

que, y esto es lo mas probable, las reyertas y diferencias entre los gefes de una y otra escuadra impidiesen concertar un plan atinado, es lo cierto que la plaza fué por tercera vez socorrida con asombro de la Europa, que no podia comprender como una escuadra tan formidable como la aliada y tan bien situada habia dejado escapar á otra inferior en número y fatigados sus tripulantes.

El general Córdoba decia en su parte sobre el combate junto á Cádiz. "La Inglaterra se gloriará de haber esperado con 34 navíos á 46: pero quien conozca el oficio sabe que la calidad de tanta ventaja de vela suple el mayor número, en grado que nunca pudieron entrar en fuego 13 ó 14 navíos de la retaguardia, en que habia 2 de tres puentes, y 2 de 80 y 3 generales comandantes del Cuerpo de la armada. Asi no podrá decir el Almirante inglés que combatió con mas de 32 á 33 navíos, y diremos nosotros que estos batieron á 34 navíos con toda la desventaja de una situacion accidental."

Esto es muy razonable y convenimos en ello; pero no en los vientos y corrientes, que se alega como disculpa de no haber batido á la escuadra inglesa en las aguas de Marbella, pues iguales accidentes experimentó esta y sin embargo consiguió su objeto.[1]

En tanto el de Crillon ya entrado el año de 1783, continuaba sus trabajos de sitio sin que cesasen los fuegos de las trincheras; pero estaba ya harto probado que ninguna mella hacian estos en la plaza socorrida abundantemente y vencedora del ataque de las baterías flotantes, que tanto pavor habian infundido y tantas esperanzas habian hecho fracasar.

No obstante, agotados todos los medios, recurrió el Duque al de abrir una mina monstruosa que, partiendo

1. El pueblo lo comprendió así y cantaba la copla burlesca:
Entre OO. EE. NN. y SS.
Se escaparon los ingleses.

de la torre del Diablo, fuese á dar en la plaza; proyecto quimérico y reproduccion del que tuvo el Conde de las Torres en el anterior sitio, si bien ahora era mas impracticable que entonces por las nuevas fortificaciones que defendian el monte. Al mismo tiempo que se trabajaba en esto, las baterías de la primera paralela mantenian un fuego vivísimo contra la gran cortina de la puerta de tierra. Las demás hacian lo propio de tal manera y con tanto empuje, que hubo dias de disparar á la plaza 555 balas y 245 bombas.

En esto se pasó el mes de enero; pero ya venia la paz á pasos agigantados. No se habia dejado de pensar en ella durante el sitio: el pueblo inglés la deseaba visto el sesgo torcido de los negocios de América, y este nuevo cambio de opinion trajo otro de gabinete, siendo remplazado Lord North por los gefes de la oposicion, contrarios á la guerra, Fox y Rockingham, quienes dieron desde luego principio á las negociaciones de paz. España accedia á celebrarla, prévia la devolucion de Gibraltar, primeramente sin dar compensacion alguna por ella, sí despues que fracasó el ataque de las flotantes. Francia se encargaba de dar la compensacion cediendo á Inglaterra en cambio de Gibraltar, la Martinica y Guadalupe; y España daba á su vez á Francia la isla de Santo Domingo. El Gobierno inglés acojió la propuesta; no así el parlamento, que la aplazó indefinidamente al ver la invencible y absoluta repugnancia, que la Nacion sentia en entregar la plaza.

Esto dió nuevo y mas poderoso impulso á la guerra. Francia y España determinaron hacer un supremo esfuerzo y quitar la Jamaica á los ingleses. Con este objeto se habia preparado una gran espedicion de setenta navíos y cuarenta mil hombres de desembarco al mando del Conde d'Estaing, autor del plan de invasion; y ya casi lista llegó la noticia á Madrid de haberse firmado los preliminares de la paz (30 de enero 1783) por el inete francés.

En ellos se cedia á España el dominio de la isla de Menorca, en cuya posesion estaba, en vez de Gibraltar, á lo que accedió Cárlos III con mucha repugnancia, no solamente por perder el objeto de sus constantes deseos, sino tambien por los inmensos gastos hechos en la espedicion, que venian ya á ser inútiles. Tambien los preliminares produgeron la caida del Gabinete inglés y vuelto de nuevo Lord North exigió al Ministerio español una declaracion terminante de que la cesion de Gibraltar no seria en lo sucesivo asunto de discusion.

Por último se firmó en Versalles (3 de setiembre 1783) el tratado definitivo de paz, por el cual adquiría España la isla de Menorca, las dos Floridas y las costas de Honduras y Campeche. Nunca, á contar de dos siglos, habia celebrado España tratado mas ventajoso al decir de todos; pero se quedó sin Gibraltar, que valia ella sola mas que estas nuevas adquisiciones, dueña como era de casi toda la América.

Apenas firmados los preliminares (3 de febrero) se comunicaron las respectivas órdenes para suspender las hostilidades en el sitio de Gibraltar. Volvió pues á reinar la paz en los lugares en que habia ardido la guerra. El Duque de Crillon tuvo una entrevista con el general Eliott en el espacio que mediaba entre nuestras obras y la plaza ó sea en el rastrillo hoy de la Laguna, y mediaron entre ellos muchas y recíprocas atenciones.

Eliott acompañado del mayor Green y ayudantes hizo al Duque una visita, comió con él en San Roque y registró en su compañía todo el campamento. A poco el Duque se la devolvió acompañado del Marqués de Zayas y otros oficiales superiores, que fueron recibidos con aclamaciones de regocijo por los soldados de la guarnicion. Presentó el Gobernador al Duque la oficialidad de los cuerpos de ella. El de artillería recibió de Crillon un lisonjero elogio por su conducta. "Señores, les dijo, prefiero veros aquí como ami-

gos, que en vuestras baterías como enemigos, en las que ninguna consideracion me habeis guardado.» Visitó despues las fortificaciones del monte, y señalando las del muelle viejo dijo, que si se hubiese seguido su dictámen, aquel era el punto á donde habría dirigido todos sus esfuerzos. Lo que venia á contradecir el dicho de Mr. d'Arzon.

Muchas mercedes concedió el Gobierno inglés á sus servidores. Al general Eliott se le confirió la Orden del Baño, creándolo Par con el título de Baron Heathfield of Gibraltar: al general Boyd se le dió la misma Orden, y al general Green y brigadier Curtis se les agració con otros empleos y honores.

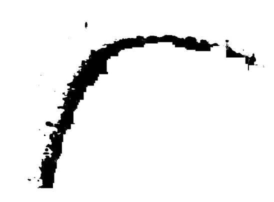
El Monarca español quiso tambien probar cuan satisfecho habia quedado de los servicios de Crillon, y lo nombró Duque de Mahon.

Por lo demás sitiadores y sitiados rivalizaron en valor y constancia. Los últimos sufrieron una pérdida de cerca de dos mil hombres. La nuestra se aproximó á seis mil por todas causas.

Recibió la plaza de las baterías de tierra y cañoneras en los tres años y siete meses que duró el sitio unos 258.387 disparos de mortero y cañon. Devolvió aquella y sus cañoneras unos 200.300. Costó la empresa á España doce millones de duros.

Así concluyó este desastroso y porfiado sitio, continuacion de los otros y por consiguiente mas largo que el de Troya, segun dice oportunamente el elegante historiador de Cádiz:[1] «Hubo, añade, en nosotros la constancia, pero no la astucia griega para penetrar en sus muros. Tuvimos un Sinon que labrase no una, sino diez máquinas; pero el Sinon fué para nosotros, no para nuestros contrarios; engañador inocente, no de estos sino de sus amigos y hasta engañador de sí. El caballo griego

1 Don Adolfo de Castro: pág. 528.



no introdujo las llamas en el Ilion sagrado de los ingleses: al contrario, entregó á cinco mil españoles al fuego de los enemigos.„

Si estos inmensos sacrificios, añadimos nosotros, sirven para que no vuelva á correr mas sangre española al pié de la roca, pudieran darse por bien empleados. Venga ó no en adelante otro embaucador empírico, quedó probado allí que la plaza era inconquistable mientras sus dueños puedan socorrerla á su arbitrio y aun á vista de fuerzas superiores. El acaso podria haber intervenido una vez; pero tres consecutivas demuestran que la pericia y la habilidad tuvieron en ello la mayor parte.

No despreciemos las enseñanzas de la historia, ni demos ocasion á que escitando nuestro patriotismo sea nuestra Nacion esplotada por poderes estraños, como tantas veces lo ha sido á costa de sus hijos y de sus tesoros.

Esta observacion es tanto mas importante cuanto que rige hoy los destinos de la poderosa Francia un Príncipe de altas dotes y claro ingenio; pero que en lucha con opuestos principios es un enigma vivo que nadie acierta á descifrar, y su rumbo político un manantial perenne de absurdas contradicciones. Tan pronto amigo como enemigo, ni son seguras sus alianzas, ni duraderas sus enemistades. Dueño de todos los poderes dentro de su Nacion, y tan absoluto en ella como Luis XIV, se ha erigido fuera en campeon de la demagogia, que, soberbia con su auxilio, se prepara á derribar los tronos, conturbar los pueblos, y lo que es mas, á dar un golpe de muerte á la mas sagrada de las soberanías y al mas augusto de los Monarcas.

La Providencia, sin embargo, no consentirá este inícuo despojo, ni es posible creer que se consume á la sombra, ni bajo la ejida de la nacion de San Luis y de Carlo Magno, cuna de tantas ilustres lumbreras, y cuyos reyes han tenido á gala el llamarse cristianísimos é hijos primogénitos de la Iglesia, y que además iniciadora de

esta gran cuestion, que trae desasosegado el mundo, es responsable ante Dios de sus consecuencias.

Perdónese esta digresion; pero no puede mirarse con ojos enjutos las amarguras y tribulaciones de nuestro Santo Padre, y seria un crímen en un católico no compartirlas con ánimo sincero, siquiera sea humilde su voz y tosca y desaliñada su pluma.

Volviendo á nuestro objeto, y por doloroso que sea escribirlo á un español amante de su patria, debemos decirlo en voz alta, porque así lo exije la conciencia para disipar funestas ilusiones "que Gibraltar será de los ingleses mientras Inglaterra sea la primera potencia marítima del mundo." Aunque lluevan las bombas sobre su impasible monte, aunque el ejército de Jérges acampe en sus faldas, sus puertas no se abrirán mientras el mar quede abierto á los socorros de la Metrópoli.

El dia que deje de serlo, Gibraltar volverá á nuestro poder sin disparar un tiro, como habria vuelto en los tiempos de Jorge I, si nuestros políticos hubiesen acertado á indemnizar al pueblo inglés con tierras lejanas, que al postre hemos venido á perder sin ningun género de recompensa.

La Providencia nos ha condenado á purgar su falta y sufrir este padrastro en nuestro suelo, cuando ninguna nacion de Europa tiene hace siglos otros semejantes. Verdad es que esta singular roca se encuentra como desprendida del continente; pero ha sido española y con sangre española se rescató de los agarenos.

Abriguemos, al ménos, el consuelo, mientras las revueltas del mundo no varian el poder de las naciones, que sus poseedores conocen muy bien porque de ello han sido testigos, que aun estando la fortaleza en el centro de España, y no en el estremo de ella, la de nuestros pechos sobra para defender contra todos nuestra independencia.

Sigamos, pues, los derroteros que nos dejó trazados el sábio Fernando VI: mantengamos una imponente neutralidad, aumentemos nuestra marina para la conservacion de nuestras ricas colonias y dejemos que esos siniestros poderes se despeñen por los torcidos derrumbaderos de su incredulidad y funesta ambicion.

CAPITULO VIII.

Gibraltar en los primeros años del siglo XIX.—Combate naval en la ensenada.—Pérdida del navío inglés Annibal.—Desastre de dos navíos españoles.— Fiebre amarilla.—Combate de Trafalgar.—Guerra de la independencia.—El general Castaños traslada á Algeciras la comandancia general del Campo.—Accion de los patriotas de los pueblos del Campo contra los franceses.—El general Ballesteros.—Derrota á los franceses en las cercanías de Jimena.—Valerosa defensa de Tarifa.—Se retira el general francés Laval con grandes pérdidas.—Destruccion de los fuertes de la Línea de Gibraltar.

La tremenda revolucion francesa, que conmovió el mundo, trajo la guerra entre aquella república y España, reinando ya Cárlos IV; quien la emprendió despues de haber agotado todos sus esfuerzos en favor del infortunado Luis XVI para librarlo del suplicio. Inglaterra estaba tambien en guerra con Francia (1793), y se notó el extraño fenómeno de ver á la nacion libre por excelencia ser la mas odiada de la que pretendia imitarla en sus instituciones.

Gibraltar ganó mucho con esta guerra, pues cuantas presas hacian los corsarios ingleses en el Mediterráneo y en las costas de España y Portugal venian á venderse en la plaza, no con mucho escrúpulo ni ceremonia por parte del Tribunal establecido en ella por el Almirantazgo. Esto avivó su comercio y contribuyó á que se fuese reedificando la poblacion sin que se distinguiesen ya los destrozos del último sitio, que habian sido enormes. Tambien vinieron en este tiempo á guarecerse en ella algunos emigrados franceses, que huian de los horrores de su patria.

En esto (1804) se presentó en la plaza la terrible



epidemia conocida con el nombre de fiebre amarilla que asolaba á Cádiz. Hizo aquí muchos destrozos, siendo tal el terror de los habitantes, que todo el que pudo huyó de la ciudad. Tambien se sintieron sus efectos en los pueblos del Campo aunque con menos intensidad.

Ya ántes (1796) habia declarado España la guerra á los ingleses en consecuencia del tratado de San Ildefonso, que aquella celebró con Francia regida entonces por el Directorio, y que llevó á cabo el Príncipe de la Paz, árbitro del Gobierno del Reino.

Consecuencia de esta guerra fué el combate que presenció la ensenada de Gibraltar. Una escuadra francesa compuesta de tres navíos, el *Indomptable, Formidable* y *Desaix*, y de la fragata *Mairon* mandada por el almirante Linois, perseguida por el almirante inglés Saumare que cruzaba con su escuadra en el Mediterráneo, se vino á guarecer en la bahía de Algeciras. Allí fué protejida por los fuertes de Santiago é Isla Verde y por una division de lanchas cañoneras (julio 1801) al mando del capitan de navío Don Juan Lodares.

Pero el Almirante inglés, audaz y resuelto, se entró en la bahía para allí apresarla; y entonces trabóse una refriega en la que pelearon con igual bizarría ingleses y aliados. El navío inglés *Annibal* se acercó tanto á la costa que encalló; y entonces acribillado por los fuegos del fuerte de Santiago se vió obligado á rendirse, sin que su Almirante pudiese rescatarlo, ántes bien se retiró éste de la lucha con los demás buques, acojiéndose en Gibraltar.

Reforzado Linois con cinco navíos españoles y una fragata, que al mando del general Don Juan Joaquin Moreno le habia enviado el general Mazarredo, gefe del departamento de Cádiz, y además con una flotilla francesa á las órdenes del vice-almirante Dumanoir, de un navío, dos fragatas y un bergantin, salieron todos de Algeciras en busca del enemigo. Entonces ocurrió aquel

hecho tan singular como desastroso, que nos costó dos hermosos buques y no poca sangre. Fué el siguiente:

En la noche de la salida, que fué muy obscura, se destacó de Gibraltar una fragata muy velera y se fué á retaguardia de la escuadra aliada. Ya en la embocadura del Estrecho se interpuso entre los navíos españoles *Real Cárlos* y *San Hermenegildo*, mandados por Don José Esquerra y Don Manuel Emparan, y descargando sus dos baterías de babor y estribor siguió de largo con fuerza de vela. Los navíos contestaron al punto, y uno y otro siguieron batiéndose sin conocerse, hasta que destrozados é incendiados ámbos, á la luz de las llamas se hizo patente el engaño; pero sin que alcanzara el remedio, pues los dos se volaron sepultando á dos mil y seiscientos hombres, víctimas de la imprevision del general Moreno, que ni habia dado contraseña para que pudieran distinguirse los buques en la obscuridad, ni adoptó medida alguna para evitar un desastre, que debió ser previsto. Esta catástrofe nos costó mas vidas que Trafalgar.

Muchas mudanzas ocurrieron en el Gobierno de Francia que vino, por último, á echarse en brazos de Napoleon, aquel genio extraordinario, que tan fatal habia de ser para España. Su alianza con él nos costó primeramente el sacrificio de nuestra escuadra y de nuestros valientes marinos en Trafalgar.

Desde mediados de agosto (1805) se encontraba anclada en la bahía de Cádiz la escuadra franco-española al mando del almirante Villeneuve, compuesta de treinta y tres navíos, cinco fragatas, y dos bergantines. Napoleon disgustado de la pusilanimidad del Almirante habia dicho á su ministro de marina Decrés. "Vuestro amigo es demasiado cobarde para salir de Cádiz: así que vaya Rosilly á tomar el mando de la escuadra, si cuando llegue no ha salido aun; y que Villeneuve venga á darme cuenta de su conducta." Noticioso de esto Vi-

lleneuve preparó la salida, y contra el parecer de los Gefes españoles se fué al encuentro de la escuadra inglesa mandada por el ilustre Nelson (21 de octubre), compuesta de veinte y seis navíos, cuatro fragatas, una goleta y una balandra.

No quiso el imperito Almirante francés dejar independiente á Gravina, gefe de la vanguardia, sino que lo obligó á formar en línea; disposicion imprudente que vino á producir el resultado funesto que éste habia previsto. Formada la escuadra aliada en una línea demasiado extensa, la inglesa rompió su centro á la voz de Nelson, quien, desde el *Victory* que montaba, puso aquella célebre señal que decia: "Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber."

Prodigiosos hechos de heróico valor se vieron entonces; allí Gravina en el *Príncipe de Asturias*, Cisneros en el *Santísima Trinidad*, Álava en el *Santa Ana*, Churruca en el *San Juan*, Valdés en el *Neptuno*, Alcalá Galiano en el *Bahama*, Alcedo en el *Montañés*, y hasta el mismo Villeneuve en el *Bucentaure* pelearon con soberbio denuedo, hasta que desarbolados sus buques y heridos ellos mismos, no hubo medio humano de prolongar la defensa. Despues de seis horas de tremendo combate, que hacia mas horrible la agitacion borrascosa de los mares, se rindió primeramente el *Bucentaure* sin tener ya un palo en su cubierta; y desesperado Villeneuve viendo que Dumanoir, gefe de la retaguardia, se aparta del fuego sin hacer caso de sus señales, llevándose cinco navíos; no así los españoles que siguen combatiendo en su puesto.

Desastrosos fueron los resultados de esta batalla. La escuadra aliada perdió diez y siete navíos y unos 13.000 hombres, de los cuales tocó á los españoles 2.405 entre muertos y heridos. Los ilustres Gravina, Churruca y Galiano dieron allí su vida á la patria, que conserva en letras de oro su gloriosa memoria. Tambien el valeroso

y heróico Nelson perdió la suya herido de una bala de fusil asestada desde una de las cofas del *Redoutable*: entróle por el hombro izquierdo, le atravesó el pecho y quedó en la espina dorsal. Ántes del combate habíanle aconsejado sus oficiales que no se cubriera el pecho con sus condecoraciones, pues relucientes podian servir de blanco á los enemigos; pero él contestó con dignidad: "Las he ganado con honor y honrosamente moriré con ellas."

Los buques de la escuadra vencedora quedaron tambien destrozados; muchos de ellos vinieron á encallar en las playas de Conil, del Puerto y de Rota, algunos con grandes valores dentro. Gibraltar vió llegar á su bahía á los vencedores, no con los cantos marciales de triunfo, sino cubiertos de duelo: traian el cadáver del victorioso Almirante, que permaneció allí una noche, saliendo en seguida la escuadra para Inglaterra. Esta lloró al héroe y honró su memoria de la manera digna de un gran pueblo. El navío español *San Juan* estuvo muchos años sirviendo de ponton en la bahía, conservándose cerrada y con respeto la cámara en donde murió su valiente capitan Churruca.

En esto íbanse descubriendo las pérfidas intenciones de Napoleon con respecto á España, cuyo Gobierno dócil, tímido y confiado se habia puesto enteramente en sus manos, hasta el punto de entregarle las plazas mas importantes del Reino, para que fuesen custodiadas por fuerzas francesas. Nunca se vió tamaña maldad. Por fin, patente el engaño se alzó el pueblo de Madrid (2 de mayo 1808) para impedir la salida de los miembros de la Familia real, primer alarde de independencia que fué secundado en toda España. Levantada Sevilla (26 de mayo) se estableció allí la Junta suprema de Gobierno, la cual envió un mensage al teniente general Don Francisco Javier Castaños, que mandaba en el Campo. Y debemos ocuparnos otra vez de sus pueblos.



La Comandancia general de ellos residia en San Roque, como ya apuntamos, hasta que vino á mandar el Campo, ántes de estallar el alzamiento de 1808, el mencionado general Castaños. Aficionado este á Algeciras pasaba muchas temporadas en ella, tan largas que causaban ya recelo al Ayuntamiento de San Roque, temeroso de que al cabo viniese á fijar en aquella ciudad su perpétua residencia. El asunto era importante para San Roque; pero tratado con poca habilidad por sus Regidores hirieron la susceptibilidad del General, que, agriado ya y hosco por las reconvenciones que le hicieron, determinó trasladar á Algeciras para siempre la Comandancia.

Recurrió San Roque en queja al Gobierno, y despues de las razones de importancia histórica añadia, que mas cercana á las fortificaciones de la Línea de Gibraltar era el único punto conveniente para la residencia del gefe superior del Campo: no que situado éste en Algeciras experimentaba grandes embarazos para comunicarse con la plaza, con dos rios de por medio, intransitables en mucha parte del invierno.

Por el contrario, decia el General, que á la vista de tan importante colonia como era Ceuta, siempre amenazada de enemigos, debia ser la primera atencion del Gobierno y de su delegado principal en el Campo atender á su conservacion, lo que no podia conseguirse sino desde Algeciras, lugar mas próximo de embarque para los auxilios y menesteres de aquella.

El Gobierno, como era de presumir, accedió á cuanto el General quiso; tanto mas, cuanto no eran los tiempos oportunos para ocuparse de tales pequeñeces. La verdad es que ya crecida Algeciras con su Isla Verde y otras fortificaciones, creyó el Gobierno que su importancia marítima debia ser preferida á la de San Roque, por mas que ésta gozára de otras ventajas de que carecia aquella.

Esta medida proporcionó á Algeciras mayor auge; y Castaños, que le era particularmente aficionado, hermoseó la poblacion con plazas y edificios, principio de otros nuevos adelantos. Este fué el último y mas fuerte disgusto que medió entre ámbas poblaciones, entonces templado con la numerosa guarnicion que habia en el Campo y que ayudaba al bienestar de los pueblos; despues mas sensible cuando faltó este recurso é hizo de Algeciras el único punto de estada de tropas, como asiento de la Comandancia.

Contaba, pues, el general Castaños, cuando vino el mensage de la Junta de Sevilla para que secundara el alzamiento, con un ejército de 9.000 hombres de la tropa mejor que entonces tenia España, y al punto se pronunció con ella en favor de la independencia. Ya ántes habia entablado relaciones con el Gobernador de Gibraltar Sir Hugo Dalrymple, dispuesto á defender la causa noble de la patria sin prestar oidos á los halagos del Gobierno intruso, habiendo desechado con dignidad las ofertas que este le hizo del vireinato de Méjico, por medio de un oficial francés que despacharon al efecto. No cejó un punto el futuro vencedor de Bailen, ni siguió otro camino que el del honor y la gloria.

Ocupada parte de la provincia de Cádiz por los franceses (14 de marzo 1810) se corrian estos desde Medina y Vejer hasta las puertas de Tarifa, y merodeaban en toda su campiña. Quisieron los voluntarios de los pueblos del Campo darles un escarmiento, y cuando aquellos bajaban á sus acostumbradas algaras en número de 400 infantes y 200 caballos, se apostaron los patriotas en el boquete de la Torre de la Peña, y allí hubo una refriega de la que salieron mal librados los nuestros, que tuvieron que acogerse á las sierras cercanas, llegando muchos hasta la del Niño, término de los Barrios.

Ya generalizada la guerra vino al Campo de Gibraltar el general Ballesteros, guerrillero célebre cuya acti-

vidad y pericia dieron que hacer no poco al enemigo. Desde aquí animaba y dirigia los movimientos de la Serranía de Ronda. Fortificó el antiguo castillo de Jimena, y formó un cuerpo de tropas que con los voluntarios subia á un número respetable.

El mariscal Soult, que mandaba en Sevilla, despachó contra él al coronel Rignoux, quien vínose á Jimena, en donde aquel se encontraba. Evacuó Ballesteros el pueblo fingiendo huir del enemigo, y Rignoux engañado con este movimiento se puso en marcha para San Roque, y pasado el rio Hosgarganta y en los cerros cercanos á sus huertas, llamados las peñas de Juana Sanchez, fué acometido por los nuestros de costado y frente con tal empuje y acierto, que sufrió una pérdida de 600 hombres.

Irritado Soult con la derrota, ordenó que el general Oudinot con los 5.000 hombres, que tenia á sus órdenes, bajase de Prado del Rey, y por el lado de Málaga vino tambien el general Barroux, y por el de Vejer el general Semelé, que todos juntos componian unos 10.000 hombres. Ballesteros los dejó burlados (14 de octubre 1811) acojiéndose bajo los fuegos de Gibraltar.

Los franceses ocuparon sin dificultad los pueblos del Campo. Sus habitantes huyeron casi todos unos á los montes, otros á Gibraltar y muchos de Algeciras se refujiaron en la Isla Verde. Saquearon no poco, quemaron archivos; si bien para ser imparciales debemos decir, que muchos malévolos de los mismos pueblos á la sombra de los invasores ayudaron á estas depredaciones, aprovechándose de la soledad en que aquellos quedaron.

Pensó Godinot vista la escapada hábil de Ballesteros dar un golpe á Tarifa; pero hubo de desistir de su propósito con noticia de estar la plaza muy bien guarnecida con 1.200 ingleses al mando del coronel Skerret, y con 900 infantes y 100 caballos españoles al mando del general Copons.

Las evoluciones rápidas y felices de Ballesteros daban cuidado ya al mariscal Soult, y quiso ponerles coto apoderándose al mismo tiempo de Tarifa. Con este objeto hizo venir de Granada al general Laval con 7.000 hombres, á quien en Ronda se le unió el general Barrios con 4.200, para con estas fuerzas someter de paso la Serranía; y al propio tiempo mandó que de las tropas que sitiaban á Cádiz se corriesen por la campiña de Tarifa, y hácia el sitio de Facinas, unos 3.000 hombres.

Ballesteros, cuyas fuerzas eran inferiores á las de los enemigos, se abrigó de nuevo en las faldas de Gibraltar, si bien dejó algunas al mando del comandante Don Antonio Solá para que molestase al enemigo en su marcha, lo que desempeñó este con acierto. Con el propio intento salió tambien por el lado de Algeciras el general Copons con parte de la guarnicion de Tarifa; pero al ver que Laval se movia de San Roque en direccion de la plaza volvióse á ella para defenderla.

La fortificacion de Tarifa estaba reducida al castillo morisco y á una frágil muralla de poco espesor flanqueada de 26 ruinosos y viejos torreones, que formaban un cuadrilátero irregular. Verdad es que contaban sus defensores para retirarse en caso necesario con la isla de las Palomas y fuerte de Santa Catalina, que vulgarmente se designa con el nombre de isla de Tarifa. Dicha isla de unas 700 varas de circunferencia está al S. E. y como á unas mil varas de la poblacion, separada hasta el año de 1808 del continente por un canal de 300 varas de latitud, en que podian navegar buques de mediano porte, pero que era peligroso por la rapidez de las corrientes. Unióse por un arrecife, obra á que ayudó con celo el ministro Don Antonio Gonzalez Salmon, y quedó formado un regular fondeadero.

Por la parte de tierra consistia la fortificacion de ella en una cortina sobre el arrecife que lo enfilaba con sus fuegos directos, y por los flancos las piezas de un

pequeño fuerte del lado del O., construido sobre la puerta de entrada. El interior está algun tanto dominado por dos cerros nombrados de la Caleta y del Camorro. Hácia el mar tenia una batería semicircular nombrada de Poniente, otra de la misma figura nombrada de Levante, otra al S. rodeando el pié de la antigua torre en donde está el fanal giratorio de 15 luces, y otras dos construidas á barbeta en los espacios que separan á las antedichas. El fuerte de Santa Catalina, desde cuya falda arranca en direccion S. O. la escollera artificial que une la isla al continente, está situado entre aquella y la plaza sobre un pequeño cerro que se eleva en forma de un cono truncado. Es abierto por la gola circundado de su foso y susceptible de seis pequeñas piezas de artillería.

Copons artilló este fuerte, así como habilitó una cisterna y almacenes en la isla, sirviéndose de un subterráneo antiguo llamado Cueva de Moros, que en ella habia. Tambien fortificó otra altura al lado frontero de la caleta. En la ciudad se prepararon sus valientes habitantes á defenderse. Cortáronse las calles; se barricaron con rejas arrancadas de las ventanas y muchas casas se atronaron y fortalecieron. Era gobernador el coronel Don Manuel Davan, y gefes de ingenieros y artillería Don Eugenio Yraurgui y Don Pablo Sanchez. Mandaba las fuerzas sutiles españolas Don Lorenzo Parra, quien tenia á sus órdenes 300 marineros, que voluntariamente se alistaron del mismo Tarifa. Dichas fuerzas con otras de igual clase inglesas estaban colocadas en la dársena cercana á la entrada de la isla por la parte del O. Mandaba en gefe el general Don Francisco Copons y Navia, y servíale de segundo el coronel inglés Skerret.

Así las cosas, se presentaron los franceses á la vista de la plaza (19 de diciembre 1811) despues de haber dejado tropas para observar á Algeciras y al ejército de

Ballesteros. En seguida empezaron los trabajos de sitio, y el 28 estaban á 50 toesas de los muros: rompieron el fuego el 29 con seis cañones de á 18 y tres obuses de á 9 pulgadas. Como las murallas presentaban tan poca resistencia, en la tarde del mismo dia habia ya una brecha practicable de 300 toesas por el lado de la puerta del Retiro, despues de haber casi destruido el torreon de Jesus.

Intimada la rendicion por Laval, la desechó Copons en términos dignos,[1] y el 31 dieron el asalto á la brecha veinte y tres compañías al mando del general Chassereaux con ímpetu y bravura; pero tanta ó mayor fué la de los sitiados, que recibieron al enemigo con un vivo fuego desde las casas, escarpaduras y parapetos, que con colchones habian levantado detrás de la muralla. Fué tal la valentía de la defensa, que los asaltantes volvieron caras, dejando tendidos en la brecha unos 500 hombres entre heridos y muertos.

Pidió Laval un armisticio para recoger los primeros, y concedido se vió entonces á los tarifeños tan valerosos como humanos ayudar ellos mismos y llevar en sus hombros á los heridos, cuidándolos con solícito esmero. ¡Ejemplo de caritativa generosidad digno de toda alabanza!

Copons sacó partido del desaliento que cundia ya en los enemigos, y en esto arreciaron las lluvias con tal fuerza, que salió de madre el arroyo que pasa por la ciudad; y en violento torrente se derramó sobre las trincheras, las destruyó é inundó el campo, privando de todo

1 Señor general Laval: Sin duda ignora V. S. que me hallo yo en esta plaza, cuando propone á su Gobernador el que admita una capitulacion por hallarse la brecha próxima á ser practicable. Cuando lo esté, á la cabeza de mis tropas en ella me encontrará V.S., y entonces hablaremos. Quedo á la disposicion de V. S. en la plaza de Tarifa el 30 de diciembre de 1811, á las dos de la tarde.—Francisco Copons y Navia.—Sírvase V. S. omitir en lo sucesivo parlamentos.





abrigo á los sitiadores, que se vieron en grave afliccion. Fué tanta, que Laval levantó el sitio (5 de enero) y se retiró hácia Cádiz, habiéndole costado la empresa cerca de dos mil hombres, la artillería de sitio y cuantas municiones habia llevado de boca y guerra.

Así vieron los valientes tarifeños alejarse de sus frágiles muros un ejército de diez mil hombres, que huia, no de la fortaleza de estos, sino de la de sus ánimos, que vino á coronar con un nuevo lauro á la ciudad ya tan llena de gloriosos recuerdos.

Por este tiempo (1811) se destruyeron los fuertes de la línea de Gibraltar temerosos los ingleses de que se viese amenazada la plaza, si llegaban á caer en manos de los invasores. Vinieron, pues, abajo aquellos baluartes levantados con nuestra sangre, y muchos de sus cantos sirvieron para las fortificaciones de la plaza misma, y aun para las casas de la poblacion; en el dia se ven aun restos de las casamatas, grandes trozos de cimientos y alguna que otra bomba. El espacio que ocupaba el fuerte de San Felipe y los otros delanteros se halla convertido en huertas, y crecen hoy las hortalizas allí donde ántes rodaban las cureñas de los cañones, y estaban hacinados los mortíferos proyectiles.

Nosotros consentimos y ayudamos á la destruccion, pues nada podia negarse á nuestros íntimos aliados siendo su peligro el nuestro. De Gibraltar estábamos recibiendo contínuos y grandes auxilios,[1] y nos interesaba tanto su seguridad como á sus mismos dueños. ¿Quién al combatir contra estos en Trafalgar hubiera previsto este caso? Pero tales son las rápidas mudanzas de la suerte que se verian con indiferencia, si

1 Además de los que se enviaban á Cádiz por el Gobernador, formaban suscriciones los vecinos y reunian gruesas sumas para el sosten del ejército de Ballesteros. Los judíos contribuian tambien con géneros y dinero. Véanse las Crónicas de Gibraltar del año 1811.

no arrastrasen tras sí tantos millares de víctimas.

Ántes de proseguir con Gibraltar conviene que digamos algo de Castellar y Jimena, pueblos pertenecientes al Campo, y que si bien no fueron de los formados con ocasion de la pérdida de aquella, su historia está enlazada con la de estos, segun ha podido notarse en las narraciones precedentes.

CAPITULO IX.

Jimena poblacion romana y fortaleza árabe.—Conquístala el mariscal Pedro García de Herrera.—La recobran los moros.—Reconquístala el rey D. Enrique IV.—La dá á su privado Don Beltran de la Cueva.—Véndela este al Duque de Medina Sidonia.—Pleito de la villa con el Duque.—Convento de los Angeles.—Castellar, fortaleza árabe.—La conquista Juan Arias de Saavedra.—Piérdela.—Vuélvela á conquistar y adquiere su señorío.—Convento de la Almoraima.

Distante de Gibraltar cinco leguas al norte, y en las faldas de una elevada colina está situada la antiquísima villa de Jimena, cuya poblacion se contenia ántes dentro de las murallas de la fortaleza, que en la cima de la sierra y en una ancha plataforma estaba edificada. Corre á sus pies el rio Hosgarganta, que atravesando extensas vegas viene á desembocar en el mar Mediterráneo.

Las murallas de la antigua villa estaban flanqueadas de torreones altos y fuertes; y en la parte del sur se alzaba el antiguo castillo con una ancha, alta y espesísima torre en medio, de figura cilíndrica, que aun permanece en pié, si bien muy destruida. Circuia el castillo un ancho foso por el lado de la esplanada, y sus muros dominaban á esta, siendo por todo lo que se vé una de las mejores fortalezas de aquellos tiempos.

No es posible señalar la época de su fundacion; si bien parece que debió ser remotísima, atendiendo á los vestigios romanos, que se observan en sus ruinas, ya en inscripciones, medallas y edificios. Tal vez perteneció

al convento jurídico de Cádiz, ó acaso fué una fortaleza dependiente de Carteia. Medallas de esta última colonia han sido allí encontradas y tambien otras del tiempo de los Emperadores.[1] Los almacenes subterráneos y grandes cisternas, que aun se conservan en la esplanada en donde estuvo la villa, son de arquitectura romana en su mayor parte, aunque mezclada con la morisca. No hay, pues, duda con respecto á su orígen y dejándolo sentado, toca á los anticuarios determinar cual pueblo fuese en la antigüedad.

Parece probable que Tarik al ocupar despues de su desembarco los puntos de la ensenada de Calpe ocupase en seguida á Jimena, que era tan buena fortaleza. Lo cierto es que estuvo en poder de los moros hasta el año de 1431.

En esta época mandando la frontera de Jaen el mariscal Pedro García de Herrera vínose este á Jerez y allí reunió trescientos caballos y doscientos cincuenta peones, con los cuales salió para conquistar á Jimena. Venian con él el esforzado caballero Juan Carrillo de Ormaza, y los escuderos Juan Rodriguez de Borgon, que era un escalador de fama, y Juan Biudo el Adalid. Hizo alto la tropa á dos leguas de la villa, y de allí se ade-

1 En una de las losas que al edificar la iglesia de la villa antigua colocaron en su portada hay la siguiente inscripcion:— "Respublica Obensis Epulo Dato Dedicavit curam Liveror. Herennio Rústico—H—M—Sinilo Restito II vir.— En el arco árabe de herradura, que daba entrada á la villa y cuyo torreon de la izquierda se conserva en buen estado y está en el relox de la poblacion, hay un canto embutido al lado derecho, que tiene esta inscripcion—

L. Herennio Herenniano
L. Cornelius Herennius Rusticus
Nepox ex Testamento Posuit
Nonis Martii Sexto Vintilio
Condimio Sexto Vintilio Maxim. Cos.

Otras muchas hay, pero medio borradas y sin que sea posible leerlas.



lantaron Carrillo y los dos escuderos con cincuenta ginetes y cien peones hasta la vega grande á media legua del pueblo.

Era una noche obscura y ventosa, y echando pié á tierra dejaron allí los caballos y fuéronse acercando con los peones hasta los muros de la fortaleza, sin que fuesen sentidos por los de adentro, protejidos como iban por el viento y la obscuridad. Llegaron á la sazon de mudarse las velas, circunstancia que los favoreció para escalar sin obstáculo el muro del castillo, en donde y entre dos torres colocaron una escala de madera, que tenia siete troncos y cada tronco cinco escalones. Subió el primero por ella un peon llamado Juan de Jerez; el segundo, Juan Biudo el Adalid; el tercero, Juan Carrillo y el cuarto, Juan Rodriguez de Borgon, quien con ser tanta su fama, fué sin embargo el último.

Entraron, pues, en el recinto del castillo y oyendo sus pasos los moros de la vela, que eran cinco, dieron grandes alaridos. Acometiéronlos Juan Carrillo y el Adalid y los obligaron á encerrarse en la torre del Homenage, que es la que está en medio, desde donde pedian á voces auxilio á los de la villa.

En este tiempo subian muchos de los peones, que habian quedado al pié de las murallas, por la escala de madera y por otras dos de cuerda que Borgon les habia echado, hasta que entraron todos por la puerta de la fortaleza, que Juan Carrillo descerrajó con este objeto. Ya dentro hicieron señales con las trompetas al Mariscal, quien se habia venido adelantando despacio y estaba ya muy cerca; y á poco entró este en la villa con toda su gente.

Allí sostuvieron una reñida refriega con los moros, que pelearon con gran bizarría; pero vencidos al cabo pidieron la paz al Mariscal; y este les concedió seguro para sus personas con el que se partieron sin llevarse nada consigo. "De que, dice la crónica, el Mariscal é los suyos



suyos hobieron mui gran despojo de oro, plata é joyas é otras muchas preseas de casa»[1] lo que no es de estrañar siendo la poblacion de mas de quinientos vecinos y entre ellos ciento y treinta ginetes.

En tanto la fama de la empresa habia llegado á Sevilla, Écija y otros pueblos de la frontera cristiana; y en la creencia de que el Mariscal andaria embarazado y comprometido por la cercanía de Jimena á pueblo tan importante como era Gibraltar, cuya guarnicion morisca era respetable, juntáronse para auxiliar á aquel mas de cuatro mil caballos y veinte mil peones. Venian de capitanes y caudillos de este improvisado ejército, el almirante Don Fadrique con la gente de Sevilla; Don Pedro Ponce de Leon, conde de Medellin; Fernan Álvarez de Toledo, señor de Valdecorneja; y Pedro de Aguilar con la gente de Écija.

A marchas forzadas caminaban estos adalides; y ya á mitad de camino recibieron cartas del Mariscal en que les noticiaba el suceso y de que la villa y fortaleza estaban por el Rey, por lo que, agradeciéndole la merced, les añadia, que podian dar la vuelta á sus hogares. «Los dichos caballeros, dice la crónica, desque vieron tanta gente junta quisieron entrar en tierra de moros, é hízoles tan grandes aguas, que hobieron de dejar el propósito que tenian, é volver á sus casas.»

La verdad es, que como siempre estos aluviones de gente solamente eran buenos para un golpe de mano, careciendo de organizacion y táctica para empresas permanentes, como ya hemos visto en los sitios de Gibraltar y de Algeciras.

Ganada de esta manera la villa quedó en poder de la Corona hasta la muerte de Don Juan II (1454), en que volvieron los moros á recobrarla, embistiéndola con

1 Crónica del rey Don Juan II de Hernan Perez de Guzman, señor de Batres cap. II.

ímpetu y cautivando á todos los vecinos de ella.

Á poco (1456) y cuando se encontraba en Sevilla el rey Enrique IV avisóle Juan de Saavedra, esforzado caudillo y alcaide de Castellar, de que Jimena se encontraba mal guardada, y que era fácil conquistarla. Aprovechóse el Rey del aviso y vínose á Jerez para reunir la gente necesaria para la empresa. Llamó con urgencia al duque de Medina-Sidonia, D. Juan de Guzman, que acudió con bastante gente, y se llegaron á juntar unos mil y quinientos caballos y sobre seis mil peones.

Con este ejército y acompañado del Duque, de Don Juan Pacheco, marqués de Villena, de Don Rodrigo Manrique, conde de Paredes y muchos otros caballeros de menor rango, entre los que iban el mismo Juan de Saavedra, viniéronse á Castellar. De aquí salió el Rey con el último y doscientos caballos y reconoció los contornos de Jimena; hecho lo cual en aquella misma noche mandó al Duque, al Marqués, al Conde y á Juan de Saavedra que con la gente necesaria cercasen á Jimena, para evitar que le entrasen socorros de Gibraltar.

Así lo hicieron y al despuntar el alba embistieron la fortaleza con tales brios y presteza, que á pesar de haber salido el Rey muy temprano de Castellar, cuando llegó ya estaba conquistada la villa. Entró el primero en ella un escudero de la reyna Doña Maria, soldado valiente, llamado Álvaro de Balbuena, que perdió allí la vida.

Los moros se retiraron al castillo y ofrecieron rendirse "con pletesia, dice la crónica, de que el Rey los mandase poner en salvo con todo lo suyo"[1] á lo que accedió el Monarca; y salieron todos escoltados con seguridad por Juan Guillen, caballero de su casa, y por Alonso de Árcos, alcaide de Tarifa, quienes los condujeron hasta las puertas de Gibraltar, que aun pertenecia

1 Crónica del rey D. Enrique IV de Alf. de Palencia cap. XXVIII.

á los moros. El Rey dejó abastecida la villa y nombró alcaide de ella á Estéban de Villarcos, caballero de su casa y natural de Jerez.

Para repoblar la villa concedió el Rey grandes privilegios á los vecinos de ella, siendo el principal el de un amplísimo indulto á los reos de homicidio, que hubiesen morado diez meses en la misma, por cédula dada en Segovia 26 de julio 1460, y confirmada por otra de 26 de agosto en Valladolid. Bastaba á los reos acreditar la permanencia por una certificacion del Alcaide, firmada por un alcalde, dos regidores y un escribano para gozar del perdon de la pena, aunque esta fuese la de muerte: "*non embargante*, dice el privilegio, *que los enemigos* (*de los homicidas*) *é partes contrarias non ayan perdonado, ni quieran perdonar su derecho*."

No es estraño que fuese tan estenso el privilegio; pues ya cuando se dió, pertenecia Jimena á Don Beltran de la Cueva, privado del Rey, quien le hizo merced de ella poco tiempo despues de su conquista. Despues, y sin duda á instancia de este, le concedió el Rey (1462) que los ganados de sus vecinos pudiesen pastar en los términos de Alcalá de los Gazules. Y en el mismo año viendo que los acogidos en Jimena para gozar del privilegio de indulto se encontraban sin medios para alimentarse por no poder salir de la villa á procurárselos temerosos de ser presos, ordenó al alcaide Diego de Biedma que concediese licencia para ausentarse á los "*omicianos*," siempre que no pasasen de Jerez de la Frontera, ni de la villa de Carmona; si bien podian andar en las otras villas dentro del radio de las mencionadas.

El mismo Rey concedió por cédula dada en Segovia á 10 de enero 1466 facultad á Don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, para vincular y amayorazgar la villa, en union de Doña Mencía de Mendoza, su muger.

En el año siguiente, segun vimos en la parte tercera de esta historia, fué tomada Gibraltar por el Duque de Medina Sidonia despues de la valerosa defensa que hizo su alcaide Estevan de Villacreces, cuñado de Don Beltran de la Cueva, puesto por este: y al venir Pedro de Várgas para tomar en nombre del Duque posesion de la alcaidía de Gibraltar, ya digimos que salió Pedro de Vera, alcaide de Jimena, y lo embistió é hizo prisionero, encerrándolo en los calabozos del castillo.

Furioso el Duque despachó una numerosa hueste contra el atrevido y valiente alcaide, la que cercando la villa la tomó por asalto y se entregó al pillage y á todo género de excesos. Momentánea fué sin embargo la ocupacion, ya porque el Rey hubiese recobrado su poder con la muerte del infante Don Alfonso, ya porque el Duque no quisiera agravar su causa con otro nuevo atentado parecido al de Gibraltar.

Pedro de Vera, que perdió su hacienda y su libertad, fué indemnizado años despues por el Marqués de Cádiz, cuyo servidor fué en las guerras que este sostuvo contra el Duque, y muy particularmente en el asalto de Medina-Sidonia,

Volvió, pues, Jimena á poder de Don Beltran de la Cueva, quien tal vez receloso de que el Duque repitiese sus ataques ó que tuviese necesidad de enagenarla, es lo cierto, que en 13 de Setiembre 1471 la vendió á aquel en tres cuentos de maravedís, por escritura otorgada en Cuellar ante el escribano real Diego de Vela, incluyéndose en la venta el derecho de percibir cerca de un cuento de maravedís para pago de la gente de guerra, que como alcaide pertenecia tambien al señor de la villa y cobraba de las alcabalas de Sevilla y su tierra.[1]

1 Empieza así:—Conocida cosa sea á todos cuantos la presente escritura vieren, como yo Don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, conde de Ledesma, del Consejo del Rey nuestro Se-

En octubre del mismo año el jurado Diego de Várgas, vecino de Jerez, con poder del Duque de Alburquerque dió posesion de la villa á Pedro Nuñez de Villavicencio, apoderado del de Medina, ante Gonzalo de Montes de Oca, escribano de cámara y notario público, siendo testigos Álvaro de Mesa, criado del Duque de Medina Sidonia, Juan de Monacis, Alonso García de Olvera y Alonso de Porras, regidores; y otros muchos caballeros de Jimena.

Ya hemos visto cuan presurosos acudian los habitantes de esta villa á socorrer á Gibraltar en los rebatos de turcos en aquella ciudad tan frecuentes; y esto lo hicieron no solamente cuando era del Duque, sino despues de pasada al dominio de los Reyes.

En 1536 se movió un ruidoso pleito entre el Ayuntamiento de Jimena y el duque de Medina Sidonia Don Juan Alonso de Guzman, sobre la reversion de la villa y su término á la Corona real, ante la Chancillería de Granada. El fiscal de S. M. apoyaba la demanda de los vecinos, fundada en que Don Beltran no habia podido enagenarla por no ser dueño lejítimo de ella, por carecer de título real de donacion, y además que, aun teniéndolo, debia considerarse como nulo, pues no podia Enrique IV contravenir á las leyes dadas en materia de donaciones por su padre Juan II.

Por otra parte el precio de la venta, añadian, probaba con evidencia, que el mismo vendedor no se habia

ñor. De mi grado, é propia voluntad, otorgo y conozco, que vendo á vos el Magnífico Señor, el Señor mi primo D. Enrique de Guzman, duque de Medina Sidonia, conde de Niebla, señor de la noble ciudad de Gibraltar, mi villa de Ximena, que es en el Obispado de Cádiz, con su castillo y fortaleza y vasallos y términos poblados é por poblar é con sus montes é dehesas é prados é pastos...... y vendo vos la dicha mi villa de Ximena con todo lo que dicho es por justo derecho convenible precio nombrado, conviene á saber por tres cuentos de maravedís.... etc. Memorial ajustado del pleito entre la villa y el Duque de Medina Sidonia, que contiene todos los documentos citados. Archivo de Jimena.

creido ser dueño de la villa; pues entregaba esta por tres cuentos, y además cerca de un cuento de renta anual por razon de las pagas, rédito que venia á representar un capital de treinta cuentos.

El Duque, á su vez, probaba el dominio y señorío de Don Beltran de la Cueva con los privilegios concedidos por el Rey á la villa, en cuyas cédulas se le titulaba señor de ella, y sobre la cesion del cuento decia, que esta cesion era ilusoria, pues toda esta cantidad habia de invertirse en la guarda de la fortaleza. Así, en réplicas y contraréplicas llegó el litigio hasta la articulacion de prueba y en este término quedó.

Continuó, pues, el Duque en posesion pacífica de la villa, nombrando los oficiales de justicia para la poblacion, que fuera ya de los muros antiguos íbase estendiendo al abrigo de la fortaleza en la ladera de la colina en donde estaba asentada aquella. El primer edificio que se construyó fuera de las murallas fué la iglesia parroquial de la Santa Misericordia.

Incorporados los señoríos á la Corona en el presente siglo quedaron los señores siendo tan solo los primeros propietarios de sus pueblos; y esto sucedió al Duque. La compra de esta villa ofrece una curiosa prueba del aumento de la riqueza territorial en el espacio de cuatro siglos. Los tres cuentos de su precio equivalen á 88.235 reales vellon, que será hoy sobre la tercera parte de su renta.

Ya dijimos al tratar del sitio de Gibraltar en 1782, que en Jimena se habian establecido dos fábricas de bombas para el servicio de nuestras baterías, una en el rio Hosgarganta y frente al pago de sus deliciosas huertas, y la otra en el rio Guadiaro. De la primera solo quedan algunos cimientos y tapias y el magnífico cauce que sirve para los molinos; de la segunda un edificio casi completo.

Al tratar de Jimena no es posible pasar en silencio

el santuario de nuestra Señora de los Ángeles, situado á un cuarto de legua al S. de la villa en un pintoresco otero, rodeado de huertos, próximo á la ribera del Hosgarganta. La imágen de piedra de la Vírgen es antiquísima, y fué milagrosamente encontrada en aquel paraje, en donde la enterraron los moradores de la villa, tal vez cuando esta cayó de nuevo en poder de los agarenos despues de la primera conquista cristiana; ó ántes, cuando estos entraron por primera vez en la Península.

Edificóse allí á costa de los vecinos un convento de franciscanos de la órden tercera para la conservacion del santuario en el siglo XVI, que ya hemos visto servir de refugio á las monjas de Santa Clara de Gibraltar, cuando perdida la plaza en 1704 huyeron del furor de los conquistadores. El afecto de los naturales de Jimena á la Vírgen de los Ángeles raya en adoracion: las madres lo inspiran á sus hijos desde la infancia y queda grabado en sus corazones por toda la vida. No hay uno que al abandonar su casa no se despida de ella, ni que al volver á su hogar deje de darle gracias por su asistencia. Amparo en todas las calamidades á ella se acude para el remedio, y es llevada al pueblo en devota procesion para implorar su socorro.

¡Seguid, Madre piadosa, siendo el escudo tutelar de nuestro pueblo y de nuestra familia, que tanto ha contribuido á vuestro culto; y aunque humildísima nuestra voz recibid en estas breves líneas el homenage de nuestra profunda veneracion y respeto! Vengamos á Castellar.

Esta villa está situada á mas de tres leguas al noroeste de Gibraltar en la cumbre de una áspera y alta sierra, que se alza entre los rios Hosgarganta y Guadarranque. Fué una importante fortaleza árabe, cuya forma conserva en estado perfecto: y colocada en un estremo de la frontera cristiana tan cercana á Africa era un punto de gran peligro.



Cuando Jimena fué arrancada á los moros en 1431 aun permanecía Castellar en poder de estos, hasta tres años despues (1434) en que la conquistó Juan Árias de Saavedra, alcaide de Jimena. Sabedor este de que pasaba un convoy de víveres á Castellar enviado por los moros de Ronda, mandó á su hermano Gonzalo Árias con suficiente escolta para apoderarse de él. Hízolo así, y cautivó á los que venian custodiándolo, quienes le noticiaron que Castellar estaba en completo desamparo; entonces Juan Árias con parte de la guarnicion de Jimena se fué sobre ella y la cercó avisando por corredores al concejo de Jerez para que le enviasen gente. Jerez la envió y unida con la de Jimena asaltó Juan Árias la fortaleza y se apoderó de ella. El rey Don Juan II le concedió la alcaidia y despues (7 de setiembre 1445) su señorío.

Como habia sucedido con Jimena, y como era frecuente en las fortalezas de la frontera, Castellar volvió á caer en manos de los moros, siendo prisionero de ellos su valeroso alcaide Juan de Saavedra. Pero libre y rescatado[1] volvió de nuevo á embestirla, la conquistó otra vez recobrando su señorío, que á su muerte recayó en su hijo Fernan Árias de Saavedra, tronco de sus Condes.

La villa vino á poder de la ilustre casa de Medinaceli hasta que movido pleito por los Marqueses de Mosscosso obtuvieron la posesion de ella; pero entablada la demanda de propiedad por el Excmo. Señor Duque actual de Medinaceli recayó ejecutoria del Tribunal Supremo y tomó posesion del Estado hace ocho años.

Es muy estenso su término y si bien las tierras son flojas y no comparables en feracidad á las de Jerez, Alcalá y Tarifa, los montes son excelentes, pobladísimos y frondosos. Se componen de robles ó quejigos y de

1 Carta real á la ciudad de Sevilla fecha 1450.—Zúñiga, Anal. de Sevilla pág. 336.



alcornoques y ocupan las dos terceras partes casi del estado; en el centro del desierto que forman se levanta el antiguo convento de Mercenarios, llamado del Santo Cristo de la Almoraima. Ya dijimos que esta voz árabe significaba pago de multas, y sin duda la aplicarian al santuario por la torre árabe que estaba en este paraje, cuyos restos estan en pié, en la que se cobrarian las multas á los intrusos en el término.

Fundólo en 29 de setiembre 1603 Doña Beatriz Ramirez de Mendoza, condesa del Castellar. La efigie del Santo Cristo goza de gran veneracion en todo el pais y se celebra en su iglesia una funcion solemne todos los años en 3 de mayo, á que asisten muchos habitantes de los pueblos del Campo. Es punto constante de reunion y solaz de los de Gibraltar, que acuden allí atraidos por el deleite de sus bosques, que ofrecen además abundante caza.

CAPITULO X.

Gibraltar, puerto franco.—Epidemia en 1813 y 1814.—El general Don, teniente gobernador de la plaza.—Arreglo de propiedades.—Emigrados españoles en Gibraltar.—Epidemia en 1828.—Campo neutral.—Visita de los Serenísimos Duques de Montpensier.—Incomunicacion de la plaza con los pueblos del Campo.—Privilegio de Algeciras para alzar pendones en la proclamacion de los Reyes.—Decadencia del Campo.—Guera de Africa.

Apenas conquistado Gibraltar por los ingleses fué declarado puerto franco, y desde entonces se introdujeron por este punto en España los productos de su industria, con tanta mayor ventaja para ellos, cuanto mas atrasada estaba la nuestra. Lo peor era que no dándoles nuestros funestos aranceles lícita entrada, el fraude les abria camino con el estímulo de la ganancia.

Fué corta sin embargo la introduccion en los principios por la guerra contínua en que con ellos estábamos y la dificultad de comunicar con la plaza; pero aliados nuestros desde 1808 y destruido el valladar de la Línea, fué mas frecuente el roze con la plaza, y tanto por tierra como por mar el comercio ilícito con España se aumentó de un modo estraordinario.

Esto por una parte; y por otra, la esclusion de las mercancías inglesas de los puertos del continente, resultado del sistema de Napoleon, dió tal vida y empuje al comercio de Gibraltar, que nunca habia alcanzado mayor engrandecimiento. Gozando de su prosperidad estaba, cuando de nuevo (1813) apareció la fiebre amarilla con

nuevos horrores, y por tres meses estuvo cerrada la comunicacion con España. Reprodújose en el año siguiente; pero duró poco, y desaparecida volvieron á tomar los negocios su curso ordinario.

Era gobernador propietario el Duque de Kent, príncipe real, quien habia estado algunos meses en ella (1802), y despues de varios tenientes vino como tal el general Sir George Don, á quien Gibraltar debió grandes adelantos en administracion y en establecimientos públicos. Inteligente y activo atendió con igual esmero á los negocios civiles como á los militares, sin descuidar nada de cuanto podia contribuir al bienestar de los habitantes. Grata es su memoria tambien á los pueblos del Campo, especialmente á San Roque, en donde pasaba la mayor parte del año. Aficionado á los españoles vivia con gusto entre ellos, é íbase por los campos y cortijos derramando beneficios.

Muerto el Duque de Kent fué nombrado Gobernador (1821) Lord Chatham, hermano del célebre ministro Pitt, y con su venida cesó en el mando el general Don, el cual se quedó aquí, pasando la mayor parte del tiempo en San Roque, segun su costumbre.[1]

El nuevo Gobernador continuó el mismo acertado sistema de gobierno de su antecesor, y promovió cuantas mejoras eran conducentes al interés de la ciudad. En su tiempo (1817) se nombró una comision para el arreglo de los títulos de las propiedades urbanas, asunto muy embrollado y defectuoso. Revisadas por la junta las titulaciones, se asentaron estas en bases sólidas, y desaparecieron las cortapisas que pesaban sobre los propietarios católicos y judíos.

Concedíase el terreno para edificar por cierto nú-

1 Vivia en la casa hoy perteneciente á nuestro buen amigo Don Francisco Francia, vice-cónsul inglés en San Roque, tan aficionado á la horticultura como á socorrer con mano pródiga todo género de infortunios y necesidades.



mero de años (lease hold), pasados los cuales el dueño de la propiedad debia devolverla al Gobierno; y concedióse tambien sin esta circunstancia (free hold) segun los casos, quedando para siempre en poder de ellos. Con tales bases la poblacion se aumentaba sin perder el Gobierno el dominio del suelo, que venia á recobrar con el ventajoso agregado de los edificios, además del censo que cobraba en cada año. Era, pues, una especie de enfitéusis por tiempo determinado.

Á la guerra de la independencia sucedió en España la revolucion política, sostenida por aquel partido mas adelantado que su época, y que tradujo como deseo de libertad, lo que habia sido en el pueblo tan solo un sentimiento de ódio al yugo estraño. De aquí las persecuciones y destierros de muchos dignos españoles; y de estos, los que vinieron á Gibraltar encontraron allí benévola acogida por parte de las autoridades. Viéronse empleados en enseñar idiomas y en oficios mecánicos para ganar el sustento á altos funcionarios de valer y ciencia. Entre todos merece especial mencion el sabio y probo ex-regente Don Gabriel de Ciscar que murió en ella, y á quien pasaba una módica pension su amigo Lord Wellington.[1]

Mucho tacto y prudencia habian menester los gobernadores de Gibraltar para que el asilo concedido á los emigrados no fuese interpretado por el Gobierno español como un acto de hostilidad; y este escollo supo evitarlo con sagaz tino el general Don, vuelto al mando de la plaza, despues de la salida (1825) de Lord Chatham, sin que por este motivo resultase complicacion alguna desagradable entre los dos Gobiernos.

1 Los restos de este insigne patricio han sido exhumados con estraordinaria pompa en el dia 20 de abril de 1860, siendo Gobernador de la plaza Sir William Codrington, y conducidos en uno de los buques de nuestra escuadra á San Fernando y colocados allí en el panteon erigido á los marinos ilustres.



En el verano de 1828 volvió la cruel epidemia á afligir á Gibraltar, sin que las medidas higiénicas adoptadas por el Gobernador, ni los médicos españoles y franceses, que vinieron de fuera como conocedores del mal, consiguieran disminuir sus estragos, que fueron grandes en todas las clases de la poblacion. Mucha parte de esta se salió fuera de murallas, albergándose en casas de madera ó barracas construidas frente á las huertas, y tambien se acampó toda la tropa que no era necesaria en la plaza, en las faldas del monte. Por fin, llegó el invierno y la enfermedad aflojó hasta extinguirse completamente.[1] En esta época aflictiva el Gobierno español socorrió con mano liberal por medio de su representante á los habitantes de la plaza, facilitándoles miles de fanegas de trigo y otros efectos.

Segun el tratado de Utrecht la plaza no tenia otros límites que sus murallas, ni su jurisdiccion pasaba de ellas; pero andando el tiempo se plantaron huertas para regalo de los habitantes en aquella parte del itsmo en donde se fabricaron tambien las barracas y almacenes, y que se llamaba campo neutral en los años de 1782. El Gobierno español toleró esta infraccion del tratado, y todo este espacio que llega hasta donde hoy estan las primeras centinelas inglesas y que será de una media milla, quedó por la plaza, pero sin que mediase formal convencion entre los gobiernos.

Desde entonces, aunque sin fundamento, se empezó á considerar como campo neutral el espacio comprendido entre las centinelas inglesas y las españolas de la Línea, que será como de mas de media milla. Pero el producto aunque exiguo del terreno lo perciben las autori-

1 En 1804 desde agosto hasta enero que duró la fiebre se llevó 5.000 personas.
En 1810 hubo en la tropa 20 muertos.
En 1813 hubo 1.300 en todas las clases.
En 1814 id. 250.
En 1828 id. 1.800.

dades españolas; y han ejercido estas esclusivamente la jurisdiccion tambien, cuando han tenido la suficiente energia para vindicar sus derechos.[1]

Gibraltar por su situacion y por la nombradía de su fortaleza ha sido y es visitada por muchos príncipes y personages de Europa. En el verano de 1849 lo fué por SS. AA. RR. los serenísimos Duques de Montpensier, primera vez que, despues de su pérdida, entraban príncipes españoles en su recinto. En una mañana del mes de julio llegaron SS. AA. RR. de Algeciras por mar y desembarcaron en el Ragged-Staff acompañados de su servidumbre, del activo comandante general del campo Don Juan de Lara, y de otras muchas personas distinguidas, militares y civiles.[2]

Fueron recibidos con todos los honores debidos á su alto rango por el gobernador de la plaza Sir Roberto Gardiner y obsequiados por este con régia magnificencia, tal como ningun príncipe estrangero lo habia sido hasta entonces. Hospedáronse en el convento y visitaron acompañados del Gobernador y comitiva las alturas del monte y la cueva de San Miguel, que caprichosamente iluminada presentaba una vista sorprendente.

Las calles de Gibraltar ofrecian en esta ocasion el aspecto de un dia de fiesta: la bandera española se veia

1 En 1846 mandando el Campo nuestro excelente amigo el teniente general Don Juan de Lara, encalló un buque americano en la costa de este pretendido campo neutral junto al antiguo fuerte de Santa Bárbara. Acudió el comandante de la Línea, nuestro amigo el coronel Don Roque Linares á proteger el naufragio, oponiéndose á que lo fuése por las fuerzas inglesas. Vino el gobernador de la plaza Sir R. Wilson, y á la reflexion que le hizo con entereza dicho Comandante de que el buque estaba en terreno español nada replicó; ántes consintió que las autoridades españolas continuaran entendiendo en el negocio.

2 Asistieron entre otros, nuestros amigos Don Diego de Arana, secretario de la comandancia general, D. Cárlos Apolinario, auditor de guerra de la misma, el brigadier, difunto ya, D. Antonio Espinosa, Don Luis Mondragon, y Don José Gomez de Leis, jueces de Algeciras y San Roque y otros que no recordamos.

ondear por todas partes y el regocijo estaba pintado en los semblantes de todos. El Gobernador dió por la noche en el convento en honor de los ilustres huéspedes un baile espléndido, en el cual ostentó nuestra Infanta todas las galas y atavios de su riqueza juntas con las de su natural hermosura, con tan régia dignidad en su porte y maneras, que dejó prendados á los estraños y llenó de envanecimiento á los propios que, tuvimos la dicha de contemplarla. Despues de un dia de estancia dieron los Príncipes la vuelta á Algeciras deteniéndose para almorzar en San Roque, y marcharon poco despues por Tarifa á Cádiz.

No hace muchos meses, sea dicho de paso, que tambien estuvo en Gibraltar de vuelta de un viaje á Italia, S. A. R. el Príncipe de Gales, heredero del trono británico, jóven de noble y espresivo continente y graciosa fisonomia, animada con la vivacidad propia de sus pocos años. Supo captarse las simpatías de sus futuros súbditos, quienes le recibieron con sincero entusiasmo y le prodigaron todo género de obsequios.

Recorrió como es uso y costumbre las cercanias, recreándose en los deliciosos bosques de la Almoraima. Dejó una memoria de su estancia en la plaza colocando la primera piedra de una de las baterías de Europa, que está en las alturas que dominan el Muelle Nuevo, cercana al antiguo cementerio.

Pocos años despues de la venida de los Príncipes españoles ocurrieron graves disgustos entre el mencionado gobernador Sir R. Gardiner y los habitantes de la plaza, que tuvieron principio en la cuestion sobre cuarentenas. La diferencia entre las leyes sanitarias inglesas y las españolas producia graves quebrantos á los habitantes de la plaza; y para evitarlo, habiendo aparecido el cólera morbo en Inglaterra (octubre 1853) el gobernador Gardiner de acuerdo con el General del Campo decidió establecer una cuarentena de ocho dias de observacion á

los buques procedentes de los puertos ingleses. De esta manera quedaba abierta la comunicacion de la plaza con los pueblos del Campo.

Una semana despues de adoptada esta medida, el Gobernador de repente y sin prévio aviso levantó la cuarentena acordada y dió entrada libre á un buque llegado de Inglaterra. Entonces el General del Campo y la Junta de Sanidad de Algeciras impusieron una observacion de ocho dias á las procedencias de Gibraltar y resentido el Gobernador inglés por este acuerdo, que era arreglado á nuestras leyes sanitarias, cortó de repente la comunicacion por tierra con el Campo y cerró la plaza con tanta estrechez como si fuese á sufrir un sitio.

Esta clausura absoluta produjo graves daños á los de adentro y á los de afuera, sufriendo las clases pobres de ámbos puntos una desastrosa miseria y las acomodadas no pocas privaciones y molestias. El general Gardiner con todo su amor á los españoles,[1] de cuya sinceridad no dudamos, les causó no obstante un grave mal con su tenaz empeño en mantener la plaza incomunicada, privándoles de su mercado natural, por motivos que pudieran haberse calificado de pueriles resentimientos.

En esta ocasion pudimos apreciar los lazos amistosos que unen á los habitantes de la plaza con los de estos pueblos, lazos de vecindad y mútua correspondencia formados por el tiempo y que nada es capaz de aflojar. Vimos cuando se alzó la incomunicacion, que duró algunos meses, abrazarse unos á otros con lágrimas de regocijo y entrar y salir á bandadas en la plaza, repitiendo los plácemes por el feliz suceso.[2]

1 My appeal is to those thousands of Spaniards whom in my heart J love and whose welfare and interests J ever have and ever will continue to labor for and promote. Gibraltar Chronicle 8 agosto 1853.

2 En esta triste ocasion varios vecinos notables de Gibraltar, que tenian propiedades ó acostumbra-

No quiere esto decir que los habitantes del Campo dejen como buenos españoles de ver con dolor en poder estraño una fortaleza que fué nuestra; pero rodeados estos pueblos de altas sierras con veredas y sendas peores y mas escabrosas que las de África, apenas pueden comunicarse ni aun con la capital de la provincia. Así Gibraltar es para ellos el mercado natural y centro de sus negocios; allí acude el artesano á vender su obra, el labrador sus ganados, quien además encuentra á precios módicos el capital necesario para atender á su industria tan poco protejida en nuestro país.

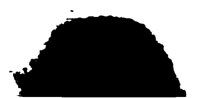
Tambien en las épocas de escasez de cereales en que su introduccion ha sido permitida por nuestro Gobierno, los han tenido estos pueblos mas baratos que los demás de España, merced á la abundancia que ha reinado en Gibraltar por la franquicia de su puerto. No es, pues, estraño que se haya considerado como una calamidad la incomunicacion que á veces ha habido con ella.

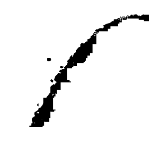
Las relaciones entre las autoridades españolas é inglesas han sido siempre cordiales, arreglándose con facilidad las diferencias, que naturalmente surgen entre puntos fronterizos. Ya vimos establecerse en Algeciras la Comandancia del Campo por el general Castaños, y esta que en los principios era tan solo un mando militar, vino con el desarrollo del comercio ilícito con la plaza vecina á convertirse en una verdadera autoridad de Hacienda. Eran, pues, los Comandantes generales subdelegados de Rentas, con provechosa participacion en los comisos, perceptores además de los derechos de licencias para la entradas personales en aquella[1] y otras ga-

ban pasar temporadas en el Campamento socorrieron con prodigalidad la miseria de esta aldea, producida por la incomunicacion. La señora Doña Josefa Segura de Larios, el difunto Don Juan Francia, Don Luis Blond, nuestros apreciables amigos; el Sr. de Cánepa y otros varios formaron suscriciones con las que atendian semanalmente á las necesidades de estos habitantes.

1 Entre ellas pagaban cierto derecho las cargas de comestibles


52





belas, llegando á ser tan pingüe este mando, que se consideraba como uno de los mejores del Reino.

La ciudad participaba tambien de las ventajas que le proporcionaban los Juzgados especiales con los que creció su importancia. Ya en tiempo de Cárlos IV fué nombrado alferez mayor de ella el general Castaños, quien encumbrado despues de sus triunfos á grande y merecida altura, duque de Bailen y presidente del Consejo de Castilla solicitó y obtuvo para su ciudad predilecta el privilegio de alzar pendones en la proclamacion de nuestra augusta soberana Doña Isabel II. Concediólo por real cédula dada en Aranjuez á 24 de abril 1834 la Reina madre Gobernadora del Reino, con lo que vino á borrarse el último vestigio que quedaba de la representacion de la antigua ciudad de Gibraltar. El noble Conde de Luque, alferez mayor de ella, al levantar su pendon en esta época por la Reina, solo representó ya á San Roque y no á los pueblos del Campo.

Reformados en algun tanto los aranceles generales se disminuyó el comercio y bienestar de estos, y como la guarnicion que en ellos habia era poco numerosa y apenas bastante para cubrir los puntos necesarios, sin comunicaciones, sin industria y con escasa agricultura empezó á notarse la decadencia, que aun subsiste y subsistirá hasta que no se abran nuevas fuentes de riqueza. La Comandancia general quedó privada de sus anteriores productos, si bien no se disminuyeron sus atribuciones, pues la Gefatura política de distrito se unió á ella (1852) en tiempo del ilustrado general Don Eusebio

y otros efectos que se introducian por tierra en la plaza, como parte de la contribucion conocida con el nombre de Rentas provinciales: y habiendo solicitado en 1851 los Ayuntamientos de Algeciras y San Roque la supresion de este oneroso impuesto, que montaba al año cerca de veinte mil pesos fuertes, tuvimos el gusto de presentar sus esposiciones al Sr. Don Juan Bravo Murillo, entonces presidente del Consejo de Ministros, quien suprimió el gravámen en Real órden de 29 de julio del mismo año.

de Calonge, destino que hubo de suprimirse al poco tiempo.[1]

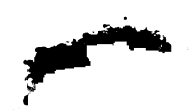
Antes de concluir debemos consagrar un recuerdo á la presente guerra de África, ya por ser el teatro de ella vecino á los pueblos de quienes tratamos, como por haber estos albergado ántes de pasar el Estrecho á la mayor parte del valiente ejército, que ocupa ya un lugar tan alto y glorioso en los anales de la patria.

En una campaña admirable de ochenta y dos dias, cada uno señalado por un triunfo, partió aquel desde las alturas del Serrallo próximas á Ceuta, y dejando guarnecidos los reductos levantados con su sangre continuó por las faldas del monte Negron hasta Tetuan, en cuyos muros ondea en estos momentos la bandera española.

En las cimas del monte El-Heleli que dominan la plaza habíanse atrincherado Muley-Abbas y Sidi Hammed, hermanos del emperador Muley-Mohammed, con mas de treinta mil hombres, ejército el mas numeroso y mas regular que nunca se vió en Marruecos. Allí fueron acometidos con serena bravura por el nuestro, que guiaba el general en gefe Don Leopoldo O'Donnell, caudillo de altas prendas militares, quien con hábiles y estratéjicas maniobras envolvió de tal manera á los enemigos, que perdieron tiendas, artillería y municiones sufriendo una horrible carnicería y una completa derrota (4 de febrero 1860.) Los restos huyeron despavoridos, llevando el espanto hasta los confines del imperio y los Príncipes marroquíes solicitaron la paz.

Tales son los frutos alcanzados en tan breve tiempo

1 En tiempo del general Don Juan de Lara se nombró un segundo cabo para la Comandancia general, destino que fué suprimido al poco tiempo. Desempeñólo nuestro bondadoso y difunto amigo el mariscal de campo Don Cristóbal Linares y Butron, militar antiguo lleno de relevantes servicios, y que años despues vino á mandar el Campo, siendo el único natural de él, que sepamos, á quien haya cabido este honor.



por nuestro ejército, que nada ha dejado que desear ni á su Reina, ni á su patria. Bravo en el combate y paciente en los trabajos con tan heróica constancia ha sufrido las privaciones y los crudos rigores de la estacion, como combatido á las feroces kabilas atrincheradas en sus bosques y peñascos. La Europa entera le ha hecho completa justicia y su Gefe secundado por generales tan bizarros, intrépidos é inteligentes como Don Juan Prim y otros cuyos nombres guardará la historia, así como el del esforzado gefe de la marina Don José María Bustillo, han levantado el nombre de España á la altura de las pasadas edades. ¡Ojalá que una paz honrosa venga á dar pronto remate á esta gloriosa empresa, y que nuestra moderacion corra parejas con el valor desplegado en ella!

Por lo demás las kabilas de Benzú y de Anghera, autoras del último ultraje, no existen ya casi; el hierro español ha dado cuenta de ellas á pesar de su indómita fiereza; pero en cambio la cruel epidemia se ha cebado en nuestros valientes. Estas víctimas, que han dado en la obscuridad su vida por la patria, son de mas precio y valer por lo mismo que sus nombres no andan en boca de la fama engalanados con los laureles de la victoria.

La Nacion ha mirado por estos hijos con solícito esmero y cuidado y las poblaciones del litoral han tenido numerosos asilos para cobijarlos. En todos los pueblos del Campo los hay para heridos y enfermos, en los que al par de los auxilios de la patria han encontrado nuestros guerreros el cariñoso agasajo de sus habitantes.[1]

1 En San Roque, además de los hospitales del Gobierno, está establecido el que para heridos costea en moviliario y asistencia la ciudad de Barcelona, con tan hermosas camas y abundante ropage, que honra á la filantropía y liberalidad de la segunda ciudad de España. Doce hermanas del Cármen con sus padres espirituales y el administrador de la Junta Don José Esteva llegaron á esta poblacion, siendo acojidos por sus habitantes con cariñoso afecto. Se establecieron en el cómodo y ventilado cuartel de Bar-

No concluiremos sin hacer mencion de un estraño fenómeno, que se ha visto con ocasion de esta guerra y que prueba el escepticismo de la época triste que atravesamos. Las tribus salvajes ocupan estensas costas en los dos mares siempre en acecho de presas que devorar; los náufragos encuentran allí una segura muerte en manos de los caribes; los buques de todos los paises que se acercan son acometidos por sus cárabos y degolladas sus tripulaciones; y sin embargo, una nacion marítima de primer órden, una nacion cristiana quiere impedir la destruccion de estas horribles hordas, secuaces de Mahoma, por temor de que la ocupacion de su territorio perjudique á sus intereses materiales.

Mucho podria decirse sobre la vanidad de estos temores; pero aun en el supuesto de ser fundados, siempre resulta que los principios eternos de justicia, que las grandes naciones mas que otras deben practicar por lo mismo que son mas fuertes, vienen á ser sacrificados al estúpido egoismo, y que Inglaterra favoreciendo con sus simpatías á los bárbaros africanos ha perdido el derecho de ir á la cabeza de la civilizacion de los pueblos, siquiera sea la nacion mas rica y poderosa del mundo.

Pasemos ahora á dar algunas noticias estadísticas de la ciudad, objeto de nuestra historia, que acaso miren con interés la mayor parte de nuestros lectores.

racones, en donde se colocó una lápida con toda solemnidad para recuerdo del hecho. Bendíjola el Illmo. Sr. Obispo de Antinoe, vicario apostólico de Gibraltar, asistido del clero parroquial, á cuya funcion concurrieron las autoridades y personas notables del pueblo, que firmaron el acta que se estendió con este motivo.



CAPITULO XI.

Situacion de la ciudad.—Clima.—Europa.—Bahía de los catalanes ó Caleta.—Poblacion.—Edificios y establecimientos notables.—Instruccion pública.—Jardines y paseos.—Farola.

La ciudad está situada en la parte noroeste del monte, y tiene de longitud unos seis mil pies con mil de latitud. Estiéndese por sus faldas en forma caprichosa y pintoresca, que los lectores españoles podrian comparar exactamente á un *nacimiento*. Hay monte surcado de veredas, árboles, torres de antiguos castillos, iglesias con campanarios y mil casas de colores diversos con altos y vistosos miradores, construidas en el declive de la roca, y cuyas calles son una prolongada escalera.

Al pié del monte y en su parte llana se encuentra la Gran Parada ó plaza de cuarteles á donde vienen á estar las puertas de mar y tierra. En dicha plaza hay un estenso y fuerte cuartel construido detrás de la gran cortina ó batería de la puerta de tierra con la que tiene comunicacion, y parece destinado para guardarla. En el estremo opuesto se vé un hermoso pabellon para oficiales, cuyas rasgadas ventanas son otras tantas troneras que pueden servir en caso necesario para colocar artillería.

De aquí arranca la calle Real (Main Street), la mas ancha y llana de la poblacion, embaldosada y con aceras

levantadas, que tiene de estension una media milla y concluye en la Puerta nueva de la muralla de Cárlos V, que dá paso á la parte sur de la ciudad conocida con el nombre de *Europa*. Paralelas á esta calle hay varias, siendo la principal de ellas la llamada Irish Town, que corre desde el cuartel de artillería hasta la plaza del Martillo (commercial Square). En estas dos calles está reconcentrada la vida mercantil de la plaza, siendo la Real la principal arteria del movimiento de ella, y las otras calles, que suben al monte, vienen á desembocar en esta cortándola en ángulos rectos. La ciudad propiamente dicha tiene sobre 1.500 casas; en la parte de Europa hay unas 360, y además unos 400 edificios del Gobierno en una y otra parte.

Su clima es suave y templado;[1] pero en verano se sien-

1 Resúmen de las observaciones meteorológicas hechas en el Observatorio de Gibraltar á cargo del cuerpo de Ingenieros en los años de 1852 á 1857.

Altura media absoluta del Barómetro.

A las 9½ de la mañana.	A las 3½ de la tarde.
Pulgadas.........30,022	Pulgadas.......29,987

Altura máxima media. *Altura mínima media*

A las 9½ de la m.	A las 3½ de la t.	A las 9½ de la m.
Pulgs. 30,158:	Pulgs. 30,112:	Pulgs. 29,902:

Máximo absoluto.

A las 9½ de la m.	A las 3½ de la t.	A las 9½ de la m.
Pulgs. 30,307:	Pulgs. 30,263:	Pulgs. 29,829:

HYGROMETRO.

Media.

56,3 = Humedad 0,730

Máximo.	*Mínimo.*
67,8=Humedad 0,807.	44,6=Humedad 0,665.

te mas calor del que corresponde á la temperatura por el obstáculo que el monte opone á la circulacion del Levante, que es el viento mas frecuente. Cuando reina se agrupan las nubes formadas con las emanaciones del Mediterráneo en las crestas del peñon, se estienden por sus laderas y cubren la ciudad con un velo espeso y sofocante, si está en calma; y mas sofocante aun, cuando sopla con fuerza por los miasmas calizos, que se desprenden de la roca y que pueblan el aire.

Saliendo por la Puerta nueva se entra en el distrito del sur ó sea Europa, pasando por los célebres *arenales colorados*, llamados así por el color encarnado que tenian y aun hoy se advierte, y que produce el hierro de que está mezclada la tierra arcillosa y el cuarzo que forma su composicion, al parecer, de orígen marino. El estenso espacio que ocupaban está convertido en paseos

TERMÓMETRO.

Temperatura media general de...	62º á 65º Farenheit.
Media en verano....	74 á 77,8
Media en invierno..	51 á 57.
Máximo en verano á la hora de mayor calor....	86 á 92
Mínimo en invierno....	42 á 47.
Máximo absoluto de temperatura...	93º4.
Mínimo....	32,7.

PLUVIÓMETRO.

Cantidad media de lluvias....	42 pulgadas.
Máximo....	78
Mínimo....	24,80.

El agua se congela en el Hacho con una temperatura de 35º: siendo su elevacion sobre el nivel del mar de 1.400 pies ingleses.

No concluiremos esta nota sin hacer una rectificacion importante. En la parte primera fijamos la situacion geográfica del monte con arreglo á observaciones antiguas. Segun las modernas que hemos podido ahora adquirir, su verdadera situacion es esta: 36º 6′ 30″ de latitud N., y 5º 21′ 12″ de longitud O. del meridiano de Lóndres. Allí repetimos equivocadamente las latitudes, debiendo ser siempre una misma, variando solo las longitudes, segun el meridiano de donde se tomen.

y en una estensa esplanada que llega hasta la falda del monte, y que sirve para ejercicios militares. Desde la ciudad parten varios caminos cómodos y anchos; uno de ellos tiene dos millas y llega hasta la punta de Europa, pasando por la casa (cottage) que tienen los Gobernadores al este del monte y sirve para carruages.

A una media milla de la Puerta comienza la poblacion de este distrito situada entre amenísimos y pintorescos jardines, y que ya por esta causa, ó por estar mas elevada que la ciudad goza de aires mas puros y de una temperatura dos grados mas baja que aquella.

En la caleta ó bahía de los catalanes, situada detrás del monte con vista al Mediterráneo, hay tambien casas con unos 260 habitantes, capilla católica, escuela y un destacamento de treinta hombres al mando de un capitan, que es el gobernador del punto. Las casas están construidas en la playa, que en tres parajes forma allí el monte, habiendo al lado de ellos un inmenso depósito de arena movediza.

Para ir á ella se sale por la Puerta de tierra y faldeando el monte por el lado del norte se toma un camino bueno, que termina á un cuarto de milla de dicha bahía; ya de aquí hay una senda estrecha y casi peligrosa por los precipicios que hay á la izquierda y que dan al mar. No deja de ser tambien peligrosa la aldea por hallarse espuesta á ser aplastada por los peñascos que suelen desprenderse del monte, y que á veces han ocasionado no pocas catástrofes. Cuando la invasion francesa muchos de los vecinos de San Roque, que allí se refugiaron, fueron víctimas de uno de estos terribles desprendimientos.

En cambio el paraje tiene cierta agrestre y sombría belleza que los amantes á las escenas naturales no pueden ménos de admirar. El imponente y altísimo promontorio con sus salientes peñascos lo cubre y priva del sol desde el mediodia, y por otra parte cuando el mar



está borrascoso se ven estrellar las rugientes olas en la pedregosa playa bañando casi los edificios.

La poblacion de Gibraltar sube á unos 18.500 habitantes de los cuales hay

Católicos. . . .	1.5500	18.500
Judíos	2.050	
Protestantes. . .	900	
Moros	50	

Además cuenta con una guarnicion de todas armas escepto caballería, compuesta en el dia de unos 5.000 hombres, de los cuales hay 1.700 católicos. De los habitantes 11.500 son hijos de la plaza: 3.500 españoles; 2.500 italianos y el resto perteneciente á las demás naciones. La poblacion ha venido en progresivo aumento, pues el censo de 1844 solo dió 15.854 almas, sin contar la guarnicion.

Vengamos á sus edificios notables. Es cosa estraña que Gibraltar, plaza de tanta nombradía, frecuentada por todo lo mas ilustre de Europa y perteneciente además á una Nacion poderosa, amiga de las artes, no tenga en su recinto un edificio, no ya monumental, pero ni siquiera rigorosamente bello. Provenga esta falta de la estreñez del terreno, ó que siendo una fortaleza asentada en país estraño esté espuesta á cambiar de dueño en los vaivenes del mundo, es lo cierto que Inglaterra tan solo ha empleado sus tesoros en aumentar sus defensas. Así, esceptuando las fortificaciones que son soberbias, nada encuentra que admirar en ella el apasionado á las artes.

El primer edificio notable por su antigüedad es el castillo árabe, del que aun queda una gran torre y restos de murallas y almenas, que nos dan idea de lo que fué en el tiempo de sus fundadores. En los principios toda la poblacion estaba contenida dentro del castillo, y

este estaba compuesto de un conjunto de fortalezas y torreones, dominaba la Atarazana y se estendia desde la parte alta al norte del monte hasta la Gran Parada y puerta de mar. Casi toda su fábrica es de tapia, ó sea una masa pegajosa vaciada en moldes, muy usada por los árabes y aun hoy por los moros, la que viene con el tiempo á petrificarse y ser tanto ó mas dura que la piedra.

El castillo estaba dividido en tres partes; baja, media y superior. La baja abrazaba el espacio comprendido entre la gran batería de la Puerta de tierra, la del Príncipe de Hesse, la de Montague y la antigua plataforma que estaba detrás de la gran parada, hoy cubierta de edificios. Las murallas de este recinto llegaban hasta el mar y protegia la Atarazana. El lienzo de la parte del norte de los pabellones de oficiales en la Gran Parada es resto de las dichas murallas, que venian á circuir el antiguo barrio de la Villa-vieja.

La parte media corria desde la batería de Hesse, comprendiendo el declive del monte hasta el recinto de la parte superior ó mas alta. Esta es la única que hoy conserva restos bastantes para poder apreciar lo que fué, pues de ella parten las murallas que han ido convirtiéndose en otros edificios.

Corona la antigua fortaleza la gran torre situada al noroeste de sus antiguos muros, y de la que parte en el dia la muralla de la Puerta de tierra. Tiene esta torre comprendiendo la azotea superior 39 pies de altura por el sur: 49 por el este: 27 por el norte: y 40 por el oeste. Se entra en ella por una barrera arqueada á la que dominan dos grandes claraboyas á unos nueve pies de altura, y su techo es abovedado y formando cúpula. Pasada la barrera hay un patio cercado de una muralla de cuatro pies de espesor, que sostiene una plataforma con varias troneras y saeteras, y una torre semicircular en el centro. Debajo de la plataforma hay

nueve casamatas arqueadas con grandes saeteras para arrojar flechas.

Se pasa despues una segunda barrera y se encuentra un pasadizo cuadradro que tiene una hermosa cúpula octógona. A la izquierda corre una galería de arcos de ladrillo que daba entrada á las habitaciones del alcaide, las cuales tenian tambien otra secreta por una escalera de caracol para el uso de este y su servidumbre. Las habitaciones eran espaciosas y una de ellas tiene señales de mezquita, que convirtieron en oratorio los españoles.

Debajo de estas habia dos salas para las guardias del alcaide, que daban á un patio rodeado de pilares de ladrillo; aquellas tenian en el techo lumbreras para comunicar órdenes. Seguia una plataforma en la que se alzaban dos torres cuadradas con saeteras, que hoy no existen, y que dominaban las fortificaciones inferiores; cuya plataforma daba vuelta á la torre pudiendo pasearse por ella. Tenia tambien la torre un postigo que daba al monte y que fué cerrado por los ingleses.

En la muralla almenada de la torre alta habia la siguiente inscripcion.

"Al Dios que pacifica y de paz; al Dios que siempre existe."

En la entrada del castillo por la parte del sur estaba la siguiente que hicieron traducir Carter y James:

"Prosperidad y paz á nuestro soberano y esclavo de Dios, rey de los Moros, nuestro soberano Aby Al-Hajaj, hijo de Jezid supremo gobernador de los Moros, hijo de nuestro soberano Aby Al-Walid, que Dios preserve."

No quedan en el castillo vestigios de la antigua y célebre torre del Homenage. Una se ha reedificado en uno de los estremos de la muralla esterior imitando la primitiva arquitectura, y colocado en ella un relox para el servicio público.

La torre principal está cerrada y sus llaves la guar-

da el coronel de artillería, que es el alcaide honorífico de la fortaleza. En el espacio comprendido dentro de la antigua muralla hay muchos edificios militares, la prision civil para deudores y casas para los oficiales casados del mismo cuerpo de artillería, con bonitos jardines y sobre todo con hermosísimas vistas. La inscripcion árabe ha desaparecido y tal vez haya ido á parar al Museo británico.

Pasemos á otros edificios. La Iglesia católica de Santa María la Coronada, situada en la calle Real, se edificó en el solar de la antigua mezquita árabe en tiempo de los Reyes Católicos, que ayudaron liberalmente á su obra, y cuyo escudo se vé aun encima de la puerta del campanario, que está en el pequeño patio de entrada. El órden de su arquitectura era gótico del que conserva algunos vestigios, y lo demuestra mas claramente un dibujo que se conserva de su antigua fachada que daba al norte; pero las contínuas reformas que ha esperimentado en los tiempos modernos la han transformado en términos, que no puede decirse á cual órden pertenezca.

Ántes era mas espaciosa que lo es en el dia, y conservaba el hermoso patio de naranjos de la mezquita, que el buen cura Romero regaba, segun lo dice él mismo, con el agua de su noria y con la de sus lágrimas. Pero á principios de este siglo los católicos á cuyo cargo estaba la Iglesia vendieron gran parte del terreno al Gobierno por mil libras para el ensanche de la calle Real, y entonces vino abajo la fachada gótica, y se levantó la que tiene en el dia que es de tan pésimo gusto.

Su interior nada ofrece de particular; es un templo de tres naves, mayor la de enmedio que las laterales y de la clase que vemos en la mayor parte de los pueblos

medianos de España. El tabernáculo es esbelto y de buen gusto, si bien tiene el coro detrás y el órgano encima, lo que le quita la magestuosa apariencia que tendria sin este pegadizo. Las capillas laterales son de ricos mármoles, y aun conservan señales de los sepulcros de sus antiguos dueños.

Como este templo no bastaba para las necesidades espirituales de los católicos, cuyo número es cada vez mas crecido, se ha construido otro en la Europa en las alturas que dan al muelle nuevo dedicado á San José. Es un edificio de una sola nave; espacioso y elegante con campanario, que hace estraordinariamente en el pintoresco sitio en donde se encuentra colocado. La obra ha durado cuatro años y su costo ha subido á 34,000 pesos fuertes, y en el dia se está arreglando su interior que cuenta ya con un magnífico órgano y un cuadro de grandes dimensiones de escuela romana, que representa el tránsito de San José; regalo que para su altar mayor acaba de hacer nuestro Santo Padre Pio IX.

Es gefe de la Iglesia católica de Gibraltar un vicario apostólico que Su Santidad nombra, y cuyo cargo ejerce ahora el Ilustrísimo Señor Don Juan B. Scandella, obispo de Antinoe, uno de los obispos mas jóvenes de la cristiandad y tambien de los mas instruidos en todo género de letras. A su incansable celo y activa solicitud debe la grey católica el templo de San José, una cómoda capilla en la Caleta, y lo que es mas, grandes mejoras en la instruccion pública, ya en las escuelas gratuitas, ya en el colegio de San Bernardo en donde los jóvenes acomodados reciben una excelente educacion. Como el clero católico de Gibraltar está considerado como en mision viven en comunidad y con gran severidad de costumbres.

La Iglesia protestante dedicada á la Santísima Trinidad está situada en la plaza cercana á la batería real (King's battery) y forma un cuadrilongo sobre gradas

con varias puertas de arcos de herradura, cuya fachada principal con pórtico cubierto dá al frente de la muralla. El mal gusto con que está construido este edificio es tanto menos disculpable, cuanto que fué levantado de cimiento y en terreno espacioso para haber hecho otra cosa mejor y mas adecuada á su digno objeto. Ocurrencia infeliz ha sido la de colocar puertas moriscas en un templo cristiano, y formar esa grotesca y confusa mezcla que hace dudar á quien lo mira, si aquello es una mezquita ú otra cosa cualquiera; pues todo parece, ménos iglesia. Su interior tiene la misma desnudez que se advierte en todas las de su clase; carece de órgano y de campanario, á pesar de llamarse catedral; sin embargo es cómoda y con buenas luces. Es su gefe el Obispo de Gibraltar y Malta, cuya diócesis comprende todas las Iglesias protestantes del Mediterráneo, y en su ausencia hace sus veces el Arcediano.

La Iglesia presbiteriana está situada en uno de los estremos de la plaza de Artilleros, (Artillery Parade), y es un edificio de piedra de Malta pequeño y nada notable, cuya puerta de entrada parece que es la del campanario y no de la Iglesia.

Los metodistas tienen tambien un establecimiento en Gibraltar y una capilla. Estos son aquellos perpétuos repartidores de Biblias, siempre á vueltas con los tribunales de España. No hay arriero, ni moza de servicio que no reciba una de sus manos; pero como afortunadamente no distinguen las diferencias del texto, las toman y se vuelven con ellas muy tranquilos á rezar el rosario con sus familias. A veces el celo de estos misioneros de letras llega hasta pagar las conversiones, y entonces pierden además del tiempo, el dinero.

Hay cuatro Sinagogas judáicas; tres en la ciudad y una en la Europa, todas pequeñas y alguna de ellas como la que está en el Irish Town, un verdadero chiribitil sucio é indecoroso. La mejor de todas, y cuyo as-

pecto se asemeja mas á templo, es la situada junto á la muralla en una de las callejuelas paralelas á la calle real, que dá á la plaza de la Iglesia protestante. Forma un cuadrilongo con pórtico en la fachada principal sin ningun mérito artístico, rodeado de un patio con tápias y en el cual hay una hermosa palmera. El interior del templo nada ofrece de notable: su tabernáculo es de caoba y se asemeja á un escaparate embutido en la pared: en él están los Mandamientos. En medio hay una tribuna ancha en donde el Rabbí oficia, y al rededor formando cuadro, hay bancos en donde se sientan para rezar los concurrentes. Cuelgan del techo varias lámparas de plata, y encima corre una galería cubierta de verjas ó celosías de madera, parecida á las de nuestros conventos de monjas, en donde se colocan las mugeres la única vez que asisten en el año á la sinagoga.

El palacio del Gobernador, (The convent) situado en la calle Real cerca de la Puerta nueva es el antiguo convento de Franciscanos, cuyo escudo de los dos brazos clavados en la cruz se vé aun en el corredor del norte. Al par del nombre se ha conservado casi su forma primitiva, si bien reformadas sus habitaciones para los usos convenientes. Su principal fachada es simplemente una deforme tapia en donde tal vez estaria la antigua puerta del convento. La puerta es mezquina y la escalera principal de madera; los corredores son sin embargo espaciosos, así como el patio de columnas y tiene además estensos y hermosos jardines. La antigua Iglesia se ha partido, sirviendo de salon de baile del palacio la parte superior y la inferior se ha convertido en iglesia protèstante para uso de los Gobernadores y oficiales, con puerta pequeña cerrada con verjas, que dá á la calle.

La Bolsa es quizá el edificio mas regular y bello de cuantos hay en la plaza. Se encuentra situado en el centro de la calle Real á la que dá su fachada principal,

y la otra á la plaza del Martillo (Commercial Square.) Es de dos cuerpos, aislado y con ventanas cuadradas en todas las fachadas ó frentes. En el principal está colocado el busto en mármol del general Don, á quien los habitantes dedicaron la obra que habian costeado por suscricion voluntaria en 1818. La parte baja forma un gran vestíbulo abierto por las dos fachadas de poniente y levante, y á los dos lados tiene habitaciones para las operaciones del comercio. En el piso alto hay espaciosos salones en donde está establecida la biblioteca de este, que costean los comerciantes, y que tendrá unos cuatro mil volúmenes.

El Tribunal de Justicia (The Court House) es un edificio construido en tiempo del general Don, cuya fachada ofrece un estraño y desagradable contraste; pues á un pórtico, imitacion del Partenon griego con grandes columnas jónicas, están pegadas unas puertas y ventanas de arquitectura indefinible y un grotesco cobertizo de tejas. Además tanto se quiso alejar el edificio del bullicio de la calle, que está como embutido en el muro del jardin que tiene á la entrada. La sala baja del Tribunal es espaciosa; pero las otras que sirven para los jurados y ministros de justicia, ni la escalera por donde á ellas se sube ofrecen nada de particular, ni corresponden de modo alguno á las pretensiones de la fachada.

La Biblioteca militar en la plaza de Artilleros (Artillery Parade) es un establecimiento notable, y su edificio cómodo y proporcionado al objeto, con una elegante balaustrada que rodea el jardin. Se fundó en 1793 á propuesta del coronel Drink-Water mandando el general Boyd. Reuniéronse muchos suscritores para costear la obra; pero el Duque de York indujo á Mr. Pitt, entonces ministro, á que se hiciese á espensas del Estado, lo que se verificó devolviéndose el dinero á los suscritores. La obra se concluyó en 1804 siendo gobernador el Duque de Kent.



Sostienen el establecimiento los oficiales del ejército y armada: tiene mas de veinte mil volúmenes y una imprenta en donde se imprime la Crónica de Gibraltar, único periódico que hay en la plaza y cuyo producto ayuda á los gastos de aquel.

El teatro es un edificio irregular y pequeño; tiene, no obstante un buen salon de baile, y pudiera haberse sacado mas partido en su construccion, que se hizo en el solar del antiguo. Trabajan en él alguna que otra compañía española de cómicos de la legua y de vez en cuando algunos cantantes italianos de paso y con malísima orquesta.

Cercano al castillo morisco se encuentra el Hospital Civil, situado en una eminencia y en el solar del antiguo convento y hospital de San Juan de Dios. El edificio era ántes un cuartel, y el general Don lo transformó en hospital, tiene tres departamentos, para católicos, protestantes y hebreos vigilado cada uno por un comisionado de la religion respectiva. A los pobres se les asiste gratis, y los que no lo son pagan una módica cantidad. Además de los pacientes que allí se curan, que son por lo regular unos 50, aunque tiene cabida para 80, se reparten medicinas á los pobres de la poblacion en sus domicilios y aun á los de los pueblos del Campo, cuyo número sube anualmente á mas de cinco mil. El Gobierno español contribuye con una corta suma anual para este objeto.

El primer médico de la guarnicion es el inspector general del establecimiento, y quien preside á los profesores á cuyo cargo está este, los que son nombrados por el gobernador entre los establecidos en la ciudad, muy afortunada por cierto en esta materia, pues los tiene de mucha ciencia y virtud. Todavía lloran los pobres la pérdida del benéfico Doctor Rey.

El Hospital naval, situado en Europa dando vista á la bahía Rosia en donde estuvo la antigua capilla de los Remedios, es un edificio sólido y ámplio, que puede

contener 400 enfermos, y que desde la paz sirve tambien para los militares.

Tambien está en la Europa y próximo al muelle nuevo en una esplanada debajo de la muralla el Presidio, edificio capaz de albergar unos mil hombres, que será el número que en el dia tiene. Son bien tratados, pero trabajan contínuamente en las obras públicas, van uniformados y con su número respectivo estampado en el vestido. Tienen su enfermería en pontones anclados en la rada del muelle.

En la misma Europa y en el sitio de los antiguos molinos de viento se encuentra la Prision Militar, establecimiento penal modelo y que merece visitarse. El sistema penitenciario que en él se observa está basado en el completo aislamiento del individuo, y son de admirar los medios ingeniosos empleados allí para conseguir este objeto, así como para despojar al trabajo mismo de todo género de aliciente.

El edificio está levantado de planta; es de dos cuerpos y en ámbos hay largos corredores con celdas para los penados, cuyas puertas tienen un aparato óptico por donde se vé lo que hacen dentro, sin que á su vez puedan ellos mirar hácia fuera.

Los trabajos á que están sujetos son fatigosos y sin que puedan servirles de entretenimiento; pues consisten ya en mover balas de cañon de un punto á otro, ya en partir piedras hasta convertirlas en menuda arena, ó bien en dar vueltas con las mochilas llenas de peso, y esto una vez y otra vez sin hablar y lo que es mas, sin levantar la vista hácia el compañero. En la capilla tiene cada uno su sitio separado por un biombo á manera de confesionario, sin que puedan ver mas que al clérigo que oficia.

Los que faltan á las reglas sufren un recargo en la duracion de su condena; y si se rebelan, los encierran en una estrechísima celda de tal modo dispuesta, que



reina en ella la obscuridad absoluta y allí permanecen hasta hacerlos mas tratables. La comida que se les dá es buena; no obstante es tan duro este género de castigo y enflaquece de tal manera á los penados, que hay una balanza para pesarlos de vez en cuando y conocer si tienen fuerzas para continuar sufriéndolo.

Los delitos que en él se castigan son los disciplinarios como reincidencia en la embriaguez, insubordinacion leve y otros. Por lo demás, este régimen penal puede aplicarse sin peligro á los temperamentos frios y flemáticos del norte, pero en nuestro país acarrearia funestas consecuencias. Mas desagradable impresion causa ver dar vuelta á aquellos autómatas en los patios, que trabajar á los otros presidiarios en los parages públicos.

El establecimiento está dirigido por Mr. Brown á cuya paciencia y esmero debe la perfeccion á que ha llegado. Los inspectores subalternos cumplen su deber con exactitud; y allí que todo está previsto hay un reloj dispuesto con tal artificio, que el director conoce con solo mirar su esfera, si aquellos han faltado á sus obligaciones.

Hay un hospicio fundado en 1850 por los fideicomisarios del difunto Don Juan Gavino, rico vecino de Gibraltar que dejó todos sus bienes para obras de beneficencia en provecho de los católicos. El edificio situado en una de las mas altas calles (Prince E. Road) es cómodo y podrá acomodar á 60 personas de todas clases; pero en el dia solo tiene 45, comprendiendo mugeres y niños. Costó su fábrica diez y siete mil pesos fuertes y el Gobierno dió gratis el terreno.

Es estraño que siendo tan atendida la beneficencia en Gibraltar en el ramo de hospitales, carezca de una casa de maternidad para los niños expósitos. Esta falta que no sabemos á qué atribuir, como no sea á la rigidez del protestantismo. redunda en perjuicio de los pueblos del Campo, que son los gravados con este oneroso censo.

La instruccion pública nada deja que desear en Gibraltar. Hay varias escuelas; una para los niños de todas las creencias, á cuyo sostenimiento contribuye el Gobierno: otras protestantes costeadas por el clero anglicano; y otras, que son las mas numerosas, por la comunion católica y á cuyo frente está el digno Obispo. Edúcanse en estas últimas cerca de dos mil niños de ámbos sexos, quienes reciben en ellas una sólida y religiosa enseñanza.[1]

Hay además el excelente colegio de San Bernardo, situado en la Europa y plaza del Muelle Nuevo, cercano al sitio en donde estuvo la antiquísima torre del Tuerto de que ántes se ha hablado; parage saludable y de aires puros, creado y dirigido por el mismo Señor de Antinoe, no sin haber tropezado en los principios con graves dificultades nacidas unas del espíritu de secta y otras de diversa naturaleza. Todas han sido allanadas por su celo y cristiana perseverancia, y el establecimiento promete ópimos y abundantes frutos en virtudes y letras.

Saliendo por la Puerta nueva se entra en los antiguos arenales colorados convertidos por el general Don en amenísimos y pintorescos paseos. Hay una gran esplanada para ejercicios militares y á un lado y otro ca-

1 Número de niños asistentes á las escuelas gratuitas en 1859.

Niños.

Calle del Castillo, bajo la direccion del Presbítero Don Narciso Pallares.	Diurnos . . .	553	844
	Nocturnos. . .	179	
En Europa, bajo la del Señor Don José Consigliero	. . . . . .	112	

Niñas.

Casas de Gavino, bajo la direccion de las Señoras Monjas	Diurnas . . .	297	597
	Nocturnas. . .	204	
En Europa, bajo la de la Señora de Underhill.		96	

TOTAL. . . 1441



lles de árboles y asientos desde donde se goza de amenísimas vistas; siguen los jardines con veredas cómodas, senadores y otros adornos rústicos. En una de las mesetas que forman aquellos y dando vista á la esplanada está el busto de bronce de Lord Eliott, que ha sustituido á la grotesca estátua de madera pintada, que de él mismo habia ántes en este parage. Mas adelante hay otro busto de la misma clase de Lord Wellington, bastante deteriorado por la intempérie y colocado sobre una columna de mármol de las minas de Lépida, y que costeó la guarnicion toda en 1820, con el descuento de un dia de paga. Tiene una elegantísima inscripcion latina.

Puede decirse que los caminos hasta dar con las casas de Europa son jardines continuados, salpicados de sepulcros que ofrecen un singularísimo contraste. Siguen varias sendas hasta la misma punta de Europa en donde se levanta la torre redonda de la Farola, fabricada de piedra y cuya altura es de 150 piés sobre el nivel del mar: su luz es fija y de color natural, pudiendo verse por los navegantes á 20 millas de distancia en noches claras. Encendióse por primera vez en 1841.

En frente y en la cima del monte de la Almina (el antiguo Abila) hay otro magnífico faro de luz giratoria, que con el de Tarifa vienen los tres á facilitar del todo la navegacion del Estrecho ántes tan arriesgada. ¡No podian tener mejor y mas útil destino las antiguas columnas de Hércules!

CAPITULO XII.

Fortificaciones.—Escavaciones en el monte.—Utilidad de estas obras. —Piezas montadas.—Aguas.—Gobierno de la colonia.—Presupuesto para el año de 1860.—Comercio é industria.—Costumbres.—Judíos.—Sus pascuas y casamientos.—Aspecto de la ciudad.—Fin de la obra.

No cuadra á nuestro objeto, ni tampoco somos capaces de describir minuciosamente las soberbias y espléndidas fortificaciones con que está defendida esta fortaleza, tal vez la primera de Europa. Asunto es este de un tratado especial, bastándonos decir que no hay paraje en ella capaz de contener artillería, que no esté dispuesto para contenerla; y puede asegurarse que monte y ciudad forman una espesa red de fuertes, que diariamente se aumentan y perfeccionan con todos los adelantos del arte.

Las últimas obras que se han hecho, y cuyo coste no baja de 300.000 libras esterlinas, son dignas de admiracion. Hánse adelantado las murallas hácia el mar por la parte de la bahía y se han construido dentro de ellas espaciosos y cómodos cuarteles de casamata, capaces de contener en su seno gran parte de la guarnicion, la que en caso necesario puede ponerse toda sobre las armas en pocos minutos.

Si notables y grandes son las fortificaciones que rodean el circuito de la plaza desde el castillo morisco hasta la punta de Europa, no son menores las que hay



en el monte, ya al descubierto, ya en sus famosas *escavaciones*. Consisten estas en una série de galerias á las que se sube desde la ciudad por caminos cubiertos y descubiertos, viniendo á terminar en la célebre batería de Willis, que está situada en el antiguo salto del Lobo en la parte norte del monte, y que comprendia bajo su denominacion otras varias.

Es admirable el trabajo empleado en estas galerías, especialmente en las mas altas que han sido las mas penosas de abrir por la dureza de la piedra. Hay en las galerías medias dos espaciosos salones, llamado uno de Lord Cornwallis y otro de San Jorge, mas ancho este que el anterior y puede contener cien hombres; ámbos tienen varias piezas montadas apuntando hácia la parte de la línea española. Otras hay en las escavaciones que enfilan sus fuegos á la bahía, poco mas acá de la Lengua del Diablo; y en todos los claros y plataformas asoman piezas con puntería en la misma direccion, sin que haya espacio alguno desaprovechado.

El director de estas fortificaciones subterráneas fué el teniente de ingenieros Evoleth, á cuyas órdenes trabajó un entendido sargento del mismo cuerpo llamado Ince. Ámbos fueron ámpliamente recompensados por su Gobierno: el primero recibió un terreno espacioso en la parte central del monte, hoy cubierto de edificios; y el segundo fué tambien agraciado con otro pedazo á mayor altura, y por consiguiente de ménos precio, en donde hoy se vé una huerta sobre bancales y con árboles conocida con el nombre de Quinta de Ince, (Ince's Farm.)

Se ha puesto en duda la utilidad de estas espléndidas y costosísimas obras: unos dicen que se desmoronará la roca con el contínuo tirar de los cañones: otros, que el humo de estos ahogará á los artilleros. Hasta ahora y en las pruebas hechas, nada de esto ha sucedido, si bien los artilleros padecen mucho de los oidos con el estruendo de las piezas en las concavidades.

En el mas alto pináculo de la roca por el lado del norte, que es de figura cónica, hay una plataforma que se llama el cañon del Monte (Rock'sgun), por uno que habia allí como caido de las nubes, y en este sitio hay ahora una escelente batería. Súbese á este parage por un camino regular, pero tortuoso, y de aquí parte otro con pendiente suave y que sirve para carruages hasta el Hacho (Signal House), hecho en nueve meses en tiempo del general Bland. Allí está la torre del vigía con telégrafo de aspas, y hay una batería que sirve para dar las señales de abrir y cerrar puertas. No léjos de este sitio está la hendidura llamada ántes la Silleta, en donde ocurrió la catástrofe del coronel Figueroa, que ya referimos: la senda del cabrero se destruyó completamente sin quedar rastros de ella.

Toda la parte del monte, que dá al Mediterráneo, está defendida por el monte mismo que entra perpendicularmente en el mar, y sin embargo se han construido fuertes baterías en los sitios que se han encontrado á propósito para ello.

Los últimos acontecimientos políticos de Europa han hecho creer á Inglaterra, acaso no sin razon, que van á reproducirse, si bien bajo otra forma, las agresiones del primer imperio francés, y no se ha descuidado en adoptar sus precauciones. Además del prodigioso número de buques, que diariamente está lanzando al mar, ha puesto todas sus plazas en un estado imponente de defensa. Es incalculable lo que se ha hecho y sigue haciéndose en Gibraltar de dos años á esta parte, tanto en la construccion de nuevas baterías, entre otras las grandes que se ven en Europa sobre la batería de saludos en las alturas de los jardines, como en la renovacion de toda la artillería de la plaza y en la inmensa provision de víveres y pertrechos de guerra, y por último, en todo lo necesario para hacer frente á cuanto pueda sobrevenir.

Puede asegurarse que Gibraltar tiene en el dia sobre ochocientas piezas montadas, todas de construccion moderna y cabida para otras tantas, si las circunstancias lo exijen, y un repuesto de armas, que pueden verse en los almacenes cercanos al convento. Allí está el salon de fusilería y armas blancas.

Como complemento del sistema de fortificaciones cuenta Gibraltar con grandes depósitos de agua, circunstáncia muy esencial pues son raros los manantiales. El que surte á la poblacion corre por las arenas coloradas, entra en reservatorios de 25 pies de profundidad á los que se baja por esclusas, cuyas torres pueden verse en el glácis de la batería de saludos. El acueducto pasa por la muralla de Cárlos V hasta dar en el reservatorio y fuente de la plaza del Martillo, y de allí corre el agua sobrante á desembocar en el mar.

Además hay muchas cisternas particulares y públicas de gran capacidad; y sobre todo, se construye ahora una en Europa al pie del monte que es inmensa, portentosa y colosal. Verdadera obra romana, mas que aljibe es un pantano, y sus murallas son de un espesor estraordinario: su cabida incalculable, pues ha de recojer todas las vertientes de aquella parte del monte.

Tambien hay pozos en la parte del itsmo junto á las huertas y cementerio; unos de agua salobre como procedente del mar, otros de muy delgada y dulce de los manantiales de la Sierra Carbonera, que corren hasta este sitio.

La colonia de Gibraltar está gobernada por leyes especiales y sus habitantes no ejercen derechos políticos, ni tienen representacion municipal; y si bien la junta de comercio (Exchange committee) ha procurado llenar este vacío, su personalidad ha sido impugnada por los Gobernadores y carece de existencia legal, ó lo que es lo mismo, puede el Gobierno suprimirla á su arbitrio.

En cambio gozan de una libertad civil semejante

á la de Inglaterra, y de una seguridad individual completísima: cada casa es un asilo inviolable de tal manera, que aun con las puertas abiertas nadie se atreve á entrar en ellas. El pronto y severo castigo de los delitos hace que sean raros.

El tribunal de justicia se compone de un Juez y de un Fiscal general y entiende en todos los asuntos civiles y criminales, ya sean civiles eclesiásticos, militares ó de marina. No hay allí los fueros especiales que por desgracia tenemos en nuestro pais.

El Jurado interviene en todos los negocios: son jurados natos todas las cabezas de familia entre quienes se sortean los que son necesarios para los juicios. El gran jurado (grand jury) se compone de diez y nueve miembros: á este pasa el Fiscal su acusacion, para que oyendo á los testigos de la sumaria decida si ha lugar al procedimiento. El jurado pequeño, que es de doce miembros, decide por último sobre la culpabilidad del reo, entendiendo con el Juez en todas las incidencias y completa tramitacion del juicio hasta oir las defensas.

Cada tres meses celebra sesiones el Tribunal y de sus sentencias se puede apelar al supremo de Lóndres El Juez preside vestido de toga y pelucon blanco semejante al de nuestros antiguos golillas. Hay además un Juez para los negocios de menor cuantía, que son los que no esceden de cien pesos fuertes y de cuya sentencia no hay apelacion.

El Gobernador está facultado para proponer las medidas gubernativas que crea conducentes al bienestar de la colonia: las publica en la Crónica, que es el periódico oficial, por espacio de un mes, y aprobadas que son por el consejo de Ministros tienen fuerza de ley y se ejecutan. Los Gobernadores al tomar posesion del gobierno prestan el juramento ante el Juez.

La policía está á cargo de un magistrado con los inspectores necesarios; dicho funcionario, que no es juris-



consulto, entiende bajo la suprema direccion del Gobernador en todo lo concerniente al buen régimen de la colonia. Esta, por desgracia, sirve de asilo á muchos criminales españoles, y como el tratado de estradicion solamente comprende á los desertores de ejército, encuentran estos malhechores proteccion y amparo con grave daño de los habitantes de la colonia; pues si bien allí son inofensivos, les sirve de punto de reunion para concertar sus crímenes, que ejecutan fuera de la plaza.

Concíbese que nuestros Reyes al conquistar ésta de los moros concediesen un amplio derecho de asilo como aliciente para poblarla; pero en el dia la gente sobra y debería la policia inglesa por interés propio usar de mayor cautela con estos malvados, que tan graves daños ocasionan en las cercanias. Deberíase tambien tener presente esta consideracion, cuando se lamentan los de Gibraltar de la inseguridad que hay en el Campo.

La colonia cubre y costea desahogadamente sus atenciones municipales, y aun los crecidos sueldos del Gobernador, tribunal de justicia y pensiones, con la pequeña retribucion que satisfacen las propiedades urbanas, censos, licencias, derechos sobre licores y vinos y ancoraje de buques. El presupuesto de gastos para el año de 1860 sube á la cantidad de 28.720 libras esterlinas y el de ingresos á 32,220 libras, de modo que hay un crecido sobrante. Obsérvase en él que la partida mayor es la del derecho de vinos y licores, que monta á 12.000 libras, ó sean sesenta mil pesos fuertes, lo que prueba el gran consumo de estos artículos. La guarnicion y gastos de fortificacion son costeados por el Gobierno y no bajarán anualmente de millon y medio de pesos fuertes.

Es Gibraltar, como ya dijimos, depósito del comercio británico y alcanzó durante el bloqueo continental un estraordinario auge de tal manera, que el producto de sus transacciones no bajaba anualmente de ciento

veinte millones de francos. Pero pasada aquella época, con el tratado de comercio entre Francia é Inglaterra, la reforma de las leyes de navegacion de los dos paises, y la de los aranceles españoles que han estinguido casi el contrabando, el producto actual no llega ni á la tercera parte de aquella suma.

El movimiento marítimo de Gibraltar en el año de 1858[1] comprendiendo las entradas y salidas ha sido de 5.485 buques de medida de 1.668,749 toneladas de aforo oficial, que equivalen á un 1.900.000 toneladas de transporte efectivo. A este movimiento de comercio esterior propiamente dicho se agrega el de 8.024 embarcaciones, que se emplean en las transacciones costeras y llevan la antigua denominacion de velas latinas.

El vapor tiene una parte importante en este movimiento, pues forzosamente han de pasar por el Estrecho los numerosos vapores, que con las mercancías y correspondencias de Inglaterra y América surcan el Mediterráneo. En el dicho año de 1858 han hecho escala en Gibraltar sobre 1.456 Steamers, de los cuales 1.100 próximamente pertenecen á las compañías inglesas que sirven las líneas del litoral de España, Francia, Italia, Grecia y el Levante. Además, han pasado los de la compañía holandesa de Rotterdan, que hacen el servicio desde esta ciudad con Portugal, España é Italia y por último, los de la compañía general marítima francesa que cubre el de Marsella con Gibraltar. Pero la mayor parte del movimiento marítimo de esta plaza viene de la Metrópoli pudiendo asegurarse que en el año de que tratamos cubria el pabellon inglés 2.390 buques de vela y vapor con 820.000 toneladas y el francés 436 buques con 97.000 toneladas.

Respecto al valor de los cambios solo hay datos positivos en lo concerniente al comercio inglés, que es casi

1 Journal des Débats: 26 enero 1860.

todo el de la colonia; se entiende el lícito, y que asciende á unos 38.000.000 de francos, valor que representan principalmente, por una parte las lanas, el plomo y cueros procedentes de los litorales marroquí y español, y por otra los tejidos, cartones, quincalla, armas y otros efectos que el comercio británico lleva á los mercados del otro lado del Estrecho. La industria de la plaza está reducida á la elaboracion de cigarros en la que se emplean unos dos mil operarios.

En Gibraltar son tan diversas las costumbres como los religiones y los paises de donde proceden sus habitantes. Hablemos primeramente de los dueños. El carácter de estos es poco conocido en España, y por lo tanto poco apreciado: véseles al través de su política; y además la frialdad de sus maneras y su poco espansivo trato se avienen mal con la cordial franqueza y vivacidad de los hijos del mediodia.

Esto lo dá el clima y no tiene remedio; pero á su vez los ingleses poseen cualidades tan sólidas, que conocidos no es posible dejar de apreciarlos. Son amigos verdaderos y leales, benéficos sin ostentacion y sinceramente bondadosos. Al hablar de ellos debemos recordar á nuestro escelente amigo el difunto coronel L. Maule, hermano del Conde Panmure, una de las muchas ilustres víctimas de Crimea y que tantas desdichas alivió en San Roque con su inagotable liberalidad.

La parte inglesa de la poblacion de Gibraltar se compone de la guarnicion, empleados y algunos comerciantes. Los oficiales emplean el tiempo libre de servicio en cazar zorras en los alrededores de la Almoraima, para cuyo ejercicio visten la casaca encarnada y tambien en otros géneros de cacerías. Tienen además un casino en el mismo edificio de la Biblioteca Militar con villar y juego de pelota. Comen juntos en sus respectivos pabellones: su mesa es espléndida y con lujoso servicio propio de los regimientos y suelen convidar á sus amigos.

Como invierten mucho tiempo en las comidas y en sus deberes y ejercicios, les queda poco para la sociedad á la que por otra parte no son tan aficionados como los de otros paises. Así, excepto algun que otro té en casas particulares, y los bailes periódicos del Gobernador, no hay tertulia constante entre ellos, y tal como solemos ver en Francia y España. Este mismo vacío se deja sentir tambien en las demás clases de la poblacion, que carece del trato frecuente que se llama sociedad en otras partes.

Una de las principales diversiones de la oficialidad es la de correr caballos y todos los años hay carreras en las afueras de la puerta de tierra, y de las que son las españolas pálidas copias. No hay Jockey, y sus mismos dueños montan por lo regular sus caballos. Es un espectáculo animado y alegre en el que toma parte toda la poblacion y al que tambien concurre la tropa libre de servicio; pero ni es tan bullicioso, ni se vé en él la viva algazara y estrépito de nuestras corridas de toros.

Todos los habitantes de Gibraltar á cualquiera nacion que pertenezcan ó de donde procedan, si bien conservan algunas de sus costumbres nacionales, están barnizados con un tinte inglés, que forma una mistura indescifrable. Los españoles, los genoveses y otros mandan sus hijos á educar á Inglaterra, y vuelven estos de allí tan inglesados, que á veces cuesta trabajo descubrirles la hilaza. Pasemos á los judíos.

Desde que la plaza fué conquistada por los ingleses fueron aquellos admitidos en la misma, en contravencion á lo pactado en Utrecht. Vinieron de Berbería y de otras partes de África, y son casi todos descendientes de los judíos españoles, que se refugiaron allí cuando fueron espulsados de la Península. Por eso, acostumbran usar palabras y locuciones de castellano anticuado, que indudablemente han aprendido de sus abuelos.

Aunque el pueblo hebreo sea el mismo en todas

partes nótase sin embargo no pequeña diferencia entre los judíos europeos y africanos, tanto en el trage como en las costumbres. Son estos últimos mas supersticiosos que los primeros, y tambien mas tímidos como que viven bajo el duro yugo de los moros, quienes los sujetan á humillante vejaciones. Los de Gibraltar, si bien han adoptado en su mayor número el trage europeo, conservan no obstante vestijios claros de su procedencia, y son tan minuciosos en sus prácticas religiosas y tan llenos de preocupaciones como sus hermanos de África.

El vestido de estos últimos participa de la moda oriental, principalmente en las mujeres que usan de una mantilla blanca de seda á semejanza de las mantillas de felpa de nuestras españolas, muy ceñida por la frente y que les dá el aspecto de monjas, colgándoles además una larga faja con franjas de oro por la espalda. Esto por la calle: en la casa se les vé el justillo abierto y adornado de pecheras rizadas, que llevan debajo del manto y que en las ricas está cubierto de bordados de oro. Las casadas se cubren la cabeza con una especie de gorra formada con cordones de seda y una cinta ó galon con punta que sale á la frente: las solteras llevan su pelo al natural, y suelen adornarlos con perlas y piedras preciosas.

Todas suelen gastar babuchas morunas, muchas sin medias; así como los hombres, quienes usan una especie de balandranes llamados chirivias, sotana con botones que ciñen á la cintura con faja moruna, gorro negro en la cabeza y calzones anchos de tela blanca. Los Rabbís y los Sabios gastan capuchas moradas á manera de frailes.

Ocúpanse los judíos de Gibraltar en el comercio; y los de la clase pobre en vez de dedicarse á las artes mecánicas andan por calles y plazas vendiendo dulces y baratijas. Un autor del siglo pasado hablando de ellos decia: "Los judíos son por la mayor parte tenderos ó

corredores, tan puntuales allí como en todas partes á engañar y prestarse á las logrerías mas enormes.". Nosotros conviniendo en que este es el carácter distintivo del pueblo errante, podríamos citar á varios de sus individuos, que han gozado en la ciudad de gran concepto de honradez, y ejercido un protecterado benéfico entre sus correligionarios.

Viven muy unidos y se socorren mútuamente arreglando sus diferencias por medio de sus Rabbís ó Prohombres de su pueblo, por lo que rara vez acuden á los tribunales de la Nacion de que son súbditos. Observadores escrupulosos de sus prácticas farisáicas se enjuagan con agua la boca ántes de orar, y no tienen reparo con esta misma boca engañar despues al prójimo. Sus mujeres son notables; muchas por su belleza, y todas por su dulzura y bondad. Gastan con esplendidez cuanto tienen en sus fiestas religiosas ó pascuas de las que hay tres principales: la de *Pesa* ó de tortas así llamada por que amasan en ellas tortas sin levadura, ó ázimos; y viene á caer por abril en la época de la nuestra de Resurreccion. Dura tres dias, y en ella es donde mas especialmente esperan al Mesias nacido de una de las doncellas, las cuales se atavian lujosamente en espectacion del misterio.

La de *Luknot* ó pascua de las cabañas, que es en el mes de octubre y dura ocho dias. Se conmemora en ella la peregrinacion en el Desierto y salida de Egipto; y se llama de cabañas porque el tiempo que dura lo pasan en unas cabañas ó merenderos, que construyen con celosías en las azoteas y los patios de las casas cubiertos de lienzo y cañas verdes. Allí rezan y comen; pero duermen en las habitaciones. Es rara la vista que ofrecen estos cenadores rústicos en las azoteas.

La de *Sabauth* que se celebra en el mes de junio y dura tres dias en los que se esponen al público las tablas de la Ley. Tambien tienen el *kipur* ó jubileo,

en cuya época se reconcilian unos con otros. Además hay otras fiestas, que los Sabios celebran, en las que dan la bendicion al pueblo con una oracion muy espresiva.

Guardan con tal rigor el sábado, que por no hacer nada, hasta la comida la preparan el viérnes: asisten este dia á la Sinagoga y allí cantan la salmodia hebráica á grito pelado sin ningun instrumento músico, con el sombrero ó gorro puesto en la cabeza, sentados en los bancos y llevando el compas del monótono rezo con todo su cuerpo. Los Rabbís y los Sabios son los sacerdotes y en ellos está depositada toda la liturgia: estos últimos, á pesar de su nombre, por lo regular no saben nada y es un oficio como otro cualquiera: los primeros pasan la mitad de su tiempo en degollar animales que desechan, si al examinar su interior descubren la mas pequeña mancha, lo que al cabo viene á ser una medida higiénica muy útil, pues no hay carne mas saludable que la que ellos comen. El Rabbí cobra sus derechos por cada degollacion.

Son notables todas sus ceremonias; pero la mas digna de mencion es la del casamiento del que daremos una idea. Despues de muchos pasos preliminares entre las familias de los contrayentes, se celebra la ceremonia en casa de la desposada. En la sala principal, adornada profusamente y llena de luces, se levanta un estrado con una especie de dosel en donde se coloca la novia vestida de blanco y cubierto el rostro con velo, y junto á ella la madre y madrinas. Allí permanece inmóvil, sin mover los brazos, sin levantar la vista y como si fuése una estatua. Despues de algun tiempo de esposicion se presenta el novio acompañado del padre de la desposada, con el Doctor de la ley y demás convidados y empieza la ceremonia que es una mezcla de ritos antiguos y modernos.

El novio ofrece el anillo nupcial á la novia, y las

madrinas se lo colocan en el dedo; y despues el Doctor de la Ley bien sea un Rabbí ó un Sabio presenta á los contrayentes una copa llena de vino, de la que beben ámbos, y devuelta á manos del padre de la novia derrama este el vino restante por tierra y hace pedazos la copa, para dar á entender que nadie puede disfrutar en lo sucesivo de la ternura de los dos esposos. Acto contínuo el Rabbí les lee los deberes mútuos á que se obligan los contrayentes, recordándoles el castigo severo de los adúlteros segun la Ley de Moisés.

Despues todos los presentes á una voz con el Rabbí cantan con grande algazara varios salmos y oraciones, con lo que se dá remate á la ceremonia. Despues de ella la desposada sigue sentada en su tálamo en la misma inmovilidad que ántes, de tal manera, que las madrinas le llevan á la boca los dulces y refrescos que se sirven á los concurrentes. Estos se presentan vestidos con gran lujo y reina en estas funciones tanta abundancia y esplendidez, que traen á la memoria los tiempos bíblicos. Los cristianos, que por curiosidad asisten á ellas, son obsequiados y agasajados de una manera patriarcal, y los otros convidados del mismo pueblo permanecen ocho dias en una perpétua fiesta. No es posible distinguir en estos actos la verdadera condicion de los contrayentes, pues los mas ricos suministran á los otros sus mejores muebles para estas ocasiones.

No concluirémos con los judíos sin referir una de sus mas supersticiosas prácticas. Se llama vulgarmente el *salto*, y consiste en derribar de la cama al moribundo cuando está próximo á espirar. Creen que el ángel malo no lo encontrará en aquel sitio cuando venga á buscarlo, y lo varian de lugar para darle este chasco.

La existencia de tan estúpida é inhumana costumbre nos ha sido confirmada por personas dignas de fé, entre las cuales hay alguna que ha visto á una jóven

expirante decir con acento angustioso á su madre «Mamá, por tu vida no me tumbes.»

Hay en Gibraltar cónsules de casi todas las naciones de Europa, y aun el Emperador de Marruecos tiene un agente consular, cuyo cargo desempeña hoy un negro africano llamado Fondo, vendedor de baratijas morunas, el cual ha sido convertido con motivo de la guerra de España con África en un hábil diplomático por la fecunda inventiva de nuestros periodistas.

El Consulado de España ha gozado siempre de gran consideracion, ya por el crecido número de súbditos españoles que hay en la plaza, y tambien por las contínuas relaciones que median con el Gobierno inglés por razon de la frontera. En el dia ha decaido mucho su importancia, siendo tal vez una de las causas la contínua movilidad de los funcionarios que lo ejercen.

Es singularísimo y estraño el aspecto que ofrece la ciudad. Lo primero que dá en rostro cuando se entra en ella es la falta de balcones en las fachadas de las casas, y que no suple por cierto sus hileras de ventanas sin antepecho, ni adorno alguno y cuya monótona uniformidad unida al color obscuro de la mayor parte de los edificios los hace sombríos y tristes.

En cambio es estraordinaria la agitacion y movimiento que en ella se nota, especialmente en la calle Real, centro de la vida mercantil de la plaza, como ya dijimos, y por donde todos entran y salen; así que hay siempre tal bullicio y animacion en ella, que el viajero presume al verla por primera vez que pertenece á una ciudad populosa. Ayuda á esta creencia la variedad de trajes de los transeuntes; vénse allí moros con blancos turbantes y pintados jaiques, judíos berberiscos con su vestimenta no ménos rara y estraña, griegos con sus encarnados gorros, trajineros andaluces con botines y sombreros de alas retorcidas, todos mezclados y confundidos con los militares ingleses de chaqueta encarnada, y al-

guna vez con los airosísimos y pintorescos escoceses; mugeres de todas clases, ya españolas con la elegante mantilla, ya inglesas con su perpétuo sombrero, y por último las africanas judías de pintados ojos.

Al ver esto créese uno transportado á un báile de máscaras, si no desvaneciese esta ilusion el ruido estrepitoso de los carros, que la surcan en todas direcciones, y los gritos agudos y disonantes de los carreteros. Agréguese la variedad de idiomas que allí se oyen, y podrá formarse idea del espectáculo que esta calle ofrece.

Pero la escena varía al sonar el cañon de la tarde: el movimiento cesa: la gente de las cercanías se sale de la plaza: los marineros se retiran á sus buques: los carros desaparecen; las tiendas se cierran: las calles quedan con poca gente, y se ven completamente desiertas á las once de la noche, sin que se oiga otro ruido que el *All's well* de los centinelas, que corre todo el recinto.

Tal es la peregrina transformacion del grandioso monte, un dia solitario albergue de las fieras, y que por su misma soledad infundía un terror supersticioso á los antíguos navegantes.

Los enormes gastos que cuesta á Inglaterra el sostenimiento de la colonia en él situada no están compensados, ni por las ventajas que el movimiento mercantil de ella proporciona á la Metrópoli, ni tampoco por que su puerto ofrezca un provisto arsenal para sus escuadras.

Pero en cambio es una soberbia fortaleza que, enlazada con la de Malta y las islas del archipiélago griego, forma el primer anillo de la férrea cadena con que los ingleses abarcan el Mediterráneo, campo en donde al parecer van á decidirse los destinos de las grandes potencias del mundo. Allí está la Italia en un hervidero contínuo, preñada de peligros; allí el vetusto y semigriego Imperio turco próximo á desmoronarse, y cuya completa disolucion ha retardado hasta ahora el re-

cíproco temor de las naciones, que se disputan su herencia.

Por otra parte, esta línea de fortalezas asegura á los ingleses la ruta de la India por Egipto y Suez, tan necesaria siempre, y mas ahora que se remueve y tasca el freno de los dominadores aquel dilatado Imperio. Por uno y otro motivo es, pues, la posesion de Gibraltar de gran precio para Inglaterra, y de poca monta los gastos que le ocasiona, comparados con la proteccion que por ella alcanzan sus grandes intereses políticos. Así la defenderá con todo su poder y la retendrá hasta que suene la hora de la decadencia, que Dios tiene señalada en la tierra, tanto á los individuos como á los pueblos.

APÉNDICE.

DON MANUEL DE VILLALVA, ARCIPRESTE de las Iglesias de esta ciudad, y cura propio de la única Parroquia de ella.

Certifico y declaro: que el difunto brigadier Don Ildefonso Matilde Monesterio, vecino que fué de esta ciudad hasta el año de 1853 en que falleció, me manifestó que siendo niño habia presenciado el entierro del coronel Don José Cadalso y Vazquez, muerto en el sitio de Gibraltar en 27 de febrero de 1782, y que fué se-

pultado en la Capilla castrense perteneciente á la enfermería de los Religiosos Mercenarios de la Almoraima, situada en esta ciudad.

Que posteriormente y con ocasion de obra hecha en el pavimento de dicha capilla fueron trasladados sus restos con los de otros oficiales á la Iglesia parroquial de mi cargo, y llevándome de la mano el dicho Brigadier me señaló el sitio en donde habian sido sepultados, que es junto al altar de San Antonio en la nave principal de aquella.

Y para que conste doy la presente en San Roque á quince de mayo de mil ochocientos sesenta.—Manuel de Villalva.

Acta de la colocacion de la lápida.

En la ciudad de San Roque á seis dias del mes de junio de mil ochocientos sesenta, ante los Sres. D. Manuel de Villalva y Galindo, cura propio de la única Parroquia de ella y arcipreste de sus Iglesias; Don Manuel de Sandoval, juez de primera instancia por S. M. de este partido judicial: Don Francisco María Montero, caballero de la ínclita Orden de San Juan de Jerusalen, juez de paz de la dicha ciudad; Don Juan Bascon, promotor fiscal del Juzgado; y de mí el infrascrito Escribano de S. M. público y del número de la mencionada ciudad, reunidos en la dicha Parroquia fué colocada una lápida sepulcral con epitafio latino, en la nave principal de ella, cerca del altar de San Antonio, en cuyo lugar habian sido trasladados los restos del coronel Don José Cadalso y Vazquez, quien muerto en el mes de febrero de 1782 en el sitio de Gibraltar habia sido enterrado primeramente en la Capilla castrense de la Enfermería de Religiosos Mercenarios de la Almoraima. Colocada que fué la lápida se celebró una Misa de Requiem por el Alma del ilustre poeta difunto, con lo que se concluyó

el acto, del cual estendida la correspondiente diligencia la firman todos los concurrentes, de que doy fé: Manuel de Villalva.—Manuel de Sandoval.—Francisco María Montero.—Juan Bascon.—Fernando de la Cueva.—Segundo Mena.—Santiago Rotundo.—Cristóbal José Pedraza.—*Hay un signo.*

Los infrascritos Escribanos de S. M. públicos y del número de esta ciudad damos fé: que los Sres. D. Manuel de Villalva y Don Cristobal José Pedraza por quienes aparecen autorizados los anteriores documentos son como se titulan el primero cura propio de la única Parroquia de esta dicha ciudad y el segundo escribano público y del número de ella, y sus firmas y rúbricas son las que usan, á las que se les dá entera fé y crédito por hallarse en actual ejercicio de sus respectivas funciones.—San Roque siete de junio de mil ochocientos sesenta: Antonio Tárrago y Búrgos: *Hay un signo*: Juan Cano: *Hay un signo*: Es copia.

NOTA.

Además de los Regidores que se mencionan en la página 78 como asistentes á la fiesta religiosa de Carteia, estuvieron tambien el regidor Don Alonso Delgado y Medina, y el comandante de marina de Puente Mayorga Don Alonso Vazquez.

FIN.

ÍNDICE.

PARTE TERCERA.



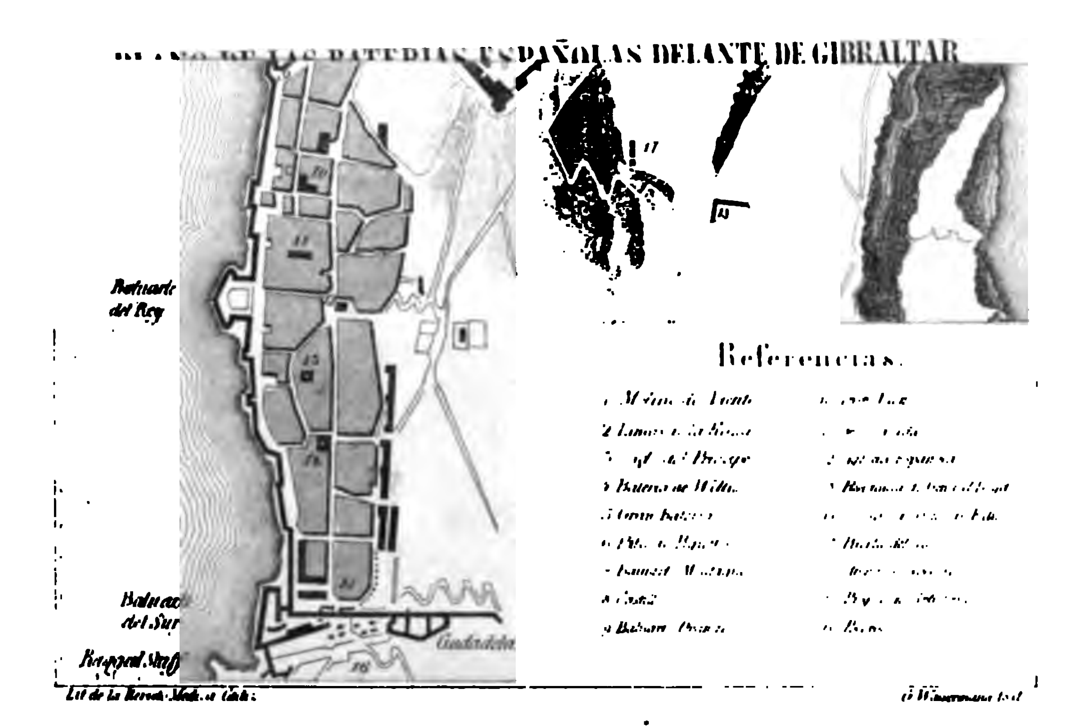
PARTE CUARTA.





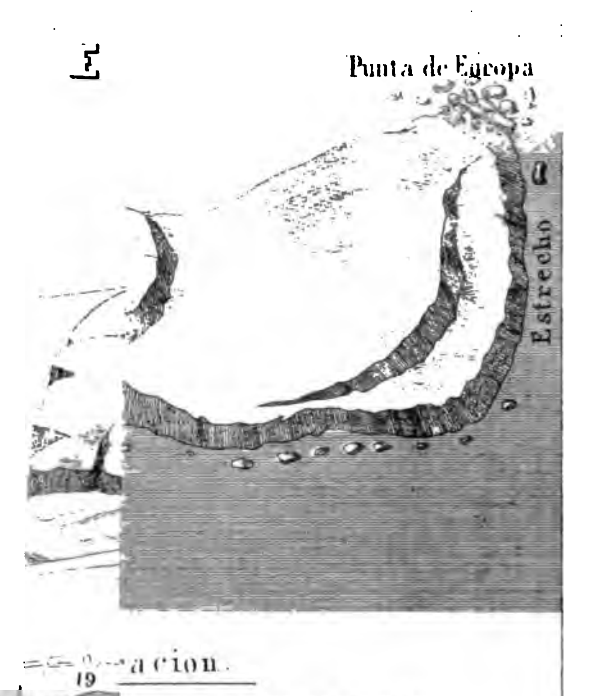
ERRATAS.

Páginas.	*Líneas.*	*Dice.*	*Léase.*
34	15	Nomno	Nonno.
37	18	Bory de St. Vicent	Bory de St. Vincent.
42	35	Cephifus	Cephissus.
59	38	Patavio	Petavio.
68	20	Gonderico	Gunderico.
80	14	670	570.
90	22	que perdió	perdió.
92	1	Fadmir	Tadmir.
118	4	sostiendo	sosteniendo.
„	13	19 de setiembre	10 de setiembre.
120 en la nota		MCCCXVII	MCCCXLVII.
158	4	1334	1343.
201	4	satifacerla	satisfacerla.
213	20	haber recobrado	recobró.
„	22	pensó	pensando.
243	19	ocupó	la ocupó.
252	18	La Hoque	La Hogue.
358	37	brindages	blindajes.
384	32	Godinot	Oudinot.


ESPAÑOLAS DELANTE DE GIBRALTAR
Baluarte del Rey
Baluarte del Sur
Ragged Staff
Ciudadela
Referencias.

PLANO D



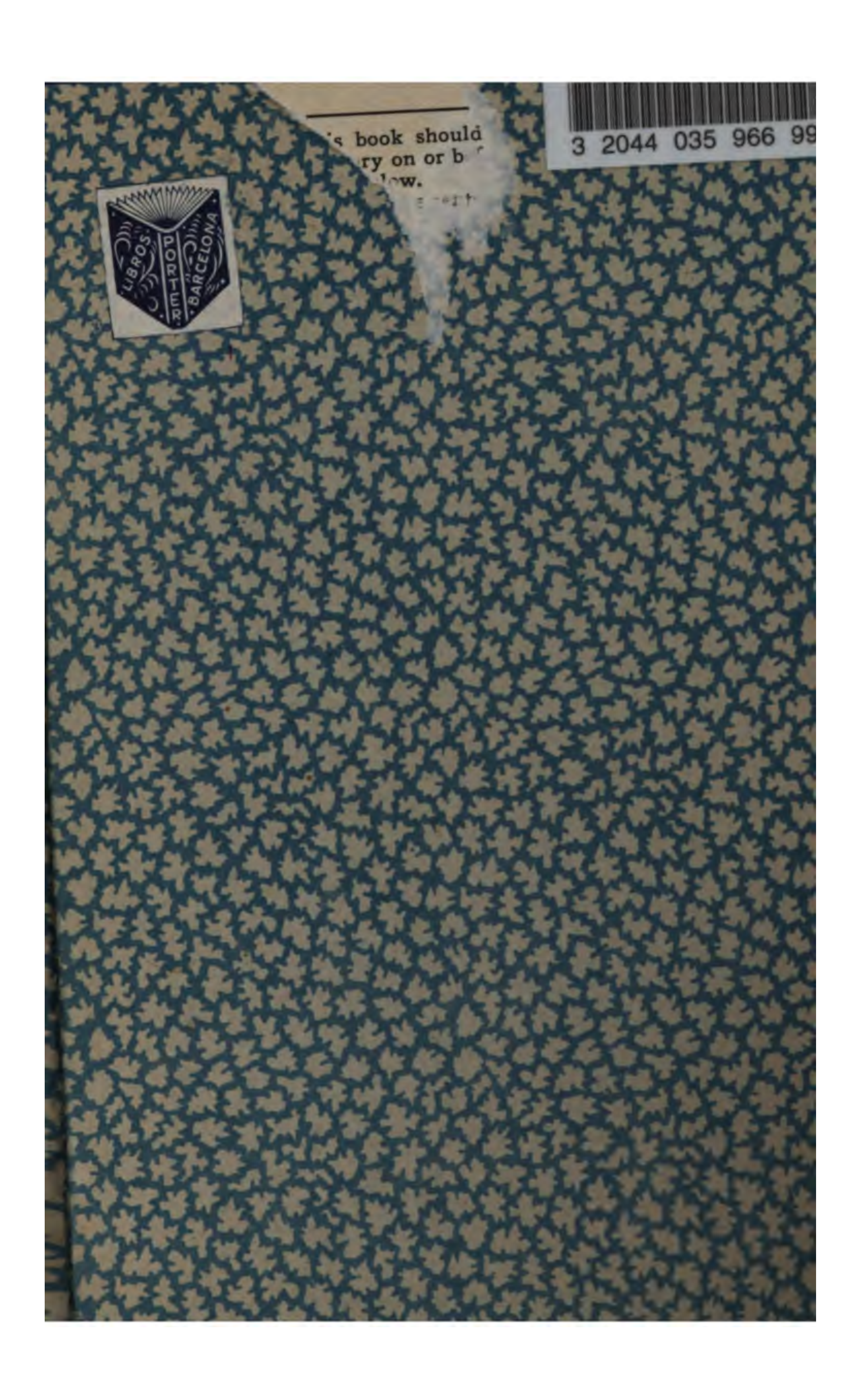


...acion.

19

15 Nra. Sra. del Rosario
16 Arenas coloradas
17 Bastion de Sta. Cruz
18 Puerta de Mar
19 Fuente de Chorruelo
20 Media Luna, bateria de los Reyes
21 Edificio de piedra para la Real Armada
22 Fuerte del muelle nuevo llamado el Tuerto
23 Muelle nuevo
24 Bahia Rosia
25 Bahia de San Juan
26 San Juan el Verde
27 Nra. Sra. de los Remedios
28 Hacho





...is book should
...ry on or b...
...low.
3 2044 035 966 99
LIBROS
PORTER
BARCELONA

